BESTIAS



de Nueva York

________oOo________

UN LIBRO DE NIÑOS
PARA ADULTOS

________oOo________

por Jon Evans

FREE EBOOK / LIBRO GRATUITO

Créditos

Bestias de Nueva York

rezendi.com

beastsofnewyork.com

Traducción y Edición: Artifacs, abr-may 2020.
artifacs.webcindario.com

Diseño de Portada: Artifacs.

Imágenes tomadas de Max Pixel bajo Licencia CC-0

Licencia Creative Commons

Sobre Jon Evans

Nacido y criado en Waterloo, Ontario, Jon Evans es hijo de un padre expatriado de Rodesia y de una madre canadiense de décima generación. Estudió ingeniería eléctrica e informática en la Universidad de Waterloo, se graduó en 1996 y rápidamente se mudó a California para trabajar en la floreciente industria del software. Evans pasó los siguientes catorce años trabajando, escribiendo y viajando por todo el mundo antes de regresar a Canadá.

Evans es autor de cuatro thrillers, una novela gráfica y una fantasía urbana oscura. Su periodismo ha sido publicado en *Wired, The Guardian, Reader's Digest* y *The Globe and Mail* . Su primera novela, *Dark Places* ganó el Premio Arthur Ellis de 2005 a la Mejor Primera Novela. Evans actualmente vive en Toronto y en www.rezendi.com.

Agradecimientos

Mi sincero agradecimiento a los siguientes: Deborah Schneider, mi extraordinaria agente; Chelsea Watt, por el departamento de Nueva York en el que comencé el libro; Elisa Korenne, por el departamento de la ciudad de Nueva York en el que terminé el libro; Linda Tom, por diseñar beastsofnewyork.com; Sarah Langan, por explorar el camino de Croton conmigo; Maggie Cino y mis hermanas, Alison y Jennifer, por leer las primeras versiones; Elizabeth Bear, Charles Stross y David Wellington, por sus consejos; Simon Law, por su incansable asistencia; Kate Ward, por su apoyo y creencia; Julia Solis, por su libro *Nueva York Underground;* LB Deyo y David Leibowitz, por su libro *Invisible Frontier;* Temple Grandin, por su libro *Animals in Translation;* Robert Sullivan, por su libro *Ratas: Observaciones sobre la historia y el hábitat de los habitantes más indeseables de la ciudad;* Edwin G. Burrows y Mike Wallace, por su libro *Gotham: Una historia de la ciudad de Nueva York hasta 1898;* Michelle Walker y Caleigh Minshall, por ayudar a correr la voz; Michael Worek, por convertir una historia bastante buena en una mucho mejor; Chandra Wohleber, por corregir más allá del sentido del deber; y, especialmente, gracias a Tim y Elke Inkster, por arriesgarse en mi pequeño libro de ardillas cuando nadie más lo haría.

BEASTS



of New York

A CHILDREN'S BOOK
FOR GROWNUPS

by Jon Evans



PARTE UNO

I. EL REINO DEL CENTRO

Las Bellotas Perdidas

Hace mucho tiempo, cuando los humanos aún vivían en ciudades, en una fría mañana cerca del final de un largo y cruel invierno, en el magnífico Central Park en medio de la magnífica ciudad de Nueva York, una joven ardilla llamada Parche se despertó muy temprano por los gruñidos de su estómago vacío.

El hogar de una ardilla se llama ***drey.*** [1] El drey de Parche era muy cómodo. Él vivía en lo alto de un viejo roble, en un tocón ahuecado de una gran rama que había sido cortada por los humanos mucho tiempo atrás. La entrada era justo lo bastante grande para que Parche entrara y saliera, pero el drey en sí era espacioso, para una ardilla. Parche había forrado su drey con hojas secas, hierbas y trozos de periódico. Era cálido y seco, y esa fría mañana a Parche no le hubiese gustado más que quedarse en casa todo el día y dormir.

Pero es que tenía tanta hambre. El hambre lo llenaba como el agua llena un vaso. Los cerezos y los arces aún no habían comenzado a florecer, las flores aún no habían comenzado a crecer. Las larvas jugosas y los insectos de la primavera aún no habían emergido y habían pasado dos días desde la última vez que Parche había encontrado una nuez. Imagina lo hambriento que estarías si te pasaras dos días enteros sin comer y podrás tener una idea de cómo se sentía Parche esa mañana.

Parche asomó la cabeza fuera del drey hacia el aire frío y se tiritó mientras miraba a su alrededor. Grupos de hielo blanco y desmenuzado todavía se aferraban al suelo. Las rachas de viento frío sacudían y hacían susurrar a las desnudas ramas de los árboles. El sol pálido y distante parecía drenado de calor. Parche se tomó un momento para asegurarse de que no había ningún peligro cerca, ningún halcón dando vueltas por arriba ni ningún perro sin correa por debajo. Luego Parche salió de su drey y comenzó a buscar bellotas.

¡Pero qué maravillas, qué milagros, qué misterios hay ocultos dentro de esas simples palabras!

Las ardillas son criaturas extraordinarias. Piensa en cómo escalan. Cuando Parche dejaba su drey, subía, no bajaba. Pasaba el drey de su amigo y vecino Tiritón, subía al extremo más septentrional de la nube de ramas estériles de su roble y saltaba casualmente al arce adyacente, hogar de su hermano Penacho.

Para una ardilla, todo árbol es un edificio de apartamentos, conectado no solo por las calles de hierba del suelo, sino por carreteras aéreas de ramas superpuestas. Los troncos de los árboles son como autopistas para ellas, incluso las ramas delgadas como las cuerdas son como senderos para caminar, y saltan cruzando el cielo de un árbol a otro como acróbatas de circo.

Cuando llegó al final de la espesa arboleda, Parche se detuvo un momento para mirar a su alrededor y consultar su memoria. Su recuerdo no era como el tuyo o el mío. Los recuerdos humanos son como mensajes escritos en la efímera arena vistos a través de vidrio deformado. Pero las ardillas tienen recuerdos como álbumes de fotos: recuerdos exactos y perfectos de momentos individuales. Parche, como todas las ardillas, había pasado el último otoño enterrando cientos y cientos de nueces y bellotas, cada una en un lugar diferente. Y había almacenado todos esos lugares en su libro de recuerdos. El invierno había sido largo, pero el libro de recuerdos de Parche todavía contenía algunas páginas preciosas que describían la ubicación de las nueces aún no desenterradas ni comidas. Se subió a una rama alta, se alzó sobre sus patas traseras y miró a su alrededor buscando una imagen de uno de esos recuerdos.

Si hubieras visto Central Park esa mañana con ojos humanos, habrías visto caminos de hormigón, verjas de acero, algunos madrugadores corredores y paseadores de perros, todo rodeado de campos de hierba, hielo y árboles sin hojas y rocas, y más allá de eso, las interminables filas de rascacielos de Manhattan.

Pero con los ojos de Parche, con ojos de ***animal***, no había ningún parque en absoluto. En cambio, Parche veía una ciudad en sí

misma. Una ciudad vasta y poderosa llamada Reino del Centro. Una ciudad de árboles, arbustos, prados y lagos. Una ciudad marcada por franjas de hormigón estéril. Una ciudad rodeada de montañas interminables. Toda suerte de criaturas vivían en esta ciudad. Ardillas en sus dreys, ratas y ratones en sus madrigueras subterráneas, mapaches en los arbustos, peces y tortugas en los lagos, pájaros revoloteando entre los árboles o descansando en sus nidos. A esa hora en ese día, muy temprano en una mañana de invierno, el Reino del Centro estaba casi abandonado, pero pronto llegaría la primavera y la ciudad florecería en una próspera vorágine de vida y actividad. Lo único que Parche necesitaba hacer, hasta que llegara ese bendito momento, era encontrar suficiente comida para estos últimos días de invierno.

Vio en la distancia, cerca del borde de la zona densamente arbolada que llamaba su hogar, un afloramiento de roca irregular familiar en su libro de recuerdos. Estaba tan hambriento que se pausó solo un momento para buscar peligros antes de bajar corriendo de cabeza por el tronco del árbol hacia las rocas. En su memoria, ese mismo afloramiento estaba ***allí***, y la montaña humana más cercana visible sobre las Copas de los Árboles al Oeste estaba ***allí***, y un arce particular, que había estado cubierto de hojas de color naranja y escarlata el día que Parche había enterrado la bellota, había estado exactamente ***allí,*** y ***así*** de lejos.

Parche encontró el lugar exacto donde todos esos puntos de referencia encajaban, de modo que el lugar donde se encontraba y la página de su libro de recuerdos coincidían perfectamente como una imagen y su trazado. Luego comenzó a olisquear. Sabía como un hecho innegable que en otoño había enterrado una bellota a distancia de una cola de su posición. Y las ardillas pueden oler el perfume en un huracán, o a un perro a media milla contra del viento, o una bellota enterrada durante mucho tiempo.

Pero Parche no olía nada salvo hierba, tierra y olores normales en el aire.

Le pareció que su corazón se le caía del todo hasta las patas y se

filtraba a través de las puntas de sus garras. Parche dejó escapar un murmullito de horrible decepción. No había comida aquí. Esta bellota había desaparecido, ya había desaparecido.

Esto no era inusual. Las ardillas a menudo encontraban y se comían nueces enterradas por otras ardillas. Pero lo mismo había sucedido con cada nuez que Parche había tratado de desenterrar durante los últimos dos días. Y eso era inusual. Era una racha de mala suerte tan asombrosa que Parche nunca había oído hablar que hubiese sucedido algo así antes.
Él excavó de todos modos, confiando en que tal vez esta bellota no tuviera olor, o que su olfato no funcionara bien. Pero no encontró nada. Y en el siguiente lugar de entierro, de nuevo no había nada. Corrió hasta el siguiente, y el siguiente, hasta que al final no quedaron más fotos en el libro de recuerdos de Parche, no quedaban nueces para desenterrar. Y tenía tanta hambre.

Para entonces otras ardillas también habían salido de sus dreys y comenzaban a excavar en busca de comida. Parche conocía a toda la media docena de ardillas que podía ver a su alrededor, y la otra docena cuya presencia podía oler en el frío viento. Todas eran de su tribu.

Las ardillas son animales sociales, tienen familiares y amigos, clanes, tribus y reinos. La tribu de Parche, las ardillas de la Copas, no eran como la tribu del Prado, que vivía cerca de las llanuras cubiertas de hierba de la ciudad, o la tribu de la Rambla, que habitaba su desierto más rocoso, o la tribu Roja del Norte. La tribu de las Copas era más un grupo de individuos que una comunidad. Si hubiesen tenido un lema, habría sido "Cuídate". Ninguna de las ardillas alrededor de Parche era de su clan. Habría sido algo terriblemente bajo y vergonzoso para Parche acudir a una de ellas y pedirle un mordisco siquiera de una bellota.

Pero aunque el orgullo es importante, este no se puede comer, y el hambre es aún más importante. Parche estaba tan hambriento que habría suplicado por comida. Pero no había nadie a quien suplicar porque ni una sola de las ardillas a su alrededor había encontrado una nuez. Todos estaban cavando para nada.

Parche se sentó y pensó.

Él era, debes recordar, una ardilla, un animal, una criatura instintiva. Pensar no era algo que le viniera naturalmente. Tuvo que quedarse sentado durante mucho tiempo mientras pensaba, en un círculito de hierba vallado cerca de uno de los senderos humanos de estéril hormigón. A su alrededor había poco que ver. En invierno, la mayoría de las aves volaban hacia el Sur, las ratas permanecían bajo tierra, los mapaches hibernaban. Solo estaban las demás hambrientas ardillas, algunas palomas revoloteando y los humanos que pasaban ocasionalmente.

En un momento se acercó un perro sin correa, y Parche tuvo que interrumpir su pensamiento para vigilar esta amenaza. Era un perro muy extraño. Si es que de hecho era un perro. ***Parecía*** un perro, pero no iba acompañado de ningún humano, y tenía un aroma rico y salvaje como ningún otro perro que Parche hubiera encontrado antes. El perro no decía nada, lo cual también era inusual, sino que observó a Parche con una sonrisa recelosa llena de dientes afilados durante lo que pareció ser mucho tiempo. Parche se alegró mucho de la valla que lo rodeaba. Cuando ese perro finalmente siguió su camino, Parche suspiró aliviado. Él podría haber escapado a la seguridad de un árbol cercano si hubiese sido necesario. Pero tenía tanta hambre que el esfuerzo de huir, combinado con la terrible tensión de pensar, lo habría dejado débil y mareado.

Cuando por fin terminó de pensar, había sacado una conclusión y tomado dos decisiones.

La conclusión fue que aquello era muy extraño e incorrecto. No solo Parche había perdido toda su comida, eso habría sido ya bastante malo, sino que lo mismo parecía haberle sucedido a todo miembro de su tribu. Eso no podía ser mera mala suerte. Otra cosa, algo peor, estaba sucediendo. Había oscuras historias susurradas entre las ardillas, antiguas leyendas de inviernos que habían sobrevivido a todas las nueces enterradas del Reino del Centro, hambrunas en las que nueve de cada diez ardillas habían muerto de hambre y los pocos sobrevivientes se habían visto obligados a comerse los cuerpos de los muertos para vivir. Pero no había leyendas en las que todas las

bellotas enterradas se desvanecían de la tierra sin ser comidas. Esto era algo nuevo.

La primera decisión que tomó fue buscar a su familia para ver si tenían comida. Parche era solitario por naturaleza y no había visto a su familia ni hablado con ninguna otra ardilla durante tres días, pero sabía que ellos lo ayudarían si podían, igual que él los ayudaría a ellos.

Su segunda decisión fue que si su familia no tenía comida, entonces… él probaría otra cosa. Algo muy inusual para una ardilla. Algo muy atrevido y peligroso, de hecho. Aunque en ese momento, el hambre se estaba haciendo más fuerte en Parche que el miedo.

---

[1] NdT: *Drey* (también escrita «dray») es una palabra inglesa referida (entre otras cosas) al lugar del árbol donde viven las ardillas. No he encontrado una palabra equivalente en castellano. La palabra *madriguera* no me convence, *cado* es más bien una *huronera*. A falta de otra opción mejor que *ardillera* (que no aparece en mi edición del DRAE, aunque sería la más apropiada) he decidido dejar la palabra inglesa tal cual en todo el libro.

La Familia de Parche

La madre de Parche se llamaba Plata porque el sol de verano hacía que su pelaje brillara de ese color. Tenía un maravilloso drey en lo alto de un abeto, tallado hace mucho tiempo por un pájaro carpintero, y desde entonces se extendía a una casa de dos cámaras llena de cosas brillantes. El viaje por el camino elevado hasta el drey de Plata no tardó mucho. Cuando Parche miró dentro, vio cientos de colores reluciendo a la luz del sol, brillando de los pedazos de metal y vidrio colocados en el suelo y paredes de Plata. Pero su madre no estaba allí.

Podía saber por el más tenue de los olores que ninguna ardilla había estado aquí desde algún tiempo. Había dos rastros separados de olor, de varios días de antigüedad: el de Plata y el de otra ardilla, un aroma almizclado que Parche no reconocía. Un aroma que le erizaba la cola como si el peligro estuviera cerca.

Parche contempló por un tiempo el drey vacío de su madre. No era normal que una ardilla abandonara su drey durante días, no en invierno. Y él no había visto a Plata en tres días. No desde que todas las bellotas habían desaparecido de la tierra.

Parche regresó corriendo a su propio árbol, y luego al arce de al lado, al drey de su hermano Penacho. Corrió muy rápido. Estaba más hambriento que nunca y comenzaba a estar muy preocupado. Se sintió aliviado cuando miró dentro del drey de Penacho y lo encontró ocupado. Penacho mismo no estaba presente, pero Ojos Brillantes sí, y sus bebés, y estaba claro por los olores que Penacho acababa de salir.

"Hola, Parche", dijo Ojos Brillantes débilmente. "¿Te gustaría entrar?"

Parche entró. Ojos Brillantes estaba acurrucada con sus bebés en el rincón más cálido y profundo del drey. La última vez que Parche les había visitado, siete días atrás, el lugar había sido una cueva de ruido y caos, con los cuatro bebés de Ojos Brillantes corriendo, saltando y peleando. Hoy yacían débiles junto a Ojos Brillantes y los ojos, antaño brillantes por los que su madre se había ganado el nombre, estaban

oscuros y nublados.

"Tío Parche", dijo el bebé más pequeño, con voz lastimera. "Por favor, tío Parche, ¿tienes comida?"

Los otros niños miraron a Parche con ojos esperanzados. Tan hambriento como estaba en ese momento, si Parche hubiera tenido una bellota, se la habría dado a sus sobrinas y sobrinos. Pero no tenía nada.

"Lo siento", dijo Parche avergonzado. "No he encontrado comida en días".

"Nadie lo ha hecho", dijo Ojos Brillantes.

"¿Has visto a Plata?"

"No. No ha venido de visita desde que se acabó la comida".

Parche lo consideró. "¿Penacho está buscando comida?"

Después de un largo momento, Ojos Brillantes dijo, muy calladamente, como si admitiera algo terriblemente vergonzoso: "Penacho se ha ido a la tribu del Prado".

"¿La tribu del Prado?", preguntó Parche confundido. "¿Para qué?"

Ojos Brillantes dijo, con una voz apenas más fuerte que un susurro, "Para aceptar la oferta".

"¿Qué oferta?"

Ojos Brillantes se puso rígida de sorpresa. "¿No lo has escuchado?"

"¿Escuchado qué?"

"Pasas demasiado tiempo solo, Parche. Si hablaras más con los demás, no serías siempre el último en enterarte."

"El último en enterarme de **¿qué?** "

"La tribu Prado ha ofrecido comida a las ardillas de la tribu Copas de los Árboles. Pero solo si nos unimos a su tribu".

"¿Unirse a su tribu?" Parche la miró perplejo. "¿Únirse al Prado? Eso no es posible. Somos de las Copas de los Árboles. No podemos convertirnos en el Prado".

"Dicen que si hacemos un juramento de lealtad a la tribu Prado, si juramos por la luna, entonces nos convertiremos en el Prado, y luego nos darán comida".

Después de un largo momento, Parche preguntó, con voz ahora tan baja como la de Ojos Brillantes, "¿Jurar por la luna?"

Este no es el lugar para explicar lo que la luna significa para los animales. Baste decir que un juramento por la luna es aún más fuerte que un juramento de sangre. Tal juramento nunca puede romperse o negarse.

"Sí", dijo Ojos Brillantes apartando la mirada de Parche.

"¿Penacho ha ido a jurar por la luna para unirse a la tribu Prado?"

"Sí. Todos iremos. Todos juraremos. Penacho traerá algo de comida para los niños, y cuando estén lo bastante fuertes, ellos irán y jurarán".

"No podéis hacer eso", dijo Parche, sorprendido. "No podéis abandonar las Copas de los Árboles. No puedes entregar a tus hijos a otra tribu".

"Debemos hacerlo. No tenemos **comida,** Parche. Ya ves lo débiles que están mis bebés. Nadie más puede ayudarnos. Plata se ha ido. Saltador se ha ido".

"¿Saltador se ha ido? ¿Ido adónde?"

"Nadie lo sabe. Nadie lo ha visto en días. Como nadie ha visto a Plata.

Ni a ninguno de los otros líderes del clan".

"El rey", dijo Parche. "Acudiremos al Rey Espino".

"La Rambla está demasiado lejos. Aunque el Rey enviara ayuda, esta nunca nos llegaría a tiempo. Mis bebés se mueren de hambre, Parche. Mis bebés se están ***muriendo.*** El Prado es nuestra única esperanza".

"No", dijo Parche. "Hay otra. Si yo hubiera sabido que las cosas iban tan mal ... " Vaciló. "Conozco otro lugar para conseguir comida".

"Entonces, ¿por qué tienes hambre?", preguntó Ojos Brillantes.

"Es peligroso. Está en las montañas".

"¿En las ***montañas?*** ¿Estás ***loco?"***

Parche se salvó de responder debido a la aparición de su hermano, Penacho, en la entrada del drey. Penacho sostenía dos bellotas ante el pecho, pero parecía peligrosamente delgado, débil y cansado.

"Ya está hecho", dijo Penacho. Su voz era sombría. "Me he unido al Prado".

Penacho llevó la comida a su familia. Mientras los niños devoraban una bellota, Ojos Brillantes y Penacho y Parche rodearon la otra, mirándola como si esta brillara.

"Esta es para ti", dijo Penacho a Ojos Brillantes. "El Prado me dio una para mí cuando estuve allí".

Parche sabía que Penacho estaba mintiendo.

Ojos Brillantes dijo: "La compartiremos. Los tres".

Parche quería un mordisco de bellota tanto que todo su cuerpo temblaba de deseo. "No", dijo débilmente.

Penacho y Ojos Brillantes se volvieron hacia él asombrados.

"Iré a las montañas", dijo Parche.

De inmediato, antes de que la tentación de la bellota se volviera demasiado grande como para negarla, dio media vuelta y huyó del drey de su hermano, y bajó corriendo por el tronco de arce hasta el suelo. Desde allí Parche corrió hacia el Norte y el Oeste. Su hambre era una llama abrasadora en su interior.

Parche Y Los Pájaros

No era del todo cierto que Parche supiera que había comida en las montañas. Él nunca había estado en las montañas. Ninguna ardilla en todo el Reino del Centro, que él supiera, había estado en las montañas. Pues entre el reino y las montañas, las cuales rodeaban el reino por todos lados como un foso alrededor de un castillo, había un destrozado páramo de hormigón tan ancho como cincuenta ardillas puestas hocico con cola, y horribles máquinas de muerte rugían de un lado a otro en este páramo a terrorífica velocidad, día y noche. Además, los humanos y los perros a menudo cruzaban las montañas y los reinos; y a veces los perros iban desatados. Una ardilla tenría que estar muy desesperada para atreverse a ir a los páramos.

Fue Toro quien le había hablado a Parche sobre la comida en las montañas. Toro era amigo de Parche. Y eso en sí mismo era extraordinario.

Parche siempre había hablado con los pájaros. El drey en el que había crecido, (el viejo drey de Plata antes de que ella se convirtiera en líder del clan Buscador) había estado a unas pocas ramas de un nido de petirrojos. Una vez, a principios de la primavera, cuando todavía era un bebé, Parche había salido del drey de Plata y entrado en el nido del petirrojo, y había pasado un día entero entre los pollitos antes de que Plata regresara a casa y lo recuperara. La madre petirrojo no había encontrado divertidas las profundas disculpas de Plata, y menos aún cuando Parche volvió a entrar a su nido justo al día siguiente.

Al final, Plata le enseñó a Parche a dejar a los petirrojos en paz, pero no antes de que aprendiera a hablar en Pájaro. La mayoría de las ardillas del Reino del Centro podían decir y entender algunas cosas simples en Pájaro, pero Parche podía mantener conversaciones de verdad. Y así, un día de otoño, cuando un arrendajo azul pasó volando y robó una bellota de las patas de Parche, Parche le gritó con enojo al ladrón en Pájaro para recuperarla; y el ladrón, intrigado, se dio la vuelta en el aire, se sentó en una rama encima de Parche y miró con curiosidad a la ardilla furiosa.

"¡Ladronzuelo cebo de halcón sin hocico con cerebro de plumas!" Parche gritó.

"¡Estúpida lombriz ciega peluda!", respondió el arrendajo azul, y comenzó a picotear la bellota.

"¡Tu madre debería haber lanzado tu huevo sobre una roca!"

"Debo decir", dijo el arrendajo azul entre bocados, "que hablas Pájaro notablemente bien, para ser una gruesa babosa peluda de cola sarnosa".

"Gracias, rata aérea de plumas mohosas. ¡Ahora devuélveme mi bellota! "

El arrendajo azul lo consideró, mientras terminaba de comer la mitad de la bellota. Y luego, de manera increíble, dejó que la otra mitad cayera al suelo.

"Para decirte la verdad, no tenía mucha hambre", dijo. "Es que me divierte robarle bellotas a las ardillas. No sabía que hablabas Pájaro. ¿Cuál es tu nombre?"

"Mi nombre es Parche".

"Mi nombre es Toro".

Parche no sabía qué decir. Nunca antes le habían presentado a un arrendajo azul. Como todas las ardillas, pensaba en los arrendajos azules (los comedores de nueces más prolíficos del Reino del Centro) como enemigos terribles. Parche miró a su alrededor para ver si alguna otra ardilla podía verlo hablando con un arrendajo azul. Afortunadamente, no había ninguna cerca.

"Si buscas bellotas", dijo Toro, "el viento ha sido fuerte hoy al otro lado de esas rocas, y muchas han caído".

Después de un momento, Parche dijo tenso, "Gracias".

"De nada", dijo el pájaro ausentemente antes de irse volando.

Así fue el comienzo de su secreta amistad. Esta tenía que permanecer secreta, ya que otras ardillas se habrían enfurecido con la idea de que Parche fuese amigo de Toro, y otros arrendajos azules habrían mirado con recelo a Toro por hacerse amigo de Parche. Pero los dos tenían mucho en común. Ambos eran exploradores solitarios. Y cuando se encontraban en rincones remotos del Reino del Centro, como solían hacer a menudo, se detenían para charlar. Fue durante una de esas conversaciones durante lo avanzado del invierno que Toro le había contado a Parche lo que sus penetrantes ojos de arrendajo azul habían visto en las montañas cercanas.

En Las Montañas

Parche estaba debajo del árbol que marcaba el borde absoluto del Reino del Centro y miró horrorizado el páramo entre él y las montañas. Las máquinas de muerte pasaban velozmente en ambas direcciones, rugiendo y gruñendo, pasando a velocidades tan grandes que Parche podía sentir el viento de sus corrientes. Estas a veces se detenían unos momentos para reunirse en manadas; luego todos saltaban a la vez. A ambos lados del páramo, troncos de árboles metálicos sobresalían del hormigón, y de sus brillantes ramas colgaban luces siempre cambiantes. Parche sabía por experimentación previa que no podía escalar estos árboles metálicos. Ni siquiera las garras de una ardilla encontraban agarre en su corteza lisa y brillante.

Al menos no veía perros, y solo unos pocos humanos, pero desde donde él estaba, su intención no solo parecía peligrosa, sino una verdadera locura. Seguramente era mejor abandonar las Copas de los Árboles y jurar lealtad al Prado que saltar a la muerte segura del páramo. Parche dio la vuelta y retrocedió unos pasos hacia el drey de Penacho.

Luego se detuvo, se giró, ladeó la cabeza y miró una vez más al páramo. Acababa de percatarse que había algo rítmico en la forma en que se movían las máquinas de muerte. Había un ***patrón.*** El mismo patrón que el de las luces cambiantes en lo alto.

Pensó en lo que Toro le había dicho. Montones y ríos de comida esperando a ser comidos. Parche no podía oler ningún alimento. Apenas podía oler algo aparte de los nocivos eructos de las máquinas de muerte. Esas máquinas de muerte que se detenían cuando cambiaban las luces, tal vez, solo tal vez, el tiempo suficiente para que una ardilla cruzara corriendo el páramo.

El hambre juega trucos en la mente. Cuando Parche quiso darse cuenta, ya estaba corriendo en busca de las montañas, y no solo considerándolo, ya estaba a mitad de camino a través del páramo. El

hormigón bajo sus patas era duro y frío. Varios humanos en la ladera del páramo habían cesado su movimiento y vuelto la cabeza para mirar a Parche. Eso no era bueno. Pero había ido demasiado lejos para regresar. Las máquinas de muerte lo aplastarían si volvía. Su única esperanza era seguir corriendo. Corrió tan fuerte y tan rápido que, después de cruzar el páramo, casi chocó de cabeza en la montaña más cercana.

Parche se detuvo justo a tiempo y miró a su alrededor, sin aliento, asombrado de lo que acababa de hacer. Tras llegar a su destino, no sabía qué hacer a continuación. Aquel era un mundo nuevo y extraño. El suelo era todo de hormigón, no podía ver una sola brizna de hierba a este lado del páramo. La montaña delante de él era un muro de roca perfectamente vertical que se elevaba hacia el cielo, mucho más alto que cualquier árbol. Había páramo en dos lados; detrás de él estaba la amplia barrera que acababa de cruzar repleta de máquinas de muerte, y a su derecha, una rama más estrecha que se adentraba en las montañas, ocupada por máquinas de muerte estacionarias a lo largo de sus bordes. Parche se preguntó si estaban muertas o si solo estaban durmiendo. Él esperaba que estuvieran muertas. Al menos había algunos árboles a lo largo de este estrecho páramo, aunque eran pequeños y marchitos; sus troncos estaban enjaulados con ladrillos y estaban tan separados que no había camino elevado. Entre algunos de los árboles, en la distancia, Parche vio algunas pilas de lo que parecían grandes rocas negras y brillantes.

No había otros animales, solo unos pocos humanos que pasaban. Pero aunque estos humanos no se acercaban a Parche, parecían dirigir su atención hacia él. Esto lo ponía muy nervioso. Los humanos eran enormes e impredecibles. Algunos humanos que entraban al Reino del Centro derramaban comida a su alrededor, pero los más jóvenes a menudo intentaban atacar a las ardillas, y todos olían extraordinariamente extraño.

Parche olfateó el aire. Bajo los gruesos vapores ácidos de las máquinas de muerte y el extraño olor a humanidad, olía el peligro. Olía a perros. Contra el viento, hacia el Norte, cruzando el estrecho páramo, se acercaban tres grandes perros con correa hasta un viejo humano. Parche confiaba en que el páramo supusiese un obstáculo para ellos, pero como pudo observar, los perros comenzaron a cruzar. Y cuando

el perro en cabeza vio a Parche, sus ojos se iluminaron como llamas.

"¡Te mato y te como!" aulló extasiado. "¡Te mato y te como!"

Los otros perros se unieron. "¡Te mato y te como! ¡Te mato y te como! ¡Te mato y te como!"

Parche no se paró a escuchar. La conversación en Perro siempre era la misma. Se apresuró a buscar el árbol escuálido más cercano y corrió arriba hasta su corona.

"¡Te mato y te como!, ¡Te mato y te como!, ¡Te mato y te como!", le gritaban los perros mientras intentaban tirar de su humano hacia el árbol. Pero el humano, aunque viejo, seguía siendo una criatura masiva y, para alivio de Parche, tiró de los perros asesinos hasta que desaparecieron detrás de la esquina de la montaña.

Parche miró a su alrededor. Estaba sobre un árbol enfermo, rodeado de montañas y páramos. Bajo este una máquina de muerte se puso en movimiento y rugió hacia adelante, y Parche notó con horror que todas esas máquinas inmóviles no estaban muertas, solo dormidas, y podrían cobrar vida en cualquier momento.

Parche se estaba muriendo de hambre, pero lo que era peor, estaba tan aterrorizado que apenas podía moverse. Deseó con todo su corazón nunca haber cruzado el páramo hacia las montañas. No veía ni olía comida aquí. Y no se atrevía a descender de aquel árbol escuálido. No había seguridad debajo. Entre las montañas y la hilera de máquinas de muerte debajo de él había una franja de hormigón ligeramente elevada en la que se colocaban los árboles, pero para Parche era perfectamente evidente que las máquinas de muerte, con sus terribles pies rodantes, también podrían arrasar fácilmente esta estrecha franja si así lo deseaban. Ninguna parte y nada de las montañas era seguro.

Un Descubrimiento Bienvenido

"Parche", pió una voz. "Parche, ¿eres tú?"

Parche miró al cielo y su corazón se llenó de alivio cuando un arrendajo azul bajó revoloteando y se posó en una rama cercana. Nada disipa mejor el miedo como la inesperada llegada de un amigo.

"¿Qué estás haciendo aquí?", preguntó Toro asombrado.

"He venido a buscar comida", dijo Parche. "Dijiste que había comida aquí".

"La hay. Justo ahí abajo". Toro señaló con su pico hacia la profundidad entre dos montañas. "Dentro de esas cosas negras. A su alrededor también, a veces".

"¿Las rocas?" Preguntó Parche dudoso, pero mientras miraba, vio las pieles de lo que había tomado como rocas ondeando en el frío viento.

"Algunas están llenas de comida. La comida cae de ellas. Sígueme abajo, te lo mostraré".

"Sígueme abajo", repitió Parche, aún más dudoso.

"Es perfectamente seguro. Tú sígueme", dijo Toro.

El arrendajo azul se lanzó hacia el viento, inclinó sus alas en un lento giro, planeando y fue a posarse en el hormigón junto a un montón de cosas negras junto a uno de los arbolitos enjaulados.

"Eso es fácil para ti", murmuró Parche. "Eres un pájaro. Tú escapas volando de los problemas".

Pero la vista de su amigo encaramado casualmente junto a una máquina de muerte dormida, combinada con la promesa de comida, fue suficiente para bajar a Parche hasta el hormigón. Corrió hacia

Toro lo más rápido que pudo, girando la cabeza de lado a lado en busca de peligro. Lo encontraba en todas partes. Había humanos detrás y delante de Parche, una hilera de máquinas de muerte dormidas a su derecha, y a su izquierda olía a ratas. Muchas ratas.

"¡Ya está!", dijo Toro cuando Parche lo alcanzó.

Toro sonaba tan orgulloso como si estuviera frente a una colina de bellotas tan alta como un humano, en lugar de un montón de cosas negras enormes y malolientes como vainas, con sus brillantes pieles ondeando como hojas en el viento. Parche miró escéptico el chorreante montón de lodo en descomposición debajo de una de las vainas y dijo: "Dijiste que había ***comida.***"

"Hay comida dentro", prometió Toro. "Tú entra. Eso es lo que hacen las ratas".

"¿Eso es comida para ratas?", preguntó Parche horrorizado. Las ratas se comían cualquier cosa, cuanto más rancio y asqueroso, mejor.

"Las ratas vienen aquí", admitió Toro. "Así es como yo lo encontré, las vi. Pero a veces también hay buena comida. Una vez, aquí mismo, encontré las semillas más maravillosas que he probado en mi vida. Eran maravillosas".

Parche olfateó el aire. Olía a arrendajo azul, a máquinas de la muerte, a lodo podrido y a ratas. Olía su propio miedo y hambre. Pero había otra cosa debajo de todo eso. Como el más leve indicio de vino en agua turbia, o una frase musical casi ahogada por una multitud aullante, Parche olió algo tan delicioso que la boca comenzó a hacérsele agua.

"¿Qué pasa?", preguntó Toro.

"Está aquí", dijo Parche. Saltó sobre la cosa negra más cercana. Su material tenía un tacto extraño y resbaladizo. La cosa hizo un alarmante ruido arrugado cuando él aterrizó, y era tan blanda que sus garras la atravesaron. Parche saltó a la parte superior de la pila de enormes vainas negras y rasgó la piel superior con unos pocos

mordiscos. El maravilloso olor era más fuerte. Parche dudó solo un momento. Luego se lanzó de cabeza al agujero que había hecho.

Estaba tan oscuro dentro de la vaina que no podía ver. Su hocico encontraba cosas secas, cosas húmedas y pegajosas, incluso cosas de metal duro. En su hambre, las apartó todas, retorciéndose dentro más y más, siguiendo su olfato hacia el olor que lo mareaba de hambre. Encontró papel, como el periódico con el que estaba forrado su drey. Rasgó el papel con los dientes. Y dentro encontró un montón de comida como nunca antes había probado. Era blanda, salada y deliciosa. Había suficiente para llenar los vientres de una docena de ardillas.

Parche comió, comió y comió.

Hasta que, débilmente a través de todos los escombros que lo rodeaban, escuchó el agudo grito de Toro que significaba

¡Peligro!

Una Promesa

Cuando Parche por fin salió de la vaina, Toro se había ido y había ratas a su alrededor.

Algunas estaban escondidas bajo las enormes vainas negras, otras se escabullían en las sombras de la montaña cercana. Parche sabía por sus olores que había al menos una docena de ellas. También había otro olor mezclado con el de las ratas. El mismo insípido olor a ardilla que había detectado en el drey abandonado de Plata.

"¿Qué queréis?", preguntó Parche desde la cima del montículo de vainas. Estaba preocupado pero aún no asustado. Las ratas y las ardillas no eran amigas ni enemigas. Las ardillas eran más grandes y fuertes, pero las ratas eran mucho más numerosas. Había leyendas de guerras de hacía mucho tiempo entre las dos especies, pero ninguna ardilla, que Parche supiera, había sido atacada por ratas. Las ardillas vivían en la superficie, al sol; las ratas frecuentaban la noche y el oscuro inframundo. Por supuesto, las ardillas encontraban a las ratas asquerosas y desagradables, pero también lo hacían todos los demás animales.

Una rata inusualmente grande trepó hasta la cima de una vaina de semillas. Era casi tan grande como el mismo Parche. Las ratas generalmente evitaban la luz, pero esta permanecía sin miedo bajo el sol y demandó: "¿Quién eres tú?"

"Soy Parche hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles, del Reino del Centro", dijo Parche. "¿Quién eres tú que pregunta?"

"Soy Señor Hocico", respondió la rata. "¿Por qué estás aquí?"

"He venido a buscar comida".

"Esta es nuestra comida. Estas montañas son nuestras".

"¿Vuestra comida?", preguntó Parche desconcertado. No había propiedad en los alimentos en el Reino del Centro, al menos no hasta que se habían comido de verdad. "Eso es ridículo. Esto es comida. Pertenece a quien la encuentra primero".

"Entonces nos perteneces", siseó Hocico. "Porque somos las ratas que te van a chupar la médula de tus huesos rotos".

Y de las sombras alrededor de las vainas se levantaron otras ratas y comenzaron a subir hacia Parche en la cima de la pila.

Parche no dudó. Bajó corriendo directamente hacia una de las ratas. Su carga fue tan inesperada, que la rata en cuestión se detuvo y se encogió un poco, lo suficiente para que Parche pasara corriendo a su lado, hacia el borde de la pila. Otras dos ratas salieron de debajo de la montaña, bloqueando toda vía de escape a través del hormigón. Él seguía rodeado, y las ratas corrían hacia él desde todas las direcciones.

Desde el borde de la pila de vainas, Parche saltó tan alto y tan lejos como pudo. Por un momento en el aire, estuvo seguro de que no lo lograría, que caería al hormigón y las ratas lo destrozarían, pero luego sus garras extendidas se engancharon en la corteza del árbolito junto al cual estaba el montón de vainas. Momentos después, Parche estaba sobre el árbol mirando a las pululantes figuras de más de una docena de ratas frustradas.

"¡Venid aquí arriba!" Gritó Parche alegremente.

Él no estaba tan seguro como parecía. Las ratas no eran tan ágiles como las ardillas, pero había muchas, y aquel era un árbol muy pequeño. Si todas las ratas trepaban, Parche no estaba seguro de poder escapar. Pero al menos estaba en un árbol, su barriga estaba llena por primera vez en días y Toro estaba observando desde el siguiente árbol.

"Te encontraré, Parche, hijo de Plata", prometió la rata llamada Hocico. "Te encontraré y me comeré los ojos de tu cráneo".

Parche no dijo nada. Solo observó a las ratas escabullirse. La mayoría regresó a las sombras en la base de la montaña. Pero Hocico corrió por el borde de la montaña hasta llegar a un enorme agujero a su lado.

Los humanos habían bloqueado el agujero con una cerca de alambre muy parecida a las del Reino del Centro. Hocico se apretó a través de un hueco en la cerca y desapareció en la sombra.

"¿Encontraste comida?", preguntó Toro.

"Sí", dijo Parche. "Estaba maravillosa".

"Nunca había visto ratas como esas antes".

"Yo tampoco"

"Deberías volver al reino. Allí estás a salvo".

Parche tenía miedo de quedarse en estas montañas por más tiempo. Quería volver corriendo al Reino del Centro, con la barriga llena (y su maravillosa historia de aventuras que ninguna otra ardilla creería jamás) y esperar a que llegara la primavera. Pero pensó en el drey vacío de su madre y en el inquietante olor a ardilla de allí, y en la forma en que ese mismo olor a rancia ardilla había emanado de esa rata más grande.

"Todavía no", dijo Parche.

Saltador

La abertura en la cerca de alambre que Hocico había atravesado era demasiado pequeña para que Parche hiciera lo mismo. Pero fue bastante fácil subir a la cima de la valla. Desde allí, Parche pudo ver todo el agujero en la ladera de la montaña. Era como si una criatura enorme hubiera dado un gran mordisco a la misma. Debajo de la cerca de alambre, un pozo de paredes escarpadas se hundía profundamente en la oscuridad. El pozo estaba lleno de metal y hormigón, con formas de extrañas curvas y líneas recta que los humanos preferían, pero que hacían que los animales se sintieran mareados. El aire estaba polvoriento y olía fatal. Parche se sombreó los ojos con la cola, pero desde la parte superior de la cerca, donde el sol brillaba intensamente, seguía sin ver la oscuridad en el fondo del pozo.

"Creo que deberíamos irnos", dijo Toro.

"Todavía no", repitió Parche. Observó las nubes de polvo en el pozo, la forma en que se movían. No quería estar a favor del viento de las ratas. Ellas también tenían agudos olfatos. Corrió a lo largo de la parte superior de la valla, tan a favor del viento como pudo, y luego respiró hondo y bajó directo hacia el lateral.

El borde del hoyo era de hormigón duro, no era bueno para bajar, pero un tablón de madera descendía en las sombras. Parche bajó por esta tabla tan silenciosamente como pudo; las ratas también tenían un agudo oído. Era extraño caminar sobre una madera de superficie tan perfectamente lisa. El hoyo era tan profundo como un árbol de tamaño medio. Casi a la mitad de la tabla, esta pasaba de la luz del sol a la sombra, y los ojos de Parche comenzaron a adaptarse a su nuevo entorno. El centro del pozo estaba lleno de enormes cosas geométricas y humanos. Su fondo estaba atravesado por tuberías, tablones y vigas. El suelo y una pared del pozo eran tierra rocosa en lugar de hormigón. Pero fue en una esquina entre dos paredes de hormigón, hacia el interior de la montaña, donde él vio el movimiento inconfundible de una rata.

Parche se acercó, manteniéndose detrás de los seres humanos tanto como era posible. Llegó a una tubería de metal que pasaba cerca de la esquina y siguió su longitud hasta que la tubería chocaba con la pared de hormigón, a solo media docena de ardillas del rincón. Todavía estaba a favor del viento, pensaba él, aunque era difícil leer el viento aquí abajo. Cuando se alzó lo más alto que pudo, apenas pudo ver por encima de la tubería y la esquina del pozo.

En esa esquina, Parche vio algo muy extraño. Vio una docena de ratas grandes de pie en un círculo, todas mirando hacia afuera, con todas sus colas anudadas en un gran bulto enredado en medio de su círculo. De pie sobre esa nudosa tarima de colas estaba Hocico, la rata más grande de todas. Y junto a este extraño grupo de ratas, Parche vio, para su gran sorpresa, a otra ardilla, pequeña y de pelaje rojizo.

"Parche hijo de Plata", dijo la extraña ardilla, y Parche se puso rígido. "He oído hablar de él. Él es de las Copas de los Árboles. Habla con los pájaros y vaga solo durante días. Estoy seguro de que no sabe nada. Solo ha venido a las montañas por comida".

"Eso no es bueno", dijo Hocico. "Se lo daremos a Karmerruk".

"Pero...", comenzó la ardilla.

"Se lo daremos a Karmerruk".

El nombre no significaba nada para Parche, pero parecía asustar a la otra ardilla. "Dijiste que me mostrarías a Saltador", dijo la ardilla vacilante a Hocico.

"Oh, sí, Saltador", dijo Hocico, y sonrió, revelando dientes amarillos dentados. Luego, en voz alta, la rata ordenó: "¡Traedlo!"

Había un agujero oscuro en la esquina del pozo, cerca de donde estaban las ratas y la otra ardilla. Parche vio movimiento en ese agujero. Vio emerger la cabeza de una ardilla. Observó, sorprendido, cómo Saltador, Señor de la tribu de las Copas de los Árboles, se arrastraba penosamente por ese agujero, sus movimientos eran lentos y espásticos, y él caía torpemente al suelo. Saltador estaba sangrando en muchos lugares, y se arrastraba solo con las patas delanteras; sus

dos patas traseras colgaban inmóviles de su cuerpo. Varias ratas siguieron a Saltador fuera del hoyo.

"El Señor Saltador ya no saltará más", dijo Hocico, y se echó a reír.

Saltador se levantó sobre sus patas delanteras. Parche pudo ver que estaba sufriendo mucho.

"Ojorrojo", dijo Saltador con voz irregular a la ardilla que estaba entre las ratas. "¿Cómo has podido hacer esto?"

La otra ardilla parecía incómoda y no respondió. Parche se alegró de saber su nombre. Era Ojorrojo a quien él había olido en el drey de Plata.

"Lo hizo por mí", dijo Hocico. "Ha jurado servirme, como yo he jurado servir al Rey de Abajo. El rey por cuyo nombre tú y todos los de tu clase moriréis y seréis devorados".

Hocico se apartó del nudo de colas de rata en el que se encontraba. El nudo comenzó a retorcerse como un nido de gusanos cuando las ratas se desataron unas de otras. Cuando quedaron liberadas, las ratas formaron un círculo cerrado alrededor de Saltador. Hocico se unió al círculo. También Ojorrojo.

Parche sabía lo que sucedería después. No quería mirar. Pero era una cosa demasiado horrible a la que darle la espalda.

"No", Saltador les rogó. "No, por favor. Así no".

"Sí," siseó Hocico. ***"Exactamente*** así."

Y luego se lanzaron sobre el lisiado Señor de las Copas de los Árboles. Saltador aulló tres veces antes de quedar en silencio bajo la frenética masa de ratas que mordían. Ojorrojo parecía más rata que ardilla cuando rasgó el cuerpo de Saltador con sus afilados colmillos. En apenas más tiempo del necesario para contarlo, Saltador no era más que restos, huesos y un charco de sangre. Incluso entonces las ratas comenzaron a roer los huesos de Saltador y lamer su sangre. No

querían dejar nada de él en absoluto.

Parche se retiró silenciosamente a la tabla de madera que salía del pozo. Se sentía más frío que en el peor día del invierno. La ardilla Ojorrojo había traicionado a Saltador con las ratas, ayudado a matarlo, ayudado a... ***a comérselo***. Y el aroma de Ojorrojo había estado en el drey de Plata. Parche trepó aturdido a la luz del sol, saltó la cerca de regreso al hormigón, sin prestar atención a los humanos que pasaban y a las máquinas de muerte. Ahora apenas eran terroríficas para él. Lo único en lo que podía pensar era en lo que había visto en el pozo de abajo.

"¿Qué has visto?" Gritó Toro desde un árbol. "¿Qué había allí abajo?"

Parche dijo: "Tengo que volver al reino".

Hacia El Prado

Regresar al Reino del Centro era relativamente fácil ahora que Parche sabía cómo cruzar los páramos. Se sintió aliviado al notar de nuevo nieve y hielo bajo las patas. Pero también estaba muy preocupado, e inmediatamente corrió hacia el arce junto al suyo. Llegó demasiado tarde. El drey de Penacho estaba vacío; él y OjosBrillantes ya habían llevado a sus hijos a jurar por la tribu del Prado.

Parche lo consideró un momento, y luego tomó el camino elevado hacia su propio árbol, y descendió al drey de su amigo y vecino Tiritón. Casi esperaba encontrar que Tiritón se hubiese ido al Prado también, pero Tiritón estaba en su drey, y Parche quedó muy contento de descubrir que no estaba solo, sino que estaba con el amigo más antiguo de Parche, Olisqueador.

"¡Parche!" Gritó Tiritón saltando con entusiasmo cuando vio a Parche en la entrada del drey. "¡Olisqueador está aquí! ¡Olisqueador me ha encontrado comida! "

Y, de hecho, una castaña y dos bellotas se posaban en el suelo del drey de Tiritón. Tenía sentido que Olisqueador, de entre todas las ardillas de las Copas de los Árboles, hubiera podido encontrar comida. Olisqueador tenía el olfato más agudo de todas las Copas de los Árboles, probablemente de todo el Reino del Centro. Se decía que podía oler una bellota enterrada a mitad de un árbol de alto de distancia.

"Lo traje para ti también, Parche", dijo Olisqueador.

"Gracias", dijo Parche, "pero ya he comido".

Olisqueador le dirigió una mirada aguda.

"¿También has encontrado comida?", preguntó Tiritón. "¿Dónde? ¿Qué era? ¿Eran bellotas? ¿Eran castañas? ¿La trajeron los humanos? ¿Están floreciendo los arces? Oh, me encantaría un buen brote de arce fresco

en este momento. Me encantan las nueces, sabes que me encantan las nueces, pero solo he comido nueces todo el invierno, me encantaría un brote de arce. O una comida fresca, oh, una buena comida jugosa. O lo mejor de todo, un bulbo de tulipán, imagina, Parche, tulipanes. No puedo esperar a la primavera. ¿Qué tipo de comida encontraste, Parche? ¿Estaba rica? ¿Hay más? "

Parche tuvo que interrumpirlo. Era difícil lograr que Tiritón dejara de hablar de comida una vez había comenzado. Parche dijo con dureza: "Saltador está muerto".

Olisqueador y Tiritón se le quedaron mirando.

"Las ratas se lo comieron", dijo Parche. "Y una ardilla llamada Ojorrojo. En las montañas. Lo vi todo y ese Ojorrojo estuvo en el drey de Plata, lo olí allí. Olisqueador, ¿crees que puedes seguir su rastro? "

"¿Muerto?" Preguntó Tiritón aún tratando de entender. Tiritón era más grande y más fuerte y podía correr más rápido que cualquier otra ardilla de las Copas de los Árboles, pero nunca había podido entender las cosas particularmente rápido. "¿Señor Saltador? Comido por las ratas? ¿En las montañas? ¿Estuviste en las montañas?"

"Sí", dijo Parche.

"Esto es grave", dijo Olisqueador. "Esto es muy grave".

Parche inclinó la cabeza de señal de acuerdo.

"¿Has dicho Ojorrojo?", preguntó Tiritón. "Conozco a Ojorrojo. Él es del Prado. Él es del clan Pavo. Uno de sus ojos es rojo y se llama Ojorrojo. Como tú tienes ese parche blanco en la cabeza y te llamas Parche. Y yo tiemblo mucho y me llamo Tiritón. Y Olisqueador..."

"Sí, gracias por la explicación", interrumpió Olisqueador.

Cuando Tiritón no hablaba de comida, a menudo pasaba mucho tiempo repitiendo lo obvio. Pero Tiritón tenía muy buena memoria para los animales y sus nombres. Si Tiritón decía que Ojorrojo era una ardilla del Prado, entonces ciertamente era así.

"Te llevaré al drey de Plata para que puedas conocer su olor", dijo Parche. "Y luego iremos hacia el Prado. Tal vez podamos encontrarlo allí".

"Es un largo camino hacia el Prado", objetó Olisqueador. "Hace frío. Puede que sea de noche antes de que podamos volver".

"Podemos encontrar un árbol para quedarnos".

Olisqueador parecía dudoso.

"Por favor, Olisqueador", dijo Parche. "Plata ha desaparecido. Saltador está muerto. Esto es grave. Tú mismo lo has dicho".

"Grave significa peligroso", murmuró Olisqueador. "Está bien. Pero déjame ir a mi drey y conseguir un poco más de comida. Tiritón se puede comer todo esto por sí solo. Luego volveré aquí y podremos ir al drey de Plata y al Prado".

"Gracias", dijo Parche, pero Olisqueador no se quedó para escuchar su agradecimiento. La cola del Olisqueador ya estaba desapareciendo por la entrada del drey de Tiritón. Olisqueador generalmente no se movía tan rápido. Parche supuso que quería darse prisa para asegurarse de que podían regresar antes del anochecer.
"Háblame de la comida en las montañas", dijo Tiritón con entusiasmo.

"Ahora no, Tiritón", dijo Parche distraídamente. "Deberías comer. Es un largo camino hacia el Prado. Necesitas conservar las fuerzas".

Parche estaba pensando en lo que podría haberle sucedido a Plata y, al mismo tiempo, estaba tratando de ***no*** pensar en lo que podría haberle sucedido.

Tiritón miró su castaña y dos bellotas. Luego miró a Parche y dijo con voz tensa y forzada: "¿Quieres un poco?"

"No, gracias", dijo Parche.

Tiritón sonrió aliviado y se lanzó sobre su almuerzo. Para cuando Olisqueador había regresado, no quedaba nada de las tres nueces más que sus cáscaras.

Los tres tenían un largo camino por recorrer. En general, la tribu Copas de los Árboles se extendía por la sección occidental del Reino del Centro, la tribu Prado estaba en el Sur, la tribu Rambla estaba en el centro y el Este, y la tribu del Norte habitaba los confines más lejanos del norte del reino. Había excepciones, como una colonia de ardillas del Prado justo al norte del Gran Mar, y los colonos de Copas de los Árboles que vivían en el Norte, pero Parche y sus amigos vivían en el corazón del territorio de Copas de los Árboles. Un viaje de ida y vuelta a los verdes campos del Prado ocuparía al menos medio día. Gran parte del viaje requiría ir por tierra en lugar de ir por el camino elevado, y eso significaba cruzar con precaución zonas de hormigón, evitar perros y humanos, vigilar el cielo en busca de peligro, y así sucesivamente.

Pero no fue en el suelo que atacó el peligro. En cambio, este atacó cuando Parche, Olisqueador y Tiritón estaban sobre un denso grupo de cerezos, viajando rápidamente a lo largo del camino elevado hacia el Sur. No oyeron un aleteo de alas. No vieron una sombra oscura en el suelo hacia ellos. Lo primero que supieron del halcón de cola roja fue cuando agarró a Parche con garras afiladas como cristal roto, lo arrebató del cerezo y lo llevó gritando al cielo para ser matado y comido.

Lenguaje Animal

Tal vez sea necesario decir unas breves palabras sobre el tema de los lenguajes animales.

Ya he dejado en claro, espero, que los animales no piensan de la manera en que tú y yo lo hacemos. No debería sorprenderte saber que tampoco hablan como humanos. De hecho, el sonido juega poco papel en el lenguaje de la mayoría de los animales. Muchos animales hablan principalmente con sus cuerpos, moviendo las cabezas y extremidades; y con feromonas, químicos liberados por glándulas especiales que hace mucho tiempo se marchitaron en los humanos.

Por supuesto, no hay un lenguaje animal. Hay tantas lenguas animales como especies animales. Aunque es cierto que cuanto más similar es el animal, más similares son sus idiomas. Las ardillas, las ardillas de cola rayada, las ratas y los ratones son todos roedores y pueden entenderse muy bien. Los perros no son roedores, pero son mamíferos; un perro y una ardilla podrían tener una conversación (si es que alguna vez se le ocurriera al perro decir otra cosa aparte de "¡Te mato y te como!"). Es justo decir que, con un poco de esfuerzo, todos los mamíferos pueden hablar entre ellos, a excepción de los humanos, que han perdido todos sus poderes de expresión animal; y de los grandes simios, que entienden los sonidos y los movimientos, pero no las feromonas, por lo que son medio sordos y medio tontos.

Las aves son un asunto completamente diferente. Las aves son descendientes de dinosaurios, son más reptiles que mamíferos. Nuevamente, si bien todas las especies de aves hablan su propio idioma, es justo decir que todas las aves saben hablar Pájaro. Pero las aves, como los grandes simios, no usan feromonas; el suyo es un lenguaje enteramente de sonidos y movimientos. Es por esto que las aves y los mamíferos generalmente pueden comunicar solo unas pocas nociones básicas. La habilidad de Parche para hablar Pájaro era bastante rara. Pero como Pájaro es mitad lenguaje corporal, puedes imaginar lo difícil que fue para él hablar mientras su cuerpo estaba sujetado por las fuertes y terriblemente afiladas garras del halcón.

En cuanto a los reptiles, habrá más palabras sobre ellos a su tiempo.

Un Trato De Ratones Y Palabras

Parche se retorcía y se debatía luchando por la libertad, tratando de liberarse de las perversas garras del halcón. Este ya lo habían llevado más alto que el árbol más alto del Reino del Centro; de hecho estaba más alto que muchas de las montañas, y sabía que una caída bien podría matarlo; pero él era pequeño y no caería con fuerza, por lo que escapar de las garras del halcón significaba al menos una ***posibilidad*** de supervivencia, en comparación con la certeza de ser comido si no escapaba. Así que luchaba con todas sus fuerzas. Pero el halcón era demasiado fuerte. Lo único que Parche lograba hacer era clavarse las dolorosas garras aún más profundamente en la carne.

Parche se rindió y flaqueó, sin fuerzas. Iba a morir. Eso era simplemente lo que había. Todo animal tenía un hora y esta era la suya. Miró hacia el Reino del Centro desde lo alto. Nunca lo había visto así antes, un exuberante rectángulo ubicado en medio de las montañas grises. Los árboles del Reino del Centro parecían tan pequeños como briznas de hierba. Incluyó la llamativa imagen a su libro de recuerdos antes de recordar que no tenía mucho sentido; pronto estaría muerto, y los muertos no tienen recuerdos en absoluto.

Se le ocurrió a Parche que era muy extraño que un halcón capturara una ardilla de un árbol. Incluso en invierno, los halcones generalmente evitaban lanzarse hacia los árboles por temor a que las ramas pudieran rasgarles las caras y plumas. Los halcones generalmente se aprovechaban solo de animales en espacios abiertos. Parche había sido extremadamente desafortunado.

Esta comprensión hizo que Parche se enojara tanto por la injusticia del mundo que gritó al halcón, en un Pájaro tosco que sonò a, "¿Por qué sacarme de árbol? ¿Por qué no atrapar ardilla en el suelo? "

El halcón quedó tan sorprendido que casi se le cayó la presa.

"¿Hablas Pájaro?", preguntó el halcón con voz raspada e imperiosa.

"Sí", dijo Parche.

"Hablas Pájaro", repitió el halcón. Lo consideró por un momento. "Bueno. Entonces, mi pequeño almuerzo peludo, charlemos un rato antes de la cena".

El halcón cambió de rumbo, se dirigió a una torreta cónica en la cima de una de las montañas y se lanzó en un aterrizaje perfecto sobre una pequeña plataforma circular de piedra con paredes en la parte superior de la torreta, una plataforma en forma un poco como el nido de un pájaro. Tenía solo unas pocas ardillas de anchura y sus paredes verticales lisas no podían treparse. Parche no tenía forma de escapar.

"¿Cuál es tu nombre, ardillita?", preguntó el halcón liberando a Parche.

Parche se puso de pie en toda su altura, dolorosamente, porque estaba sangrando por las heridas de las garras, y habló creyendo ser estas sus última palabras, "Soy Parche, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles, del Reino del Centro. ¿Quién eres tú que pregunta? "

"Soy Karmerruk", dijo con orgullo el halcón. "Ahora dime, ¿qué le has hecho a Hocico, que te quiere muerto?"

Parche se sacudió con sorpresa. "La rata", dijo asombrado. "Sirves a la rata".

Luego gritó cuando las garras de Karmerruk le hicieron un corte en la cara.

"Yo no sirvo a nadie ni a nada", dijo Karmerruk con voz grave y muy peligrosa. "Soy un Príncipe del Aire y vivo solo para mí, mi compañera y mis pichones. Es la rata quien me sirve. Me encuentra ratones, bocados que, debo decir, prefiero mucho más que las ardillas. Y de vez en cuando, me he dignado a capturar otras criaturas que Hocico quería que se comieran. Como pronto te comeré a ti, ardillita

insolente".

"Lo siento", dijo Parche temblando. "Tampoco quise ofenderte".

"Eres solo un terrestre, no podías saberlo", dijo Karmerruk despectivamente. "Pero para un terrestre hablas notablemente Pájaro. Respóndeme. ¿Por qué Hocico te quiere muerto? "

"Porque lo vi matar a Saltador".

"¿Saltador?"

"Una ardilla importante", explicó Parche. "Señor Hocico y sus ratas y otra ardilla lo mataron. "

"¿Y por qué Hocico haría algo así?"

Parche rebuscó en su memoria y recordó: "Dijo que servía al Rey de Abajo".

Karmerruk miró en silencio a Parche durante un largo momento. Luego batió sus alas dos veces y usó su elevación para saltar al borde de la pared que rodeaba a Parche. Karmerruk le dio la espalda a Parche, dobló sus alas y miró hacia el suelo.

"No hay Rey de Abajo", dijo Karmerruk. "El Rey de Abajo es un mito".

Parche no osó hablar.

"He oído noticias de cosas extrañas y terribles abajo. Este largo invierno, estas cosas terribles, debe de ser un momento muy difícil para ser un terrestre. Creo que las cosas solo van a empeora, ardillita. Creo que te hago un favor comiéndote ahora".

"Disculpe si no estoy de acuerdo", dijo Parche enojado.

Karmerruk no le prestó atención. "Tal vez he sido bastante indulgente con este Hocico, pero él tiene mucho cuidado de no ser encontrado. ¿Dónde viste a Hocico y a esta otra ardillita, este traidor a su propia especie? ¿Y cuál es el nombre del traidor? "

Parche no respondió.

Karmerruk se volvió y miró a Parche con los terribles ojos sin parpadear de un halcón. "Te he hecho una pregunta, ardillita".

Parche tragó saliva y dijo en voz muy baja: "No te lo diré a menos que me dejes marchar".

Karmerruk se quedó sin palabras ante la temeridad de Parche.

"Tú no quieres comerme", dijo Parche. "No te gustan las ardillas. Tú mismo lo has dicho. Déjame ir y te diré lo que quieras".

"Me dirás lo que quiero ***sin*** esta insolente negociación", dijo Karmerruk saltando hacia Parche, quien tuvo que retroceder rápidamente para evitar ser atrapado bajo las garras del halcón. "Tu única opción es hablar con palabras o con gritos".

Avanzó lentamente hacia Parche hasta que la espalda de la ardilla quedó contra el muro de piedra.

Parche dijo, desesperado, "Sé dónde hay muchos ratones. Familias enteras. Cientos".

Karmerruk detuvo su avance. "Mientes."

"No estoy mintiendo", dijo Parche. "Juro por la luna que no estoy mintiendo".

Algo extraño le sucedió a Parche cuando dijo esas palabras. Una extraña sensación de temblor surgió de su interior y se extendió hasta el borde de su piel.

"Lo juras por la luna", dijo Karmerruk impresionado.

"Sí".

"Y me ofreces un trato. Si te dejo vivir, responderás todas mis

preguntas y me dirás dónde están estos ratones".

"Sí".

Karmerruk lo consideró. "Creo que me gustas, ardillita. Tienes el corazón de un halcón. Por eso haré este trato contigo".

"Júralo por la luna", exigió Parche.

La risa de Karmerruk fue un gruñido que hizo que Parche temblara incontrolablemente. "Oh, creo que no. La luna es más peligrosa de lo que crees. Juraré sobre la sangre de mis pichones. Eso tendrá que ser suficiente juramento".

Parche, quien realmente no tenía muchas opciones en el asunto, dijo: "Está bien".

Parche respondió las preguntas de Karmerruk. Entonces el halcón saltó hacia la pared y desapareció por su borde. El tiempo que pasó antes de que regresara pareció como la mayor parte del día, pero debía haber sido mucho menos.

"Tus palabras eran puras y verdaderas, ardillita", dijo Karmerruk al volver a la prisión de Parche. "Encontré ambos, el hoyo y los ratones, y llené mi barriga con estos últimos. Ahora es el momento de cumplir mi propio juramento".

Y Karmerruk extendió sus garras y una vez más agarró a Parche con su cruel presa. Batió sus poderosas alas y de nuevo llevó a Parche al cielo. Pero no estableció un rumbo hacia la casa de Parche. En cambio, viajó hacia el Sur, directamente lejos del Reino del Centro.

"¡No!" Gritó Parche.

"Juré dejarte vivir", dijo Karmerruk, y había una risa escalofriante en su voz. "Y eso haré. Pero no queremos que Hocico lo sepa, ¿verdad? No antes de que yo lo encuentre y lo tenga como cena. Tú vivirás, ardillita, pero muy lejos de la casa que alguna vez conociste".

Sobre el Camino Elevado

Las garras que pinzaban la carne de Parche parecían apuñalarlo con cada latido de Karmerruk. Parche estaba sangrando por esas heridas y por su cara, donde el halcón lo había arañado por su descaro. Estaba horrorizado de que Karmerruk lo llevara lejos de su casa, al parecer para siempre. Estaba terriblemente asustado de pensar en su destino desconocido, pero al mismo tiempo, mientras Parche colgaba de las garras de Karmerruk y miraba el mundo, no podía evitar maravillarse de todas las cosas increíbles que veía abajo.

Parche nunca había imaginado que hubiera tanta agua en el mundo. Nunca había sabido que el Gran Mar del Reino del Centro era un mero estanque, y que el Reino del Centro mismo y todas sus montañas circundantes se encontraban en una isla en un mar tan inmenso que parecía extenderse para siempre. Parecía haber tanta agua como tierra en el mundo. Y el Reino del Centro no era el único terreno verde que Parche podía ver. De hecho, ni siquiera era el más grande.

Había innumerables otras curiosidades. Una cosa brillante de metal volaba por el aire a gran distancia; parecía un pájaro, pero era inmensamente más grande y sus alas no se agitaban. Enormes arcos de metal conectaban las islas debajo de él, cruzando enormes abismos marinos como ramas tendidas a través de los arroyos. Y Parche nunca había olido un aire tan puro y dulce como el del alto cielo.

Karmerruk llevó a Parche al Sur. Pasaron junto a una estatua verde de un humano que sobresalía del medio de las aguas, inmensamente más grande que cualquier estatua que él hubiera visto antes. Pasaron varias cosas construidas por humanos flotando en el agua, medias conchas de metal como con las que los humanos a veces jugaban en los mares del Reino del Centro, pero incomparablemente más grandes. Pasaron por una isla montañosa aún más grande que la del Reino del Centro, donde las habitaciones humanas eran más escasas y pequeñas, y luego cruzaron el delgado tramo de metal que conectaba esta isla con una masa de tierra aún mayor al Este. Volaron tan alto que las máquinas de muerte que se precipitaban por esa colosal vía parecían

escarabajos arrastrándose, y las hebras de metal que colgaban de sus dos pálidas torres no eran más sustanciales que telarañas.

"Eres muy pesado, ardillita", dijo Karmerruk con voz esforzada mientras se precipitaba en un largo y poco profundo deslizamiento hacia la franja de arena azotada por el viento que abrazaba un pedazo de tierra en forma de cola, que parecía ser el borde más extremo del mundo. Los latidos del ala del halcón se habían vuelto más laboriosos y menos rítmicos. "Habría sido mucho más fácil haberte comido sin más".

Más allá del vasto y vacío campo de arena y maleza cortada por el viento, las inmensas olas de las grandes aguas se extendían hasta donde Parche podía ver, brillando rojas como la sangre en la puesta de sol. Karmerruk se lanzó en picado hacia donde la tierra se unía con el agua. El aire estaba lleno de sal y rocío.

"¿A dónde me llevas?", preguntó Parche asustado. "¿Qué es este lugar?"

Karmerruk respondió soltándolo. Parche cayó por el aire y bajó con fuerza. Afortunadamente, o tal vez gracias a las buenas mercedes de Karmerruk, aterrizó no en la tierra sino en el agua. Hacía un frío sorprendente, y la sal del agua le encogió los labios, pero las ardillas son buenas nadadoras, pueden remar con las cuatro extremidades y usar la cola como timón. Karmerruk dio tres vueltas en círculo mientras Parche nadaba hacia tierra hasta salir del agua, aturdido, sobre una playa de arena, y luego el halcón se elevó y regresó al Reino del Centro, abandonando a Parche a su destino.

"¡Buena suerte, ardillita!", gritó Karmerruk mientras se marchaba. "¡Que la luna brille sobre ti!"

Parche apenas lo oyó. Estaba frío y húmedo, no le quedaban fuerzas, y los lugares donde las garras del halcón se habían clavado en su carne le dolían como el fuego. A duras penas logró la corta caminata hacia los matorrales de dura hierba que crecían en las dunas sobre la playa. Nunca había estado tan cansado.

Cuando el sol desapareció detrás de las grandes aguas, clausurando

ese día largo y cruel, Parche se acurrucó en un hueco áspero y pedregoso en el suelo e intentó dormir. Nunca antes había dormido en el suelo. Pensó con nostalgia en dónde había dormido la noche anterior, en su cálido y seco drey en el Reino del Centro, cubierto de hierbas, hojas y periódicos. Su último pensamiento, antes de que finalmente permitiera que el agotamiento lo llevara al oscuro abrazo del sueño, fue que nunca volvería ver su propio drey.

II. EL REINO DEL OCÉANO

La Playa

Parche se despertó por la vibración del viento en la seca hierba de la duna. El sol sobre su rostro era cálido por primera vez desde que había comenzado el invierno, y el viento barría la playa con tanta fuerza que levantaba remolinos de arena del suelo. La hierba a su alrededor no era como ninguna que él hubiera visto antes: dorada y marrón, ancha, las raíces de sus hojas se hilaban entre sí como una enorme tela de araña hundida en la arena.

Parche estaba débil por sus heridas, y tenía frío, se moría de hambre y estaba desesperadamente sediento. Pero no había comida ni agua en la playa. Lo único que olía era aire salado y hierba seca. Caminó hacia tierra firme moviéndose despacio, tan débil que era difícil ascender las dunas arenosas. Tuvo que descansar por un tiempo después de escalar la pequeña valla de alambre con la que llegó a encontrarse, una valla que él habría pasado saltando normalmente sin pensar. Parche sabía, mientras avanzaba cojeando, que si el peligro le encontraba, él no sería capaz de escapar huyendo.

A medida que continuaba hacia tierra firme, las hierbas se hacían más densas y estaban unidas por arbustos y enredaderas. Se topó con una enredadera de hojas brillantes y relucientes bajas de aspecto jugoso, pero su olor le hizo hinchar la cola, y Parche se desvió fuera de ellas. Cuando la arena dio paso a la tierra, la alta hierba estaba coronada de grupos de semillas, y él intentó comer algunas de un tallo caído, pero tras algunos mordiscos, notó que podían llenarle la barriga pero no tenían alimento. Algunas zonas estaban húmedas de rocío, pero no había bastante para saciar su sed.

Entonces el viento cambió y Parche olió dos cosas. Agua fresca y un gato.

Normalmente Parche habría evitado el olor a gato. Los gatos eran más grandes y más rápidos que las ardillas, y mucho más crueles y peligrosos; y aunque las aves, los ratones y las ratas eran su presa preferida, las ardillas no eran muy diferentes. Pero había agua fresca cerca de aquel gato y, además, los gatos vivían cerca de los humanos y Parche pensó que era más probable encontrar comida en tierras humanas que en aquel yermo desolado.

Parche cambió de dirección y avanzó hacia el viento siguiendo los

olores, hasta que coronó un risco de maleza y vio una estructura de bloques de hormigón mayormente enterrada en el siguiente risco de tierra arenosa. Parte de su base plana sobresalía y esa esquina era una depresión llena de agua de lluvia que olía a agua estancada pero potable. El olor a gato era más fuerte que nunca.

Parche se aproximó con precaución, pero no fue desafiado mientras saciaba su sed. Al principio suspuso que el gato se acababa de marchar, pero cuando el aroma descendió por el risco, vio un gran agujero artificial y lo bastante grande para que pasara un perro al interior del bloque de hormigón; y justo dentro, apenas visible, la silueta de una gatita.

Parche se congeló.

"¿Quién eres tú para molestarme?", demandó la gata. Su pelaje estaba erizado y apestaba a rabia y miedo.

"Soy Parche, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles del Reino del Centro" dijo Parche. "¿Quién eres tú que pregunta?"

La gata dio dos acechantes pasos en la luz. Era negra salvo por los dos ojos verdes que contemplaban a Parche con altanero desprecio. "Mi nombre es Zelina," dijo ella, "y soy la Reina de Todos los Gatos."

La Reina De Todos Los Gatos

"No prestes atención a mi entorno desafortunado", dijo Zelina. "He sido engañada, abusada, traicionada y exiliada. Me han robado el trono. Pero un trono no hace una reina. Moriré aquí en este cascarón roto de ruina, pero moriré como una reina".

Después de un momento, Parche dijo: "¿Hay comida cerca de aquí?"

"No. Tres días he estado sin comida; Parche, hijo de Plata; desde que me traicionaron. Pasaré hambruna aquí y moriré".

"Pero puedes conseguir comida aquí", objetó Parche. "Eres un gato. Puedes atrapar pájaros. He visto gorriones y estorninos en los arbustos".

"¿Atrapar un pájaro?", preguntó Zelina ofendida. "¿Y comerlo con... con plumas, huesos y sangre? ¿Yo, la Reina de Todos los Gatos? No seas ridículo".

"¿Prefieres morir de hambre?"

"Viví como reina y moriré como reina".

"Ya veo", dijo Parche, aunque en realidad no lo veía. "¿Hay humanos cerca de aquí?"

"No."

"¿Hay algo cerca de aquí?"

"No."

Parche la miró suspicaz. "¿Estás segura? Crucé una cerca antes. ¿Cuánto has explorado? "

"Una reina no explora".

"¿Al menos sabes dónde estamos?", preguntó Parche exasperado.

Zelina lo miró por un momento. Luego dijo: "Sígueme".

Parche la siguió subiendo la cresta, y luego subiendo un grueso arbusto encima de la cresta. Ella trepaba casi tan bien como él. Una vez en la parte superior del arbusto, Zelina se volvió hacia el Noroeste y dijo: "Mira allí".

Parche entornó los ojos. Su visión no era tan buena como la de un gato, pero en la gran distancia, más allá del ondulante campo de hierbas y arbustos, podía ver... algo... elevándose sobre el horizonte. Algo gris, plateado y reluciente, y muy lejos. Después de un momento, Parche jadeó al reconocerlo. Lo que veía era la cordillera que rodeaba el Reino del Centro.

"Ahí está el corazón de la ciudad", dijo Zelina, con voz suave y ansiosa. "Está la Gran Avenida. Me abandonaron lo bastante cerca como para verla, pero tan lejos que nunca podré volver. Oh, pero su crueldad no conoce límites".

Descendieron del arbusto. Zelina tuvo que elegir su camino hacia abajo con mucho cuidado, y una vez casi se cae. Los gatos no eran tan buenos bajando como las ardillas. Parche se movió sin pensar porque su mente estaba en su libro de recuerdos, tratando de igualar lo que acababa de ver con su visión del mundo cuando había estado suspendido en las garras de Karmerruk, como si el Reino del Centro fuese una bellota que había enterrado y la necesitara encontrar.

Hasta entonces, ni siquiera había pensado en intentar volver a casa. La masa de tierra en la que estaba era gigantesca, muchas veces del tamaño de la isla que albergaba el Reino del Centro. Ninguna ardilla había hecho tal viaje, a menos que contaras las polvorientas leyendas de las grandes migraciones del pasado. Además, requeriría cruzar el gran abismo de agua que rodeaba la isla del Reino del Centro, un abismo demasiado ancho y violento para que nadara una ardilla. Y, sobre todo, ¿cómo podría una ardillita como Parche encontrar su camino a través de una tierra llena de enormes estructuras humanas?

Pero si bien era cierto que el Reino del Centro estaba muy lejos, también era cierto que todavía estaban lo bastante cerca como para ver sus montañas. Además, las aguas que rodeaban la isla del Reino del Centro estaban atravesadas por varios vastos cruces construidos por humanos. Y, lo más importante, Parche ya no era como ninguna otra ardilla, ya que, a diferencia de cualquier otra ardilla, Parche había visto el mundo desde lo alto.

La idea le vino como un relámpago. Podía usar su libro de recuerdos para encontrar el camino a casa. El mismo viaje que lo había llevado al exilio también podría ser la clave de su regreso. El viaje sería arduo, ciertamente, y probablemente peligroso; bien podría tardar varias estaciones, o incluso años; pero no era ***imposible.***

La decisión fue fácil de tomar.

"Gracias por mostrármelo, Zelina, Reina de Todos los Gatos", dijo Parche cortésmente cuando regresaron a la tierra arenosa. Se giró para irse.

"Espera", dijo ella. "¿A dónde vas a ir?"

"Al Reino del Centro", dijo simplemente. "A mi casa".

Zelina lo miró durante un largo y reflexivo momento.

Luego ella dijo: "Por supuesto que no debo acompañarte. Soy una reina. No puedo degradarme ni siquiera para sobrevivir. A pesar de que mis súbditos me necesitan, no sería correcto reducirme a ser una carroñera errante, vivir de la basura, viajar con una harapienta e inmunda ardilla".

"¡Yo no soy inmundo!"

Ella lo miró. "Tu pelaje está lleno de grumos y estás cubierto de arena y sal seca".

"Oh", dijo Parche abatido. "Bueno, casi me muero varias veces ayer".

"Eso no es excusa para no mantener buen aspecto. Mírame a mí. Espero morir de hambre muy pronto, pero mira lo prolijo que está mi pelaje". Y de hecho, el pelaje de Zelina estaba limpio, ordenado y reluciente.

"Creo que debería irme ahora".

"Mis súbditos no pueden exigirme que me convierta en una vagabunda, en una trampera, en una reina mendiga. No pueden pedirme que entregue mi dignidad, mi orgullo, no importa cuanto sufran".

"Entiendo. Es hora de..."

"Pero sus necesidades son muy grandes. Un usurpador traidor se sienta en mi trono. Si debo humillarme, lo haré. Porque una verdadera reina ama a su pueblo, como este la ama a ella, y hará cualquier sacrificio que se requiera, incluso rebajarse hasta el vergonzoso recurso de viajar con una ardilla".

"Pero..."

"Guía el camino, Parche, hijo de Plata", ordenó Zelina. "Llévame de vuelta a la Gran Avenida. Si me sirves bien, puedes ser recompensado cuando vuelva a sentarme en el trono".

Parche no quería viajar con Zelina, aunque fuese la Reina de Todos los Gatos. Pero decidió no protestar su decisión. Estaba seguro de que ella perdería el interés muy pronto, o algún evento u obstáculo los separaría. Y sentía pena por ella. A pesar de sus palabras arrogantes, él sabía por su olor que ella estaba terriblemente asustada.

Pasaron cerca de un pequeño arce y Parche se detuvo de repente. Si su nariz no lo engañaba; y estaba seguro de que no; un olor fresco, dulce y tentador descendía del árbol. Un olor que significaba la cosa más maravillosa del mundo.

Se subió a tal arce, hasta los extremos de sus ramas, y comenzó a devorar los dulces y deliciosos cogollos que habían comenzado a brotar de su nudosa madera. Cuando volvió a levantar la cabeza,

respiró profundamente el aire, y olió más brotes de arce y flores tempranas, nuevas hierbas, un mundo que comenzaba a despertar de un largo y trabajoso sueño. Parche estaba enfermo y herido, y en una tierra extraña tan lejos de casa que tal vez nunca la volvería a ver, pero sonrió de todos modos.

La primavera había llegado.

Compañeros

Zelina lo siguió hacia el Norte a través del herbáceo yermo. Parche comenzó a captar el aroma de las máquinas de muerte. Encontró un regato y comió escarabajos debajo de sus rocas húmedas, y florecillas de color púrpura que crecían a sus lados, mientras Zelina observaba con fascinado horror. Parche se alegró de que ella no quisiera comer esta comida, apenas había suficiente para aliviar su propia hambre.

Mientras recogía escarabajos de las rocas, la racha de un torbellino les trajo un nuevo aroma, el aroma de los ratones, y Zelina se puso en pie de un salto. "¿Qué es eso?" Susurró, asombrada.

Parche la miró de manera extraña. "Pues ratones".

"Ah, sí. He oído hablar de los ratones. ¡Huelen deliciosos! "

"¿Nunca has olido ratones antes?", preguntó Parche asombrado.

"No."

"¿Qué comías antes de salir hasta aquí?"
"Caviar. Crema. Sushi".

Las palabras eran galimatías para Parche.

"Espera un momento", dijo Zelina. Avanzó hacia la hierba, siguiendo el olor a ratón, y pronto desapareció.

Cuando Parche terminó su comida, siguió adelante hacia los olores (y ahora los sonidos) de las máquinas de muerte. Pensó que había visto a Zelina por última vez, pero cuando llegó a una gran verja de alambre oxidado, ella reapareció entre los gruesos pastos. Tenía sangre en la boca y los bigotes, y olía a adrenalina y deleite.

"Qué forma tan ***primitiva*** de comer", dijo Zelina. "Todo ese

debatirse y esos gritos y sangre. Por supuesto que ha sido asqueroso. Absolutamente asqueroso. Pero a veces las reinas tienen responsabilidades terribles. Y debo decir, hay que admitirlo, que hay una cierta emoción salvaje en la caza. Y en matar. Especialmente en matar. Nunca he matado nada antes; Parche, hijo de Plata. En realidad es muy emocionante. Nunca había entendido antes que las reinas deben saber cómo matar. Debemos ser veneradas tanto con terror como con amor. Ese fue el motivo de mi caída. Me amaban mucho, pero yo no era terrible. Pero eso va a cambiar. Oh, sí, ahora lo veo. ¡Cuando regrese a la Gran Avenida, mi regreso será el amanecer de un día de sangre, terror y venganza! "

Su exultación por matar hizo que Parche se sintiera incómodo y no dijera nada. Ella lo siguió a través de un gran agujero en la base de la cerca de alambre, hacia un campo de hierba que era mucho más del agrado de Parche que el enmarañado yermo tras ellos, a pesar de que había edificios humanos al final del campo.

Al igual que en el Reino del Centro, los humanos habían erigido troncos de árboles de metal aquí, de los cuales colgaban luces parpadeantes. A diferencia del Reino del Centro, los humanos no se habían detenido ahí, porque las interminables y sinuosas franjas de tierra baldía que tallaban estas tierras humanas estaban rodeadas de árboles. Árboles de verdad, verdes y en crecimiento, pero también troncos de árboles muertos y cortados, perfectamente rectos. Y estos troncos muertos estaban conectados por una red interminable de cables que servía como un camino elevado.

Esos cables se hundían bajo el peso de Parche, su material tenía un tacto extraño bajo sus patas, y a veces emitían un zumbido inquietante que lo hacía sentirse mareado y nervioso, pero proporcionaban una ruta fácil a través de las franjas del páramo, muy por encima de las máquinas de muerte. Este camino elevado tenía tres niveles, dos hilos altos de alambres delgados y una capa inferior de alambres gruesos entrelazados con un cable tan ancho y fuerte como una rama de árbol de tamaño moderado. Zelina era lo bastante pequeña como para que le resultara fácil seguir a Parche incluso a través de los alambres más delgados. Ambos viajaron hacia el Este a través de grupos de edificios relativamente pequeños, divididos a intervalos regulares por franjas de páramo, con grupos de edificios más grandes aquí y allá.

"No me opongo a toda esta escalada de postes y cables", dijo Zelina después de un rato, "tiene un cierto atractivo acrobático, y las vistas debajo son innegablemente sorprendentes, pero sí pregunto, ¿cuál es tu objeción a caminar por las autopistas? "

"¿Las qué?"

Ella indicó la franja del páramo debajo de ellos. "Las autopistas".

"¡No podemos caminar sobre eso! Esos no son caminos. No para nosotros. Ni siquiera los humanos caminan sobre ellos. Hay máquinas de muerte".

"Automóviles", dijo Zelina.

"¿Disculpa?"

"No son ***máquinas de muerte.*** No hay nada mortal en un automóvil. De hecho, son extremadamente cómodos. Mis asistentes me han llevado en viajes en automóvil por autopista en varias ocasiones".

"¿Asistentes?", dijo Parche aún más confundido.

"Los humanos que me cuidan".

"¿Los qué de quién?"

"Recuerda que soy la Reina de Todos los Gatos", dijo Zelina. "Tengo una asistente humana que vive en mi casa para alimentarme y entretenerme y, en ciertas ocasiones, para mis viajes en automóvil, otros equipos de humanos la ayudan".

"¿Quieres decir que los gatos viven con los humanos? ¿Como los perros?"

"Por la luz de la luna, Parche, no como los ***perros,"*** dijo Zelina

mordazmente. "Los humanos sirven a los gatos como los perros sirven a los humanos. Y a veces, me temo, igual de ineptamente".

Su invocación de la luna hizo que Parche se sintiera incómodo. Pero aún sentía curiosidad. "¿Viviste con humanos? ¿En un edificio humano?"

"Vivía tan alto sobre la Gran Avenida que si la ventana estaba abierta y yo salía a las escaleras de metal y miraba hacia abajo, los automóviles de abajo no se veían más grandes que las hormigas".

"¿Dónde está la Gran Avenida?"

"Muy cerca de tu Reino del Centro, creo", dijo Zelina. "Nunca he realizado una visita real a tu rey, puesto que yo había estado constantemente ocupada con asuntos de estado, pero esa fue la impresión que obtuve de los otros gatos que a veces me visitaban en las escaleras".

"¿Alguna vez conociste ardillas allí?"

"No. Las únicas ardillas que he encontrado antes las vi en mis viajes en automóvil. Pero nuestras palabras se están distanciando del asunto que estoy tratando; Parche, hijo de Plata; y este es que creo que sería más rápido caminar por la autopista".

"Yo me quedo en el camino elevado. Tú puedes hacer lo que quieras".

Él siguió caminando. Zelina disminuyó la velocidad por un momento, pero luego le siguió.

"¿Dónde piensas dormir?", preguntó ella.

"Encontraré un árbol".

"Yo no puedo dormir en un árbol".

"Tú puedes dormir donde quieras", dijo Parche con impaciencia.

"¿Por qué no encontramos un modo de entrar a un apartamento?"

Parche deseó que ella dejara de usar palabras extrañas. "¿A un qué?"

"Uno de esos pequeños edificios. Un hogar humano".

"No pienso entrar en un edificio humano".

"¿Por qué no?", preguntó ella molesta.

"Porque no", dijo Parche. "Los humanos son peligrosos".

Él esperaba que ella se riera de esto y le explicara nuevamente que los humanos la servían, pero ella solo suspiró y dijo, después de unos momentos, "Tienes más razón de la que sabes".

Parche no entendió eso, pero al menos ella lo dejó en paz después de eso. Aprovecharon el tiempo caminando durante el resto del día y por la tarde el camino elevado de alambre pasó por delante de un arce. Parche se atiborró con tantos de sus dulces brotes que sintió la barriga un poco desequilibrada después, y tuvo que tener cuidado de no caerse del camino elevado.

Vigilante Del Agua

Eventualmente, cuando el sol estaba tan bajo que largas sombras se derramaban sobre el paisaje bajo ellos, Parche decidió que era hora de encontrar un drey para pasar la noche. Se arrastró por el camino elevado hasta una zona verde rodeada de varios de los edificios que Zelina llamaba ***apartamentos.*** Esta vegetación se subdividía en una docena de parcelitas de cercas altas, por las cuales Parche estaba muy agradecido, porque dos de estas parcelitas contenían perros. Los perros no notaron a la ardilla y a la gata porque los canes estaban a favor del viento y distraídos en algo que pasaba por una conversación entre perros:

"¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!"

"¡Yo también estoy aquí! ¡Yo también estoy aquí!"

"¡Este es mi territorio! ¡El mío y el de mi amo!"

"¡Este territorio es mío! ¡Lo guardo para mi amo!"

"¡No puedes entrar aquí!"

"¡Tú no puedes entrar aquí tampoco!"

Parche trepó una valla de madera, saltó de esta hacia un roble y encontró un hueco en forma de cuenco en la parte superior del tronco. El hueco estaba lleno de olores de ardilla recientes. Parche lo consideró un momento, luego siguió los olores más recientes más arriba en el árbol, hasta llegar a un drey. Había una ardilla dentro.

"¿Quién está ahí?", preguntó la ardilla desde el interior.
"Soy Parche, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles, del Reino del Centro", dijo Parche. "¿Quién eres tú que pregunta?"

"Soy Vigilante Del Agua, hija de Brillo, del clan Corredor, de la tribu Ciudad, del Reino del Océano."

"¿Te importaría que durmiera en tu árbol esta noche?"

"No hay problema. Dios mío, ¿de verdad eres del Reino del Centro?"

Vigilante Del Agua salió de su drey y miró a Parche. Ella era hermosa. Su pelaje relucía y sus ojos eran brillantes e inquisitivos. Parche notó de pronto su propia apariencia cicatrizada, manchada de sal, desgastada por el viaje y con grumos despeluchados. "Sí", dijo él. "Ha sido un viaje difícil".

Entonces Zelina, desde abajo, gritó alarmada: "¡Parche! ¡Socorro!"

Su grito fue seguido por dos fuertes inhalaciones caninas.

Y los perros comenzaron a gritar: "¡Gato! ¡Gato! ¡Gato! ¡Gato! ¡Lo mato! ¡Lo mato! ¡Lo mato! ¡Lo mato!"

"¿Esa gata te acaba de llamar por tu nombre?", preguntó Vigilante Del Agua.

"Sí", admitió Parche avergonzado. Consideró abandonar a Zelina a su destino. Luego suspiró y dijo: "Dame solo un momento".

La tenue luz roja hacía que fuera difícil ver lo que estaba sucediendo, por lo que Parche volvió a bajar para verlo más de cerca. Vio a Zelina parada en lo alto de la cerca de madera que pasaba justo por debajo del camino elevado y dividía la parcela de tierra en la que se encontraba el árbol de Vigilante Del Agua con uno de los perros ladrando.

"¿Qué pasa?", preguntó Parche sobre el estruendo de los perros. "Solo tienes que bajar".

"¡No puedo bajar por una pared!", Zelina apestaba a terror.

Parche recordó que los gatos no podían bajar escalando. "Entonces salta hasta el árbol".

"¡No puedo!"

Después de un momento, Parche entendió. Zelina podía ir ***a lo largo de*** la cerca de madera, de la misma manera que se había movido a lo largo del camino elevado todo el día; pero a diferencia de una ardilla, ella no era lo bastante ágil para girar, balancearse en la parte superior y saltar ***desde*** esta hacia otro lugar. Ella podía ir a lo largo de la pared hasta el final, pero no había nada al final, la cerca era más alta allí.

"Lo siento", dijo Parche. "No hay nada que yo pueda hacer".

"¡Lo mato! ¡Lo mato! ¡Lo mato!" Gritó el perro al otro lado de la valla, y Parche notó que estaba cargando mientras aullaba. El perro arrojaba su enorme cuerpo contra la valla de madera y Zelina comenzaba a balancearse de un lado a otro como una rama en la brisa. Sus garras perdieron su agarre en la cerca y ella cayó.

Por suerte para Zelina, cayó del lado de la cerca de Parche, en lugar del lado del perro. Su caída fue torpe pero aterrizó muy elegantemente sobre las cuatro patas. Antes de que Parche pudiera decir algo para disuadirla, ella había trepado al roble y estaba sentada a su lado.

"Casi me mato", dijo enojada. "Podía haber muerto. Podía haber sido asesinada y comida. Por un ***perro."***

"Así es la vida", dijo Parche.

Ella miró alrededor del roble. "¿Es aquí donde pretendes que durmamos?"

"Yo voy a dormir aquí. Pero tú siéntete libre de ..."

"Y pensar que estoy rebajada a esto. ¡La Reina de Todos los Gatos rebajada a dormir en un árbol, como un animal salvaje, como una

bestia común!"

Vigilante Del Agua dijo desde arriba, con una voz llena de perpleja hostilidad: "Parche, ¿esta gata está aquí contigo?"

Parche miró a la bella ardilla e intentó pensar en una excusa.

"Esta ardilla me está guiando de regreso a mi casa", dijo Zelina, "y si él sirve bien y fielmente será justamente recompensado".

Pasaron unos momentos de silencio, excepto por los ladridos de los perros.

Luego Vigilante Del Agua dijo fríamente: "Extranjera, en el Reino del Océano no nos juntamos con los gatos. Puedes quedarte aquí esta noche. Pero solo esta noche. Y no comas nada". Ella desapareció de vuelta a su drey.

Parche se giró y miró enojado a Zelina.

"Estoy muy cansada", dijo ella. "Te veré por la mañana".

Daffa

Cuando Parche despertó, Vigilante Del Agua se había ido y Zelina todavía estaba durmiendo. Parche se quedó junto a la gata durante un rato. Sabía que tenía que abandonarla y continuar solo. Aunque ella fuese la Reina de Todos los Gatos, solo estaba causando problemas y ralentizándolo. Pero fue con cierto remordimiento que él tomó el camino elevado a solas.

Su culpa no duró mucho. Tampoco su soledad. Porque antes de que el sol hubiera recorrido más de un cuarto de su camino hacia el cielo, Parche escuchó ruidos de ***tictictic*** detrás de él: las garras de Zelina en los cables del camino elevado.

"Muy considerado de tu parte dejarme dormir", dijo ella alegremente mientras lo alcanzaba.

Parche gruñó para sí mismo y siguió caminando.

El camino elevado conducía hacia el Este, igual que la costa conducía hacia el Norte. Se veía otra costa más al Norte. A través de las grandes aguas; y por encima de esa tierra, en el lejano Noroeste; se alzaban las montañas del Reino del Centro, tan distantes que parecían el recuerdo de un sueño. Parche y Zelina se acercaron lentamente a un cruce construido por humanos que se extendía a través de las grandes aguas a su izquierda. Cuando estuvieron a la altura, Parche le dio a ese enorme tramo de hormigón una sola mirada de búsqueda, y luego continuó hacia el Este.

"¿Qué estás haciendo?", preguntó Zelina.

"Las grandes aguas aquí son una ensenada", explicó Parche. "Si vamos en línea recta, con el tiempo podemos rodearlas".

"Podemos cruzarlas por encima ahora mismo. Hay un puente allí mismo".

"No podemos cruzar eso. Está lleno de máquinas de muerte".

"Automóviles", le corrigió ella. "Y no todo. Mira a la derecha".

Parche volvió a mirar y vaciló. Era cierto que en el extremo derecho del puente había un canalito de hormigón, demasiado estrecho para una máquina de muerte. Pero la idea de viajar por él hacía que se le erizara la piel. El hormigón era un páramo, algo que debía evitarse si era posible y solo atravesarlo si era necesario, no algo para ser utilizado como camino.

"No", dijo él.

"¿Estás loco? Esta ruta aérea ***se aleja*** de la ciudad. El puente va directo hacia ella".

Eso también era cierto. Pero... "Es una mala idea".

"¿Por qué?"

Parche buscó una respuesta. "Allí no hay lugar para huir. ¿Y si viene un perro? ¿O un halcón? Es un puente para humanos. No es para animales".

"Yo no tengo miedo".

"Yo voy por el camino elevado. Tú puedes hacer lo que quieras".

"Y así lo haré", dijo Zelina. "Cruzaré por ese puente".

"De acuerdo".

Parche siguió su marcha solo.

Había visto un comportamiento muy extraño desde que había entrado en las tierras humanas. Al observar las franjas de hormigón a continuación, había notado por primera vez de que los humanos

realmente montaban ***dentro*** de las máquinas de muerte, y se preguntó cómo las dos especies habían llegado a tal acuerdo. Había visto humanos corriendo por la calle, oliendo a sudor y a terrible agotamiento, aunque no perseguían ni eran perseguidos por nada. Pero lo que encontró poco después de abandonar a Zelina era mucho más peculiar que cualquiera de esas cosas.

Lo que Parche vio, mientras estaba sentado perplejo en un cable elevado, era un humano con piel oscura, de pie él solo en la parte superior plana de un edificio y balanceando una gran rama de árbol partida a su alrededor en círculos lentos. Mientras lo hacía, en el cielo sobre él una bandada de cientos de palomas volaba en círculos alrededor de ese edificio, a la misma velocidad y dirección que la rama humana. De hecho, parecía que esa rama se extendía invisiblemente hasta que conectarse con la bandada, y como si el humano los sujetara como perros con correa, controlaba sus movimientos. Mientras volaban, los pájaros cantaban algo que sonaba como ***"Cabuti, cabuti, cabuti".*** Parche solo pudo concluir que todos se habían vuelto locos.

Una de las palomas se alejó un poco de la bandada y se detuvo sobre el cable no muy lejos de Parche.

"¿Qué estáis haciendo?", le preguntó él en Pájaro a la paloma.

"Oh, Dios mío", la paloma jadeó. "Oh, Dios mío, pensé que me iba a morir. Solo fui a mirar, pero luego entré en la bandada y pensé que me iba a morir".

"¿Quién eres?" preguntó Parche esperanzado. Esta paloma no parecía loca.

"Soy Daffa. ¿Quién eres tú?"

"Soy Parche, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles, del Reino del Centro", dijo Parche.

"Cielo Santo, si que estás lejos de tu casa, ¿no?"

"¿Has oído hablar del Reino del Centro?"

"Yo soy del Reino del Centro", dijo Daffa. "Vine aquí volando. ¿Cómo has llegado tú aquí?"

"No creo que conozcas a un halcón llamado Karmerruk".

Daffa se apartó dos asustados brincos de Parche. "¿Está él aquí?"

"No", dijo Parche. "Hice un trato con él, pero me engañó y me dejó aquí, y él volvió volando al Reino del Centro".

Daffa pareció aliviado.

"¿Conoces a un arrendajo azul llamado Toro?", preguntó Parche.

"No creo".

"¿Vas a volver al Reino del Centro? ¿Puedes encontrarlo y entregarle un mensaje mío?"

"¿Puedes decirme dónde está?", preguntó Daffa.

Parche lo consideró. "No exactamente. Pero puedes preguntar por ahí ..."

"No se me da bien recordar cosas como los mensajes", admitió Daffa. "En realidad solo puedo recordar caras y lugares. Puedo ir exactamente a cualquier lugar donde haya estado. Pero eso de los mensajes, olvídalo. Un gran gato me dijo una vez que enviara un mensaje. Él había aprendido Pájaro como tú. Yo olvidé el mensaje, pero puedo volver al gran gato cuando quiera".

"¿Un gato aprendió Pájaro?", preguntó Parche intrigado. "Pensé que los gatos comían pájaros".

"Es que este gato era diferente".

"¿Por qué viniste aquí?", preguntó Parche.

Daffa bajó la vista y suspiró. "Estoy buscando mi casa".

"¿Buscando tu casa? Pero pensé que podías ir exactamente..."

"Sí. Yo tampoco lo entiendo", dijo Daffa con tristeza. "Yo tenía dos casas. Si iba a una, los humanos me ataban una cinta a la pierna y yo volaba a la otra, donde me quitaban la cinta y me daban una comida maravillosa. Era muy divertido. Pero un día me dejé llevar por una gran tormenta. Y cuando regresé, ya no pude encontrar ninguna casa. La tormenta debe de haberme confundido".

"¿Cuándo sucedió esto?", preguntó Parche. Él no recordaba ninguna tormenta reciente.

"No lo sé. No se me da bien medir el tiempo tampoco. Pero cuando fuese que ocurrió, desde entonces he estado volando buscando mi hogar. Por eso estoy aquí. Luego vi la bandada y fui a ver qué estaban haciendo. ¡Pero toda la bandada está loca!"

"¿Qué están diciendo? ***Cabuti, cabuti, cabuti,*** ¿qué significa eso?"

"No significa nada".

"Yo estoy volviendo al Reino del Centro". Parche pensó que un pájaro sería un compañero mucho más útil que un gato. "¿Quieres venir conmigo? Podemos buscar tu casa juntos".

"No podemos ir juntos. Yo vuelo y tú te arrastras".

"¡Yo no me arrastro!" Dijo Parche indignado. "Camino y corro".

Daffa se encogió de hombros, como indicando que él no veía la diferencia. "Además, vas por el camino equivocado. Te conviene cruzar ese puente de allí atrás. Si vas por este camino, llegarás al nido de los rocs. Ese no es un lugar para nadie, pájaro o terrestre."

"¿Rocs?" Parche nunca había escuchado esa palabra antes.

"Pájaros gigantes de metal tan grandes como montañas. Hacen un ruido horrible, vuelan más rápido que el viento y se comen pájaros más pequeños. O cualquier otra cosa que se les ponga delante. Y siempre están ***terriblemente*** hambrientos".

A Parche no le gustaba nada como sonaba eso.

"Bueno, buena suerte, ardillita", dijo Daffa. "Tal vez vaya a visitarte algún día si te veo. ¿Cómo has dicho que te llamabas?"

"Parche, hijo de Plata, del clan Buscador..." comenzó a decir Parche, pero Daffa ya había comenzado a volar hacia el cielo.

El Puente de la Autopista

Parche continuó adelante, pero no había ido muy lejos antes de reducir la velocidad y detenerse. Por mucho que odiara admitirlo, Zelina tenía razón. Este camino elevado ***se alejaba*** del Reino del Centro. Los rocs de Daffa sonaban a un obstáculo mucho mayor que un canal de hormigón sin máquinas de muerte. Y aunque el riesgo de halcones y perros en el puente era real, también era pequeño.

Parche suspiró, dio medio vuelta y volvió trotando. Alcanzó a Zelina justo cuando ella estaba realizando un incómodo y complejo descenso desde el camino elevado, un descenso que involucraba dos árboles, una casa, una pared y varias chismes construidos por humanos bajo dicha pared. Parche simplemente bajó corriendo directamente por uno de los troncos de los árboles muertos del camino elevado y se unió a ella.

"Me alegra ver que has vuelto en tí; Parche, hijo de Plata", dijo ella. "Sígueme".

Tenían que cruzar dos de las franjas del páramo (que Zelina llamaba ***autopistas)*** para llegar al puente, pero eso no fue un problema, había pocas máquinas de muerte y menos humanos alrededor. Una vez en el borde del puente, Parche quiso esperar y examinar el terreno, pero Zelina siguió moviéndose. Después de solo un momento de vacilación, Parche la siguió. No quería cruzar este puente solo.

Él se había acostumbrado a la sensación del hormigón debajo de sus patas, pero su abrumadora urgencia era alejarse de este páramo, no viajar por este. Una vez que estuvieron en el canalito, que tenía paredes de hormigón que se elevaban a ambos lados del suelo de hormigón, Parche sintió que el terror comenzaba a desgarrar su

mente. Las paredes eran demasiado altas para saltarlas y demasiado escarpadas para trepar. Lo único que podía ver o sentir era hormigón. Sus músculos temblaban de miedo, quería volver atrás y correr por su vida, pero Zelina seguía adelante; de hecho ella se paseaba distraídamente hacia adelante. Parche se centró en ella, en su vista y aroma, y siguió su rastro exactamente, respirando con dificultad, tratando de no entrar en pánico.

El puente se arqueaba sobre las aguas como un arcoíris. Habían pasado su cresta cuando Parche vio y olió a dos humanos que se acercaban. Entornó los ojos y se obligó a continuar. Los humanos se detuvieron en seco, como asustados. Mientras Parche y Zelina pasaban a toda velocidad, los humanos observaban muy de cerca y parloteaban ruidosamente entre ellos con sus extrañas voces. Parche no creía haber estado tan cerca de un humano antes. Al menos estos no iban acompañados de un perro.

Estaba más concentrado en su entorno que en su destino, y el final del puente fue una sorpresa. De pronto, la pared a su derecha era de alambre, no de hormigón, y la hierba verde yacía más allá. Parche saltó la verja de inmediato. Zelina continuó a lo largo del hormigón, hasta que, sobre lados opuestos de la cerca de alambre, ambos llegaron al extremo del poste de un camino elevado humano.

Al principio, su alivio por haber sobrevivido al cruce fue una pura delicia, sin comparación de comida o bebida. Pero mientras Parche avanzaba ese día, comenzó a preguntarse cómo y por qué su vida se había vuelto tan extraordinariamente desesperada que se veía obligado a atravesar un puente yermo. Comenzó a pensar en el Reino del Centro y en cómo era que él se encontraba tan lejos de su hogar. Y pronto esos pensamientos se volvieron sombríos y vengativos.

Porque no podía evitar sacar una terrible conclusión. Le habían traicionado.

¿De qué otra manera, se preguntó él, podría haberlo encontrado Karmerruk y capturado en aquel cerezo? Sí, los ojos de un halcón podrían haber visto el parche blanco en la frente de Parche, pero ¿cómo había sabido Karmerruk dónde mirar? Escasamente había pasado tiempo entre la muerte de Saltador y la captura de Parche.

¿Había sido mala suerte que Karmerruk hubiera visto a Parche tan pronto? ¿Además de la mala suerte de que todas las nueces de la tribu Copas de los Árboles hubieran desaparecido de la tierra?

Cuanto más reflexionaba, más se daba cuenta de que ambos misterios podían ser respondidos y explicados con un solo nombre.

Olisqueador.

Olisqueador, que había desaparecido a solas antes de que él, Tiritón y Parche hubieron salido hacia el Prado. Olisqueador, que nunca tenía hambre en invierno. Olisqueador, el único de la tribu Copas de los Árboles que tenía suficiente comida para darle a su amigo Tiritón. Olisqueador, que incluso desde lo alto de un árbol podía encontrar nueces enterradas ... y que podría, durante el invierno, haber guiado a las ardillas de la tribu Prado hasta todas las nueces desaparecidas de Copas de los Árboles. Olisqueador, que podría haber guiado a las ratas hasta Saltador ... y hasta Plata. La idea de una ardilla conspirando con las ratas contra otras ardillas habría sido impensable si Parche no hubiera visto a Ojorrojo entre las ratas.

Parche sabía que no debía seguir carcomiéndose por lo que había pasado. Debía intentar estar agradecido de que Karmerruk le hubiera salvado la vida y pensar solo en su viaje a casa, en lugar de pensar en lo que haría cuando tuviera éxito. Pero en lo único que podía pensar mientras caminaba por ese camino elevado de alambre, mientras el viento crecía salvaje y las nubes oscuras comenzaban a asomarse sobre él, era la terrible traición que lo había llevado a la ruina a él, a su familia y a su tribu; y en lo mucho que quería venganza.

Refugio para la Tormenta

El camino elevado progresaba hacia el Norte, hacia las montañas visibles en el horizonte, a lo largo de una ancha y concurrida autopista, pasando por casas y humanos debajo. El viento se había hecho tan fuerte que Parche y Zelina tenían que tener cuidado de no ser arrancados del cable. El cielo hacia el Noreste estaba ocupado con máquinas voladoras humanas, del tipo que no batían las alas, elevándose y cayendo a la tierra. Parche se preguntó si esos serían los rocs de Daffa. Ciertamente eran lo bastante aterradores. Los rugidos distantes que seguían a estos por el cielo hacían que Parche sintiera como si un búho o un halcón estuviera volando en círculos por encima, listo para atacar.

El cielo se oscureció; pero el día aún no había terminado. Esta era una oscuridad de nubes de tormenta, no de la puesta del sol. Parche y Zelina acababan de abandonar el área de los edificios humanos y entraban en un gran desierto, separado en dos por la autopista bajo el camino elevado, cuando comenzaron a caer las primeras e inmensas gotas de lluvia. Pronto se hizo evidente que tenían que encontrar refugio. Este viento y lluvia los barrerían del camino elevado si se quedaban.

El desierto de abajo no era como ninguna parte donde Parche hubiera estado. Su suelo era húmedo y fangoso, atravesado por estanques, arroyos y riachuelos, denso con árboles y arbustos y lleno de pequeñas enredaderas. Por encima de esta densa maleza había árboles que él no conocía, con corteza blanca y pelada, delgados troncos verticales y una profusión de cortas y delgadas ramas horizontales. Estas ramas facilitaban relativamente el descenso de Zelina, pero no se extendían y solapaban como las ramas de olmos, arces y robles. Había otros árboles más allá de los blancos, árboles extraños cuya corteza se había despegado en su mayoría, revelando madera pálida debajo como huesos bajo la piel; pero estos eran pocos en número y, aunque hubieran formado un camino elevado, el clima habría vuelto este intransitable. Los animales tenían que encontrar refugio en el suelo.

No había hojas en los arbustos para bloquear la lluvia. Mientras Parche y Zelina se abrían paso entre las zarzas y arbustos, la lluvia fluía por las ramas y caía sobre ellos, y el suelo debajo se iba volviendo más húmedo y embarrado a cada latido. La lluvia hacía que los olores de los animales se levantaran como fantasmas de la tierra, y mientras ambos corrían buscando refugio, Parche olió a ratón, a ardilla, a rata, a ardilla, a mapache, a rana, a tortuga, a innumerables pájaros ... y a otra cosa. Algo que le puso la cola de punta. Algo que definitivamente era un depredador.

El cielo destelló con luz y se escuchó un sonido como el de un árbol rompiéndose en dos, y el aire mismo se sacudió.

"¡Oh, esto es terrible, terrible!", se lamentó Zelina.

"¡No hay nada aquí!", gritó Parche. Tuvo que gritar para ser escuchado por encima del ruido de las ramas que se agitaban en el viento. Para entonces, Parche se sentía completamente miserable. "¡Tendremos que quedarnos debajo de los arbustos!"

"¡No! ¡Mira! ¡Por allá! "

Parche miró y no vio nada.

"¡Sígueme!", gritó Zelina antes de ponerse en marcha a toda carrera. Eso era lo único que Parche pudo hacer para seguirla, primero a través de más arbustos, luego a través de una inmensa zona de césped. Él estaba convencido de que estaban completamente perdidos y medio convencido de que la tormenta había enloquecido a Zelina, cuando de repente emergieron en el borde de una piscina de agua dulce tan grande que Parche no podía ver el otro lado. Un inmenso árbol caído se extendía hacia este estanque. Y el suelo debajo del tocón volcado de este árbol era cálido y seco.

Ya había tres ardillas refugiadas bajo el tocón, junto con dos grandes pájaros, feos y malolientes, que Parche no reconoció. Él siguió a Zelina hasta el suelo maravillosamente seco. Las otras ardillas retrocedieron con miedo al ver a Zelina.

"Soy Parche, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los

Árboles, del Reino del Centro", dijo Parche. Después de un momento, agregó a regañadientes: "Y esta es mi amiga, la Reina de Todos Los Gatos".

Él esperaba presentaciones completas, pero las ardillas no dijeron nada, solo lo miraban. Parche suspiró y miró a Zelina, que se estaba limpiando. Supuso que ella era el problema. Pero él no habría encontrado este refugio ni cruzado el puente sin ella.

"¿De dónde vienes?", susurró una de las ardillas con voz llena de miedo.

"Del Reino del Centro".

La ardilla retrocedió un poco más, casi hasta la cortina de lluvia. "¿Pero cómo llegaste aquí?"

"Desde el Reino del Océano".

"Este es el Reino del Océano", dijo otra ardilla.

"Entonces, desde las tierras del Sur, cruzando las aguas".

"¿Qué sabes de los monstruos?", exigió la tercera ardilla con enojo.

Parche parpadeado. "Monstruos? ¿Qué monstruos? "

"Los monstruos que cazan cerca de nuestras casas", dijo la primera. "Mataron a mi compañero. Lo llevaron hasta el cielo y lo mataron".

Parche no entendía. "¿Te refieres a halcones? ¿Búhos?"

"Nos referimos a monstruos", dijo la tercera ardilla. "Crecen entre los árboles y nos capturan desde suelo con largas garras de metal como enredaderas. Nos sacaron de nuestros sueños y nos metieron en este pantano, donde debemos vivir como ratas".

"No sé nada de esos monstruos. Yo solo intento volver al Reino del Centro. ¿Quiénes sois vosotros?"

Un poco menos suspicaces ahora, las ardillas se presentaron como Patas Traseras, Garra Rota y Caminante del Barro.

"Cuidado con el páramo", dijo Caminante del Barro. "Los monstruos cazan cerca de allí. Y también hay zorros".

"¿Qué es un zorro?", preguntó Parche.

"No quieras saberlo".

Parche pensó en el olor a depredador que había notado antes y se preguntó si había sido el de un zorro o el de un monstruo.

"Debes quedarte aquí fuera en los pantanos", dijo Garra Rota.

"Acabamos de llegar del páramo", dijo Parche. "Bueno, desde el camino elevado sobre el páramo, y no vimos ningún monstruo. Ni zorros".

"Tuviste mucha suerte", dijo Patas Traseras, la ardilla que había perdido a su compañero por los monstruos.

"Disculpen", dijo Parche en Pájaro a los pájaros grandes, feos y malolientes. "¿Saben algo sobre los monstruos por aquí? ¿Con largas garras de metal?"

"Lo siento", gruñó uno de ellos. "Somos nuevos por aquí".

"Di, tú hablas bien Pájaro", siseó el otro. "¿Has visto algo muerto?"

"¿Disculpe?"

"Cuerpos muertos. Cadáveres. Fresco sería mejor, pero nos conformamos con gusanos y podredumbre si es necesario, llevamos volando durante días para llegar aquí".

"No, lo siento", dijo Parche.

El primer pájaro miró a Parche con curiosidad. "¿Qué hay de tí? ¿Como te sientes? ¿Enfermo? ¿Débil? ¿Febril? ¿Muriendo?"

"Me siento bien, gracias".

"Lástima. ¿Qué hay de tus amigos?"

"Estoy seguro de que también están bien".

Las aves suspiraron y se giraron hacia el agua.

Entonces la cabeza de un reptil se levantó de las aguas poco profundas al borde del estanque. Esta parecía maleza en el extremo de un tallo, emergiendo de un gran caparazón mayormente oculto por el agua.

"Discúlpeme, joven ardilla", dijo la tortuga en excelente Pájaro, "¿podría dedicarme un momento?"

Viejo

Parche había visto muchas tortugas antes en el Reino del Centro, pero nunca una tan grande como esta, y nunca una que hablara Pájaro.

La tortuga dijo: "Tal vez le haya entendido mal, mi Mamífero es bastante atroz, pero ¿no acaba de decir usted que era Parche, del Reino del Centro?"

"Sí", dijo Parche.

"Muy interesante. ¿Cuánto tiempo hace que dejó el Reino del Centro? ¿Conoce la guerra que se desata en su casa? "

Parche miró a la tortuga. "¿Guerra?"

"Guerra", repitió la tortuga. "Hay una ardilla, mis informes la llaman Ojorrojo, que se ha declarado a sí misma el verdadero rey del Reino del Centro, y que lidera la tribu Prado, los números en sus filas aumentan debido a los rebeldes contra el Rey Espino. Ya ha habido varias pequeñas batallas en estos últimos días, y docenas de muertes, y hay rumores de extrañas alianzas".

"¿Ojorrojo se proclama como rey?" Parche se sorprendió. "¿Cómo lo sabes? ¿Has estado allí? "

La risa de la tortuga fue seca y alegre. "Oh, no, joven Parche. Nunca en toda mi vida he dejado estas marismas".

"Entonces, ¿cómo...?"

"Conversación", dijo la tortuga. "Las aves vuelan hasta estas marismas desde el Reino del Centro, desde el Reino de la Locura, desde el Reino Oculto, incluso desde los imperios a través de las grandes montañas, incluso desde los imperios al otro lado del océano, y de vez en cuando hablo con ellas. ¿Por qué?, uno podría decir que me traen informes. Y hay poco que esté oculto a los ojos de los pájaros. Solo el Reino de

Abajo. Últimamente, Parche, hijo de Plata, los pájaros me traen noticias de cosas extrañas y terribles. Hablan de una enfermedad que se propaga entre todas las aves del mundo".

Parche apenas escuchaba. "Nunca ha habido guerra en el Reino del Centro".

"La hubo, pero no por mucho tiempo. No desde antes de la segunda venida de los humanos y el ascenso de las montañas".

"¿El ascenso de las montañas? Las montañas siempre han estado allí".

"Oh, no", dijo la tortuga. "Recuerdo haber mirado hacia el Oeste desde estas marismas y no ver montañas en la distancia, joven Parche. Antaño solo había naturaleza. Y un día solo naturaleza permanecerá".

Parche miró a la tortuga. "¿Cuantos años tienes? ¿Quién eres tú?"

"Muy viejo. ***Muy*** viejo. Lo bastante viejo como que me llames Viejo a secas. Pero no soy el más viejo. Hay otro tan viejo como yo, uno con quien ya te has encontrado".

"¿Qué? ¿Quién?"

"Mi más antiguo amigo. Mi más antiguo adversario. Creo que te lo volverás a encontrar".

"No entiendo", dijo Parche.

"Ninguno de nosotros está destinado a entenderlo todo, joven Parche. Pero tengo algo que decirte que espero que entiendas. Un consejillo. Escucha con atención. Abandona siempre a tus enemigos y nunca abandones a tus amigos".

"De acuerdo", dijo Parche aún más confundido.

"La lluvia se está deteniendo", dijo la tortuga, y de hecho lo estaba. "Tú y Zelina tenéis prisa. Tenéis un largo camino por recorrer y poco tiempo para viajar si no queréis llegar demasiado tarde".

"¿Demasiado tarde para qué?", preguntó Parche. "¿Y cómo sabes su nombre?"

Pero Viejo ya había desaparecido nuevamente en el agua.

Monstruos

En el camino de regreso al camino elevado, Zelina encontró un nido de petirrojos que había sido arrastrado por el viento, y mientras la madre petirroja miraba impotente, la gata lo destrozó con avidez y devoró todos los huevos. Parche pensó en los bebés petirrojos que lo habían acogido y enseñado Pájaro, y trató de no mirar. Había gusanos por todo el suelo, como siempre después de la lluvia, y él se comió varios. No le gustaba su sabor a lodo, ni la forma en que se retorcían en su boca, pero al menos le llenaban la barriga.

"¿Crees que hay monstruos de verdad cerca de la autopista?", preguntó Zelina cuando terminaron de comer.

"No lo sé. Pero sé que esas ardillas estaban asustadas." Parche lo consideró. "Volvamos siguiendo nuestros propios olores, solo para estar seguros".

Volvieron hacia la autopista rastreando su camino. Parche pensó en la noticia de que la guerra había llegado al Reino del Centro. Eso apenas sonaba posible. Guerras entre tribus, ardillas matando ardillas, eso simplemente no sucedía, excepto que sucedía; Parche lo había visto él mismo. Había visto, horrorizado, cómo Ojorrojo y las ratas habían devorado vivo a Señor Saltador. Pero ¿cómo había convencido Ojorrojo a todas las otras ardillas del Prado para ir a la guerra? No había rencor entre el Prado y la Rambla, ni entre ninguna de las tribus del Reino del Centro. Las tribus eran como los nombres; útiles como etiquetas, pero no significativas en reladidad.

Parche nunca había pensado realmente en tribus, ni siquiera en la suya, hasta que Penacho se había enterado de que era posible jurar por otra tribu. Se preguntó por qué la idea lo había horrorizado tanto. Nunca había significado nada para él ser un miembro de las Copas de los Árboles. Siempre había preferido estar solo, hasta ahora. Ahora lo único que quería era regresar entre las ardillas que conocía. Una cosa es preferir ser solitario cuando sabes que eres parte de una tribu, eso es completamente distinto a estar verdaderamente solo.

Los cables del camino elevado estaban a la vista cuando Parche, abriéndose paso con su olfato más sensible, se detuvo de repente.

"¿Qué pasa?", preguntó Zelina.

Parche dijo nerviosamente: "Creo que huelo a zorro. O a..."

Dejó la palabra ***monstruo*** sin pronunciar y avanzó un par de tentativos pasos. El camino elevado estaba muy cerca, pero el olor a depredador definitivamente se estaba volviendo más fuerte. El viento estaba arremolinándose después de la tormenta y Parche no podía saber en qué dirección provenía el olor, excepto que recientemente había estado entre ellos y la autopista ... y que ahora podría estar en cualquier parte.

"Iremos hacia el Sur, hacia las tierras humanas", dijo Parche en voz baja. "Mantén los ojos y los oídos abiertos, son mejores que los míos".

Zelina estuvo de acuerdo. El olor a depredador disminuía a medida que avanzaban hacia el Sur, pero no desaparecía. Parche trató de ir al Oeste hacia el camino nuevamente, pero el olor se intensificaba otra vez. Continuaron hacia el Sur.

"Hay algo detrás de nosotros", dijo Zelina con voz tensa. "Se mueve en los arbustos. Algo más grande que nosotros".

Parche sabía que las tierras humanas no estaban muy lejos. Si podían alcanzar la cerca en la frontera sur del desierto estarían a salvo.

"¡Corre!", dijo él.

Tanto él como Zelina corrieron hacia el Sur tan rápido como pudieron. Corrieron tan rápido que cuando Parche olió el fuerte olor a metal debajo de sus patas, ya era demasiado tarde. Lo siguiente que supo fue que estaba colgado boca abajo en el aire, y su pata trasera izquierda estaba rodeada por un anillo de agonía. La tierra estaba encima de su cabeza, rebotando vertiginosamente más cerca y luego más lejos. Parche gritó de dolor, miedo y confusión. Cuando miró hacia abajo,

vio su pata trasera atrapada en un apretado lazo de alambre brillante. El cable colgaba de una rama que se balanceaba lentamente arriba y hacia abajo. "¡Socorro!", le gritó a Zelina. "¡Ayúdame!"

Zelina miró hacia el Norte, hacia los susurros y luego hacia el Sur, donde la cerca que marcaba el límite del desierto era visible a través de los árboles.

"Oh, lo siento, Parche", dijo Zelina con voz temblando de emoción. "No sé cómo ayudarte. Y hay algo terrible que viene. Puedo olerlo".

"Por favor," le suplicó Parche.

"Lo siento mucho", dijo Zelina antes de dar dos pasos hacia el Sur y... una rama voló alto en el aire con un destello plateado de metal, y Zelina también colgaba boca abajo de un lazo de alambre, indefensa y gritando.

Parche intentó luchar, pero todo movimiento solo apretaba más el alambre alrededor de su pierna. El dolor era horrible. La sangre le goteaba por la pata sobre el cuerpo. Estar al revés lo mareaba y apenas podía entender las cosas que veía. Vio movimiento, algo atravesando al revés los árboles, pero fue solo por su olor que él entendió que se trataba del zorro.

"Oh, feliz día de delicias colgantes", dijo el zorro, y había una carcajada en su voz, y su boca estaba llena de dientes brutalmente afilados. "Oh monstruos leales, oh gravedad fiel, habéis hecho vuestro trabajo muy bien".

"Estos no son tus monstruos", logró decir Parche, aunque era difícil hablar al revés. "Esto es obra humana".

"Esto es obra humana", coincidió el zorro, "pero obran para mí. Ellos me traen trampas y yo les asusto conejos aterrorizados, ardillas estúpidas y gatos tontos. Y luego mi cena flota en el aire ante mis ojos".

"¡Suéltame!", gritó Zelina. "¡Soy la Reina de Todos los Gatos!"

"¿De verdad lo eres, oh, bocadito balanceándose en la brisa? Bueno, su majestad, me siento graciosamente honrado de conocerla por tan breve tiempo. Permítame presentarme también. Soy Talis, el zorro hambriento, y tengo la triste noticia de que entre la realeza y el hambre, no hay real competencia".

"Eres una bestia vil que debería haber sido dado como alimento a tus hermanos y hermanas", siseó Zelina. "Eres tan repulsivo que la luna llora al verte si alguna vez te atreves a girar tu despreciable cara hacia el cielo. ¡Conspiras con ratas y reptiles, copulas con cucarachas y cuando otros zorros te huelen, te expulsan de sus guaridas!"

Parche vio un destello de metal desde el suelo entre el zorro y la gata, y comprendió.

"De acuerdo", dijo Talis, "Tú mueres primero".

Él corrió hasta Zelina; y una rama saltó hacia arriba, arrastrando un cable a su paso; y de repente Talis también colgaba en el aire, colgando de su pata delantera, aullando de sorpresa y dolor. Al ver tal propia agonía vertiginosa, Parche sintió cierta satisfacción mortal.

Pero para cuando llegaron los humanos, esa satisfacción se había disipado mucho tiempo atrás. Para entonces ya era de noche, y Parche ya no podía sentir su propia pata.

III. EL REINO OCULTO

Jaulas

El humano agarró a Parche con una mano envuelta en material grueso que olía ligeramente a piel de animal muerto. Parche estaba demasiado débil y delirante para luchar. Solo tembló cuando su pata atrapada fue liberada de la trampa y él fue empujado hasta el interior de una jaulita de alambre. Zelina y Talis recibieron similar trato. Los humanos, eran tres, tomaron cuidado extra con Talis y hablaron entre ellos durante un rato después de enjaular a Zelina.

La jaula de Parche era lo bastante grande para albergar tres o cuatro ardillas. Estaba hecha de una fina malla de fuerte alambre. La pared que se había abierto para permitirle entrar había sido cerrada posteriormente por un pequeño dispositivo humano hecho de metal, pero esta se sacudió un poco cuando Parche fue pasado dentro de su jaula por encima de la verja de alambre hacia otro humano, quien a su vez colocó a Parche en la parte posterior de una máquina de muerte durmiente. El interior apestaba a dolor y miedo animal.

Las jaulas estaban apiladas, Zelina encima de Parche encima de Talis. Después de un tiempo, la máquina de muerte se agitó y comenzó a moverse. Parche se enroscó alrededor de su pata herida y se lamió la sangre de la herida. No podía pensar, sentía su mente como atrapada en el barro, esta no tenía sentido del tiempo ni del lugar, solo del terror. Una pequeña sensación comenzó a filtrarse de nuevo en su pata, pero esa sensación era agonía.

En cierto momento la máquina de muerte se detuvo, su espalda se abrió y los humanos tomaron una docena de jaulas vacías. Poco después las jaulas fueron devueltas. La mayoría ahora contenía conejos, pero también había dos ardillas, y una encarcelaba a un perrillo tan pequeño que apenas era más que un bebé. El perrillo se quejó y gimoteó durante el resto del viaje. Los otros animales permanecieron en silencio.

Parche no se durmió tanto como se alejó del mundo.

Cuando volvió a ser consciente de su entorno, ya no estaba en una máquina de muerte. Estaba dentro de un espacio enorme y oscuro que olía abrumadoramente a sangre. No había cielo arriba, solo metal y ladrillo. Había perros en la lejana sombra. Sus voces eran terribles, pero Parche no podía entender lo que decían. La jaula de Parche era parte de un muro construido a tres o cuatro jaulas de altura y no sabía desde hacía cuánto tiempo. Todas las jaulas estaban ocupadas por animalitos, en su mayoría conejos, pero en medio del espeso miasma de sangre, dolor y olores de miedo, distinguía los aromas de al menos media docena de ardillas. Zelina estaba ahora debajo de él y Talis arriba.

"¿Qué ha pasado?", le susurró a Zelina. "¿Dónde estamos?"

"No lo sé", susurró ella. "Oh, me duele tanto la pata que ni siquiera puedo estar de pie".

Parche intentó ponerse de pie y descubrió que sí podía, pero el dolor de hacerlo era tan insoportable que rápidamente se dejó caer sobre la barriga. Comenzó a lamer la sangre de su garra y pata, tratando de limpiar la herida.

Algo se movió cerca de las jaulas. Una rata.

"Pronto también cenaremos con vuestra sangre", dijo la rata a los animales en las jaulas, y chirrió sonoramente una carcajada.

Otras ratas, docenas de ellas, emergieron de agujeros en los muros detrás de la pared de las jaulas, y se deslizaron rodeando las jaulas hacia el centro de la habitación, hacia los olores de sangre más fuertes.

"¿Qué es este lugar?" preguntó Parche débilmente. "¿Qué le ha pasado al cielo?"

"Estamos dentro de un edificio", dijo Zelina. "Yo nunca antes había estado en una habitación tan grande".

Parche jadeó al comprender. En realidad estaba ***dentro*** de una

montaña humana. Como estar en un drey dentro de un árbol. Los humanos los habían capturado, enjaulado y llevado al interior de una montaña. Pero ¿por qué?

La respuesta no se hizo esperar. Luces brillantes parpadearon en el techo, luces que parpadeaban tan rápido que a Parche pronto le causaron dolor de cabeza. Las ratas huyeron a la oscuridad, fuera del inmenso espacio revelado por la repentina iluminación, un hueco tan grande que podría haber abarcado varios árboles grandes si hubieran caído, es decir, aunque la longitud y el ancho de la habitación eran muy grandes, el techo era más bajo que la altura de un árbolillo. La cercanía de este muro entre Parche y el cielo lo ponía aún más nervioso y asustado.

Había más jaulas más lejos en el lado opuesto de la habitación. Pero esas jaulas eran mucho más grandes y contenían perros gruñones y esclavizados, excepto una que contenía ... otra cosa, algo muy grande. En el centro de la habitación, filas de bancos rodeaban una verja de alambre circular. Esta cerca a su vez encerraba un espacio abierto desde el cual se levantaba el olor a sangre. La sangre era realmente visible, emborronaba con manchas oscuras el suelo.

Los humanos comenzaron a entrar, muchos de ellos, hasta que los bancos estuvieron llenos. Dos de ellos fueron a las jaulas para perros y sacaron a dos de los perros, sujetándolos con correas de metal sólido. Los perros se gruñeron el uno al otro cuando fueron conducidos al centro de la habitación:

"¡Ruega! ¡Lloriquea! ¡Sangra! ¡Muere!"

"¡Te como la carne! ¡Te como el corazón! ¡Me bebo tu sangre! ¡Te roeré los huesos!"

Una vez liberados dentro de la verja, los perros lucharon entre sí hasta que uno resultó gravemente herido y el otro casi muerto. Durante la batalla, los humanos saltaban por ahí, se gritaban unos a otros y chillaban de júbilo. Finalmente, los humanos separaron a los combatientes y los arrastraron de vuelta a las jaulas.

Otro perro salió de las jaulas. Este era el perro más grande que Parche

había visto nunca, tan grande como los dos humanos que lo condujeron al espacio de muerte. Este se pavoneaba con confianza entre las manchas de sangre, gritando: "¡Mato! ¡Mato! ¡Mato! ¡Mato!"

Y de repente el perro grande se quedó en silencio.

Los dos humanos habían abierto otra puerta de la jaula, la que conducía a la cosa extraña que no era un perro. Era, increíblemente, un gato. Parche nunca había soñado que hubiera gatos tan inmensos en este mundo. Los animales más grandes que había visto eran los caballos que a veces arrastraban a los humanos por el Reino del Centro. Este gato parecía casi tan grande como un caballo. Sus dientes eran tan grandes como la cabeza de Parche. Su pelaje era naranja y negro. Mientras acechaba por la sala con gracia musical, su aroma flotaba en el aire, un aroma ardiente y febril de furia salvaje. Era completamente diferente a todo lo que Parche había olido alguna vez, excepto, posiblemente, el olor de aquel extraño perro en el Reino del Centro, el día que había viajado a las montañas.

"Oh, Dios mío", Zelina respiró debajo de él. Estaba de pie en su jaula para ver mejor, olvidando el dolor en su pata. "¡Oh, él es hermoso como la luna!"

Cuando la cosa gatuna entró en el espacio de muerte, el enorme perro gimió y se encogió pegado al suelo. Un humano pinchó al perro con un palo y se escuchó un crujido y el olor a relámpago. El perro se puso de pie de un salto, gritando de dolor y rabia, y comenzó la batalla. Los gritos y aullidos de los humanos no duraron mucho. La cosa gatuna le arrancó la garganta al enorme perro, se plantó en el espacio de muerte y comenzó a comer. Los humanos miraban eso tan atentamente como habían mirado la batalla.

Finalmente, la mayoría de los humanos salieron de la sala. Los dos que quedaban caminaron hacia las jaulitas, y muchos de los animales en el interior comenzaron a aullar y debatirse de terror, y todas las jaulas temblaron con su miedo desesperado. Los humanos tomaron muchas de las jaulas, quizás una quinta parte de ellas, y las llevaron cruzando la habitación; y mientras Parche observaba con horror sin palabras, los animalillos más pequeños fueron depositados en las jaulas para perros. La mayoría de los perros no perdieron el tiempo y mataron y

empezaron comerse a los conejos y ardillas, pero varios parecían haber aprendido y disfrutaban atormentando a sus víctimas, y se demoraron en sus muertes por algún tiempo.

Los humanos atraparon a la cosa gato con correas de acero y lo llevaron de regreso a su jaula. Luego dividieron los harapos de carne empapados de sangre, que era lo único que quedaba del adversario de la cosa gato, y alimentaron a los perros enjaulados con esos restos. Cuando los humanos salieron de la habitación, las luces se apagaron. Parche estaba solo en su jaula, en la oscuridad, rodeado de los aterrorizados gemidos de los animales a su alrededor y los distantes gruñidos de los perros.

El Dispositivo

"Mañana morirás", susurró una rata desde la oscuridad, despertando a Parche de un sueño largo y cargado de pesadillas. "Mañana todos vosotros moriréis y roeremos los fragmentos de vuestros huesos".

"Cierra la boca y lárgate, comedor de inmundicia", murmuró Parche casi sin pensarlo.

"Cierra la boca tú, ardilla. Tienes suerte de estar en una jaula, o en nombre del Rey de Abajo, te mataríamos ahora nosotros mismos".

"No existe el Rey de Abajo", dijo Parche haciendo memoria y eco de las palabras de Karmerruk. "El Rey de Abajo es un mito".

Jadeos de furiosa consternación resonaron con docenas de voces de ratas en la oscuridad alrededor de las jaulas.

"¡Por tu blasfemia deberías morir de la enfermedad de la sangre negra!", dijo una rata enojada. "¡Deberían arrancarte la piel mientras aún vives!"

"El Rey de Abajo es tan real como lo será tu muerte mañana", dijo otro hábilmente, para aprobación general de las ratas.

"¿Cómo lo sabes?", preguntó Parche. "¿Lo has visto? ¿Qué aspecto tiene? ¿A qué huele?"

Al principio no hubo respuesta y Parche pensó que había ganado la discusión.

Entonces una rata dijo con reverencia: "Señor Hocico lo ha visto".

Parche se sacudió de sorpresa. "¿Hocico del Reino del Centro?"

"No existe el Reino del Centro. El Reino del Centro es un mito", dijo la rata inteligente. Las otras ratas vitorearon con aprobación su ingenio.

"Solo hay un reino, el Reino de Abajo, y sus caminos y ríos pasan debajo de todo el cascarón que llamas mundo. ¡Pronto nuestros ejércitos se levantarán del Reino de Abajo y ninguna ardilla volverá a hablar del Reino del Centro, ya que no quedará ninguna para recordar ese nombre!"

Las ratas vitorearon. Parche se calló y comenzó a lamerse una vez más la pata herida, que había sanado un poco durante la noche. No tenía sentido discutir con ratas. Lo que tenía que hacer era descubrir cómo escapar. Era cierto que escapar parecía imposible, pero si no encontraba el camino, en poco tiempo él y Zelina serían alimento para perros salvajes.

Una lucecita antinatural se vertía y se extendía hacia la habitación desde el techo, lo suficiente como para iluminar la malla de alambre de la jaula de Parche. Un extremo de su jaula, el extremo lejos de la pared que apuntaba hacia el espacio de muerte y los perros, estaba ligeramente suelto, y se movió cuando Parche lo empujó. Esta pared suelta también estaba adornada con una cosilla humana hecha de metal. Parche empujó con más fuerza, pero estaba claro que la fuerza por sí sola no iba a romper la jaula. Parche suspiró y buscó otros animales a su alrededor. Quizá entrara algún pájaro, un pájaro lo bastante fuerte como para cargar con una jaula en sus garras. No era una gran esperanza, pero parecía ser lo único que tenían.

"Debemos encontrar una manera de abrir el dispositivo", dijo Zelina.

Parche la miró. "¿Qué dispositivo?"

"El dispositivo que mantiene cerrada la jaula. Ese dispositivo de metal". Señaló a la cosilla de metal que también pendía suelta en la pared de su jaula. Se parecía a la de Parche, justo en la esquina entre dos paredes. "Hay una forma de abrirlo. Así es como los humanos nos meten y nos sacan".

Las patas de Parche eran lo bastante pequeñas como para caber a través de la malla de alambre de la jaula. El dispositivo era como un lazo metálico desde el cual se extendía una barrita de metal. La barrita estaba conectada a uno de los tubos que formaban el marco de la jaula, y el lazo rodeaba parte de la malla de alambre, evitando que la

jaula se abriera. Una pequeña perilla sobresalía de la barrita. Parche empujó el dispositivo con sus patas, y este se movió un poco, pero no se liberó. Parche lo olisqueó, pero solo había un olor fuerte y puro a metal. No entendía la afirmación de Zelina de que aquello mantenía cerrada su jaula, pero ella había vivido entre humanos y conocía sus costumbres.

"Tendrás que usar ambas patas", dijo una voz desde arriba.

Parche se sobresaltó por la sorpresa y miró hacia arriba. Los ojos agudos e inquisitivos de un zorro le devolvían la mirada. Su mirada cambió hacia el dispositivo en la pared de la jaula de Parche.

"Usa una pata para mantenerlo quieto", explicó Talis, "y con la otra pata engancha la pequeña parte que sobresale y sácala del resto tirando".

Parche no lo entendió. Talis repitió lo que había dicho y Parche se esforzó mucho por entenderlo, pero es que su cerebro no podía convertir en imágenes, y luego en movimientos, lo que Talis había descrito con palabras.

"Tendrás que hacerlo tú mismo", dijo Parche.

"No puedo. Mis patas son demasiado grandes para pasar por la jaula. Gata, ¿tú lo entiendes?"

"Quizá", dijo Zelina dudosa.

Ella extendió las patas hasta las barras de su jaula e intentó manipular el dispositivo. Hubo un sonido de raspado, de pronto apareció un espacio en el lazo de metal y Parche se puso rígido de emoción, pero luego, con un fuerte clic, el espacio se desvaneció.

"¡Casi lo tienes!", dijo Talis. "Una vez que está abierto, solo tienes que sacarlo de la jaula tirando. ¡Hazlo de nuevo!"

Zelina lo hizo. Lo hizo al menos una docena de veces. En repetidas ocasiones logró abrir un hueco en el lazo de metal, pero eso mantenía ocupadas sus dos patas, y en cuanto intentaba hacer algo más con el

dispositivo, este se cerraba de golpe.

"Es inútil", dijo ella frustrada. "Los humanos tienen diez dedos. Yo solo tengo dos patas delanteras. Una sostiene, otra abre, pero me tendría que crecer una tercera pata delantera para sacarlo de la jaula. No hay esperanza".

"Espera", dijo Parche.

Avanzó hacia el frente de su jaula, y tras varios intentos, siguiendo el ejemplo visual que Zelina acababa de establecer, logró agarrar el aro de metal del dispositivo con una pata, estirar su otra pata sobre la protuberancia de metal y tirar de la protuberancia fuera del lazo, abriendo un espacio.

"Admirablemente hecho, pero ¿y ahora qué?", preguntó Zelina. "Tú también tienes solo dos patas delanteras".

Parche respondió agitando su larga y orgullosa cola. Luego acurrucó su cuerpo tanto como pudo, arqueó la cola sobre su cabeza y, estremeciéndose con la tensión en los músculos de la cola, logró usar la punta de la cola como una pata para sostener el lazo de metal en su lugar.

"¡Excelente!", gritó Talis.

Parche abrió el lazo con una pata y extendió la otra, pero no sabía qué hacer con ella. Podía ver el dispositivo donde estaba y podía imaginarlo donde quería que estuviera, fuera de la jaula en lugar de con un hilo de malla de alambre atrapado en su lazo, pero no podía imaginar el movimiento requerido.

"No sé qué hacer", se lamentó Parche.

Talis dijo: "Cierra los ojos". Parche lo hizo. "Ahora tira un poco del dispositivo hacia atrás. Eso es. Ahora a la izquierda. Un poco más. Ahora empújalo hacia adelante".

Parche perdió el control sobre el dispositivo, este se cerró de golpe y Parche gritó consternado al abrir los ojos. La puerta de su jaula estaba

abierta.

"Oh, Parche, ¡bien hecho!", gritó Zelina.

Y luego, a su alrededor, docenas de voces jadearon de sorpresa, esperanza y anticipación. Muchas de esas voces pertenecían a los animales en las jaulas. Muchas más pertenecían a las ratas circundantes.

Promesas De Libertad

La luz era tan tenue y el olor a animales y sangre tan denso que Parche no pudo contar la cantidad de ratas alrededor de las jaulas; pero sabía que tenían que ser docenas, y tal vez más, tal vez todo un ejército de ratas. La apertura de la puerta de su jaula ya no parecía una brillante victoria. Las ratas no podían trepar como las ardillas o los gatos, pero con tiempo encontrarían un camino hacia la jaula abierta. Y si Parche intentaba escapar o si descendía para abrir la jaula de Zelina, lo rodearían como un enjambre y se lo comerían vivo.

"Libérame, ardilla", dijo Talis, "y te protegeré".

Parche miró al zorro encima de él. Talis estaba embutido en su jaula. Era tan grande como un perro pequeño y tenía los dientes afilados de un depredador. Se necesitaría un valiente grupo de ratas para cargar contra un zorro y las ratas no eran famosas por su coraje. Pero se necesitaría una ardilla muy estúpida para liberar a un zorro que ya había intentado matarla y comérsela una vez.

"Jura por la luna que me protegerás", dijo Parche. "Y que nunca volverás a atacar a una ardilla".

"¡Eso es indignante!", gritó Talis.

"Ni a un gato", sugirió Zelina.

"Ni a un gato", coincidió Parche.

"¡No juraré ni eso ni nada por la luna!", dijo Talis.

"Entonces los perros te atraparán".

"Entonces las ratas te atraparán a ***ti.***"

"Me atraparán de todos modos si te dejo libre sin juramento a la luna",

dijo Parche.

Talis frunció el ceño. Parche no dijo nada. Se necesitaba un considerable autocontrol no decir nada, ya que varias ratas ya se habían agrupado fuera de la jaula de Zelina, inmediatamente debajo de la suya, y estaban chillando mientras sondeaban la malla de alambre, tratando de encontrar un camino hasta la jaula abierta de Parche. Por suerte las ratas se estorbaban unas a otras, pero Parche sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que descubrieran cómo llegar hasta él.

"Eres un duro negociador, para ser una ardilla", dijo Talis.

"Gracias".

"Ni siquiera conozco vuestros nombres".

"Mi nombre es Parche, hijo de Plata", dijo Parche, "y mi amiga es Zelina, Reina de Todos los Gatos".

Talis suspiró larga y sonoramente.

Luego declaró: "Juro por la luna que yo, Talis, protegeré a Parche, hijo de Plata y a Zelina, Reina de Todos los Gatos". Sus ojos brillaban y su cuerpo temblaba mientras hablaba. Todos los animales en las jaulas; incluso las ratas que rodeaban las jaulas, incluso los perros al otro lado de la habitación; se callaron y dejaron de moverse. "Y juro por la luna que nunca más atacaré a una ardilla ni a un gato".

Fue Parche quien rompió el asombrado silencio. "Entonces vamos a sacarte de aquí".

Abrió la puerta de su propia jaula y trepó por la malla de alambre hasta la puerta de la jaula de Talis. Tuvo que posarse con sus patas traseras, y el dolor de su pata herida lo hizo gemir, pero con fuerza desesperada, Parche logró abrir el dispositivo que sellaba la jaula de Talis. Estuvo a punto de caerse de la puerta cuando esta se abrió, pero él trepó y subió a la parte superior de la jaula de Talis. Su pata herida le dolía como el fuego.

Talis salió de la jaula como el agua que brota de una fuente. El aire se llenó de los aterrorizados chillidos de las ratas cuando el zorro comenzó a merodear entre ellas, matando con colmillos y garras. Si el ejército de ratas hubiera trabajado en grupo, podrían haber invadido a Talis y haberlo reducido a un esqueleto en un abrir y cerrar de ojos, pero la primera oleada de asaltantes de tal enjambre habría sido asesinada por el zorro antes de que Talis quedara superado, y ninguna rata estaba dispuesta a morir ni a sacrificarse por el bien de sus compañeras. En su lugar, huyeron al interior de las paredes, a los espacios escondidos y túneles del Reino de Abajo.

Cuando Parche liberó a Zelina, un coro de súplicas comenzó a surgir de todos los demás animales enjaulados: "¡Sálvanos! ¡Sácanos, por favor! ¡Libéranos, abre nuestras jaulas!"

La pata de Parche le dolía mucho, y sabía que subir a todas aquellas jaulas y abrirlas sería una gran esfuerzo, pero no podía dejar a las ardillas compañeras aquí para que se las comieran los perros. Uno a uno, lenta y dolorosamente, abrió los dispositivos que mantenían cautivas a las ardillas y las dejó salir a la habitación.

Los conejos golpeaban contra las paredes de sus jaulas, diciendo:

"Sácanos, por favor, ¡por favor! Sácanos, por favor, por favor, ***¡por favor!*** " Parche nunca había pensado mucho en los conejos, que no eran ni muy brillantes ni muy elocuentes. Sentía pena por estos, pero no tenía la fuerza para liberarlos a todos.

Para su sorpresa, vio a Talis en una jaula a nivel del suelo, jugando diestramente con el dispositivo que encerraba a un conejo. La jaula se abrió, el conejo salió botando con un grito de alegría, y Talis rápidamente lo mató y comenzó a comerse sus restos. Parche hizo una mueca de empatía. Los otros conejos jadearon de horror.

"No juré no atacar a los conejos", dijo el zorro entre bocados.

"Deberíamos irnos", dijo Zelina. "Los humanos pueden regresar. Las ratas pueden regresar con un líder".
"Ella tiene razón", dijo una de las ardillas recién liberadas.

"Solo un momento", dijo Talis con la boca llena de carne de conejo.

Entonces una voz profunda y palpitante resonó por la habitación. Vino del otro lado, de las grandes jaulas, y ahogó a los perros que habían comenzado a gruñir de consternación.

"Por favor", dijo. "Por favor, si tenéis piedad en vuestros corazones, ayudadme".

Siva

Zelina comenzó a cruzar corriendo la habitación.

"Zelina, ¿qué estás haciendo?" gritó Parche horrorizado, pero ella no se detuvo. Después de un momento, él corrió tras ella con la intención de interceptarla antes de que llegara a las grandes jaulas, pero para sorpresa de Parche, ella podría correr mucho más rápido que él. Cuando la alcanzó, ya estaba en frente a la jaula del inmenso gato que yacía enrollado miserablemente en el suelo.

"¿Quién eres?", preguntó Zelina. "¿Qué eres?"

"Mi nombre es Siva", fue la respuesta, "y soy un ***tigre.*** ¿Quién eres tú?"

"Mi nombre es Zelina".

Parche, quedando un poco detrás de ella, aprobó su omisión diplomática de "Reina de Todos los Gatos". No parecía correcto implicar a un aterrador gato lo bastante grande como para comerse a un humano que era en cierto modo un inferior social, aunque este estuviera dentro de una jaula hecha de barras de acero del tamaño de ramas de árboles y sellada por varios dispositivos. mucho más grandes y sólidos que con los que habían encarcelado a Parche y a Zelina.

"Te ruego que envíes un mensaje de mi parte", dijo Siva. "Te ruego que encuentres a mi hermano humano y le lleves una bola de cristal. Eso le dirá que estoy vivo".

Parche se sorprendió por esta solicitud extraordinaria, pero Zelina pareció tomarlo con calma. "¿Dónde podemos encontrar a tu hermano humano?" Preguntó ella.

"Todo lo que sé es que estará entre animales, porque es un gran

hombre ***cabuti*** ."

"¿Un gran qué?", preguntó Zelina.

La palabra activó una memoria en Parche. "¿Alguna vez le pediste a una paloma que lo encontrara? ¿De nombre Daffa?"

Siva volvió su mirada hacia Parche, y Parche tembló bajo su fuerza e inmensidad.

"Sí", dijo el tigre. "De vez en cuando las palomas encuentran un modo de entrar en esta habitación y yo les encargo esa misión. Aprendí a hablar Pájaro hace mucho tiempo en las selvas en las que crecí. Pero me temo que las palomas olvidan mis palabras tan pronto como encuentran el cielo".

"Creo que he visto a tu hermano humano en el Reino del Océano", dijo Parche. "¿Su piel es oscura? ¿Le siguen las bandadas de palomas?"

Siva se puso de pie de un salto, bufando de emoción, y Parche retrocedió encogido.

"¡Sí!", dijo Siva. "Sí, es él! ¡Debes encontrarlo de nuevo! ¡Debes llevarle una bola de cristal!"

Parche dijo: "No puedo volver al Reino del Océano. Tengo que ir a casa. Lo siento"

"Por favor. Por favor, ardillita. Te lo ruego. ***Por favor."***

Parche tragó saliva y dijo: "Cuando pueda, después de llegar a casa, intentaré que un pájaro lleve tu mensaje. Eso es todo lo que puedo decirte. Lo intentaré".

Después de un largo momento, Siva dijo: "Gracias, ardillita. Tus palabras me dan esperanza. He pasado tanto tiempo en este lugar de jaulas y matanzas que incluso la esperanza es un regalo sin medida. Por favor recuerda, ardillita. Recuerda y haz lo que dices que harás".

"Lo intentaré", dijo Parche de nuevo.

Se sintió aliviado cuando finalmente dejaron al tigre en su jaula, se reunieron con Talis y las ardillas liberadas, y comenzaron a buscar una salida fuera de la montaña.

Criaturas De La Noche

La salida atravesaba la esquina destrozada de un trozo de vidrio colocado a altura humana en una pared de ladrillos. Zelina llamaba al vidrio una *ventana.* Los ladrillos de la pared, y especialmente el mortero entre los ladrillos, eran lo bastante desmenuzables para el agarre de las zarpas de una ardilla, y lo bastante fuertes para sostener el peso de esta. Zelina también pudo subir a la ventana. Pero Talis tuvo que quedarse atrás, atrapado en el suelo.

"Lo siento, Talis", dijo Parche. "Te ayudaríamos a escapar si pudiéramos".

"No finjas culpa, Parche, hijo de Plata", se quejó Talis. "Además de haberme cortado una pierna y haberme hecho hacer ese juramento. No te preocupes por mí. Nadie necesita preocuparse por los zorros. Siempre sobrevivimos. Sé por los olores por qué puerta entrarán los humanos. Cuando entren, saldré corriendo. Y mientras tanto hay conejos para comer".

"No olvides tus juramentos", dijo Zelina.

El zorro descubrió sus dientes. "Debería, y lo haría si pudiera, Reina de Todos los Gatos. Ahora desapareced antes de que esta bilis que saboreo se convierta en veneno".

Parche tuvo que maniobrar con cuidado para evitar cortarse con el cristal roto. El suelo exterior era un campo de hormigón irregular débilmente iluminado por unas pocas luces humanas, rodeado de pequeñas montañas. El viento era frío y olía a óxido y a productos químicos, sin siquiera rastros de árboles o hierba, pero Parche lo absorbió como si fuera el viento más alto del cielo. Había escapado del horrible lugar de muerte, estaba una vez más bajo la luna. Y las estrellas, porque era la noche más profunda.

"Tenemos que encontrar refugio", dijo temerosa una de las otras ardillas liberadas.

"Sí", dijo Parche. "¿Conoces este reino?"

"No."

"¡No podemos quedarnos a hablar! ¡Tenemos que encontrar refugio ahora. Es de noche!" Exclamó otra ardilla, y esta hizo coincidir sus acciones con sus palabras girando la cola y corriendo. Las otras ardillas siguieron su ejemplo hasta que solo Parche y Zelina se quedaron. Parche estaba temblando de los nervios.

"¿Qué te pasa?", preguntó Zelina perpleja. "¡Hemos escapado!"

"Es de noche. Tenemos que encontrar refugio".

"¿Qué pasa con la noche? Yo a menudo me quedo en las escaleras de metal fuera de mi palacio por la noche a mirar la luna".

Parche dijo: "¡Por las lechuzas!".

Era por algo más que las lechuzas. Las ardillas temen la noche por la ceguera que trae, por sus vientos fríos y por las ratas y mapaches que emergen y merodean entre su oscuridad nativa. Pero, sobre todo, temen a las lechuzas, a las asesinas mortales e implacables que navegan silenciosamente por el cielo nocturno, invisibles e indetectables, capaces de ver en la oscuridad y desde lejos el movimiento del ratón, de la ardilla o de la rata, y luego abalanzarse y atacar y matar y llevarse la presa, dejando nada más que oscuridad y silencio a su paso. Era un artículo de fe entre las ardillas del Reino del Centro que una expedición nocturna conduciría a la muerte por una lechuza. Y eso no estaba tan lejos de la verdad; porque docenas de lechuzas flotaban todas las noches entre la ciudad y las estrellas, volando despacio en círculos buscando presas.

"Tenemos que encontrar refugio", repitió Parche.

"Hay un camino elevado", dijo Zelina y, de hecho, a través de la llanura de hormigón había un tronco cortado del que colgaban unos

cables.

"No", dijo Parche. "Tenemos que permanecer fuera de los lugares abiertos, cerca de las paredes, en las sombras".

"Creo que tu miedo es extraño", dijo Zelina, pero sonaba nerviosa y no protestó más.

Parche abrió el camino a lo largo de la montaña que los había contenido, olfateando el aire, con la esperanza de encontrar algún olor a árboles. Pero no había nada. Solo olores humanos.

"Tiene que haber un árbol en alguna parte", dijo Parche desesperadamente.

"Podemos refugiarnos en el suelo", sugirió Zelina.

"En tierra las ratas nos encontrarán. Debemos subir a un árbol".

"Escaleras de metal".

"¿Qué?", preguntó Parche.

"Allá". Ella le indicó una especie de celosía metálica que se aferraba a la pared de un edificio al otro lado de la llanura de hormigón. "¿Ves esa rama del camino elevado que se conecta justo al lado? Podemos saltar encima. Ninguna rata nos alcanzará allí. Y el metal mantendrá alejados a las lechuzas".

"No se parece en nada a un drey", objetó Parche. "Está abierto por todos lados. Y es humano. Es de ***metal."***

"Yo he de pasar mi noche en las escaleras de metal, lo que te aseguro que es apto para una reina, aunque alguna ardilla desaliñada los considere de alguna manera insuficientes e indignos", dijo Zelina altivamente. "En cuanto a ti, te deseo suerte encontrando un árbol antes de que una lechuza te encuentre".

Zelina corrió hacia el camino elevado, manteniéndose cerca de las

paredes y hacia las sombras como Parche había sugerido. Después de un momento, Parche suspiró y corrió tras ella. Ambos corrían sobre tres patas, cuidando de sus extremidades heridas. Su viaje fue lento pero no fueron atacados. Las escaleras de metal eran frías, resbaladizas y desagradables al tacto, y aunque Parche tenía que admitir que era poco probable que una lechuza intentara descender a través del enrejado de barras a ambos lados de las zigzagueantes escaleras, aún se sentía sin protección. Estaba exhausto, pero durmió poco.

Ciudad De Clanes

Parche se despertó con el sol. Dejando a Zelina dormida, subió lentamente a la parte superior de las escaleras de metal y de ahí al tejado donde estas se abrían. El tejado era plano, blanco y salpicado de metálicos objetos tamaño humano que sobresalían. Parche saltó hacia la corta pared de ladrillos en el perímetro del techo y miró a su alrededor.

Su corazón se hinchó, pues vio las enormes montañas que rodeaban el Reino del Centro, tan cerca que borraban un arco considerable del cielo occidental. Había temido que los humanos lo hubieran llevado lejos de su hogar; en cambio, lo habían acercado mucho más. Parche comparó lo que veía con lo visto en el cielo mucho tiempo atrás desde las garras de Karmerruk y pensó que estaba a solo un día de viaje del río que bajaba por la costa oriental de la isla del Reino del Centro. No sabía cómo iba a atravesar ese río, pero después de haber cruzado un puente, confiaba en encontrar un modo.

El área que lo rodeaba era un asombroso laberinto tridimensional de caos y construcción humana. Había otros edificios, anchos, planos y bajos, como en el que estaba ahora. Había innumerables verjas de alambre rematadas por hilos de espinas. Había decenas de automóviles dormidos. Había autopistas y parcelas de hormigón con grietas y agujeros y, en algunos lugares, las autopistas se cruzaban una encima de otra, formando extensiones y túneles de hormigón. Incluso las paredes de un río estrecho y fangoso en la distancia media eran de hormigón. Un enorme puente de metal cruzaba ese río. Había caminos elevados en postes y cables, pero eran escasos y desconectados, brotes aislados que pasaban entre edificios o a lo largo de autopistas solo hasta una cierta distancia, en lugar de cubrir todo el territorio humano como una gran telaraña al estilo de los caminos elevados del Reino del Océano.

En la distancia, cruzaba el estrecho río la máquina más grande que Parche había visto pasar. Parecía una docena de jaulas metálicas de paredes sólidas unidas, y gemía, chillaba y aullaba mientras se movía,

y luces tan brillantes como el sol parpadeaban desde donde sus pies con ruedas se encontraban con los rieles de metal sobre los que viajaba.

"¡Luna en los cielos!", gritó Zelina detrás de él. "¡Tu cola!"

Sorprendido, Parche volvió corriendo a las escaleras de metal. Zelina estaba despierta y no sola. Había una extraña ardilla en las escaleras de metal con ella. Zelina había arrinconado inadvertidamente a la ardilla, a quien estaba examinando cuidadosamente. Faltaba un tercio de la cola de la ardilla.

Parche había visto esto antes, por supuesto. Las ardillas son capaces, cuando son atrapadas por un depredador o tal vez atrapadas por un árbol que cae, de separar parte de sus colas para escapar. Esto no se hace a la ligera; la cola de una ardilla, además de actuar como timón, parasol y manta, es la gloria suprema de su belleza y vanidad.

"¡Vete!", dijo la ardilla asustada. Zelina no era más grande que una ardilla, pero seguía siendo una depredadora.

"¿Qué has hecho con Parche?", demandó Zelina.

"Estoy aquí", dijo Parche desde lo alto de las escaleras, y luego, a la ardilla, "Lo siento, no te preocupes, no pasa nada, ella es una amiga."

La ardilla miró suspicazmente a Zelina, y aún más suspicazmente a Parche, y preguntó: "¿Y tú quién eres?"

"Soy Parche, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles, del Reino del Centro", dijo Parche. "¿Quién eres tú que pregunta?"

"Soy Meneíto, hijo de Trepador, del clan Buscador, del Reino Oculto".

Parche lo miró con curiosidad. "¿De qué tribu?"

"No tenemos tribus en el Reino Oculto. Solo clanes".

"¿Dices que eres del clan Buscador?"

"¿Y dices *tú* que eres del clan Buscador?"

Las ardillas se miraron asombradas. Las ardillas heredaban el clan de su padre y la tribu de su madre, por lo que había miembros del clan Buscador entre las cuatro tribus del Reino del Centro. Pero Parche nunca había imaginado que podría tener hermanos y hermanas de clan fuera del Reino del Centro.

"¿Por qué no tenéis tribus?", preguntó Parche.

"El Reino Oculto no es como el Reino del Centro o el Reino de la Colina. No tenemos un gran bosque. Estamos demasiado dispersos para tener tribus".

"Si no tenéis bosque, ¿dónde vivís?"

"Vivimos aquí", dijo Meneíto. "Vivimos en lo que ves".

"¡Pero no hay árboles! ¿Donde duermes? ¿Qué comes?"

"Ven y te lo mostraré".

Meneíto saltó al techo del edificio, y caminó por la pared que era su borde. Parche lo siguió, intrigado, y Zelina siguió a Parche.

"¿Tiene que venir la gata?", preguntó Meneíto.

Indignada, Zelina respondió: "¡Para que lo sepas, soy la Reina de Todos los Gatos!"

Meneíto suspiró, pero no protestó más. Los condujo siguiendo un zarcillo de camino elevado hasta una hilera de edificios conectados con tejados inclinados. Había algunos cerezos que crecían en la autopista ante estos edificios, pero eran como los árboles en las montañas, escuálidos y desconectados entre sí, con solo un pequeño cuadrado de tierra alrededor de sus troncos. Aún así, estaban empezando a florecer, y la boca de Parche se hizo agua; las flores de cerezo no llenaban mucho, pero estaban sabrosas.

"¿Podemos parar y comer?", preguntó él.

"Te llevaré a la comida de verdad", le aseguró Meneíto. "¿Ves la cima de este edificio? Mi drey está ahí".

"¿Tu drey está en un edificio humano?", preguntó Parche asombrado.

"Ven a verlo".

El tejado del edificio estaba construido con tejas hechas por el hombre y en su cima algunas tejas se habían caído, revelando un hueco con paredes de madera en el interior. El drey de Meneíto estaba cubierto de hojas y papeles y parecía muy cálido y confortable.

"Tengo dos hermanos de clan en esta calle también", dijo Meneíto. "Todos somos del clan Buscador por aquí. Te los presentaré si los veo. ¿Te gustaría comer?"

"Oh, sí, por favor", dijo Parche.

"Sígueme".

Los tres tomaron el camino elevado que cruzaba la autopista hacia un gran edificio con tejado plano. El aire aquí era cálido y olía maravillosamente a comida. Meneíto y Parche descendieron por un poste hasta una estrecha franja de hormigón entre edificios. Zelina, como siempre, tuvo que encontrar su propio camino lento hacia la superficie, con muchos saltos tambaleantes desde el edificio hasta el camino elevado, hasta la verja de alambre y hasta una enorme caja de metal oxidada y maloliente en el suelo entre los edificios. Ella todavía era desgarbada, pero Parche pensó que ahora estaba mejorando en los descensos, con práctica.

"Por lo general, aquí hay buena comida", dijo Meneíto. Condujo a ambos hasta un montón de vainas negras arrugadas y brillantes, olisqueó, seleccionó una, abrió un agujero del tamaño de una ardilla con sus afilados dientes y desapareció dentro. La vaina se retorcía y temblaba mientras Meneíto se movía dentro de ella, y luego emergió.

"¡Bagel multigrano mohoso!", dijo alegremente. "¡Delicioso!"

Parche siguió a Meneíto al interior de la vaina de semillas, y aunque algo dentro olía fatal, los trozos de comida que encontró eran realmente maravillosos. Cuando salió, Meneíto miraba con recelo a Zelina y al gorrión muerto que ella se estaba comiendo.

"Ella solo come pajaritos y ratones", le aseguró Parche.

"Mi madre siempre me decía que nunca te fíes en un depredador", dijo Meneíto sombríamente.

"¿Cómo perdiste la cola?"

Meneíto suspiró. "Un perro en un parque. Yo estaba enterrando una nuez, qué estúpido de mi parte, tenemos suficiente comida aquí sin nueces incluso en invierno, pero no pude evitarlo. Yo estaba a favor del viento y había tantos ruidos humanos alrededor ..."

Parche hizo una mueca de empatía.

"A algunas de las hembras no les importa", dijo Meneíto mirando con tristeza su muy reducida cola. "O eso es lo que dicen. Pero cuando las persigo no me dejan atraparlas. Supongo que tú no tienes problemas al perseguirlas".

Parche no quería hablar sobre persecución. "Necesito llegar a casa en el Reino del Centro. ¿Sabes cómo podemos cruzar el río hacia las montañas?"

Meneíto lo consideró. "Hay puentes. Pero son para humanos. Y los halcones viven en las torres del puente. Nunca he oído que una ardilla lo haya cruzado".

Parche no quedó disuadido por esa noticia. Desde que había abandonado el Reino del Centro, había hecho muchas cosas que nadie había oído hablar de una ardilla. La perspectiva de una más no le perturbaba particularmente.

El Borde del Agua

Pero en cada uno de los varios días que siguieron, el ancho río que separaba a Parche y Zelina de la isla del Reino del Centro parecía ser más grande e intransitable. Ayudados por Meneíto, que compartía el entusiasmo que Parche había tenido una vez por la exploración, y por los amigos de Meneíto, Olfato Rápido y Voltereta Hacia Atrás, recorrieron la costa Este del río. Se movían por los caminos del cielo y los tejados y, a veces, audazmente, cruzaban autopistas. Descansaban

en las franjas y plazas de vegetación y árboles llamadas

parques que parecían dispersas aleatoriamente entre las autopistas de hormigón y los edificios de las tierras humanas. Comían nueces y brotes de esos árboles; sobras caídas debajo de las mesas y bancos detrás de esos edificios llenos de alimentos donde los humanos iban a comer; comida descartada junto con otros desperdicios de los humanos en las bolsas de basura que Parche había considerado alguna vez como vainas de semillas. Bebían agua de lluvia que se acumulaba en los tejados y en sus canaletas.

Se encontraron y hablaron con otras ardillas, algunas de ellas hermanos de clan, la mayoría de otros clanes. Al igual que Meneíto y sus amigos, estas vivían en pequeños grupos y se unían en grandes cantidades solo para la temporada de apareamiento. Los perros ladraron con frecuencia a Parche y a Zelina desde ventanas y autopistas. Ambos vieron varios gatos desde la distancia, pero Zelina no estaba ansiosa por ponerse en contacto con ninguno de sus súbditos. Explicó que, dado que había sido traicionada, depuesta y exiliada, no estaba dispuesta a permitir que las noticias de su regreso se extendieran antes del momento oportuno. Una vez, a altas horas de la noche, mientras buscaban un drey temporal lo bastante grande para todos ellos, pasaron muy cerca de varios mapaches, y todos se congelaron de miedo, pero los mapaches simplemente se burlaron de ellos y continuaron sin mediar palabra.

En cuanto a las aves, aparte de las masas habituales de palomas,

vieron un número asombroso de cornejas, en grupos lo bastante grandes como para que, cuando se posaban en un árbol, a menudo había más pájaros que ramas. Meneíto, Olfato Rápido y Voltereta Hacia Atrás estaban tan sorprendidos como Parche y Zelina; tales congregaciones de cornejas eran desconocidas. Parche intentó hablar con varias de ellas, pero las cornejas eran bruscas, de ojos severos y hostiles. Por lo general, simplemente se iban volando sin decir una palabra; y si hablaban, nunca era más que para decir "Cállate, terrestre. Aléjate y deja de darme la murga".

Parche nunca había visto ni oído hablar de cornejas en tales números. Pero claro, sucedían muchas cosas de las que él nunca había oído hablar antes. Guerra en el Reino del Centro, según Viejo. Ojorrojo trabajando con ratas, y quizás también Olisqueador. Pensó en la inteligente rata que había hablado sobre Señor Hocico y en los ejércitos de ratas, y en los rumores que Karmerruk había escuchado, rumores de cosas extrañas y terribles. Se preguntó si todas podrían ser ciertas, si todo el mundo estaba cambiando y si estaba sucediendo algo horrible.

Pero no, se tranquilizó a sí mismo. Todas aquellas rarezas y rumores eran solo coincidencias y parloteos. Tal vez hubiera una guerra en el Reino del Centro, era difícil no creer nada de lo que Viejo había dicho, pero seguramente se resolvería pronto. No podía imaginar que tal conflicto durara mucho. Las tribus pronto encontrarían una manera de resolver sus diferencias.

En el Reino Oculto no podría haber tal guerra porque no había tribus; y, sin embargo, Parche no pudo evitar sentir lástima por las ardillas del Reino Oculto. Estaba bien tener una tribu, sentirse parte de algo más grande. Cuando llegara a casa, se dijo Parche, significaría más para él ser de las Copas de los Árboles. Y cuando llegara a casa, encontraría a Plata allí, y a Tiritón, y a Penacho y a OjosBrillantes, y la vida volvería a ser lo que siempre había sido, excepto que él ya no sería tan solitario y tratatía de pertenener a su tribu.

Pero cuanto más viajaban, menos se hacía evidente cualquier ruta a través del río. Ningún barco viajaba de un lado a otro. El río era ancho, oscuro y frío, emanaba un olor desagradable y aceitoso, y al observar sus restos flotantes estaba claro que sus corrientes eran

fuertes y traicioneras. En cuanto a los puentes, había varios, pero todos eran monstruosidades de hormigón que se extendían a una gran distancia, y estaban llenos de automóviles y humanos a todas horas del día y de la noche. Solo un puente, el más alejado del Sur y el más magnífico, tenía un sendero de hormigón desprovisto de automóviles. Ese camino siempre estaba ocupado con humanos, y a veces iban con perros, pero podrían haberse arriesgado a ir por allí de todos modos, si no fuera por el hecho de que este era el mismo puente en el que anidaban varias familias de halcones.

En resumen, después de tres días de minuciosa investigación, el río parecía intransitable y el Reino del Centro inalcanzable. Hasta que Zelina concibió una extraordinaria alternativa.

Pasajeros

"¿Te has vuelto loca?" Farfulló Parche.

"Creo que es una solución perfectamente elegante para nuestro problema", dijo Zelina. "Mira. Ahí está el río que debemos cruzar. Existe el puente que no nos atrevemos a cruzar. Y está el gran automóvil que nos llevará".

"Te has vuelto loca. ¿Quieres subirte dentro de un automóvil, como un ser humano, y...?"

"No dentro", dijo Zelina. "Encima. Montaremos en el techo".

"¿Cómo vamos a llegar hasta el techo?"

"De vez en cuando los grandes automóviles se detienen justo aquí."

Ellos estaban encaramados en un grueso cable elevado cerca de uno de los muchos lugares donde dos autopistas se unían en un bosque de ramas de metal y luces colgantes. Era cierto que los grandes automóviles, los que parecían largas cajas de metal o jaulas de paredes sólidas, se paraban directamente debajo de este cable. Pero...

"Yo no pienso subir y viajar en un automóvil", dijo Parche rotundamente.

"Tienen techos planos. Son tan grandes como algunos de los edificios que hemos cruzado".

"¡Los edificios no se mueven!"

"Todo el atractivo de los automóviles es que ***se mueven***. Nos llevarán cruzando el puente y el río. Uno podría llevarnos hasta la Gran Avenida, que yo sepa".

"¿Y cómo salimos? El camino elevado está demasiado alto para saltar hasta él".
"No lo sé", admitió Zelina. "Pero cuando enfrentemos ese problema, estaremos al otro lado del río, por lo que habremos dominado con éxito el problema ***actual***. Yo soy de las que creen en lidiar con un obstáculo a la vez".

"Pero ¿y si ...?"

Parche quedó en silencio. No podía encontrar la manera correcta de discutir. El problema de su plan no era que no tuviera sentido. El problema era que era una locura. La idea de saltar encima de una máquina de muerte y montarla a lo largo de una franja de páramo era la más loca que él había escuchado. Miró a Meneíto, a Olfato Rápido y a Voltereta Hacia Atrás, pero ellos estaban distraídos a cierta distancia con su propia conversación.

Una gran máquina de muerte se detuvo debajo de ellos, emitiendo columnas de aire que apestaban a petróleo y productos químicos, silbando y siseando tan alto que Parche apenas podía escuchar otra cosa. Aquello era algo que debería evitarse de manera tan obvia, en lugar de adoptarse, que Parche gritó de horror cuando Zelina saltó encima de esta.

"¡Vamos, Parche!", gritó ella. "¡Ahora es el momento!"

«No,» pensó Parche. ***«De ninguna manera.*** Bajo ninguna circunstancia voy a seguir a la loca Reina de Todos los Gatos hasta esta máquina de muerte apestosa y eruptiva.»

Pero entonces la máquina comenzó a alejarse, y las patas de Parche se agacharon y saltaron casi como si lo hubiera ordenado otra ardilla, y Parche se deslizó sobre el techo de metal del gran automóvil, peligrosamente cerca de su borde, antes de recuperar el equilibrio y correr (patinar, en realdidad, sus garras chasqueaban contra el frío y resbaladizo techo) hasta el lado de Zelina.

El gran automóvil retumbaba, siseaba y temblaba debajo de ellos.

Parche apenas podía creer lo que acababa de hacer. Se giró para mirar hacia Meneíto y Olfato Rápido y Voltereta Hacia Atrás, y los vio cada vez más pequeños. Por un momento, Parche sintió movimiento en sus entrañas; luego, durante un breve período, pareció que el gran automóvil estaba estacionario y que era el mundo que los rodeaba lo que se movía; entonces el vehículo se detuvo de pronto, estremeciéndose, y tanto Parche como Zelina perdieron el equilibrio y resbalaron hacia adelante por el techo; y luego la máquina comenzó a avanzar de nuevo, y ellos se resbalaron hacia atrás. Si no fuera por las ondulaciones superficiales que daban a sus garras algo a lo que engancharse, ambos habrían caído y muerto.

"¡Loca idiota!" Gritó furiosamente Parche a Zelina.

Zelina no disputó sus palabras. Olía y temblaba de terror. El gran automóvil se sacudía, traqueteaba y zarandeaba mientras viajaba a su estilo de parada y arranque por la congestionada autopista, y en su techo, Parche y Zelina se tambaleaban y resbalaban erráticamente, manteniéndose desesperadamente lejos de los bordes del techo sin paredes. Su batalla por la vida y el equilibrio era tan tensa y exigente que Parche ni siquiera se percató de que estaban en el puente hasta que estuvieron a más de la mitad de distancia sobre este. Para entonces él estaba demasiado asustado de caerse como para preocuparse por los halcones.

Se detuvieron durante un período relativamente largo a unos tres cuartos del camino a través del puente, y Parche y Zelina lograron recuperar el aliento. Parche se sentía mareado y con vértigo por haber ido resbalando. El aire estaba mezclado con los vapores ácidos de los automóviles, pero la brisa de las grandes aguas del Sur mantenía el aire respirable. Ruidos de bocina y gritos humanos se elevaban y resonaban a su alrededor mientras ellos intentaban aferrarse al centro del techo del automóvil.

"¡Esta es la peor idea que ha tenido un animal!", gritó Parche.

"Yo no te obligué a saltar", señaló Zelina. "Y ya casi hemos llegado".

El vehículo se tambaleó hacia adelante nuevamente, y ellos se desparramaron por el techo. Pero habían aprendido algo de la primera

vorágine de movimiento de pesadilla, y al tumbarse sobre sus barrigas y estirar las garras de las cuatro extremidades, lograban limitar la distancia máxima que podían resbalar y podían así regresar a rastras hasta el centro del techo.

La vista debajo de ellos desde ambos lados cambió de pronto del agua al hormigón. Habían cruzado el río. Parche intentó abrir su libro de recuerdos y calcular lo lejos que estaba del Reino del Centro, pero su mente giraba con demasiado miedo y emoción para concentrarse.

"Busca un lugar para salir de un salto", dijo Zelina.

Parche buscó. Se dio cuenta, con creciente horror, de que no había ningún camino elevado a su alrededor, ningún sistema de postes y cables por los cuales pudieran trepar, ni árboles. Solo había hormigón y metal, montañas asombrosamente altas que ocultaban el sol, autopistas y pasillos de hormigón, postes de metal y automóviles.

"No veo ninguno", dijo Parche.

"Yo tampoco"

El gran automóvil rugió y lanzó un silbido hacia adelante. Cuando doblaba las esquinas, lo que hacía varias veces, Parche y Zelina se alejaban de la curva y casi caían por el costado del automóvil. Después de la primera experiencia cercana a la muerte, aprendieron a moverse hacia el lado opuesto cada vez que sentían que comenzaba un giro. Parche todavía tenía que concentrarse por completo en permanecer encaramado sobre el automóvil y no caerse y ser aplastado entre sus pies de goma con ruedas y el hormigón. Sin embargo, los gatos tienen mejor equilibrio que las ardillas, razón por la cual Zelina pudo dedicar suficiente atención al mundo que los rodeaba para notar su salvación.

"¡Árboles!", gritó. "¡Mira, Parche, árboles!"

Eran pocos en número, eran flacos y desgarrados y parecían crecer directamente del hormigón, pero de hecho había árboles que bordeaban esta última autopista en la que habían girado; y cuando el gran automóvil se detuvo a continuación, había un árbol justo al lado.

Parche y Zelina no dudaron en saltar sobre sus ramas. Poco después, el vehículo se alejó y desapareció por la autopista, dejando a Parche y a Zelina en la seguridad de un árbol, en la isla del Reino del Centro, temporalmente triunfantes.

IV. LA ISLA DEL REINO DEL CENTRO

Perros

Al fin, después de largos días de viajes peligrosos, Parche había regresado a su isla natal. Pero cuanto más tiempo permanecía parado sobre el árbol en el que habían desmontado; e intentaba descubrir cómo viajar a través de las montañas hasta el Reino del Centro; más se percataba de que sus problemas no habían disminuido. En todo caso, habían proliferado. No sabía en qué parte de la isla se encontraba, pero sabía que todavía estaba muy lejos de casa. No había ningún camino elevado en absoluto, y las autopistas y pasarelas de la isla estaban más concurridas, eran más ruidosas y estaban más peligrosamente llenas de gente que nada que Parche había visto antes. El único pequeño consuelo era que había muy pocos perros; aunque el olor a rata era generalizado.

Permanecieron en el árbol durante mucho tiempo. Zelina era reacia a descender, ya que las ramas más bajas del árbol estaban muy por encima del suelo, y Parche era reacio a aventurarse en la pasarela repleta de humanos de la cual brotaba el árbol. No fue hasta que el sol se hubo ocultado detrás de las montañas al Oeste, y hasta que la inundación de humanos se hubo reducido a un goteo, que Parche corrió por el delgado tronco de un árbol hacia la pasarela. Zelina trató de seguirlo y cayó rápidamente... pero aterrizó con gracia sobre sus patas, ilesa.

De inmediato corrieron ambos hacia el borde de la montaña más cercana. Los olores a ratas eran más fuertes allí, pero los humanos se mantenían a poca distancia de las montañas. Algunos de los humanos que pasaban se detenían, se giraban para mirarlos y hablaban entre ellos. Parche y Zelina los ignoraban. Él la condujo hacia el Norte; él sabía, al menos, que el hogar estaba por esa dirección.

Cuando llegaron a la intersección de dos autopistas, la grande que habían seguido y otra más pequeña que la cruzaba, Parche se agachó a la sombra de la montaña de la esquina y trató de medir el tiempo de las luces por encima de él.

"Espera", dijo Zelina.

Parche la miró. Estaba temblando de tensión. Correr por caminos humanos, rodeados de máquinas de muerte en las autopistas, seguía pareciendo profundamente antinatural, y los humanos que pasaban con frecuencia, algunos de los cuales caminaban sin verlos a distancia de una cola de Parche, eran aún más inquietantes. Pero Zelina parecía considerablemente más relajada. "¿Qué?"

"Deberíamos esperar y viajar de noche".

"No podemos viajar de noche. Hay lechuzas..."

"Puede haber lechuzas volando sobre el Reino del Centro, y sobre el río, y tal vez incluso a través del río", dijo Zelina, "pero el cielo sobre nosotros ahora, como puedes ver, está casi completamente ocupado de montañas, hay muy poco espacio para las lechuzas. Durante el día hay demasiado bullicio, hay muchos peligros, algo nos aplastará. Pero la ciudad por la noche es tranquila".

"¿Cómo lo sabes?"

"Yo solía observar la Gran Avenida desde las escaleras de metal fuera de mi palacio. Créeme, Parche. No podemos correr por estas autopistas hasta tu casa mientras el sol esté alto. Nunca llegarás a casa con vida. Debes confiar en la luna".

"Entonces, ¿qué estás proponiendo?"

"Que recorramos la autopista más pequeña, encontremos un árbol o una azotea, durmamos un poco y luego viajemos de noche".

Parche lo consideró. Viajar de noche era antinatural y desconcertante. Pero también lo era prácticamente todo lo que había hecho hasta ahora para llegar a casa. "De acuerdo".

A medida que avanzaban por la autopista más pequeña y menos transitada, se cruzaron por el otro lado de la autopista a un perro grande con pelaje irregular, atado muy de cerca a uno de los alisos marchitos que crecían en medio de las montañas. Parche lo vigilaba

con mucho cuidado, por si la correa era débil; pero a pesar de que estaban a favor del viento, el perro no aulló pidiendo sus muertes.

"¡Duele mucho!", se quejaba lastimeramente. "¡Oh, duele mucho, duele mucho, duele muy mucho!"

Parche, sorprendido, miró con más atención. De alguna manera, el perro debía de haber dado vueltas alrededor del árbol al que estaba atada la correa, porque toda la correa estaba enrollada alrededor del tronco con tanta fuerza que el costado del perro se rozaba dolorosamente en la áspera corteza. El perro tenía muchas ganas de escapar, pero los perros no eran famosos por pensar mucho, y este no podía entender cómo debía retroceder. En cambio, seguía intentando saltar y liberarse de la correa, pero cada vez solo lograba asfixiarse y rozar aún más su lado sangriento contra la corteza.

"Los perros son tan estúpidos", dijo Zelina con desdén cuando este se lanzó hacia adelante de nuevo. El perro fue arrastrado hacia atrás por su propio collar y estuvo a punto de caerse.

"Duele", gimoteó el perro jadeando irregularmente. "Duele mucho, no escapo, ¡ay, ayúdame, ayúdame, ayúdame!"

Zelina comenzó a caminar de nuevo. Parche no. Recordó cuando lo habían atrapado en la trampa de alambre, cómo le había ardido la pata de dolor y la terrible desesperación que había sentido, sabiendo que nadie vendría a ayudarle, sintiendo que podría quedar colgado allí para siempre. Al ver al perro atrapado, sintió esto un poco más, una punzadita de sentimiento medio recordado, como la sombra de algo real. Odiaba y temía a los perros, pero deseaba que este perro no estuviera atrapado. El pelaje moteado del perro le recordaba a Parche la pálida marca en su propia frente de la que había tomado su nombre.

"Duele", gruñó el perro, "duele mucho, mucho". Se lanzó hacia adelante nuevamente e hizo ruidos violentos de asfixia hasta que tuvo que dejarse caer para respirar.

"¡Alto!" Le gritó Parche al perro. "¡Solo tienes que dar la vuelta al árbol en el otro sentido!"

El perro lo ignoró. "Duele mucho, duele mucho, ¡muchito!"

Parche miró a un lado y al otro de la autopista. No venían automóviles. Suspiró y cruzó corriendo.

"Parche, ¿qué estás ***haciendo?"*** preguntó Zelina tras él, asombrada.

"Mira", le dijo Parche al perro, "solo tienes que dar la vuelta al árbol en el otro..."

"¡Te mato y te como!", gritó el perro poniéndose de pie y ahogándose nuevamente en un intento de saltar sobre Parche. "Te-m-m... oh..." Y volvió a caer al suelo. "Oh, duele mucho, muchito".

Parche lo consideró un momento. Luego se movió alrededor del perro, detrás del árbol, y gritó: "¡Por aquí!"

El perro volvió a saltar sobre él. Parche comenzó a correr alrededor del árbol. Mientras el perro lo perseguía, aullando de odio y rabia, su correa se desenrollaba, hasta que finalmente se desató el nudo que lo había mantenido atado al tronco, y el perro recuperó la suficiente libertad para que Parche tuviera que mantenerse a una distancia considerable del árbol.

"¡Te mato y te como! ¡Te mato y te como!" Gritó el perro emocionado, esforzándose por alcanzar a Parche con sus colmillos, el dolor y cautiverio previos al parecer eran ya parte del olvido.

"Qué estúpido", dijo Parche, disgustado. "Nunca debí haberte ayudado".

Se giró para alejarse.

El perro dijo, confundido, "¿Ayudado?"

"Sí", dijo Parche volviendo atrás. "Y «¡te mato y te como!» es el agradecimiento que recibo."

"Ayudado", dijo el perro, sus ojos finalmente se iluminaron con comprensión. "Ayudado. No duele ya. Ayudado".

"Sí".

"¡Oh, gracias, gracias, gracias! ¡No duele! ¡No duele! ¡Oh, gracias, ardillita! ¡Ayudado! ¡Nunca te mato y te como!"

"De nada", dijo Parche, un poco más calmado.

"¿Cuál es tu nombre, ardillita?"

Parche dijo reflexivamente: "Soy Parche, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles, del Reino del Centro. ¿Quién eres tú que pregunta?"

"Soy Beeflover. ¡Oh, gracias, gracias!"

"De nada", dijo Parche. "Adiós".

El perro ladraba gracias infinitamente mientras Parche esperaba un hueco en un flujo de máquinas de muerte y luego corrió casualmente por la autopista. Tales cruces se estaban volviendo casi rutinarios. El sol se había puesto casi por completo y él y Zelina necesitaban encontrar un árbol, pero a ella no se la veía por ninguna parte. Parche siguió su olor, pensando que ella lo había abandonado, disgustada por su intento de ayudar a un perro, y seguido adelante para encontrar un árbol.

Luego, a lo lejos, escuchó el grito de dolor y rabia de Zelina, y él comenzó a correr.

Gatos

Zelina estaba en el suelo entre una montaña y un árbol, rodeada por cuatro gatos machos mucho más grandes. Estaba sangrando por la cara y el costado izquierdo. Ella giraba en rápidos círculos, cortando el aire con sus zarpas, tratando de defenderse de todos sus asaltantes a la vez, pero los otros gatos se estaban acercando a ella. Olían ferales y enojados.

"¡Alto!" Gritó Parche.

La intercesión de una ardilla era tan inusual que los cuatro grandes felinos se detuvieron y se volvieron para mirar a Parche.

"Esto no es de tu incumbencia, ardilla", dijo uno de ellos. "Vuelve a tu árbol. Este es nuestro territorio, bien marcado. Ella no envió emisarios. Ella no buscó permiso".

Zelina se acurrucaba en aterrorizado silencio.

"¿Permiso?", preguntó Parche indignado. "¡Ella no necesita permiso! ¡Ella es la Reina de Todos los Gatos!"

Por un momento los cuatro gatos guardaron silencio, desconcertados.

"No digas tonterías", objetó uno de ellos con incertidumbre.

"Cuéntanos otra mentira como esa, ardilla, y también te arrancaremos las tripas", advirtió otro.

"No es mentira", dijo Parche. "He viajado con ella durante días. Todo el camino desde el Reino del Océano. Ella es la Reina de Todos los Gatos".

"No existe una Reina de Todos los Gatos", dijo el gato macho más grande, pálido, muy fuerte y cubierto de cicatrices. "La Reina de Todos los Gatos es un mito".

Parecía enojado. Pero también parecía no estar completamente convencido de sus propias palabras. Los cuatro gatos se volvieron hacia Zelina, cuya pequeña forma negra seguía acurrucada en el centro de su círculo.

"¿Es eso cierto?", preguntó el gato más grande. "¿Dices ser la Reina de Todos los Gatos?"

Por un momento no hubo respuesta y Parche temió lo peor. Luego Zelina se levantó y miró a aquel gato más grande a la cara. Su pelaje se erizó y sus ojos verdes brillaron como llamas. Ella apestaba a sangre y rabia.

"Soy la reina condenada", dijo. "Soy la reina exiliada. Soy la reina que ama a sus súbditos incluso cuando intentan asesinarla. Soy la reina que debe matar y matar y matar de nuevo, hasta que las autopistas fluyan con sangre. Soy la reina que habla con los tigres. Soy la reina que escapó de perros, zorros, humanos y ratas, pero que nunca escapará de su destino. Soy la reina que no teme a la muerte que traéis, que nunca suplicará por su vida, que morirá como una reina aunque me hagan pedazos. ¡Haced conmigo lo que queráis, brutos, crueles e ignorantes, pues yo soy y seguiré siendo la Reina de Todos los Gatos!"

Un silencio horrible pareció cernirse sobre toda la isla. Zelina deliberadamente le dio la espalda al gato que enfrentaba y caminó lentamente hasta pararse junto a Parche. Los cuatro gatos no intentaron detenerla.

"Ven", le dijo a Parche, "Partamos".

Parche quería huir de los gatos a toda velocidad, pero siguió el ejemplo de Zelina y, en cambio, se alejaron lentamente.

"¡Espera!" Gritó uno de los gatos.

Parche dudó, pero la majestuosa caminata de Zelina no flaqueó.

"¡Esperad, por favor! ¡Por favor, su majestad, no lo sabíamos! ¡Por

favor, perdonadnos!"

Zelina se detuvo y se volvió hacia ellos.

"¿Podéis llevarnos a la Gran Avenida y al Reino del Centro?", preguntó ella.

Los gatos se miraron con incertidumbre.

"Es un largo camino", dijo el más grande de ellos, "muy largo".

Zelina dijo: "Muéstranoslo".

Y pronto, un Parche algo incrédulo se encontró a sí mismo y a Zelina caminando por autopistas aún congestionadas, guiados y escoltados por cuatro grandes gatos. Era muy extraño moverse por la noche, medio cegado. Las luces humanas destellaban y parpadeaban a su alrededor, en las montañas, en las máquinas de muerte, colgando de árboles metálicos. La oscuridad parecía aguzar el olfato de Parche, acentuaba la rica y podrida sinfonía de olores de la ciudad. Dondequiera que olía a ratas, también olía a miedo; ninguna rata quería estar cerca de cinco gatos.

Caminaron durante toda la noche. Cuando llegó el día, habían llegado a una llanura que era mayormente de hormigón, pero que tenía vegetación aquí y allá, y algunos árboles. Parche durmió en un pequeño arce. Zelina y sus compañeros se quedaron a la base de este. Cuando Parche despertó, el sol había atravesado la mayor parte del cielo y otros tres gatos se habían unido al séquito de Zelina. Era extremadamente extraño despertarse tan tarde en el día. Todo el cuerpo de Parche se sentía mareado, y él apenas comió antes de descender a la base del árbol y comenzar otro viaje cruzando la noche hacia su hogar.

Humanos

En medio de la noche, los senderos humanos de la ciudad estaban en gran parte, pero no completamente, desiertos. Algunos humanos pasaban apestando a fermentación, sus pies caían tan al azar que era peligroso estar cerca, y Parche se maravilló de su extraña habilidad para caminar sobre dos piernas. Algunos caminaban en silencio mirando hacia adelante, al parecer ignorantes del mundo que les rodeaba. Otros, generalmente humanos solitarios, o parejas, se agachaban para mirar boquiabiertos el espectáculo de ocho gatos y una ardilla viajando por la noche. Otros estaban desplomados en la acera, envueltos en cubiertas tejidas como orugas en capullos, o sentados con la espalda contra las paredes de las montañas.

A última hora de la noche pasaron junto a uno de estos humanos sentados, un hombre de cara peluda, débilmente iluminado por un globo de luz suspendido por encima. Olía a inmundicia. Parecía dormido, pero, al pasar, los ojos de este humano se abrieron y se fijaron en Parche; y el humano dijo, en malo y tosco Mamífero, pero comprensible, "Hola, ardilla".

Parche se congeló completamente asombrado, y Zelina y sus siete gatos también se detuvieron.

"Hola, ardilla", repitió el humano. La frase no requería feromonas, solo ruido, el movimiento de inmersión de una cabeza y un movimiento de raspado de las patas delanteras. Los sonidos y las acciones del ser humano eran imperfectos pero inconfundibles.

"Hola, ardilla", dijo este de nuevo.

"Hola", respondió Parche después de un rato. Estaba listo para correr.

"Hola, ardilla".

"Hola, humano". Parche no había pensado que alguna vez diría esas palabras.

"¿Ardilla come comida?"

Después de un momento, Parche dijo: "Hombre, pues tengo un poco de hambre".

El humano parecía confundido, y de hecho lo estaba, pues ***hambre*** era un concepto comunicado con feromonas, y los humanos hacía mucho tiempo que habían perdido esa parte del lenguaje animal .

"¿Ardilla come comida?", repitió el humano.

Parche decidió responder de igual forma. "Ardilla come comida".

El humano metió la mano en sus cubiertas irregulares, y Parche se tensó, pero cuando la mano emergió sostenía una bolsa de papel que olía a cielo. El humano metió una mano en la bolsa y dejó caer un montón de semillitas en la acera.

"Ten cuidado", advirtió Zelina a Parche. "Podría ser una trampa. Podría ser veneno".

"Buena comida", aseguró el humano a Parche, y comenzó a comer él mismo de la bolsa.

Parche miró incrédulo al humano. ¿El humano había entendido de verdad la advertencia de Zelina? Y la forma en que estaba comiendo: ¿por qué?, este humano estaba comiendo como una ardilla, con movimientos rápidos, espasmódicos y repetitivos, deteniéndose entre mordiscos para mirar rápidamente de un lado a otro. Este humano se movía e incluso olía un poco a animal, a una criatura de instinto, no a una criatura de pensamiento.

Parche comenzó a mordisquear las semillas. Luego comenzó a devorarlas. No creía haber probado algo tan maravilloso en toda su vida.
"¡Pruébalo! ¡Come!", Le dijo a Zelina.

Ella probó un bocado, masticó y se encogió de hombros. Para ella no era nada especial, pero para Parche era la mejor comida que había encontrado. Cuando terminó, miró esperanzado al humano, y el humano dejó caer otro puñado de semillas, y Parche comió hasta que su barriga no tuvo espacio para más.

"Buena ardilla", dijo el humano. "¿Te quedas, buena ardilla? ¿Te quedas?"

"No, lo siento", dijo Parche con verdadero pesar. "Debo ir a casa".

Casa también era un concepto de feromona.

La cara del humano se arrugó. "Yo no me quedo", decía. "Yo siempre voy. Yo voy y voy y me vuelvo a ir. Yo siempre voy. Tú vuelve, buena ardilla. Te veo después".

"Te veo después", acordó Parche.

Casi inmediatamente después de dejar atrás al extraño humano, Parche apenas podía creer que el encuentro hubiera sucedido de verdad.

"No pensé que los humanos pudieran hablar con los animales", le dijo a Zelina.

Zelina dijo: "He vivido con humanos casi toda mi vida, y nunca había oído hablar que eso hubiera pasado antes".

Parche pensó en Siva el tigre y en el "hermano humano" del que Siva había hablado. Recordó el encuentro con Daffa, la paloma, cuando había regresado al Reino del Centro, y que debía encontrar alguna forma de entregar una bola de cristal al hermano humano de Siva.

El cielo sobre ellos comenzó a iluminarse lentamente, casi imperceptiblemente, con los primeros destellos del inminente amanecer. Parche se dio cuenta de lo cansado que estaba. Zelina y el gato más grande, que se llamaba Alabastro, mantuvieron una breve

conferencia.

"Alabastro dice que pronto llegaremos a un cuadrado de árboles y césped", dijo Zelina a Parche. "Podemos dormir allí. Si pasamos toda la noche que sigue, podemos llegar a la Gran Avenida antes del amanecer, y tu Reino del Centro está un poco más allá".

Parche no respondió. En cambio, se tumbó sobre sus patas traseras con los ojos repentinamente abiertos y alertas, y olisqueó el aire.

"¿Parche?", preguntó Zelina. "Parche, ¿me has oído?"

"Está aquí", dijo Parche. "Por la luna llena, él está aquí ahora mismo. Puedo olerlo." Corrió un poco por el camino, con el hocico en el suelo, hacia una serie de escalones de azulejos que descendían al subsuelo. "¡Su aroma es fresco, bajó allí hace un momento!"

"¿Quién estuvo aquí?", preguntó Zelina desconcertada. "¿De quién estás hablando?"

Parche dijo con voz tranquila pero apasionada: "Olisqueador".

Luego persiguió el olor de su enemigo por las escaleras hacia el inframundo.

Sigue Al Enemigo

El inframundo era dolorosamente brillante. Las escaleras conducían a una gran cámara con paredes de baldosas y suelos de hormigón. Las luces parpadeantes del techo se reflejaban en las baldosas blancas y eso le daba dolor de cabeza a Parche. Una línea de elementos metálicos en forma de bloque ampliamente espaciados, de los cuales sobresalían radios y barras, se extendía a través de un extremo de la cámara; más allá de estos, Parche veía otra franja de piso de hormigón, y más allá oscuridad. Un humano estaba sentado en un pequeño edificio en forma de caja al final de la serie de chismes de metal. El aire aquí abajo olía a antiguo, a extraño y a humedad, y estaba mezclado con el aroma de Olisqueador.

Había mucho espacio entre los bloques de metal. El área al otro lado era una franja de hormigón que se extendía hasta una distancia considerable a ambos lados, pero terminaba solo unas pocas docenas de pasos de ardilla más allá de los bloques, en un acantilado que caía en la oscuridad. Otra plataforma de hormigón se veía al otro lado del oscuro abismo, que olía a humo y metal. Había pilares colocados a intervalos regulares alrededor de este espacio subterráneo, angulares pilares metálicos que se alzaban desde el abismo y pilares circulares de hormigón a lo largo de la plataforma.

A Parche no le gustaba nada eso de tener algo sólido entre él y el cielo, nada en absoluto, pero el olor de Olisqueador era reciente y le condujo a su izquierda, a lo largo de la plataforma, hacia la pared de baldosas en la que esta acababa. El abismo seguía más allá del final de la plataforma y se convertía en un túnel hacia la oscuridad.

Parche fue detenido de pronto por un ruido horrible de rechinar y chirriar, el más horrible que Parche había escuchado. Este se hizo más sonoro, se acercaba, hasta que a él le dolieron los oídos. Un gran viento comenzó a soplar. Entonces las luces parpadearon y una colosal máquina emergió del túnel. Relámpagos centelleaban bajo los pies de metal que giraban y los gritos de la máquina eran ensordecedores. Estaba hecha de una docena de enormes jaulas metálicas de paredes

sólidas y brillantes, todas unidas entre sí en una larga hilera, y a través de sus numerosas ventanas, Parche vislumbró algunas formas humanas dentro. La máquina funcionaba sobre uno de los cuatro conjuntos de rieles metálicos a lo largo de la base del abismo. Parche se alegró mucho de que la máquina pasara chillando sin parar y de que pronto desapareciera por el otro extremo del túnel.

Seguía olíendo a Olisqueador. También olía a ratas... muchas, muchas ratas.

Parche dudó. Luego siguió el olor de Olisqueador hasta el final de la plataforma. Caminó hasta el borde del abismo y se asomó en la esquina de la pared hacia el túnel, y en el extremo más alejado de su visión, vio la silueta de una ardilla rodeada de ratas. Escuchó fragmentos de voces: "Aves ... batalla ... masacre ... rey ... Rambla".

Luego la ardilla se puso rígida, olfateó el aire y se giró para mirar directamente a Parche.

"Por la luna en sus estrellas", dijo Olisqueador asombrado. "¡Parche, hijo de Plata!"

Parche hizo una mueca ante su propia estupidez. Debería haber sabido que el extraordinario olfato de Olisqueador pronto descubriría su presencia. Se dio cuenta de que no tenía idea de lo que iba a hacer ahora que había encontrado a Olisqueador. Una rampa de hormigón conducía al túnel, pero él ciertamente no tenía la intención de cargar contra Olisqueador, no con todas esas ratas a su lado, ratas con las que Olisqueador obviamente estaba conspirando.

Parche escuchó sonidos de chirrido desde arriba. Alzó la vista. Algo no, muchas cosas se movían sobre las vigas de metal muy por encima de la plataforma y justo debajo del techo. Vigas que servían como camino elevado para ratas. Muchas, muchas ratas.

Parche giró y corrió, pero desde el otro extremo de la plataforma; y desde pequeños agujeros en la pared de la plataforma a su derecha; comenzaron a emerger ratas, ratas enormes casi tan grandes como Parche, retorciendo y contorsionando sus cuerpos para pasar por los agujeritos por los que una ardilla nunca podría caber. Parche también

escuchaba ratas moviéndose en el abismo a su izquierda.

"¡Atrapadlo!", gritó una voz de rata detrás de Parche. Una familiar voz de rata. "He de hablar con esa ardilla antes de que muera".

Un muro de ratas se formó a través de la plataforma casi a dos tercios del camino de regreso hasta los bloques de metal. Parche se detuvo y miró como loco a su alrededor en busca de alguna vía de escape. Ninguna era aparente. Un río de ratas fluía hacia la plataforma tras él desde el túnel de abajo, con Olisqueador entre ellas. Había ratas arriba, ratas abajo, ratas a ambos lados. Y reconoció a la rata que se pavoneaba junto a Olisqueador, la rata más grande que había visto. Otras ratas estaban entornando los ojos y apartando la vista de las luces y de las paredes de baldosas, pero esta gran rata parecía no inmutarse por el brillo.

"Parche, hijo de Plata", dijo Señor Hocico. "Se suponía que eras carne de halcón. ¿Cómo es que todavía estás vivo?"

Parche ignoró a Hocico y miró a Olisqueador. "Los condujiste hasta Saltador, ¿verdad? Les diste la comida que habíamos enterrado para que muriéramos de hambre. Le dijiste al halcón dónde encontrarme".

Olisqueador parecía muy incómodo.

"¿No es cierto?", exigió Parche. Su voz era quebradiza de rabia y terror. "¡Dime! ¡Dime, traidor, asesino, hermano de las ratas!"

"Parche", dijo Olisqueador, "debes entender, todo lo que hice fue por un bien mayor. No podíamos seguir como estábamos. Ciertos sacrificios tenían que hacerse. Y esos sacrificios incluían vidas. Nada de esto fue idea mía, fue el antiguo, él vino a mí, me mostró la necesidad. La necesidad es algo cruel y terrible. Pero no se puede evitar".

Ambos se miraron el uno al otro en silencio por un momento.

"Basta de charla", dijo Hocico. "Supongo que no importa cómo has llegado aquí. Hace un tiempo te prometí que me comería los ojos de tu cráneo. Ahora..."

Entonces Hocico se calló y retrocedió dos pasos repentinos. Estaba mirando más allá del hombro de Parche.

Parche se dio la vuelta justo a tiempo de ver cargando a Zelina y a sus siete gatos. La pared de ratas entre Parche y los gatos se rompió casi de inmediato, y de repente la plataforma se convirtió en una chirriante vorágine de ratas huyendo aterrorizadas de los gatos, pasando corriendo alrededor de Parche como si él fuese un obstáculo inanimado. Por unos momentos, Parche no podía moverse, había demasiadas ratas a su alrededor.

"¡Aguantad!" gritó Hocico. "¡En nombre del Rey de Abajo, atacad! ¡Atacad y mátadlos a todos!"

Las ratas comenzaron a formarse alrededor de Hocico justo cuando los gatos llegaron hasta Parche, con la boca y las garras manchadas de sangre de rata. No tenían tiempo de huir. Hocico cargó, con Olisqueador a su lado, y el ejército de ratas los siguió.

Parche miró boquiabierto a la rata más cercana, la rata que corría directamente hacia él, colmillos brillando y todo. Durante un instante, él quedó demasiado helado de miedo para luchar.

Entonces Alabastro saltó hacia la oleada de ratas que se aproximaba. El gran gato blanco arañó con sus garras los ojos de la rata que se acercaba a Parche, mientras mordía a otra y derribaba a dos más con su pálido y macizo cuerpo, y la batalla se convirtió en un aullido de gritos, un caos de sangre y colmillos. Parche también aulló, tanto por la creciente furia como por el miedo, y cuando otra rata fue empujada hacia Parche por la corriente de carne de rata detrás de él, Parche se lanzó hacia adelante y le mordió la garganta. Su boca se llenó de sangre agria, y Parche soltó de inmediato a la rata y escupió. La rata chilló de dolor y huyó.

A través del caos, Parche vio a Olisqueador no muy lejos, y Parche sintió que su ira florecía dentro de él y se expandía en algo horrible y terrible como un sol ardiente en su corazón. Parche atravesó el mar de chillantes ratas hacia la ardilla que había sido su amigo. Estaba cerca,

tan cerca que podía ver los ojos sorprendidos y asustados de Olisqueador, y Parche abrió la boca para morder y cargó a toda velicidad.

Algo al rojo vivo quemó la pata trasera izquierda de Parche. Él gritó y se giró para ver los colmillos amarillos de Hocico hundidos profundamente en su carne. Entonces Alabastro apareció sobre ambos y Hocico soltó a Parche y huyó del gran gato blanco. El ejército de ratas siguió a su líder y se retiró de la batalla, pero pronto volvieron a reagruparse a poca distancia.

Una docena de cadáveres de ratas yacía en el suelo, y otra docena más, que aún vivía pero no podía moverse, se retorcía en agonía. Parche y todos los gatos seguían en pie, pero había una gran cantidad de ratas a cada lado, y todos los gatos estaban sangrando, la mayoría por múltiples heridas. Era evidente que Parche y los gatos nunca podrían ganar esta batalla ni escapar luchando antes de ser superados.

Hogar

En la sangre y el terror de la batalla, Parche no había notado un leve cambio en el carácter de la luz a su alrededor. Ahora veía un resplandor cada vez más intenso en las distantes profundidades del túnel, como un fuego que hubiese encontrado nuevo combustible. Un poderoso viento comenzó a soplar desde el túnel, revolviendo el pelaje en la cola de Parche. Se escuchó un gran traqueteo metálico y luego más fuerte, y luego tan fuerte que ni ardilla, ni rata ni gato pudieron escuchar nada cuando una cadena de jaulas brillantes de paredes sólidas del tamaño de casas humanas chillaron en la oscuridad, tan cerca del borde de la plataforma que esta máquina sobre rieles era como una pared de acero moviéndose por la longitud de la plataforma.

La luz brillaba desde las ventanas que alienaban las jaulas. La máquina chilló y se estremeció hasta detenerse. Luego, docenas de puertas de tamaño humano se abrieron a lo largo de la plataforma, revelando el dolorosamente brillante interior de las jaulas, lleno de bancos ocupados por unos cuantos humanos.

"¡Deprisa!", gritó Zelina, y saltó a la jaula más cercana.

A pesar de estar rodeado por un ejército de ratas, esta opción ni siquiera se le había ocurrido a Parche. Pero los otros gatos siguieron a Zelina y Parche entró trás ellos. Hocico y Olisqueador se acercaron a las puertas abiertas con incertidumbre, seguidos por su ejército, pero los varios humanos que estaban dentro se pusieron de pie y comenzaron a gritar. Las ratas vacilaron en el umbral.

Sonó un extraño timbre de dos notas y las puertas sisearon, dejando a las ratas afuera. La jaula comenzó a avanzar temblorosamente y todos se tambalearon un poco. Parche casi perdió el equilibrio y recordó con horror cuando había estado resbalando sobre el gran automóvil que los había llevado a la isla, pero luego el movimiento de la jaula se estabilizó; se sacudía violentamente e hacía ruidos horribles, pero era lo bastante estable como para que él pudiera permanecer de pie. Los

humanos en la jaula se acercaron a Parche y a los gatos, hablando entre ellos con entusiasmo, pero no se acercaron demasiado.

La jaula deceleró, Parche y los gatos resbalaron un poco hacia adelante, y se detuvo de nuevo. Las puertas se abrieron otra vez, pero esta plataforma parecía diferente y no había ratas en ella. Otro humano entró en la jaula y se detuvo en seco al ver a Parche y a los gatos. Luego, el timbre de dos notas volvió a sonar, las puertas se cerraron con un siseo y la jaula se sacudió hacia adelante.

A Parche le comenzó a doler la pata donde Hocico lo había mordido. La emoción de la batalla había sofocado el dolor durante un tiempo, pero ahora el dolor comenzaba a latir como fuego, y le dolía aún más cuando tenía que usar la fuerza de sus patas para mantenerse erguido mientras la jaula deceleraba y se detenía una vez más en una plataforma diferente.

"¡Deberíamos salir!", gritó Alabastro a Zelina. Su cuerpo pálido estaba manchado de sangre y sus músculos estaban rígidos por el esfuerzo.

Zelina dio un paso hacia una puerta abierta y olisqueó el aire con delicadeza. Como todos los gatos, ella estaba sangrando por varios lugares, pero ninguna de sus heridas parecía grave. "Todavía no", dijo ella. "Yo recuerdo esto. Esto es un ***tren.*** Así fue como yo viajé al palacio cuando era una gatita. Qué asustada estaba. Todavía no".

Varias paradas más tarde, cuando Parche con su pata muy mordida comenzaba a preguntarse cuánto tiempo podría mantenerse de pie en el suelo de aquel "tren" tembloroso y tambaleante que aceleraba y deceleraba, Zelina olisqueó el aire de nuevo, levantó las orejas y dijo: "¡Aquí!"

Salieron a otra plataforma, atravesaron otra línea de extrañas cosas humanas de metal y subieron por una larga serie de escaleras. Pasaron junto a dos humanos que se les quedaron mirando, pero Parche estaba tan cansado y agotado, y le dolía tanto la pata, que apenas se dio cuenta. Lo único que podía pensar era en lo mucho quería estar bajo el cielo otra vez.

Por fin se acabaron las escaleras. Parche se tambaleó cansinamente detrás de los gatos por otra pasarela de hormigón. Le dolía la cabeza y se sentía mareado. Apenas se daba cuenta de que, sobre ellos, el cielo estaba tintado por el amanecer, y estuvo a punto de chocar con Alabastro antes de notar que se habían detenido en una autopista particularmente ancha.

"Por la luna", dijo Zelina suavemente. "La Gran Avenida".

Parche alzó la vista, en su dolor y agotamiento, hacia las interminables siluetas de montañas que se cernían sobre la Gran Avenida. No parecía muy diferente de cualquier otra autopista ancha, excepto que estaba dividida en el medio por largas franjas de tierra de las que crecían flores y arbustos. Esta columna vertebral viviente de la autopista se interrumpía allí donde otra autopista más pequeña cruzaba la Gran Avenida, pero aún así era una vista bienvenida.

Parche olfateó el aire. Olía a sangre de gato, a hormigón, a montañas, a automóviles. Olía a las flores que crecían por la Gran Avenida. Pero también, débilmente, en la brisa occidental, Parche olía una rica mezcla de tierra, agua, árboles y olores vivos. Era un olor que él reconoció de inmediato, un olor que él reconocía hasta los huesos.

"¡El Reino del Centro!" Gritó Parche con sus heridas y cansancio momentáneamente olvidados. "¡Lo huelo! ¡Estamos cerca!"

"Mi palacio está justo allí, en la Gran Avenida", dijo Zelina. "Lo veo desde aquí. Veo mi palacio, Parche. Estamos en casa. ¡Estamos en casa!"

Ambos se miraron con asombro.

Fue Alabastro quien rompió el silencio. "¿Qué queréis que hagamos, majestad? Os hemos traído hasta aquí, como ordenasteis. ¿Hemos de acompañaros ahora a vuestro palacio?"

Zelina lo miró y lo consideró. "No. Me habéis servido bien y con valentía. No os necesito ahora. Pero quiero que os quedéis cerca de la Gran Avenida durante siete días, y que volváis a este lugar cada mañana, en caso de que necesite mandaros de nuevo. Hasta entonces,

id y descansad y sanad, todos vosotros. Yo debo volver a mi palacio sola".

Uno a uno, los siete gatos inclinaron la cabeza y se alejaron caminando felinamente.

"¿No pueden ayudarte a luchar contra los gatos que te exiliaron?", preguntó Parche perplejo.

Zelina miró a Parche en silencio durante lo que pareció mucho tiempo.

Luego suspiró y dijo: "No fue un gato quien me exilió".

"Pues ¿quién...?"

"Fue el hijo varón de mi asistente humana", dijo Zelina. "Un día, cuando ella estaba ausente, él vino al palacio, me capturó, me metió en un automóvil y me llevó al desierto donde tú me encontraste. No sé por qué. No puedo imaginar por qué. Exceptuando la vez en que viajé cuando era una gatita y cuando salí a las escaleras de metal fuera de la ventana, nunca antes había estado fuera del palacio. Estaba tan asustada cuando me encontraste, Parche. Tan asustada y tan desesperada. Sabía que no había esperanza para mí allí. Sabía que moriría. Había escuchado muchas veces el mito de la Reina de Todos los Gatos, y solo en aquel caparazón roto tuve el valor de decirme que moriría como moriría ella. Incluso me dije a mí misma que yo ***era*** la Reina de Todos los Gatos".

"Pero tú eres la Reina de todos los gatos ...", dijo Parche confundido.

"No, Parche. Esa fue solo una historia que me conté. Incluso me permití creerla para aliviar mi muerte. Y entonces apareciste tú y dijiste que encontrarías el camino de regreso hasta aquí. Y me permití confiar en que eso fuera posible. Y por la luna, más allá de toda esperanza, aquí estamos".

"¿No eres la Reina de Todos los Gatos?", preguntó Parche todavía confundido.

"No existe una Reina de Todos los Gatos. La Reina de Todos los Gatos es un mito. Una leyenda de una gata solitaria que viaja por el mundo, desconocida y no amada, pero que es verdaderamente la reina de todos nosotros y que algún día volverá a guiarnos. Ella no es real. Ella nunca fue real. Yo nunca fui una reina. Eso solo fue una historia".

"Pero los otros gatos piensan que eres una reina. Yo pensé que eras una reina. Pareces una reina. Si todos actúan como si fuese real, entonces no es solo una historia".

"Hay una diferencia", dijo Zelina.

"¿Qué diferencia?"

Zelina hizo una pausa. Finalmente dijo: "Estas son cuestiones sutiles, Parche. Se está haciendo de día y pronto las autopistas estarán llenas. Ambos deberíamos ir a casa".

"Supongo que tienes razón", coincidió Parche.

A pesar de su alegría por estar casi en casa, Parche sintió una punzada de tristeza al pensar que ya no viajaría con Zelina.

"Te debo la vida, Parche, hijo de Plata", dijo Zelina.

"Yo también te debo la mía".

Se miraron el uno al otro.

"Pero sigo pensando que saltar sobre la gran máquina de muerte para cruzar el puente fue la peor idea que un animal haya tenido nunca", dijo Parche, y ambos se rieron. "Deberías venir a visitarme al Reino del Centro. Pregúntale a cualquier ardilla, sabrá cómo encontrarme".

"Lo haré", dijo Zelina. "Ahora que he salido de mi palacio una vez, creo que volveré a salir. El mundo no es tan aterrador. Algo de ello es bastante maravilloso".

"Bien. Entonces nos veremos pronto".

"Te veré pronto", acordó Zelina, "amigo mío".

Se quedaron mirándose durante otro rato más, respirando el aroma del otro. Luego, se giraron al mismo tiempo y fueron por caminos separados. Parche estaba emocionado de ir a su casa en el Reino del Centro. Pero deseaba que Zelina fuese con él.

No estaba lejos del Reino del Centro. Pero cuando Parche lo vio, la pata mordida por Hocico le dolía terriblemente. Él sabía, ya que estaba ante solo una autopista entre él y su hogar, que debería sentirse contento con el triunfo y la emoción; pero le dolía mucho toda la pata, y también se sentía mareado y débil, y lo único que podía pensar era en su necesidad de descansar. Aunque había pocos automóviles en la autopista, él cojeaba tan lentamente que apenas pudo cruzarla. Pero poco después ya estaba caminando una vez más por la tierra cubierta de hierba de su hogar.

Había un olmo cerca del borde del reino. Parche se obligó a sí mismo a subir al tronco. Cuando llegó a un hueco plano entre dos grandes ramas, le dolía la cabeza, solo caminaba sobre tres patas y estaba tan mareado que el mundo se tambaleaba a su alrededor con cada paso. Y a pesar del sol naciente, sentía frío. Pero al menos estaba en un árbol y a salvo.

Parche volvió hacia la herida en su pata, planeando lamerla limpiamente. Le sorprendió lo que vio. Toda su pata estaba roja e hinchada y una horrible mucosidad negra rezumaba de la herida. Parche no se había dado cuenta de que esta no era una simple herida por mordedura. La mordedura de Hocico había sido venenosa.

Parche no sabía qué hacer. Quería correr, buscar ayuda, pero estaba demasiado débil para moverse. Pronto se sintió demasiado débil como para ponerse de pie. Su dolor de cabeza empeoraba constantemente, y el mundo se enfrió y se volvió borroso hasta que finalmente Parche se desplomó en el hueco del olmo. Comprendió vagamente que el veneno lo estaba matando; que estaba en casa, pero que se estaba muriendo. Lo último que sintió fue la áspera textura de la corteza de olmo en su rostro. Súbitamente tuvo un vívido recuerdo del aroma de su madre, Plata.

Luego, el mundo se oscureció.

PARTE DOS

V. VIAJE AL NORTE

Blanca

Parche aulló de dolor. Algo le estaba rasgando la pata izquierda, la pierna envenenada, la pierna que ya ardía como si fuera fuego. Y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Estaba demasiado débil para moverse, demasiado impotente para hacer otra cosa que sufrir.

"Lo siento", dijo una voz gentil. "Lo siento mucho. Tengo que abrirla para drenar el veneno. Es tu única oportunidad".

Luego dientes rasgaron su carne nuevamente, y Parche volvió a gritar hasta que su mente no pudo soportar más el dolor, y volvió a desmayarse en la oscuridad.

La vez siguiente que se despertó había comida delante de él, un gentil y húmedo brote de arce, tan cerca que lo único que tenía que hacer era extender una pata y llevárselo a la boca. Pero no podía moverse. Su cuerpo no quería seguir ninguna orden. Estaba paralizado, congelado en el sitio como una estatua. Su pata trasera izquierda estaba hecha de agonía, y él respiraba de forma rápida y superficial.

"Estás despierto", dijo la gentil voz, y algo brincó al interior de la corteza de olmo. Otra ardilla. Parche trató de ver quién era, pero ni siquiera pudo moverse ni enfocar los ojos. Lo único que pudo distinguir fue la pata blanca de la otra ardilla mientras esta empujaba gentilmente el brote de arce en su boca. Parche ni siquiera podía masticar, pero el brote se disolvía lentamente en su boca, mientras su mente se disolvía en la oscuridad.

La vez siguiente despertó ante unos dientes que desgarraban y hacían cortes en su pata trasera otra vez, y ahora le dolió aún más que antes, pero ni siquiera pudo gritar. Esta vez no llegó la oscuridad misericordiosa. El dolor parecía que nunca terminaría.

"Lo siento", dijo la gentil voz. "Lo siento mucho".

La vez siguiente que despertó estaba temblando incontrolablemente, y

la otra ardilla tuvo que trabajar pacientemente durante un tiempo antes de poder empujar el brote de arce en la boca de Parche. Pero su pierna le dolía un poco menos.

La vez siguiente que se despertó fue capaz de alcanzar débilmente el brote de arce y los pétalos de flores que tenía delante y se los comió él mismo mientras la gentil voz decía: "Bien, bien".

La vez siguiente que se despertó se comió una bellota entera que había quedado a su lado y pudo despertarse lo suficiente como para examinar su pierna herida. Todavía estaba muy hinchada y dolorida, pero ya no sangraba con el moco negro. La otra ardilla no estaba a la vista, pero podía olerla, sus sentidos también estaban volviendo.

La vez siguiente que despertó la olió cerca, y se estaba muriendo de hambre, tuvo que devorar ambas bellotas a su lado antes de poder pensar en otra cosa. Después de comer, pensó que si tenía que hacerlo, podría ponerse de pie, aunque el esfuerzo seguramente sería ruinosamente doloroso.

"Estás mejor", dijo la voz gentil desde arriba de él. "Vas a vivir".

Y una ardillita hembra con pelaje blanco puro, ojos rosados y una cola medio cortada descendió de una rama y se quedó a su lado en el amplio hueco del olmo en el que Parche había estado acostado durante días. .

"¿Quién eres?", preguntó Parche asombrado.

"Soy Blanca, hija de Raya, del clan Corredor. ¿Quién eres tú que pregunta?"

"Soy Parche, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles", dijo Parche. "¿Cuál es tu tribu?"

Después de un momento incómodo, Blanca dijo: "No tengo ninguna".

"Oh", dijo Parche. "Por supuesto. Lo siento"

En su fiebre había hecho una pregunta profundamente irreflexiva. Se

creía que las ardillas albinas estaban contaminadas, maldecidas por la luna. Eran expulsadas de sus familias y tribus tan pronto como alcanzaban la edad adulta, y eran repudiadas durante el resto de sus vidas. Eran muy incomunes. Parche solo había visto una antes en toda su vida, una hembra mayor, cuando él había explorado el territorio de la tribu del Norte, en el límite del Reino del Centro.

"¿Qué le ha pasado a tu cola?", preguntó Parche pensando que también podría resolver ya todas las preguntas incómodas.

"La perdí en la guerra".

"¿La guerra? ¿Qué guerra?"

Blanca lo miró como si estuviera loco. "No creo que estés bien todavía", dijo. "Deberías descansar. A veces la enfermedad de la sangre negra arruina tus recuerdos".

"Mi memoria está bien", objetó Parche.

"¿Recuerdas haber sido mordido?"

"Por supuesto. Por Señor Hocico. En el inframundo debajo de las montañas. Luego los gatos me salvaron y escapamos en el tren".

"Pobrecito. Estás delirando. Necesitas dormir".

"¡No estoy delirando! Pero debería recordar lo de la guerra. La tortuga, Viejo, me dijo que había una guerra. Dijo que Ojorrojo es el señor del Prado y se hace llamar rey. ¿Es eso cierto?"

"Eso es cierto", admitió Blanca.

"¿Y la guerra no ha terminado?"

Ella dudó. "No lo sé. No he oído hablar de ningún combate desde la Batalla del Prado. El Rey Espino se ha retirado a la Rambla, y Ojorrojo se ha quedado en el Prado. Dicen que ambos ejércitos se están preparando para otra batalla, y ambos reyes esperan para ver qué hará la tribu del Norte".

"¿La batalla del Prado? ¿Que pasó alli? ¿Cómo es que estuviste tú en ella?"

Blanca suspiró. "Ambas respuestas son tristes y estúpidas ... Escuché que el Rey Espino estaba reclutando a todas las ardillas. Incluso a parias como yo. Pensé que esta era mi única oportunidad de ser aceptada, así que me uní a su ejército. Las otras ardillas me empujaban, me mordían y me llamaban cosas horribles, pero yo me quedé. Pensé que si demostraba mi valía en la batalla, serían mis amigos. Es muy extraño, cuando lo pienso ahora. Cuanto más me atormentaban, más quería su amistad. Cuando fuimos al Prado y nos encontramos luchando contra un ejército de ratas y ardillas, muchos del ejército de Espino huyeron. Pero yo me quedé y luché. Maté a tres ratas y a una ardilla del Prado y escapé como quien sale de paseo. Muchos no lo consiguieron. Algunos tenían la enfermedad de la sangre negra, como tú. Aprendí a ayudarlos. Pero las ardillas de mi clan de guerra, especialmente las que habían sido cobardes, dijeron que yo era la cobarde que había escapado. Dijeron que había sido culpa mía que la mitad del clan de guerra hubiera muerto. Dijeron que yo era una traidora y una espía de Ojorrojo. Me atacaron, perdí la cola, escapé con vida por poco. Quise volver al Norte, pero el viaje es demasiado peligroso. Vine aquí, donde ni la tribu del Prado ni de la Rambla vienen. Y cuando te encontré muriendo, Parche, hijo de Plata, lo consideré mucho tiempo antes de decidir intentar salvarte, porque ninguna otra ardilla ha hecho nada por mí".

"Lo siento", dijo Parche.

"Yo también."

"¿Qué hay de mi tribu? ¿Qué pasa con las Copas de los Árboles?"

Blanca lo miró con tristeza. "Llegué demasiado tarde, ¿verdad? Tus recuerdos y tu mente han quedado devastados".

"Mis recuerdos y mi mente están bien", dijo Parche. "Llevo un tiempo lejos del Reino del Centro".

"¿Lejos? Nadie se *aleja* del Reino del Centro. ¿Dónde has estado?"

"En todas partes", dijo Parche con sentimiento.

"¿Cómo llegaste allí?"

"Me transportó un..." Parche se detuvo al notar que la historia de Karmerruk, el halcón, podría no ser particularmente buena para convencer a Blanca de su sano juicio. "No importa. Cuando me fui, todavía era invierno y no había guerra. ¿Qué ha pasado con las Copas de los Árboles?"

Después de un momento, Blanca dijo con una voz apenas más que un susurro, "Si lo que dices es verdad, Parche hijo de Plata, si realmente no lo sabías, lamento haber dicho lo que te dije. Las Copas de los Árboles ya no existen. Tantos juraron al Prado en el invierno y tantos que no juraron fueron asesinados, que solo quedan unos pocos supervivientes, muy pocos para ser llamados una tribu".

Parche la miró fijamente. "¿No hay más? Eso es una locura. Eso no puede ser correcto. ¿Donde has oído eso? ¿Alguna ardilla te lo dijo? No. No lo creo".

"Lo siento", dijo Blanca.

"Toda mi tribu no puede desaparecer", dijo Parche. De repente se sintió muy cansado y muy pesado, como si estuviera hecho de piedra. "Debes de estar equivocada".

"Duerme", dijo Blanca. "Las cosas parecerán mejor cuando estés más fuerte".

Pero ambos sabían que eso no era cierto.

Descenso De Visitantes

Cuando Parche despertó podía ponerse en pie y caminar sobre tres patas. Aún no podía poner peso sobre la pata izquierda sin provocar una oleada de dolor, pero la hinchazón de la pata se había reducido mucho. Y él estaba hambriento. Blanca le había dejado un montoncito de brotes de flores húmedas y nueces de ginkgo, y él las devoró con avidez, pero esto apenas le quitó el hambre.

Cuando terminó, escuchó un batir de alas tras él y una voz familiar y asombrada que dijo en Pájaro: "¿Parche? ¿Eres tú?"

Parche se giró para ver a su amigo arrendajo azul, Toro.

"¡Parche!", exclamó Toro. "Ha pasado tanto tiempo, ¡pensé que estabas muerto!"

"Casi lo estuve", dijo Parche deleitado. "Muchas veces. Toro, no sabes lo bueno que es verte."

"Me alegro de verte también. ¿Qué te ha pasado?"

"¿Conoces a un halcón llamado Karmerruk?", preguntó Parche.

Toro se estremeció. "Si. Es de él de quien hablamos los arrendajos cuando queremos asustarnos unos a otros".

"Me atrapó, pero no me mató, porque ... bueno, es complicado. El asunto es que me llevó muy lejos, y desde entonces he estado intentando volver. Y ahora mi gente está en guerra, mi tribu ha desaparecido y no sé lo que les ha pasado a todos".

"He notado que las ardillas se comportan de manera extraña", dijo Toro pensativamente. "He visto peleas de ardillas, principalmente en pequeños grupos, pero hubo una gran batalla hace unos días en el Gran Prado. Debía de haber cientos y cientos de ardillas combatiendo entre sí. Parecía que al suelo le había crecido pelaje. ¡Y había ratas

peleando también, a plena luz del día! Nadie ha visto algo así. Y ahora la mitad del reino está vacío de ardillas".

"Supongo que eso te viene bien a ti".

"Así fue. Había tanta comida allí afuera que algunos arrendajos azules estaban engordando tanto que tenían problemas para despegar. Pero ya no. Hay cornejas por todo el Reino ahora, masas de ellas, invadiendo nuestros árboles y comiéndose nuestra comida. Nadie ha oído hablar de algo así antes".

"¿Vinieron del Este?", preguntó Parche pensando en los árboles llenos de cornejas que había visto en el Reino Oculto.

"Así es. Y ellas..."

"¡Aléjate de él!", una voz que ya no era gentil chilló en un torpe Pájaro, y una peluda mancha blanca se lanzó subiendo por el olmo hacia Toro. El arrendajo azul emprendió el vuelo justo a tiempo para evitar la carga de Blanca.

"¡No, no!" Gritó Parche. "¡Es un amigo!"

"¿Un amigo? Él... Parche, no estás bien. ¡Es un arrendajo azul! ¡Se iba a comer tu comida!"

"Que no. En serio es un amigo." Parche miró a Toro, quien estaba posado en una rama alta; y habló en Pájaro. "No pasa nada, Toro, puedes volver a bajar".

Después de un momento Toro revoloteó y aterrizó en una rama más cercana, manteniendo su distancia de Blanca, quien por su parte seguía igualmente suspicaz del arrendajo azul.

"¿Quién es ella?", preguntó Toro.

"Ella me está cuidando. Una rata me mordió y fui envenenado. Todavía no estoy bien. Le debo mi vida".

"Ya decía yo que parecías débil y flaco. Deberías comer más. ¿Quieres

que te traiga algunas bellotas?"

"Eso", dijo Parche, "sería maravilloso".

"Ahora mismo vuelvo". Toro agitó sus alas y se fue volando.

Blanca miró a Parche con asombro. "¿Hablas Pájaro?"

"Lo hablo".

"¿Eres amigo de un arrendajo azul?"

"Lo soy".

Después de un momento, ella dijo: "Ayer dijiste que estabas en el inframundo bajo las montañas cuando Señor Hocico te mordió y que fuiste salvado por los gatos".

"Eso es exactamente lo que sucedió".

"No ***hueles*** a loco. Ni a delirante".

"Es que no lo soy", dijo Parche. "Más bien me han pasado muchas cosas últimamente".

"Ya veo. Incluyendo la enfermedad de la sangre negra. Bueno, no tendrás que pasar por eso otra vez. Si la tienes una vez, y eres uno de los pocos que sobrevive, te vuelves inmune".

"Me alegra saberlo", dijo Parche con sentimiento.

Blanca le sonrió con melancolía. Luego miró al suelo y preguntó: "Bueno, ahora que estás en casa, ¿qué crees que harás?"

"No lo sé. Dices que mi tribu ha desaparecido ... No sé qué hacer".

"Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, si quieres. Mi drey está un poco más arriba. Hay mucho espacio en él. Quiero decir, solo hasta que descubras lo que hacer."

"Eso es muy amable de tu parte", dijo Parche. "Pero tengo mi propio drey. Si es que alguien no lo ha ocupado ya. Y necesito saber qué ha pasado con mis amigos y familiares".

"Oh. Si. Por supuesto. Lo siento, no quise decir, sé que no quieres compartir un drey con una media cola albina, no quise ofenderte, soy tan estúpida, no sé en lo que yo estaba..."

"¿Ofenderme?", preguntó Parche desconcertado. "Blanca, te debo la vida. Y después de las cosas que he visto y hecho en mi camino a casa, créeme, no me importa tu pelaje o tu cola. Yo también soy un paria. Quiero decir, si tienes razón, ni siquiera tengo una tribu de la que ser excluido. Me gustaría quedarme, pero tengo que encontrar a mi familia y amigos".

"Oh", dijo Blanca sonando aliviada. Hizo una pausa. "Entiendo. Bueno, en realidad no lo entiendo. Yo nunca he tenido familia, ni amigos, pero me lo puedo imaginar".

Parche dijo: "Tienes un amigo ahora".

Ella lo miró y sonrió.

Hubo un aleteo de alas y Toro aterrizó, manteniendo a Parche entre él y Blanca. Soltó la bellota carnosa que sostenía en sus garras. Parche la atrapó antes de que cayera del olmo y la devoró con avidez. No hubo conversación mientras comía.

Cuando Parche levantó la vista, con el estómago ahora medio satisfecho, vio a Toro mirando en silencio al cielo, tan quieto como una estatua. Perplejo, Parche se volvió para mirar a Blanca. Ella también miraba en silencio hacia arriba; ella también se había quedado quieta; y un profundo terror estaba grabado en su rostro.

Parche levantó la cabeza para ver qué estaban mirando. Era un halcón de cola roja posado en la rama directamente encima de ellos.

"Parche , hijo de Plata", dijo Karmerruk. "Nos volvemos a encontrar."

Un Príncipe Del Aire

"¿Has venido a romper tu juramento?" Preguntó Parche.

"No. Tampoco voy a depredar a ninguno de tus amigos".

Toro se relajó ligeramente.

"No pasa nada", dijo Parche a Blanca. "Este es Karmerruk. Él es ... un conocido".

Los ojos rosados de Blanca estaban muy abiertos mientras miraba a Parche, y luego al halcón, y luego a Parche otra vez.

"Bueno, ¿y qué quieres?", preguntó Parche pasando a Pájaro. "¿Has venido a llevarme al Reino del Océano otra vez?"

"No, Parche, hijo de Plata. Por el contrario, me alegré mucho cuando miré hacia este olmo y vi que habías regresado al Reino del Centro. Nunca pensé que serías capaz de regresar desde una distancia tan grande. Saludo tu fuerza y coraje. Como dije antes, tienes el corazón de un halcón. Pero no es por eso que he venido. He venido a pedirte un favor."

"¿Un favor?", preguntó Parche desconcertado. "¿Qué podría yo hacer por ti?"

"Eres un mamífero que habla Pájaro mejor que algunas aves que conozco. Un talento raro, Parche, y uno valioso. Deseo comunicarme con tu rey".

"¿Qué rey?"

"El verdadero rey. El Rey Espino".

"Pero tú trabajas..." Parche se detuvo al recordar su última conversación. "Pero estás asociado con Hocico".

"Ya no. Todo lo contrario. Te juro por la sangre de mis pichones que busco la muerte de ese señor rata. Desde que comencé a descubrir algunas verdades preocupantes y rumores terribles. Desde que te salvé la vida".

Parche pensó que ***«te salvé la vida»*** era una descripción extremadamente sesgada de su encuentro anterior, pero se suponía que no se podía obtener nada discutiendo. "¿Qué verdades?"

"Las verdades que quiero comunicar a tu rey".

"También puedes contármelas a mí. Tendrás que hacerlo de todos modos".

Karmerruk hizo una pausa. "Supongo que eso es cierto. Estoy seguro de que ya sabes que las ratas han conspirado junto a las ardillas rebeldes contra el Rey Espino. Lo que quizás no sepas es que las ratas también están matando a los ratones que encuentran, y también a las ardillas. No por comida. Los matan y dejar que sus cadáveres se pudran".

"¿Por qué iban a hacer eso?", preguntó Parche sorprendido.

"No lo sé. Pero ***sé*** que no me gusta que mi comida sea sacrificada por nadie más que por mí. Sé que no me gustan los terribles rumores que he comenzado a escuchar en el viento, que el Rey de Abajo es real y que la Reina de Todos los Gatos ha aparecido." Parche se retorció. "Sé que no me gusta la monstruosa bandada de cornejas que ha ocupado gran parte de este reino. Todavía no sé qué hay en el corazón de todo esto, pero sé que me gustaría hablar con tu Rey Espino. Necesito que seas mi intérprete".

"¿No puedes encontrar a otro?"

"¿A otro?" Karmerruk se ofendió. "¿Te doy la oportunidad de ser una voz que habla por halcones y realeza, y me pides que busque a otro? No hay nadie más, Parche. Ya he buscado".

Parche suspiró. "Está bien".

"Excelente. Entonces te llevaré a la Rambla..."

"¡No!" exclamó Parche. "Estoy enfermo. He sido envenenado. No quiero que me lleves como un ratón que estás a punto de comerte. Caminaré hasta la Rambla cuando esté listo".

"¿Cuándo estés listo? ¿Y cuándo será eso?"

Parche lo consideró. "Quiza mañana. Tal vez pasado mañana".

"¿Quizá mañana? ¡La batalla decisiva podría ocurrir hoy! ¡No nos atrevemos a esperar!"

"Pues busca a otro".

"Ya te lo he dicho", dijo Karmerruk sombríamente, "no hay nadie más. ¡No dejaré que tu obstinado egoísmo se interponga en mi camino!"

"Si me llevas allí ahora, no serviré de nada. Casi me muero de la enfermedad de la sangre negra. No tengo fuerzas".

Karmerruk lo miró. Finalmente dijo: "Un día, Parche, hijo de Plata. Te doy un día. Irás mañana o te llevaré allí yo mismo".

Parche suspiró. "Está bien".

Karmerruk frunció el ceño. Luego batió sus grandes alas y se elevó en el aire. El rebufo derribó a Toro del olmo y el arrendajo azul tuvo que zambullirse, dar vueltas y volar de regreso a la rama.

"¿Qué ha pasado?", preguntó Blanca.

Parche se lo tradujo.

"Oh, no", dijo Blanca. "No puedes. Ya viste lo que me hicieron los soldados del rey Espino. ¡Son horribles, horribles! Y además, ¡estás demasiado débil para viajar!"

"Estoy mucho mejor", dijo Parche, pero aunque lo que dijo era cierto (se había fortalecido incluso desde que había despertado), tenía que admitir que todavía estaba lo bastante débil como para que la perspectiva de viajar hasta la Rambla fuese bastante desalentadora.

Hacia La Rambla

A la mañana siguiente temprano, seis días después de haber colapsado al borde de la muerte, Parche descendió lentamente a la tierra mientras Blanca observaba ansiosa desde arriba. Cuando finalmente llegó al suelo, se despidió con la cola y cruzó la hierba hacia la salvaje Rambla en el corazón del Reino del Centro. Caminaba con una leve cojera, pero sabía que escalar sería doloroso y que le sería imposible correr.

La mañana era brillante y hermosa. A pesar de las muchas preocupaciones de Parche, a pesar de las terribles noticias de la victoria de Ojorrojo en la Batalla del Prado y la destrucción de toda la tribu Copas de los Árboles, a pesar de sus temores por el destino de Tiritón y Penacho y OjosBrillantes y, sobre todo, su madre, Plata, era maravilloso volver a estar en casa, respirar el rico aire primaveral, caminar por los campos verdes y bajo los majestuosos árboles del Reino del Centro. Parche se sentía como si nunca se hubiera ido, como si su peligroso viaje por la mitad del mundo no hubiera sido más que una terrible pesadilla.

No había otros animales alrededor. Este rincón del reino siempre estaba tranquilo. La Mazmorra estaba cerca y los animales se mantenían alejados de la Mazmorra como si sus paredes de acero pudieran extenderse y tragárselos si se acercaban demasiado. Incluso Parche, que había pasado gran parte de su vida deambulando por el reino en una exploración inquieta, había estado aquí solo unas pocas veces antes, y no se había quedado mucho tiempo.

Caminó hacia el Norte, hacia la Rambla, hasta que percibió el inolvidable olor de la Mazmorra: los aromas mezclados de docenas de criaturas extrañas, todo apestando a locura y desesperación. Inquieto, Parche se desvió hacia el Oeste en lugar de acercarse. Cuando llegó a la majestuosa procesión de olmos macizos que conducían a la Rambla, le dolía la pata herida como un calambre. Estos olmos constituían el camino elevado favorito de Parche en todo el Reino del Centro, pero él estaba obligado a ir por el suelo debido a su pata herida, sometido a

caminar sobre la hierba debajo.

La columnata de olmos terminaba en una plaza de hormigón adornada con varias construcciones hechas por el hombre. Al otro lado había una de las grandes autopistas de automóviles que atravesaba el Reino del Centro. Era uno de esos días en que los humanos invadían el Reino del Centro en masa, y Parche tenía que planificar su ruta con cuidado. Los humanos ya no le daban mucho miedo, pero algunos de ellos tenían perros. Parche rodeó la plaza y se quedó en el césped. No había automóviles, pero aún tenía que esperar antes de cruzar la carretera. Un enorme caballo pasó, moviéndose constantemente a pesar de la carga que arrastraba, una enorme caja de madera con ruedas. Tres humanos viajaban sobre la caja.

Parche miró al enorme animal mientras este pasaba. Siempre se había asombrado del enorme tamaño de los caballos. La mayoría decían que eran los animales más grandes en el Reino del Centro, aunque Parche había oído rumores de que dentro de la Mazmorra había depredadores pálidos y gigantescos del extremo Norte más grandes que cualquier caballo, encarcelados por paredes del tamaño de árboles altos. En aquel tiempo Parche había rechazado esos rumores, pero desde su encuentro con Siva, el tigre, ya no estaba tan seguro de su incredulidad.

Karmerruk había hablado de otro rumor: que el Rey de Abajo era real.

«El rey en cuyo nombre tú y todos los de tu clase moriréis y seréis devorados,» había dicho Señor Hocico el día en que Parche había tenido la mala suerte de encontrarse con él. ¿Era el Rey de Abajo quien había enviado el ejército de ratas y fomentado esta guerra entre las ardillas? ¿También era responsable de las cornejas?

Era maravilloso estar en casa: pero si lo que Blanca había dicho era cierto, si su tribu había desaparecido y él no podía encontrar a su familia y amigos, ¿podría un lugar sin ninguna de esas cosas ser su hogar en realidad?

Parche se dijo a sí mismo que dejara de carcomerse con esos pensamientos. El Rey de Abajo era un mito. Blanca estaba equivocada acerca de las Copas de los Árboles. Él encontraría a Plata, y a Tiritón, y a OjosBrillantes, y a Penacho. Iría hasta el Rey Espino y ayudaría a Karmerruk a matar a Ojorrojo, a Hocico y a Olisqueador, y luego la guerra terminaría y volvería la paz.

Pasada la autopista, él continuó subiendo por una colina ancha y cubierta de hierba, salpicada de cerezos y de enormes afloramientos de granito. El brillante sol se estaba acercando a su cénit cuando Parche llegó a la cima de la cumbre y miró a través del Mar Estrecho hacia la cruda y salvaje Rambla, el extenso corazón del Reino del Centro. Frunció el ceño cuando vio que los árboles de la Rambla estaban llenos de cornejas. Las cornejas eran inofensivas, que él supiera, pero no parecía correcto que hubieran ocupado el territorio del Rey Espino.

Comenzó a moverse hacia el Noroeste con la intención de circunnavegar el mar y acercarse a la Rambla desde el Oeste; pero no había ido muy lejos cuando se encontró con un viento frío del Noreste que soplaba directamente hacia él desde el otro lado del Mar Estrecho. Este viento detuvo a Parche a medio paso durante un largo momento, como si se hubiera convertido en piedra. El aire portaba un hedor a sangre y muerte tan abrumador que los ojos de Parche se humedecieron y sus oídos parecieron pitar con un ruido disonante.

Algo iba mal en la Rambla, terriblemente mal.

La Rambla

El instinto de Parche, extrañamente, no fue huir aterrorizado del hedor de la matanza; más bien, él se sintió obligado a precipitarse de inmediato hacia la Rambla, como si le necesitaran desesperadamente. En lugar de continuar el largo camino rodeando el agua, cambió de rumbo y trotó directamente hacia el puente que cruzaba el Mar Estrecho.

Un simple ciclo lunar atrás, ninguna ardilla en todo el Reino del Centro se hubiera atrevido a cruzar ese puente sin importar la provocación. Era un camino humano. Pero en este momento, Parche había recorrido autopistas humanas, escapado de una jaula de acero cerrada, dormido en una escalera de metal, encaramado encima de un automóvil en movimiento y viajado con humanos a través de túneles subterráneos. Parche no veía perros cerca; y aunque la gran corpulencia de los humanos seguía inquietándole, esto fue superado por su poderoso impulso de *darse prisa* . Cruzó el puente de madera tan rápido como pudo con su pata tiznada de dolor, sin prestar atención a la docena de humanos que le miraban, asombrados, mientras Parche se abría paso entre ellos.

Una vez cruzado el puente, Parche abandonó los senderos humanos y siguió un curso de agua seca cuesta arriba, en dirección al enorme sauce que albergaba la corte del Rey Espino. El espeso olor a sangre y batalla era tan intenso que tenía que respirar por la boca, pero no sintió otros signos de violencia. El silencio era absoluto, salvo por las pululantes cornejas y unos pocos humanos. La densa maraña de árboles maduros, montículos de granito, barrancos empinados, pastos altos y maleza espesa era como estar rodeado de paredes opacas.

Entonces Parche vio un grupo de cornejas sobre una roca, agrupadas tan juntas que parecían un nudo de plumas negras retorciéndose. Se veía manchas de sangre debajo de sus esqueléticas patas. La hierba y los arbustos más allá de ellas se estremecían con un movimiento espasmódico; había animales moviéndose dentro.

Parche se hundió en la maleza cubierta de hierba, abriéndose paso con esfuerzo entre los matorrales densos y las ramas caídas. Pronto se encontró con cinco cornejas dispuestas en un círculo cerrado comiéndose algo. Una ardilla muerta. Más allá de ellas, otras tres cornejas picoteaban el cadáver de una rata. El suelo estaba húmedo de sangre. Las cornejas interrumpieron su alimentación el tiempo suficiente para mirar a Parche con ojos negros y brillantes, y luego regresaron a su festín de carroña.

Parche dudó un momento, sin saber qué decir o hacer, luego se abrió paso junto a las cornejas que se alimentaban, adentrándose en la espesa hierba, moviéndose rápida y ciegamente. Apenas podía ver más de una cola de distancia en cualquier dirección, pero dejó atrás a una docena de ardillas y ratas en el camino hacia el sauce. Todas estaban muertas y cubiertas de cornejas.

Una vez en el sauce, Parche trepó desesperadamente, apenas notando los dolores punzantes en su pata envenenada. Los latidos de su corazón parecían truenos y su cabeza zumbaba de pánico. Cuando llegó a la corteza pálida de la primera rama, miró hacia un campo de carnicería. Se podían ver cambiantes coágulos de cornejas alimentándose de decenas, no, cientos de cadáveres. Más cornejas se alineaban en las ramas de los árboles de la Rambla esperando su turno, mientras sus parientes se atiborraban de los muertos hasta que no pudieran comer más.

Había una corneja posada a solo una cola de distancia de Parche. Era incluso más negra que las que Parche había visto en el Reino Oculto, tan oscura que parecía más un pedazo de noche con forma de pájaro que un animal real.

"¿Qué ha pasado aquí?", preguntó Parche en Pájaro. "¿Y cuándo?"

La corneja giró la cabeza hacia Parche, lo miró con ojos vacíos y brillantes, sonrió y no dijo nada.

Parche dio un paso hacia esta. "¡Dime qué ha pasado!"

La carcajada seca de la corneja sonó como huesos muertos astillándose. Extendió las alas, dio un paso fuera de la rama y se

marchó volando.

"Socorro", jadeó una voz suave desde arriba, la voz de una ardilla. "Oh, luz de la luna, ayúdame, me comerán vivo".

Cola Bailarina

Parche alzó la vista y vio un movimiento vacilante en las ramas de arriba, oscurecido por las largas cortinas verdes de las hojas del sauce. Respiró hondo, apretó los dientes ante la agonía en la pata y trepó por el tronco del sauce. En el hueco donde una gran rama se unía con el tronco, dos cornejas picoteaban a un animal que se retorcía y jadeaba. Estaba tan lleno de sangre, su cara y pelaje tan desgarrados, que a Parche le tomó un momento reconocerlo como una ardilla.

"¡Alejaos de ahí!", gritó Parche en Pájaro y cargó contra las cornejas. Su pata mala se dobló debajo de él y él casi se cae, pero la ferocidad de su grito alejó a los negros pájaros, que saltaron fuera del sauce y se alejaron volando en busca de otra presa.

"Ayúdame", gruñó la ardilla. Ella era joven, apenas adulta. "Oh, por favor, ayuda".

Parche supo de un vistazo que las heridas eran mortales. Veía huesos y órganos a través de las muchas brechas en su pelaje.

"Lo siento", dijo él.

"No quiero morir. Esta no puede ser mi hora. Soy muy joven".

Parche no dijo nada.

"¿Quién eres?", preguntó ella.

"Soy Parche, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles. ¿Quién eres tú que pregunta?"

"Soy Cola Bailarina, hija de Brillo, del clan Corredor, de la tribu Prado".

"¿La tribu ***Prado***? Pero esto es la Rambla... ¿qué ha pasado

aquí? ¿Y cuándo?"

"Guerra", dijo Cola Bailarina. "Anoche. Hubo una batalla. Fue horrible. Atacamos la Rambla. Yo no quería hacerlo. Ninguno de nosotros queríamos hacerlo. Pero nos obligaron".

"¿Quién?"

"El Rey Ojorrojo, y Olisqueador, y las ratas. Teníamos que obedecer. Solo dan comida a las ardillas que luchan. Muchas del Prado han muerto de hambre".

Parche parpadeó con confusión. "¿Muerto de hambre? ¡Pero si es primavera! ¡Hay comida por todas partes!"

"No", dijo ella. "Se lo llevan todo. Tenemos que dar todo lo que encontramos a las ratas y a los Pavos, y ellos lo guardan, solo se nos permite comer lo que ellos nos dan. Matan a las ardillas que se guardan comida o que entierran nueces, o, a veces, solo por ir a algún lugar solos. A veces sin razón alguna. No son solo las ratas. Otras ardillas, el clan de Ojorrojo, los Pavos, nos espían a todos, se lo cuentan todo a las ratas".

Parche la miró con horror silencioso.

"No queríamos que esto sucediera. Pero pensábamos que una ardilla del Prado debería ser el rey. Pensamos que las Copas de los Árboles no tenían comida porque eran perezosas y derrochadoras, por lo que debían unirse al Prado. Ojorrojo dijo que éramos la tribu más grande, y le creímos. Pensamos que reuniríamos a todas las ardillas y terminaríamos con todas las rivalidades. Pensamos que eso mejoraría las cosas para todos. ¿Qué fue lo que salió tan mal? ¿Cómo se volvió todo tan horrible?"

Parche no tenía respuesta.

"Nos hicieron atacar anoche en la oscuridad", dijo Cola Bailarina. Su voz se estaba debilitando. "Había vigilantes. Los sorprendimos, estaban durmiendo. Los vencimos, huyeron hacia el Norte. Pensamos que la batalla había terminado. Habíamos ocupado sus árboles. Pero

luego llegaron las ratas a por cada ardilla que quedaba. Del Prado, de la Rambla, no les importaba. Había demasiadas. Yo maté a tres, pero eran demasiadas. Lo único que yo podía escuchar era gritos, en todas partes debajo, pensé que me volvería loca. Luego todo quedó en silencio por un rato. Entonces salió el sol y llegaron las cornejas y los gritos comenzaron de nuevo. Sin embargo, ahora está tranquilo, ¿no es así, Parche, hijo de Plata? Está en paz".

"Sí", Parche susurró. "Está en paz".

"Me alegra que me hayas encontrado. Esta es mi hora, ¿verdad? Me alegro de no estar sola".

El ojo restante de Cola Bailarina se cerró y no se volvió a abrir. Parche permaneció junto a ella durante mucho rato, observando su forma inmóvil.

Luego, haciendo una mueca de dolor por la pata, subió a la parte superior del poderoso sauce.

De pie sobre una rama, tan delgada que amenazaba con romperse bajo su peso, miró a su alrededor hacia los árboles de la Rambla cargados de cornejas, hacia la hierba del Reino del Centro. Él estaba muy por encima del hedor de sangre y guerra, y el aire de la copa del árbol era claro y limpio. Podía oler el Gran Mar al Norte. Incluso captaba el aroma del propio Rey Espino. Eso no era sorprendente. Después de todo, el Rey había vivido en este árbol. Lo que sorprendió a Parche, lo que le sorprendió tanto que casi se cae, fue el leve olor, la más leve pista, de otra ardilla también.

Parche olfateó el aire una y otra vez. Se preguntó si tal vez su mente estaba traicionando sus sentidos, mezclando esperanza y realidad en engaño. Pero al final no pudo negar lo que su olfato le estaba diciendo. O se había vuelto loco, o su madre, Plata, se había parado en esta misma rama no hacía mucho tiempo.

El sol estaba a medio camino sobre el horizonte cuando Parche volvió dolorosamente por el gran sauce y comenzó a dirigirse hacia el Noreste a través de las colinas empapadas de sangre de la Rambla. Si el Rey Espino y Plata aún seguían vivos, estarían en el Norte. No

quedaba ningún otro lugar seguro en todo el Reino del Centro.

Parche avanzó cojeando y aturdido, tratando de no pensar en lo que acababa de ver, oler y oír, mientras las sombras se alargaban a su alrededor. Deseó haberse quedado con Blanca. Estaba tan aturdido, su mente tan distante del mundo, que no se dio cuenta de que estaba rodeado hasta que fue demasiado tarde.

Los Pavos

Había cuatro grandes ardillas, bien alimentadas. Sus rostros y pieles estaban arañados, marcados y manchados de sangre, tenían expresiones de ira y odio, y habían atrapado a Parche entre dos cedros en la ladera de una colina sobre una autopista humana. Parche sintió una sensación enfermiza en sus entrañas. Esto era un problema, un problema grave, él ya lo sabía. Y no había modo de escapar. Miró hacia el cielo, confiando; pero ni Toro ni Karmerruk estaban allí para ayudar.

"¿Quién eres?", exigió la más grande de ellas, una ardilla casi tan grande y fuerte como Tiritón, el amigo de Parche.

"Solo estoy paseando", dijo Parche evitando la pregunta. "¿Hay algún problema?"

"¿Quién eres?", repitió la gran ardilla enojada. "¿Eres de la Rambla o del Prado?"

"Mordedura de rata" gruñó otra de las ardillas, una relativamente pequeña con una cuenca de ojo sangrienta donde debería haber estado su ojo izquierdo. "Conozco los mordiscos, no es mordida de ardilla, es una mordida de rata en su pata, es de la Rambla, ¡es uno de ellos!"

Las cuatro ardillas se acercaron a Parche con el asesinato en los ojos.

Parche dijo, lenta y claramente, "Juro por la luna que no soy de la Rambla".

Una extraña sensación de estremecimiento surgió de su interior y se extendió hasta el borde de su piel, ya que esta era la primera y única vez que había jurado por la luna. Por un momento se sintió débil y mareado, y el mundo a su alrededor se volvió borroso, todas sus formas se unieron en una sola masa de rayas. Cuando el mundo volvió, las cuatro ardillas se habían alejado de él, un poco asombradas.

"Entonces, ¿quién eres?", preguntó la ardilla más grande, esta vez en voz baja.

"Soy..." Parche dudó un momento, "Pálido, hijo de Brillantina, del clan Buscador, de la tribu Prado".

"El Prado, ¿eh? ¿Qué estás haciendo solo?"

"Yo ..." Parche improvisó, "Estuve en la batalla anoche, uno de los de la Rambla me empujó de un árbol, debo de haber perdido el sentido, me acabo de despertar. Regreso al ejército. ¿Por dónde se va?"

"Está mintiendo", dijo la hembra tuerta. "Es un espía. Él es de la tribu del Norte".

"¡Que no!", dijo Parche débilmente. Esperaba no tener que jurarlo por la luna. Las secuelas de ese último juramento no habían sido agradables.

"Las ardillas del Norte son rojas," se opuso otra de ellas.

Parche se dio cuenta de que ninguno de ellos parecía sospechar que podría ser de Copas de los Árboles. Eso era afortunado, en cierto modo, pero también era una terrible confirmación de que la terrible historia de Blanca había sido cierta, que toda su tribu se había extinguido. Sintió frío, como si se hubiera sumergido en agua helada en invierno. Frío y repentinamente enojado.

"¿Quiénes sois vosotros?", preguntó. "¿Por qué debería responderos?"

Las ardillas se miraron, un poco desconcertadas por la temeridad de Parche, hasta que la más grande dijo con voz sorprendida: "¿Quién crees que somos? Somos Pavos. Estamos aquí para encontrar desertores".

"Yo no soy un desertor".

"Eso ya lo veremos", dijo la cuarta ardilla. "¿Cuál es el nombre de tu rata?"

Parche simplemente se quedó mirándola. Ni siquiera entendía la pregunta.

Entonces la hembra tuerta chilló, "¡Humanos!"

Y, de hecho, una pequeña familia de humanos, dos grandes y dos pequeños, avanzaban hacia donde estaban las cinco ardillas. Los Pavos se dispersaron de inmediato, pero Parche, pensando rápido, permaneció donde estaba. Los humanos lo dejaron en paz sin molestias y continuaron hacia la autopista cercana.

Parche los siguió, manteniéndose lo más cerca que pudo. Echó un vistazo por encima del hombro y, para su consternación, vio que los Pavos lo perseguían con los colmillos al descubierto. Se apresuró a seguir el ritmo, pero incluso los pequeños humanos se movían demasiado rápido para él, y cada paso le quemaba la pata con agonía. Los humanos se distanciaron, y luego los Pavos se lanzaron a la carrera. Estuvieron sobre él en unos latidos de corazón.

Parche se giró para enfrentarlos, listos para morir luchando, y los Pavos miraron más allá de Parche, pálidos, girando en el sitio tan rápido que la hembra de un solo ojo en realidad se apresuró a poner su cabeza donde había estado la cola, y huyó. Todos huyeron hacia el cedro más cercano, y luego corrieron como si los persiguiera la misma muerte.

El corazón de Parche se convulsionó. Cuando se giró hacia la autopista, parte de él ya sabía lo que vería. Era la pesadilla más aterradora de toda ardilla. Un perro grande se había liberado de sus amos humanos y estaba cargando directamente hacia él, con los ojos encendidos con la cruel emoción de la caza.

Parche intentó correr, y su pata cedió debajo de él, y él cayó. Luego el perro estaba parado ante él. Los colmillos brillaban en su boca apestosa y esclavizada. Su correa colgaba flácida hacia el suelo. No había humanos cerca. Parche cerró los ojos. Este era el final. Esperó que no doliera demasiado.

El perro rugió tan fuerte que a Parche le tomó un momento descifrar

sus palabras:

"¡Oh, gracias, gracias, ardillita! ¡Oh, ayudado, ayudado!"

Después de un largo y desconcertado momento, Parche se atrevió a abrir los ojos, justo cuando el perro lo lamía con su enorme lengua rezumante. Parche retrocedió, el asco le dio fuerzas suficientes para ponerse en pie. Miró más allá de las enormes fauces con dientes del perro hacia su cara, y su boca se abrió con asombro de reconocimiento.

"¡Beeflover!", gritó.

"¡Ardillita!"

En la distancia, Parche vio humanos corriendo hacia él. Los humanos de Beeflover persiguiendo a su perro.

Se sintió mareado por la sorpresa. Estaba pasando por demasiadas cosas. Sentía casi como si el veneno de la sangre negra comenzara a surgir a través de su sistema una vez más. Pero sabía que tenía que pensar, y pensar rápido. Una vez que los humanos llegaran y se llevaran a Beeflover, los Pavos regresarían; y Parche no tenía fuerzas para correr.

"Beeflover", dijo, "¿puedes llevarme a cruzar la autopista?"

Los ojos de Beeflover se iluminaron. "¡La autopista! ¡Oh, chico! ¡Por supuesto! Oh, eso es divertido, ardillita, ¡vamos, vamos!"

Parche cerró los ojos con terror cuando los colmillos del perro se hundieron hacia él, y luego se cerraron, apretando su cuerpo con sorprendente delicadeza. Luego Parche se elevó en el aire, acunado entre las fauces abiertas de Beeflover. Parche abrió los ojos, vio que el mundo giraba y giraba a su alrededor, se dio cuenta de que un perro corría mientras lo sostenía en la boca y volvió a cerrarlos lo más fuerte posible. Intentó no respirar por la nariz. El aliento de Beeflover era incluso peor que los gases de una máquina de muerte.

Entonces Parche sintió un violento tirón y estaba cayendo. Cayó al

suelo, aulló de dolor cuando su pata herida hizo contacto y volvió a ponerse en pie. Beeflover miraba a Parche, sonriendo enormemente. Dos humanos se pararon junto a Beeflover, sosteniendo su correa y reprendiéndole en voz alta.

"¡Eso fue divertido!", gritó Beeflover, antes de que sus humanos se lo llevaran a rastras.

Parche miró a su alrededor. Estaba muy cerca de la autopista, donde un caballo estaba ***clop-clop-clopeando*** hacia él, encadenado a una caja de madera. Apenas podía caminar, y Beeflover se había ido, y los Pavos ya estaban de vuelta en el suelo y reanudando su persecución. No había forma de que pudiera escapar de ellos. Solo tenía una esperanza.

Parche esperó inmóvil mientras los Pavos se acercaban. Sus rostros brillaban con malévolo triunfo. Pero cuando el caballo pasó, arrastrando la enorme caja con ruedas detrás, Parche usó lo que pareció como toda la fuerza restante en sus tres patas buenas para saltar hacia el palo plano de madera que pasaba entre las enormes ruedas de la caja. Durante un largo y vertiginoso momento, él se resbaló por el borde de esta repisa; entonces, justo cuando pensaba que estaba a punto de caer, sus garras encontraron un nudo y se subió por completo.

El caballo ***clopeaba*** a lo largo de la autopista, ampliando rápidamente la distancia entre él y los Pavos. Y a medida que estos disminuían y desaparecían en la distancia, a pesar de los terrores y horrores del día pasado, y aunque yacía agotado y cerca del colapso, Parche se permitió una sonrisilla triunfante.

El Antiguo

Parche esperaba que el caballo lo llevara todo el camino hacia el Norte, pero este se dio la vuelta justo después del Mar de la Tortuga. Parche se las arregló para volver al suelo sin incidentes, y se alejó cojeando lentamente del camino de hormigón, buscando comida y algún tipo de refugio para pasar la noche. El sol ahora estaba escondido detrás de las montañas al Oeste.

Encontró y comió algunas nueces de ginkgo caídas. Estas parecían intensificar su hambre, pero estaba demasiado débil y cansado para encontrar una cena adecuada. En cambio, renqueó colina arriba hacia un arbusto cercano y se acurrucó en la tierra bajo sus densas ramas. No era un gran drey, pero tendría que servir. Confiaba en que su pata estuviera mejor mañana. Ya casi no le dolía; la sentía distante, como si ya no fuese en realidad parte de su cuerpo. Sabía que esto era aún más preocupante que el dolor.

Todo iba mal. Había trabajado muy duro y desafiado muchos peligros para regresar al Reino del Centro, y ahora estaba en una situación tan desesperada como la que había enfrentado en su viaje de regreso a casa. La Rambla era un mar de sangre y carne destrozada y cornejas carroñeras, y el Rey Espino había huido hacia el Norte. Él le había fallado a Karmerruk, estaba paralizado por una pata envenenada que parecía que nunca sanaría, y tenía mucha hambre. Sintiéndose no solo exhausto sino realmente vacío, hueco como un árbol muerto, Parche se tumbó y cerró los ojos.

Luego, lo que pareció como un latido después, los abrió otra vez.

Durante un suspiro, Parche se quedó muy quieto. Luego olfateó el aire con atención. Había un olor extraño y eléctrico en el aire, un aroma rico y salvaje que había encontrado antes, Parche estaba seguro de ello, aunque no sabía dónde ni cuándo. La mera presencia de aquel aroma pareció restaurar un poco de su fuerza y curiosidad. Volvió a ponerse en pie, reptó hasta el borde del arbusto y asomó la cabeza entre las ramas.

Desde el centro de un claro de hormigón, una aguja de piedra colosal sobresalía en el cielo como un solo diente afilado, tallado por los humanos en todos los lados con intrincadas formas extrañas. Parecía tan viejo como la tierra misma. Una serie confusa de imágenes inundó la mente de Parche mientras miraba la aguja, imágenes que parecían suspenderse en el aire ante él: una criatura de ojos dorados con el cuerpo de un tigre y la cabeza de un hombre; una extensión interminable de ondulante arena llena de miles de esqueletos humanos; una luna llena elevándose sobre un vasto edificio triangular rodeado por una manada de perros. Por un momento, Parche pensó que oía voces susurrando en un lenguaje sibilante e incomprensible, y se le puso todo el pelaje de punta.

Las imágenes se atenuaron y se aclararon, y Parche vio algo similar a un perro al pie de la aguja de piedra, mirándolo con una recelosa sonrisa llena de dientes afilados. Por un momento él pensó que era Beeflover. Pero este perro, si es que era un perro, era más pequeño, y sus ojos eran dorados, y era delgado y fibroso de músculos.

"Parche, hijo de Plata", dijo aquello con una voz baja y divertida. "Nos volvemos a ver".

Parche se sobresaltó con sorpresa. "¿Quién eres tú? ¿Cómo sabes mi nombre?"

"Oh, sé muchas cosas inútiles", dijo airosamente la cosa perro. "Puedes llamarme ***Coyote.***"

Parche se estremeció al escuchar ese nombre, aunque no sabía por qué.

"¿No es hermosa?", preguntó Coyote, indicando la enorme aguja de piedra. "Las historias que esto podría contar si las piedras pudieran hablar. Esto conoce historias de sangre y sacrificios antiguos, de ejércitos enteros sacrificados para que un solo humano pudiera intentar engañar a la muerte. Deberías traer a Zelina aquí. Ella vería algunas cosas interesantes".

"¿Conoces a Zelina? ¿Como está ella? ¿Dónde puedo encontrarla?"

"Oh, no te preocupes, ella está bien. Te encontrará cuando llegue el momento. Pero no te he traído aquí para cotillear, Parche, hijo de Plata".

"¿Traerme aquí?"

"Mira eso", dijo Coyote. Hizo un gesto hacia la autopista visible más allá de la aguja, donde los automóviles se movían lentamente, como escarabajos arrastrándose por una rama. "Son tan listos, esos humanos. Siempre construyendo una máquina nueva. Trozos de metal sin alma. No me gustan las máquinas, Parche, hijo de Plata. A veces me gusta tirar cosas en sus engranajes. Como una piedra o un palo. O una ardilla".

"No entiendo", dijo Parche nervioso.

"No te preocupes, lo digo metafóricamente. ¿Pero sabes lo que me gusta? Me gusta el Reino del Centro. Las aves vienen aquí desde muy lejos, ¿lo sabías? Seguro que lo sabes, hablas muy bien Pájaro, una habilidad muy rara en una bolita de piel como tú. Vienen hasta aquí de los cuatro rincones del mundo, y hasta ese bosquecillo donde vive Viejo, y se mezclan, y después de una temporada regresan a sus hogares. El mundo es un lugar terriblemente grande, ardillita. Mucho más grande y mucho más terrible de lo que nunca entenderás".

"¿Viejo?", preguntó Parche, ahora completamente desconcertado.

"Olvida eso. Ven conmigo, Parche. Quiero mostrarte algo. Agitemos un poco las cosas. Hagamos un truquito al Rey de Abajo y veamos lo ágil que puede bailar cuando hay un poco de caos en el aire, ¿de acuerdo? Sígueme".

Parche dudó. "¿Dónde?"

"No muy lejos. Llegaremos allí al anochecer. Eso puedo prometerte. Sé todo lo que hay que saber sobre el anochecer".

"No puedo. Lo siento. Mi pata, no puedo caminar". Parche se sintió

aliviado de tener esta excusa. No quería pasar más tiempo con Coyote del que fuese absolutamente necesario. Parecía amable, su sonrisa divertida nunca flaqueaba, pero había algo aterrador en él, algo antiguo y despiadado.

"Tu pata, ah, sí, tu pobre pata envenenada. Echemos un vistazo."

Coyote se acercó al arbusto que albergaba a Parche. Parche se puso rígido, pero claramente no tenía sentido tratar de escapar. De cerca, el aroma salvaje de Coyote era intoxicante, como respirar los sueños de otra persona. Coyote bajó la cabeza hacia la pata herida de Parche y la lamió una vez con su lengua roja y áspera. Tenía un tacto seco, como una piedra arrastrada por la piel de Parche. La pata inmediatamente comenzó a hormiguear con calor.

"No más excusas", dijo Coyote. "Sígueme".

Este se giró y caminó hacia el Noroeste. Parche dio un tentativo paso hacia adelante. Para su sorpresa, su pata envenenada volvía a sentirse fuerte e indolora. Confundido, nervioso, pero también agradecido, Parche siguió al misterioso Coyote de ojos dorados hacia la luz del sol poniente.

La Puerta De Abajo

"Date prisa", dijo Coyote con voz de reproche. "Tenemos que llegar a la puerta antes del anochecer, o seguro como el amanecer que serás carne de rata. Corre, Parche. *¡Corre!*"

Coyote salió al galope y eso era lo único que Parche podía hacer para mantener el ritmo. Corrieron hacia el Norte, hacia el Gran Mar; primero a través de campos verdes, luego hacia un escarpado cañón con paredes de piedra a lo largo del cual pasaba una autopista humana. Este era territorio del Prado y Parche estaba nervioso por cruzarlo, pero no veía otras ardillas. De hecho, mientras estaba con Coyote no veía ninguna otra criatura, ni pájaro ni escarabajo siquiera.

"Aquí", dijo Coyote, deteniéndose en una pendiente empinada y cubierta de maleza que salía del borde de aquel cañón. "Mira con atención".

Parche frunció el ceño. El aire aquí apestaba a rata y en las zonas de arena en la ladera llena de hierba serpenteaban huellas recientes de ratas. La pendiente estaba densamente cubierta por una planta rastrera que era algo entre una enredadera y un arbusto. La pared de arriba estaba hecha de ladrillos desmoronados. En un hueco oscuro en la base de esa pared, casi completamente oculto por las brillantes hojas de la planta enredadera, algunos ladrillos rotos estaban sueltos en una pequeña pila. Un viento húmedo y enfermizo salíia del agujerito oscuro descubierto allí; un viento como aliento moribundo, un viento que olía a ratas, a oscuridad y a agua, y a cien años de descomposición, y a otra cosa, algo que Parche no reconocía, algo que lo hacía pensar en reptantes monstruosidades. Se estremeció y retrocedió lentamente del agujero oscuro en la pared rota.

"Por supuesto que hay innumerables caminos hacia el Reino de Abajo", dijo Coyote. "Cada alcantarilla, cada canaleta, cada pared de sótano rota. Pero esta puerta es especial. Este pasaje es muy antiguo, pequeño Parche, más antiguo que casi todas las montañas humanas. Si buscaras

al Rey de Abajo, harías bien en comenzar tu viaje aquí".

"Yo no estoy buscando el Rey de Abajo", dijo Parche alarmado. "Estoy buscando al Rey Espino".

"Por supuesto que sí. Y sabes dónde está él. Está en el Norte".

"Entonces me voy al Norte".

"Por supuesto que sí". La sonrisa de Coyote se ensanchó. "Y te sugiero que te apures. Será de noche pronto. Y al caer la noche, este no es un lugar saludable para estar, no para los peludos como tú. Señor Hocico se acerca y no está solo. Te sugiero que pongas distancia entre ti y este portal antes de que oscurezca, Parche, hijo de Plata. Toda la distancia que puedas conseguir".

Parche miró a Coyote por un momento. Coyote le devolvió una irónica mirada. Sus dientes parecían de alguna manera más afilados ahora, y sus ojos dorados ya no estaban llenos de risas; eran ojos brillantes de depredador. Parche retrocedió lentamente.

"Corre, Parche", susurró Coyote. "Corre por tu vida y por tu alma".

Con esas palabras, el terror surgió como una marea en la mente de Parche, ahogando el resto de sus pensamientos. Se dio la vuelta y corrió lo más rápido que pudo. Cuando llegó al Gran Mar apenas se dio cuenta; siguió hacia el Norte. A pesar de la amenaza de los búhos, corrió hasta que estuvo demasiado oscuro para ver, y cuando subió a un árbol para pasar la noche, se adentró lo más profundo posible en sus ramas entrelazadas. Allí se acurrucó jadeando de miedo, como si estuviera rodeado de enemigos mortales. Le llevó mucho tiempo conciliar el sueño esa noche, y todos sus sueños fueron pesadillas.

El Norte

Parche se despertó al ver el amanecer brillando en el Gran Mar. Las aves zancudas se disponían en líneas ordenadas sobre el agua, buscando peces desprevenidos. Los humanos no amenazados corrían como perseguidos por tigres por el camino que rodeaba el mar. Parche se paró en un arce a medio camino entre el mar y las montañas. Ninguno de los territorios estaba a más de un alto árbol de distancia. El Gran Mar se extendía casi toda la amplitud del Reino del Centro; las tierras del norte y del sur estaban conectadas solo por un estrecho carril en el borde occidental del reino, y esta franja aún más estrecha en el Este. Antaño este mar había parecido vasto más allá de toda comprensión, pero en comparación con las grandes aguas que Parche había visto en el Reino del Océano, era poco más que un estanque.

Parche llenó su vientre de dulces brotes de arce y comenzó a correr hacia el Norte, manteniéndose en el camino elevado cuando podía. Este también era territorio del Prado. Se le ocurrió que era la primera vez que viajaba por los caminos elevados del Reino del Centro desde que Karmerruk lo había arrancado de un cerezo hace tantos días, y se deleitó en el viaje. Se sentía joven, fuerte y lleno de vida. Las pesadillas de ayer quedaron olvidadas, arrugadas por su barriga llena, derretidas como una neblina por el sol brillante.

Podría haber creído que el encuentro de la noche anterior no había sucedido de verdad si no fuera por ese olor salvaje que todavía se aferraba a su pelaje. Coyote claramente no era un animal normal. Se preguntó si era Coyote de quien había hablado Viejo: *«Mi amigo más viejo. Mi adversario más antiguo».*

Pero su pata estaba completamente curada, y se sentía agradecido por ello, y estaba casi en la frontera del Norte, donde podría encontrar al Rey Espino, a Plata y a las otras ardillas que no le tratarían como enemigo. Era difícil de creer que no hacía mucho tiempo él se habría reído ante la idea de una ardilla enemiga. Ahora los amigos parecían tan raros como los albinos, toda su tribu estaba en peligro y la idílica paz del Reino del Centro, que parecía tan inmutable como la piedra,

se había derretido tan repentinamente como el hielo expuesto al sol del verano.

El Gran Mar apenas comenzaba a desaparecer tras él, reemplazado por plegadas colinas y grandes cordilleras de granito, cuando Parche fue interrumpido por una voz sobresaltada que gritó: "¡Alto!"

Parche se detuvo y miró hacia arriba. Dos ardillitas rojas estaban en las ramas de la parte superior de un fresno, con las colas erguidas, como si estuvieran listas para pelear. Parche sabía por su pelaje que eran de la tribu del Norte.

"Lo siento", dijo Parche. "¿Es este vuestro árbol? No es mi intención invadirlo".

"Este árbol es el territorio del Rey Espino", dijo la ardilla más grande con severidad, "como lo es cualquier otro árbol en el Reino del Centro".

Parche se preguntó cómo se sentirían Karmerruk y Toro respecto a esa afirmación, pero decidió no discutir. "Yo estoy buscando al Rey Espino. ¿Dónde está?"

Las ardillas rojas se miraron. Su pelaje en realidad no era tan diferente al de otras ardillas, era más un gris rojizo opaco que el rojo de una baya, pero era lo bastante diferente como para que todas las otras tribus se refirieran a las ardillas del Norte como rojas.

La más pequeña preguntó: "¿Quién eres?"

"Soy Parche, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles. ¿Quién eres tú que pregunta?"

Las dos ardillas hablaron brevemente entre ellas. Luego la grande dijo: "Somos del Norte. ¿Estás solo, Parche de las Copas de los Árboles?"

"Sí".

Las dos ardillas miraron suapicazmente hacia el Sur, como si Parche pudiera estar a la cabeza de un vasto ejército. Entonces la segunda

ardilla suspiró y dijo: "Sígueme".

Parche dudó. "¿Seguirte adónde?"

"Hasta el Rey Espino. Yo voy allí ahora para informar. Pero sea cual sea tu petición, dudo de que te atienda. Está ocupado preparándose para la batalla. Las ratas y el Prado ya están en marcha. La guerra está llegando al Norte".

VI. LA GUERRA POR EL REINO DEL CENTRO

La Guardia Del Rey

La ardillita roja condujo a Parche subiendo y bajando empinadas crestas y colinas fangosas, más allá del alucinante Laberinto, a lo largo de la extensión del Mar del Norte, luego a través de una autopista humana hacia el Barranco. Este circuitoso curso tomó casi todo el resto del día, pero la ruta directa pasaba a través de campos de hierba que eran territorio del Prado.

El Barranco era la parte central del Río del Norte, el cual comenzaba como un largo estanque rodeado de sauces en el borde occidental del Reino del Centro y fluía hacia el Mar del Norte en la esquina noreste del reino. Más allá del río, en el triángulo delimitado por sus aguas y los bordes norte y oeste del reino, se encontraban los territorios del Norte; colinas empinadas y densamente boscosas casi tan silvestres como la Rambla.

Para cuando llegaron, el sol estaba de camino al ocaso. Los árboles del Barranco estaban llenos de ardillas, el pelaje de estas era principalmente el gris del Sur, no el rojo del Norte. Parche y su guía se acercaron a un poderoso roble cuyo tronco estaba rodeado por una docena de ardillas guardias. Había más guardias en lo alto que observaban los caminos elevados.

"La guardia de la corte", explicó la ardilla roja. "Vigilan el árbol del rey día y noche para que el Prado no nos vuelva a tender una emboscada. Quédate aquí".

"¿Aquí? ¿Por qué?"

La ardilla roja desaceleró el paso y miró a Parche con recelo. "La contraseña es secreta. No sabemos si eres un espía. Quédate aquí".

Parche se quedó justo debajo de las ramas del árbol del rey y observó a la ardillita roja trotar hasta la guardia de la corte. Algunos de ellas eran rojas, otras grises. Todas eran muy grandes y fuertes. Y una de ellas parecía muy familiar...

"¡Tiritón!" gritó Parche y corrió dejando atrás a la ardillita roja, ignorando sus indignados gritos. "¡Tiritón, estás vivo!"

Tiritón le miró como si a Parche le hubiera crecido una segunda cabeza. "¿Quién eres tú?" Preguntó con asombro. "Te pareces a Parche. También suenas como él".

"¡Porque soy Parche! ¡Tiritón, soy yo!"

Tiritón sacudió la cabeza severamente. "Oh, no. No puedes ser Parche. Parche está muerto. Un halcón se lo llevó. Yo lo vi".

"Un halcón me llevó", coincidió Parche, "pero no estoy muerto. Soy yo, Tiritón. Soy yo de verdad".

Los otros guardias observaban en absorto silencio.

"Si eres Parche", dijo Tiritón con voz esperanzada pero suspicaz, "si eres mi mejor amigo, entonces, ¿cuál es mi comida favorita?"

Parche rompió a reír a carcajadas.

"¿Qué?", exigió Tiritón. "¿Qué tiene tanta gracia?"

"Tiritón, esa es la peor pregunta de todas. Todos los que te conocen más tiempo que unos pocos latidos saben que tu comida favorita son los bulbos de tulipán".

Los ojos de Tiritón se abrieron, y luego cargó hacia adelante, tan emocionado que su intento de oler a Parche de cerca se convirtió en un cabezazo que derribó a Parche al suelo. Parche casi había olvidado cuán grande y fuerte era Tiritón.

"¡Parche!" gritó Tiritón mientras Parche se ponía en pie, atontado. "¡Eres tú, eres tú de verdad, no estás muerto, estás vivo!"

"Unos cuantos cabezazos más como ese y podría no estarlo", dijo Parche, aturdido pero riendo. "Pensé que ***tú*** estabas muerto, Tiritón.

He oído que casi todas los de las Copas de los Árboles murieron en la guerra, o juraron por el Prado".

La sonrisa de Tiritón vaciló y se convirtió en una expresión sombría que Parche nunca antes había visto en la cara de su amigo; y Parche notó que no él era la única ardilla que había cambiado desde su última reunión.

"Eso es cierto", dijo Tiritón en voz baja. "Casi todos se han ido. Muerto en batalla o jurado por la luna".

Parche tragó saliva y se obligó a preguntar. "¿Qué hay de Plata?"

"¿Plata?" La euforia de de Tiritón regresó al oír ese nombre. "¡Oh, ella es maravillosa! ¡Cuando no había comida, después de que te fuiste, yo tenía tanta hambre que ella vino y me trajo bellotas!"

"¿Entonces está viva?", preguntó Parche con la esperanza estallando en su corazón.

"¡Oh, sí! Quiero decir, eso creo. Quiero decir, nadie me ha dicho que no lo está. Creo que alguien me lo habría dicho, Parche, de verdad creo eso."

"Plata estuvo aquí hace dos días", dijo otra ardilla de guardia. Su pelaje estaba veteado de blanco, pero se movió con tranquila gracia cuando se acercó a Parche y lo olisqueó de cerca, como si lo inspeccionara en busca de algún tipo de defecto.

"¿Dónde está ella ahora?"

El viejo guerrero pareció suspicaz. "Entiendo que seas amigo de Tiritón, pero ¿qué te importa a ti Plata?"

Parche dijo indignado, "¡Es mi madre!"

"¿Tu ***madre?***" La vieja ardilla retrocedió dos pasos y miró a Parche con atención. "¿Estás diciendo que eres su hijo? ¿El hijo que fue llevado por un halcón?"

"¡Eso es lo que acabo de decir yo!", dijo Tiritón. "¿No lo acabo de decir, Parche? ¿No acabo de decir que un halcón te llevó? A veces creo que nadie me escucha".

Parche le dijo a la vieja ardilla: "¿Quién eres tú?"

"Soy Garra Afilada, hijo de Mordedora de Garganta, duque del clan Fuerte, soldado de la tribu Rambla, comandante de la Guardia del Rey".

"De acuerdo. ¿Y dónde está mi madre?"

Garra Afilada miró cuidadosamente a Parche. "Tu madre, si eso es lo que realmente es para ti, ha partido en una misión. Más allá de eso no puedo decir más. Pero si todo va bien, volverá pronto".

"¿Volver de dónde?"

"He dicho que no puedo decir más", dijo Garra Afilada bruscamente. "Estamos en guerra, joven ardilla. No tengo tiempo para chismorreos. ¿Por qué estás aquí? ¿Qué asunto tienes con el Rey Espino?"

Parche dudó. En realidad no había tenido ningún propósito más allá de descubrir lo que les había sucedido a sus amigos y familiares. Era cierto que Karmerruk le había pedido que le sirviera de intérprete, pero no creía que fuera un buen momento para afirmar que un halcón lo había enviado aquí.

"¿Apoyas al verdadero rey?", preguntó Garra Afilada.

"Supongo".

"Entonces servirás en su ejército".

"¿Su ejército? Pero..."

"Estamos en guerra, muchacho", dijo la vieja ardilla enojada. "Si no tienes intención de pelear, entonces vete de aquí ahora, porque ninguno de nosotros tendrá tiempo para ti, ni siquiera Tiritón, no

importa el tiempo que llevéis siendo amigos. No tenemos tiempo para la amistad. La batalla final podría ser mañana. Únete a nosotros o vete."

Parche miró a su alrededor. Suspiró y dijo: "No quiero irme".

Garra Afilada sonrió levemente. "Entonces te doy la bienvenida al ejército del Rey Espino. Creo que conozco el lugar para un vagabundo como tú. Puedes pasar la noche en los barracones de hay por allí. Te llevaremos a tu puesto a primera hora de la mañana".

El Clan De Guerra

Ojo Nocturno frunció el ceño. "Así que tú eres el nuevo recluta. Parche, hijo de Plata." Parche asintió. "Sabes que es peligroso estar aquí. La muerte nos acecha todas las noches".

Parche miró a su alrededor y se preguntó dónde acechaba exactamente la muerte. Estaban en lo alto de un ciprés justo al sur del Barranco. Las ardillas que vivían en los campos de hierba más al Sur estaban distantes de sus hermanos tribales al otro lado del Gran Mar, pero seguían siendo ardillas grises de la tribu del Prado; y por lo que Garra Afilada había dicho, Ojorrojo y su ejército estaban en marcha. Pero no se veían ardillas del Prado desde el ciprés. Los únicos animales a la vista eran unas palomas distantes, una docena de humanos persiguiendo una pelota a través de los campos y la media docena de otras ardillas de la Rambla bajo el mando de Ojo Nocturno, esparcidas en las ramas del ciprés.

"¿Has peleado en la Batalla del Prado?", preguntó Ojo Nocturno.

Ojo Nocturno era como una versión más joven de Garra Afilada, una ardilla grande y fuerte con un pelaje magnífico y un informal aire de mando.

"No", Parche dijo: "Yo no estaba..."

"¿Has peleado en la Batalla de la Rambla?"

"No. Llegué allí al día siguiente".

"Al día siguiente", repitió Ojo Nocturno. "Demasiado tarde para ayudar. Demasiado tarde para pelear".

"Apenas era capaz de..."

"Porque te dejaste llevar por un halcón", dijo Ojo Nocturno con la incredulidad vertiéndose de cada palabra, "y tuviste que viajar por

medio mundo para volver al Reino del Centro, y resulta que vuelves justo a tiempo de perderte las batallas."

Parche dijo: "Eso es lo que sucedió".

"Y convenciste sin más a un halcón para que te dejara libre."

"Yo hablo Pájaro".

"Debes de hablarlo muy bien para salir hablando de las garras de un halcón."

Parche no supo qué decir.

"Tu madre es una ardilla valiente y audaz", dijo Ojo Nocturno, "y por ella te aceptaré en mi clan de guerra. Quizás aún podamos hacer una ardilla de ti."

"Tiritón dice que él es buena gente," dijo vacilante otra de las ardillas de Ojo Nocturno. Parche había sido presentado pero ya había olvidado sus nombres. Todas pertenecían a la Rambla.

"Tiritón. Si. Tiritón es tu amigo, ¿no es así? " Preguntó Ojo Nocturno.

Parche asintió. "Tiritón es muy fuerte y muy valiente. Pero no es muy bueno eligiendo a sus amigos. Olisqueador también era amigo de Tiritón, ¿no? Y tuyo también".

"¿Qué estás diciendo?", exigió Parche, enojado ahora.

"Estoy diciendo que estabas con Olisqueador cuando desapareciste, y ahora regresas en la víspera de una gran batalla y afirmas que quieres unirte al ejército. Si no fueras el hijo de tu madre, Parche, te enviaría de regreso al Sur".

"¡Yo ni siquiera quería unirme al ejército!" Protestó Parche. "¡Garra Afilada fue quien me dijo que tenía que hacerlo!"

"Ah, entonces dices que no eres un espía, solo un cobarde".

"¡No soy un cobarde! ¡No creerías cuántas veces casi muero al tratar de volver al Reino del Centro!"

"No, no lo creería". Ojo Nocturno frunció el ceño. "Bueno, pronto veremos si tienes algo de la sangre de tu madre. Este es un pelotón de exploración, Parche. Nuestro trabajo es encontrar el peligro antes de que el peligro encuentre al Rey Espino. Y trabajamos tanto de día como de noche. ¿Qué te parece eso? ¿Qué te parece la oscuridad y las ratas y los búhos?"

Parche miró a Ojo Nocturno directamente a los ojos. "He visto cosas peores".

Ojo Nocturno le devolvió la mirada, con una cara pétrea de desprecio e incredulidad. La mirada de Parche no vaciló. Un momentáneo destello de duda cruzó la cara de Ojo Nocturno; pero luego su expresión se endureció y dijo con desprecio, "Bonitas palabras audaces. Pronto veremos si tienes corazón para igualarlas".

A pesar de las siniestras palabras de Ojo Nocturno, Parche no consideró que la primera tarde del deber de explorador fuera particularmente desesperada o peligrosa. El clan de guerra abandonó el ciprés y se dirigió hacia el Sur, avanzando rápidamente, viajando hasta el borde del Gran Mar, dispersándose y buscando rastros de ratas, o del ejército de Ojorrojo, o de cualquier ardilla. No encontraron nada más que olores antiguos de un día y algunos dreys abandonados. Las ardillas del Prado que ocupaban estas llanuras cubiertas de hierba parecían haberse retirado más al Sur.

Regresaron antes del anochecer divididos en pares, y se dispersaron por los árboles cercanos del Barranco, lo bastante cerca como para escuchar las llamadas de los demás. Un miembro de cada pareja tenía que estar despierto toda la noche, escuchando en busca de ruidos sospechosos. Si escuchaba algo, todo el clan de guerra lo investigaría. En la Batalla de la Rambla, las ardillas del Prado habían atacado por sorpresa, trepando a los árboles en la oscuridad de la noche y matando ardillas de la Rambla mientras dormían en sus dreys. La batalla terminó casi antes de que la Rambla supiera que había comenzado. El trabajo de los pelotones de exploración era evitar que eso volviera a suceder.

Parche pronto decidió que lo peor de ser un explorador no era el peligro, sino el tedio. Era tan difícil mantenerse despierto cuando el cielo estaba oscuro, el Reino del Centro estaba en silencio, y todo su cuerpo estaba chillando para que él se arrastrara a un drey y se quedara dormido. Ayudó que su compañero nocturno, Cola Larga, hubiera sufrido una fractura en el hocico durante la Batalla del Prado y ahora roncara ruidosamente, pero Parche se descubrió dando cabezadas en varias ocasiones esa primera noche. Por fortuna, él estuvo despierto cada vez que Ojo Nocturno pasó a inspeccionar su puesto. Que Parche supiera, Ojo Nocturno no dormía en absoluto.

Por la mañana volvieron al Gran Mar en otra batida de exploración. Parche trató de ser amigable con Cola Larga y los demás miembros del clan de guerra, pero todos lo trataban con silencioso desdén. Cuando hablaban era invariablemente sobre reminiscencias de la Rambla y de las dos grandes batallas, y Parche no tenía nada que agregar a ello. Pronto se dio por vencido. No importaba. Lo que importaba era que su madre estaba viva y que él la vería pronto. Las cosas serían diferentes cuando Plata volviera.

Incredulidad

"¡Halcón!" Gritó Ojo Nocturno, y todo el clan de guerra huyó a un gran arbusto en la periferia del Gran Mar. La mayoría se escondió en el denso corazón del arbusto, pero Parche se quedó en el borde, espiando hacia arriba a través de las ramas, tratando de ver si era Karmerruk planeando por el cielo de nubes. Después de un momento, decidió que este halcón era demasiado pequeño y se retiró a un lugar más seguro.

"¿Cuál es el problema?" Se burló una de las otras ardillas. "Pensé que te gustaban los halcones. ¿Por qué no sales y hablas con él? ¿Por qué no le pides que busque a Ojorrojo y a Olisqueador?"

"No conozco a ese halcón", murmuró Parche.

Las otras ardillas se rieron con ásperas carcajadas.

"Será mejor que encuentres al halcón que conoces", dijo Cola Larga. "Será mejor que le pidas que te lleve antes de que llegue la próxima batalla. No vamos a dejar que huyas de esta. Si tratas de huir, mentiroso cobarde, te dejaré tullido yo mismo y te dejaré con las ratas."

Las otras ardillas gruñeron con aprobación general. Parche se giró hacia Cola Larga, herido y traicionado; ¿No habían compartido un puesto anoche y no había cumplido Parche con su deber?

"No soy un mentiroso", dijo en voz baja, sabiendo que nadie le creería. "No soy un cobarde. He peleado con ratas antes. He luchado contra Señor Hocico yo mismo".

Ante esto, las otras ardillas comenzaron a gritar con escandalosa incredulidad.

"¡Señor Hocico!" farfulló Cola Larga. "Lo siguiente que vas a decir es que mataste al Rey de Abajo tu solito. Cállate la boca. ¿Crees que si

agrandas tus mentiras empezaremos a creerte? Sabemos lo que realmente hiciste. Encontraste el árbol más grande que pudiste y te escondiste allí mientras Ojorrojo y las ratas nos estaban matando a nosotros y a toda tu tribu. Y ahora huyes a por tu madre porque ningún otro lugar es seguro".

"Tal vez no fue un árbol", dijo otro explorador, llamado Mandíbula Rápida, con veneno. "Tal vez fue un profundo agujero oscuro. Quizá conociste algo abajo de ese agujero. Tal vez llegaste un ***acuerdo."***

Parche no sabía qué decir. De repente sintió que estaba rodeado de enemigos, no de ardillas de la Rambla que se suponía que estaban del mismo lado. Había llegado tan lejos y soportado tantas vicisitudes para llegar hasta aquí, con la esperanza de encontrar a sus amigos y a una tribu a la que pertenecer al fin; y en cambio estaba siendo tratado como un traidor, apenas mejor que una rata.

"Calma", retumbó Ojo Nocturno. "Es el hijo de Plata, es el amigo de Tiritón. Puede que sea un mentiroso y un cobarde, pero no creo que sea un espía".

"No soy..." comenzó Parche con voz hueca, ya sabiendo que era inútil.

"Silencio", dijo Ojo Nocturno. "Ya hemos tenido suficientes mentiras tuyas por un día".

"Incluso ***huele*** como una rata", dijo Mandíbula Rápida.

Cola Larga se echó a reír. "¡Es cierto! ¡Huélele!"

Parche olfateó casi involuntariamente. Luego se enderezó y olfateó el aire de nuevo, con cautela y atención. Apenas había una pizca de olor, pero Parche se había familiarizado lo suficiente con el olor a rata como para estar seguro de su presencia, por débil que fuese.

Dijo, en voz baja, "Hay ratas cerca".

"Más mentiras", comenzó Cola Larga.

"No", dijo Ojo Nocturno en un susurro contundente. "No, mira".

Desde su punto de vista podían ver, bajo las ramas más bajas del arbusto, un delgado arco del suelo a su alrededor. Algo se movía hacia el Sur. Un grupo de algo gris y peludo, con brillantes colas de gusano; más de una docena de ratas que se aventuraban hacia el Norte desde la dirección del Gran Mar.

"El Ejército de Ojorrojo", susurró Cola Larga. "Tenemos que enviar un mensaje. Yo soy el más rápido".

Ojo Nocturno negó con su cola. El movimiento apenas era visible en la oscuridad. "Eso no es un ejército. Mira, no hay nada detrás de ellos. Es solo un grupo. Un pelotón de exploradores como nosotros. Están a favor del viento. No saben que estamos aquí". Hizo una pausa. "Pero lo descubrirán pronto. Todos listos. Vamos a atacar".

"¡Tenemos que advertir al rey!", dijo Cola Larga, su voz era tranquila pero estridente.

"No", dijo Ojo Nocturno con calma. "Lo que tienes que hacer es seguir mis órdenes. Y yo os ordeno a todos que ataquéis cuando lo diga. Preparados".

Parche tragó. De repente se sintió un poco mareado. Su corazón latía cada vez más rápido mientras se agachaba sobre la tierra. A su alrededor, los demás estaban haciendo lo mismo. Parche podía sentir la sangre caliente latiendo a través de su cuerpo. Sentía los músculos flojos y temblorosos. Se preguntó si tendría fuerza para cargar, si tal vez las otras ardillas tenían razón, si tal vez era un cobarde después de todo ...

"¡Ahora!" ordenó Ojo Nocturno.

Y Parche saltó hacia adelante como un perro que se libera de su correa.

Escaramuza

A menos que su ventaja fuese abrumadora o que un líder fuerte les ordenara, el primer instinto de las ratas siempre era huir. La mayoría de ellas se dispersaron como una nube de moscas cuando Parche y las ardillas de la Rambla salieron en tropel e inesperadamente de debajo del arbusto. Unas pocas quedaron demasiado sorprendidas para moverse, y Parche cargó directamente contra una de esas ratas aturdidas, haciéndola rodar, enredando sus propias patas delanteras con su cola. Su hocico estaba presionado contra su cuello de olor agrio. Por un momento no supo qué hacer.

La rata lo mordió. Parche esquivó instintivamente justo a tiempo; luego, mientras la cabeza de la rata se extendía en el ataque, él mordió. Sus afilados dientes encontraron y atravesaron el carnoso cuello de la rata, y la boca de Parche se llenó con el sabor agrio y de hierro de la sangre. Entre arcadas, Parche lo soltó y la sangre brotó de su rostro. Tanto él como la rata se alejaron el uno del otro, pero los movimientos de la rata eran temblorosos y espásticos. Mientras la sangre manaba de su cuello, cayó, se convulsionó lentamente y murió.

Parche miró a su alrededor. Había estado tan concentrado en su batalla privada que se había olvidado del resto del mundo. A su alrededor, otras ardillas daban fin a las ratas demasiado sorprendidas para correr. Cola Larga estaba encogido detrás, en el borde del arbusto, con aspecto inseguro, mientras Ojo Nocturno y otros tres perseguíian a las ratas que escapaban. Parche hizo una pausa y luego persiguió a su comandante.

Las ratas huían por el sendero de hormigón que abrazaba el borde mismo del Gran Mar como piel sobre hueso. Las ardillas las persiguieron hasta un pequeño dedo de tierra que se extendía hasta el agua. Desde aquí, una gran tubería de metal descendía hacia el Gran Mar, y otra tubería más pequeña pasaba directamente bajo tierra hacia el Reino de Abajo. La rata más rápida comenzó a apretarse por esa tubería, doblando y torciendo su cuerpo grotescamente, pareciendo encogerse físicamente en esa abertura apenas más grande

que la pata de Parche. Pero llevaba cierto tiempo contorsionarse en ese espacio estrecho, y la media docena de otras ratas no tenían dónde correr. Las ratas pueden nadar, pero las ardillas pueden nadar más rápido.

Acorraladas, sin otra opción, las ratas se giraron y lucharon; y cuando lo hicieron, fueron fuertes, rápidas y malignas. Un instante antes, Ojo Nocturno las perseguía como halcón persiguiendo gorriones, y al siguiente ellas estaban sobre él como lanzas, arañando y mordiendo. Parche no lo dudó. Saltó directamente al combate cuerpo a cuerpo, derribando a dos ratas de Ojo Nocturno, incluida la más grande e inmunda del grupo.

En realidad no recordaba lo que sucedió después. El mundo se convirtió en una maraña de barro, colmillos, garras y colas de rata. Las garras le arañaron la espalda y unos dientes afilados le hicieron un corte en el costado; y él mordió, y su boca se llenó de sangre otra vez; y de repente los tres estaban en el agua, y Parche estaba medio atrapado en el lodo mientras arañaba y mordía desesperadamente a una rata que parecía estar en todas partes a la vez. La rata estaba encima de él, mordiéndole, y luego él estaba encima de la rata, rasgándole el vientre con los dientes, y luego esta desapareció dejando un rastro de sangre emplumado en el agua mientras intentaba nadar. No llegó muy lejos antes de quedar inerte y flotar panza arriba.

La otra rata, la que había mordido a Parche, una gran rata con pelaje oscuro y ojos inyectados de sangre, yacía en el borde del Gran Mar con la garganta arrancada. Parche se dio cuenta de que había sido él el ejecutor. Levantó la vista hacia Ojo Nocturno y las otras ardillas. Ellas también estaban rodeados de ratas muertas. La batalla había terminado. Parche metió la cabeza en el agua, abrió la boca y trató de dejar que el Gran Mar lavara el sabor de la sangre de rata. No funcionó. Aún no lo sabía, pero ese sabor no desaparecería durante días. Finalmente se dio por vencido, salió del agua y se unió a Ojo Nocturno.

El comandante del clan de guerra miró a Parche pensativamente. "Has matado a dos".

"Tres. Hay otra allá atrás".

"Creo que me habrían matado si no las hubieras apresurado así".

Parche se encogió de hombros.

"Te habrían mordido, eso es seguro", coincidió Mandíbula Rápida. "Mordido por una... ¡oh, no!" Corrió hacia Parche y le olisqueó el costado. "¡Parche, te han mordido!"

"No es nada", dijo Parche. "Solo un rasguño".

"¿Fue esa de allí?" Mandíbula Rápida indicó con su cola a la rata grande y de aspecto extraño. "¿Te mordió esa?"

"Creo que sí".

"Oh, sol, luna y estrellas", juró Mandíbula Rápida. Se giró hacia Ojo Nocturno. "¿Te mordió a ***ti?"***

Ojo Nocturno parecía sombrío. "No. Parche llegó primero".

"Tenemos que llevarte de vuelta a la corte ahora mismo", dijo Mandíbula Rápida a Parche.

"¿Por qué?"

"Esa rata, mira su pelaje, sus ojos, la forma en que huele que parece llevar días muerta. Porta la enfermedad de la sangre negra. Has sido mordido. Si no recibes ayuda, te irás antes de que termine el día. Incluso si lo hacemos ..." Mandíbula Rápida dudó. "Tenemos que llevarte de vuelta a la corte, eso es todo. Algunas ardillas allí saben cómo curarla. A veces, si eres fuerte y afortunado, algunas ardillas sobreviven".

Las otras ardillas observaban a Parche con los ojos muy abiertos y silenciosos, como si él ya fuera un fantasma.

Parche dijo: "No pasa nada. No necesito una cura".

"No lo entiendes, morirás, te quedarás dormido durante una semana y luego nunca te despertarás..."

"No. Ya la he tenido antes. Soy inmune".

Eso sorprendió a todas las otras ardillas hasta dejarlas en silencio.

"¿Sobreviviste a la enfermedad de la sangre negra?", preguntó Ojo Nocturno asombrado. Parche asintió con la cabeza. "Parche, si esta es una de tus mentiras..."

"Yo no cuento mentiras", dijo Parche acaloradamente. "No soy un mentiroso".

Ojo Nocturno lo miró. "¿De verdad esperas que creamos que fuiste transportado por un halcón? ¿Que luchaste de verdad con Señor Hocico?"

"Fue Hocico quien me infectó la enfermedad de sangre negra".

Después de un momento, Ojo Nocturno dijo: "Sabes, casi podría creerte. Sea lo que seas, no eres un cobarde".

Parche lo miró enojado. "¿Crees que me importa lo que creas?"

Ojo Nocturno abrió la boca y luego la volvió a cerrar.

"Tenemos que volver a informar al rey", dijo Cola Larga.

Parche no sabía cuándo se había unido él a las otras ardillas; pero sabía que Cola Larga no había estado en la batalla.

Ojo Nocturno asintió. "Tú y Parche partid ahora, informad. Y Parche, te quedas en la corte esta noche. Por si acaso".

Parche asintió. Sin más palabras, comenzó a correr hacia el Noreste, hacia el roble del Rey Espino. Parche no se molestó en mirar hacia atrás para ver si Cola Larga lo seguía.

Rey Espino

"¡Espera!" dijo Cola Larga jadeando mientras se acercaban al gran roble. "¡Espera, no sabes la contraseña!"

Parche redujo la marcha. Era cierto, no la sabía y Tiritón ya no estaba de servicio. Permitió que Cola Larga alcanzara su ritmo, pero no miró a la otra ardilla.

"Esas cosas que dije, solo bromeaba", dijo Cola Larga entre profundas respiraciones. Su jactancia de ser el corredor más rápido claramente no había sido cierta. "Somos compañeros, ¿verdad, Parche? Somos compañeros exploradores, tenemos que cuidar el uno del otro".

Parche se detuvo frente a los curiosos guardias. "Tú di la contraseña", dijo él secamente.

Cola Larga dijo: "Saltador".

Los guardias asintieron y se apartaron para dejarlos subir. Mientras ascendía, Parche se preguntó quién había elegido como contraseña el nombre de Saltador, el último Señor de las Copas de los Árboles, a quien Parche había visto devorado por las ratas, y por Ojorrojo, lo que parecía ser hacía mucho tiempo.

El roble estaba lleno de ardillas, algunas observaban y vigilaban, otras se acurrucaban en ramas en pequeños grupos. El tronco era una autopista de pieles mientras ardillas corrían de un lado a otro, llevando mensajes hacia y desde la corte del Rey Espino. Este roble era, en cierto modo, el centro del Reino del Centro. Parche nunca antes había olido tal mezcla de esencias de ardilla en un lugar. Pero incluso en medio de esta espesa nube de muchos aromas, uno se destacaba como una hoja verde en un árbol muerto. El aroma de Plata. Su madre estaba aquí, ahora, sobre este roble.

Parche subió corriendo directamente hasta la parte superior, pasando por encima de otras ardillas que intentaron bloquearle el camino,

ignorando los gritos de todos hasta que estuvo en la misma copa del árbol, donde había media docena de ramas unidas para formar una especie de plataforma; y allí estaba Plata, hablando con una gran ardilla roja y una ardillita de cara pellizcada, mientras que otra docena observaba desde las ramas circundantes.

Plata se detuvo a mitad de la oración y se giró hacia Parche. Se quedó muy quieta por un momento, mirando a su hijo. Su pelaje brillaba a la luz del sol. Ella parecía como si estuviera soñando o como si acabara de despertar de un sueño.

"Es cierto", dijo con asombro. "Estás vivo de verdad. ¡Oh, Parche, oh, hijo mío, estás vivo!"

Ella corrió hacia él y se acariciaron con los hocicos, frotando sus cuellos y colas, saboreando el aroma del otro, hasta que su reunión fue interrumpida por una tos seca.

"Odio interrumpir este conmovedor encuentro," dijo la ardillita de cara pellizcada "y estoy encantado de que su hijo haya sobrevivido de alguna manera a esta guerra, pero aún debemos atender asuntos importantes del estado."

Molesto, Parche miró a esta ardillita y preguntó: "¿Quién eres tú?"

Un silencio de asombro cayó sobre todas las otras ardillas a la vista. Cola Larga, que acababa de llegar a la cima, emitió un pequeño gemido de horror. La ardillita parecía demasiado sorprendida para responder.

Fue la gran ardilla roja junto a él quien habló. Sonaba divertido. "No me lo has preguntado a mí, Parche, hijo de Plata, pero para tu información, soy Danzante Estelar, hijo de Nadador, barón del clan Buscador, señor de la tribu del Norte; y este es Espino, hijo de Agitador, barón del clan Fuerte, señor de la tribu Rambla, verdadero Rey del Reino del Centro."

La boca de Parche se abrió. Seguramente este Danzante Estelar estaba bromeando. Esta ardillita de modales quisquillosos y expresión de quien acababa de comer una mala comida no podía ser el Rey Espino.

La ardillita miró fríamente a Parche. "Este es un consejo de guerra, Parche, hijo de Plata, y tu presencia no es solicitada ni deseada".

"Parche, lo siento, el rey tiene razón", dijo Plata. "Tenemos asuntos aquí. Ojorrojo y las ratas están llegando. Baja dos niveles y espérame allí".

"Lo sé", dijo Parche. "Vienen del Oeste. Estoy en el clan de guerra de Ojo Nocturno, acabamos de luchar contra un grupo de ratas al noroeste del Gran Mar, por eso vine aquí al roble. Salieron a la luz del día, deben de haber estado buscando su ejército".

"Tomaremos eso en cuenta", dijo Espino con arrogancia. "Ahora desciende".

Parche dudó y miró a Plata.

Espino dijo, su desaprobación ahora al borde de la ira, "Soy tu rey, Parche, hijo de Plata, y he escuchado las noticias que tienes y te he dado una orden. No muchos reciben el favor de mi atención personal. ¡Ahora márchate!"

Plata asintió.

"Está bien, está bien, ya me voy", dijo Parche sintiéndose de alguna manera traicionado y decepcionado. Pasó junto a Cola Larga y regresó donde había visto un montón de bellotas; pero la ardilla de allí dijo que las bellotas eran para los guardias de la corte y los señores, y que los demás tenían que buscar comida por sí mismos.

A pesar de la floreciente primavera, la comida escaseaba cerca de la corte del Rey Espino, y ya era tarde cuando Parche finalmente regresó al roble con la barriga llena. Su mal humor desapareció casi de inmediato. Plata lo estaba esperando en el suelo debajo de sus ramas.

"Lo siento, Parche", dijo. "No sabes lo feliz que estaba de escuchar que estabas vivo. Y eso no fue nada comparado con lo feliz que estuve al verte. Quise escapar y pasar todo el día hablando contigo, pero no podía, hay una guerra en curso, tenía que quedarme con el consejo".

"Lo entiendo". Parche no estaba en absoluto molesto con ella; estaba enojado con el Rey Espino por no ser la ardilla sabia, poderosa, magnífica y magnánima que Parche siempre había imaginado.

"Pero ahora tenemos tiempo. Ven y cuéntame, ¿dónde has estado? ¿Qué te ha pasado?"

Parche se acurrucó con su madre y comenzó a contarle la historia de todas sus aventuras. Al principio ella escuchaba con atención, jadeando cuando él le relató la muerte de Saltador. Sin embargo, en cuanto su historia abandonó el Reino del Centro, pronto sintió que ella lo estaba escuchando con un solo oído; así que se adelantó, contándole las cosas que parecían importantes, en lugar de la historia completa que deseaba contar.

"He estado pensando", dijo él cuando hubo resumido su historia por completo. "Las cosas que he visto, mis amigos, podríamos ayudar al Rey Espino. Karmerruk dijo que quería ayudar, si pudiéramos encontrarlo. Y apuesto a que Zelina también ayudaría. No le gustan las ratas, y ella es la Reina de Todos los Gatos, quiero decir, más o menos. Además, estaba pensando que Toro podría encontrar el ejército de Ojorrojo, y luego el ejército del Rey Espino podría salir del Reino del Centro para acercarse sigilosamente hasta ellos, hay una pequeña franja alrededor del borde del reino donde van los humanos pero no las máquinas de muerte."

Plata sonrió levemente. "Has sido muy valiente, Parche. Es asombroso por lo que has pasado. Estoy muy orgullosa de que hayas sobrevivido".

"No solo e sobrevivido. Creo que de verdad yo podría ayudar. Si podemos encontrar a Karmerruk, eso es un comienzo. ¡Imagínate si hubiera un halcón de nuestro lado!"

"Parche..."

"Él quiere matar a Señor Hocico. Si Hocico asoma su rostro en el suelo, Karmerruk puede levantarlo en el aire, ¡sin importar cuántas ratas lo rodeen! ¡Y a Ojorrojo y a Olisqueador también!"

Plata suspiró. "Parche, por favor. ¿Un halcón luchando de nuestro lado? No podemos permitirnos perder el tiempo soñando despiertos. Estamos en guerra. Has pasado toda tu vida soñando y vagando. Y me encanta eso de ti, siempre lo he admirado, pero ahora tienes que parar. Ya no es seguro soñar y deambular. Cola Larga me dijo lo valiente que fuiste esta mañana, cómo mataste a tres ratas, estoy muy orgullosa de ti. Y siempre has sido muy inteligente. Pero debes ser serio ahora, debes dejar de perseguir sueños. Lamento hablarte así, pero estamos luchando por sobrevivir, todos nosotros. Si Ojorrojo gana, las ratas nos matarán a todos. A todos, ¿entiendes? A Ojorrojo y al Prado también. Toda ardilla en el Reino del Centro. Tienes que ser serio".

"Pero no lo entiendes", dijo Parche, "no viste pelear a Alabastro, los gatos pelearon contra todo un ejército de ratas y sobrevivieron -"

"Parche. No. No puedes ir a las montañas buscando a tu amiga la gata que piensa que es una reina. Ciertamente no puedes ir a buscar un halcón. En cuanto a dar la vuelta al límite del reino, nunca convencerás a Espino o a Garra Afilada de hacerlo, es inaudito, es un páramo, hay perros y máquinas de muerte. Si lo sabré yo. Acabo de regresar de las montañas".

"¿Ah, sí?", preguntó Parche, asombrado. "¿Qué estabas haciendo allí? No pensé que nadie más hubiera ido a las montañas".

"He estado en las montañas dos veces", dijo Plata. "La primera vez fue cerca del final del invierno, antes de que el halcón te llevara. No te debí de ver allí por poco. Ya ves, yo estaba buscando a Señor Saltador."

La Historia de Plata

Recuerdo que pasé todo el día de invierno cavando en la nieve y la tierra congelada, buscando comida para Penacho y Ojos Brillantes.

Sus bebés tenían hambre, y los bebés tienen que comer todos los días, Parche, o se debilitan y mueren muy rápido, terriblemente rápido. Pero no había comida. Fue ese día cuando me di cuenta de que no era solo un mal invierno, era mucho peor, era hambruna, el desastre. Tú estabas lejos en alguna parte, como siempre. Yo tuve intención de ir a buscar a Saltador, pero no fue necesario. Él me estaba esperando cuando volví a mi drey para calentarme. Él y una ardillita llamada Ojorrojo.

¿Cómo podíamos haberlo sabido? Ni siquiera podíamos imaginar que habíamos sido traicionados por nuestra propia especie, que Ojorrojo y Olisqueador habían estado trabajando con las ratas durante todo el invierno, robando un poco de nuestra comida todas las noches, para que todas nuestras nueces enterradas desaparecieran antes de la primavera. Todavía hay algunas ardillas que no lo creen. Pero la mayoría está muerta ahora. Ojos Brillantes está muerta, Parche. La vi morir en la Batalla del Prado. Lo siento. No sé nada de Penacho o los bebés. Ahora han jurado al Prado, pero espero que estén vivos. Todavía lo espero.

Saltador dijo que Ojorrojo sabía dónde había comida; él había venido del Prado para ayudar. Ojorrojo quería que yo fuera con ellos. Yo hubiera muerto como Saltador. Pero algo no olía bien en Ojorrojo. Sus ojos, no quería mirarnos directamente. Y Saltador había esperado fuera de mi drey, pero Ojorrojo había entrado sin ninguna invitación.

Saltador estaba desesperado, era el señor de una tribu que sufría una hambruna mortal, estaba dispuesto a creer cualquier oferta de ayuda. Pero mi instinto me decía que Ojorrojo empeoraría las cosas. Yo debería haber discutido con Saltador. No... debería haber matado a Ojorrojo en aquel momento. ¿Pero cómo podía haberlo sabido? Al final solo les dije que yo no podía ir, que tenía que quedarme con mis

nietos.

Se suponía que Saltador regresaría esa noche con comida, pero no lo hizo. Pasé esa noche con Penacho y Ojos Brillantes. Hacía tanto frío, acuérdate que su drey no era una cueva, era todo ramitas y corteza. Todos estábamos tan fríos y hambrientos, sus bebés lloraron toda la noche, oh, Parche, me siento mal del corazón cuando pienso en aquella noche. Cuando llegó la mañana y Saltador no había regresado, seguí su rastro. No fue dificil. Ojorrojo tenía un olor extraño. Los seguí hasta el límite del reino, y luego su aroma desapareció en un agujerito bajo la raíz de un árbol. Era lo bastante grande como para una ardilla. Si no hubiera tenido tanta hambre, si no hubiera sido por Ojos Brillantes, nunca habría ido al inframundo. Pero lo hice.

No sé cómo contarte lo que sucedió después. Fue horrible.

No había un solo túnel, había muchos de ellos, todos apestaban a rata. El olor era horrible. No soy como Olisqueador, fue difícil para mí seguir el rastro de Saltador y Ojorrojo. Al principio podía adivinarlo porque la mayoría de los túneles eran demasiado pequeños para una ardilla. Luego me metí en una cosa de metal, una cosa humana como un tronco hueco, estaba lleno de agua que olía a enfermedad, yo apenas podía respirar. Había otras cosas metálicas huecas conectadas a él, más pequeñas, como ramas. A veces el agua era tan profunda que tenía que nadar en ella, a pesar de que era medio barro y estaba llena de cosas muertas. Había insectos por todas partes, cucarachas, escarabajos, cosas que me siseaban. Habría seguido pero perdí el olor, no sabía dónde estaba ni cómo podía volver.

Oh, Parche, pensé que iba a morir. No sé cuánto tiempo estuve vagando. Creo que todo un día y una noche. Escuché cosas moviéndose allí, ratas y otras cosas, no sé qué eran. El aire me ahogaba. No podía encontrar una salida. Era como vivir en una pesadilla.

Entonces volví a encontrar el olor de Saltador, el suyo y el de sangre de ardilla. Lo seguí por un tiempo, lo perdí de nuevo y luego olí a aire fresco. Pensé que nunca volvería a olerlo. Cuando vi la luz del día, era tan brillante que me dolían los ojos. Casi salí corriendo a la luz, y si lo hubiera hecho, habría muerto, porque esta rama de metal terminaba

en lo alto de un gran acantilado, al borde de un agujero en la ladera de una montaña. Como si alguien hubiera mordido la montaña. Olí a ratas, a Ojorrojo y a Saltador, y escuché voces muy por debajo. Pero cuando pude ver de nuevo, ya era demasiado tarde. Saltador estaba muerto, se lo estaban comiendo. Sí, Parche, estuve allí. Debí de haber estado demasiado arriba para que me olieses, o tal vez para entonces yo olía más a inframundo que a mí misma.

Eventualmente logré salir escalando, atravesar el acantilado y llegar a los páramos entre las montañas. Casi me muero en el cruce de regreso al Reino del Centro, una máquina de muerte me pasó por encima, pero me tiré al suelo y sobreviví. Cuando regresé, Penacho y Ojos Brillantes se habían ido, y escuché que tú, Tiritón y Olisqueador habíais ido a ver al Rey Espino. Corrí a perseguirte, pero nunca te encontré.

Después de que el halcón te llevó, Olisqueador convenció a Tiritón para que volviera a casa. No sé por qué dejó vivir a Tiritón. Fue Tiritón quien nos dijo más tarde que había visto a Olisqueador ese invierno, desenterrando nueces y hablando con ratas en la noche. Por supuesto, la gran ardilla tonta pensó que aquello no era nada en ese momento. Pero ¿cómo podría haberlo sabido? ¿Cómo podría alguno de nosotros haberlo sabido?

Fui a ver al Rey Espino y le conté lo que había visto. Si no lo hubiera hecho, Ojorrojo también habría acudido al Rey Espino, lo habría alejado de la Rambla y traicionado a merced de las ratas como había hecho con Saltador. Espino envió ardillas para capturar a Ojorrojo. Ojorrojo las mató y se proclamó rey. Ya sabes lo que pasó después de eso. Nuestra tribu es ahora menos numerosa que las ramas de este árbol. Ojorrojo y las ratas están matando a las ardillas del Prado incluso aunque las gobiernan. Esas dos batallas horribles, en el Prado y la Rambla, tantos muertos en ambos bandos. Ya has visto cuántas cornejas han venido, la forma en que nos miran, solo esperando que muramos y seamos devorados.

Hace tres días, el Rey Espino me envió de nuevo a las montañas para ver a las ardillas del reino occidental, junto a las aguas. Su tierra no está lejos, pero las montañas que hay entre ellas son terribles, Parche, terribles. No sé cómo regresaste a través de ellas. Espero no tener que viajar a través de ellas nunca más. El reino occidental sigue siendo

rico y pacífico. Hay muchas ardillas allí, me recibieron cortésmente, pero solo nos conocen por la leyenda. No creo que nos ayuden. No creo que me hayan creído cuando les dije que las ratas las destruirían a ellas después, aunque estoy segura de que es cierto. Creo que nos dejarán a nuestro destino. Creo que mi misión fracasó. Creo que... ¿Garra Afilada? ¿Qué va mal? ¿Es Ojorrojo? ¿Han encontrado su ejército? Oh, no. Oh, luna sangrienta y sol oscuro. Sí, iré, iré de inmediato. Tenías razón, Parche. Junto al Gran Mar, justo donde luchaste contra las ratas. Eso no está lejos. Nos alcanzarán mañana, si es que no atacan esta noche.

Las cornejas, Parche. Mira al Oeste, al sol poniente, mira en la luz. Se acercan las cornejas.

Entendimiento

Parche pasó esa noche en una rama baja de la corte del rey Espino. Había tantas ardillas en el roble que sus ramas se hundían y crujían. La corte estaba viva con susurros furtivos y rumores, hasta que se oía algún ruido en la distancia, o cualquier olor inesperado arrastrado por el viento; entonces cada ardilla quedaba en un sombrío silencio, temiendo que el ataque fuera inminente, que la tercera y última batalla de esta guerra hubiera comenzado. El corazón de Parche latía como si estuviera corriendo por su vida, en lugar de posado inmóvil sobre una rama. Sus entrañas parecían haber sido atadas y apretadas. Esa noche parecía interminable, como si el sol hubiera detenido su danza eterna alrededor del mundo, y solo la pálida luna y las estrellas hoscas permanecieran en los cielos.

Debió de haberse quedado dormido, porque el amanecer pareció llegar abruptamente, como si la bóveda oscura de la noche hubiera caído de pronto revelando un cielo oriental surcado por el amanecer. La guardia de la corte ya había descendido al suelo para explorar el territorio cercano. Parche vio a Tiritón entre ellos. Otras ardillas sobre el roble murmuraron con sorpresa y alivio. Los ejércitos de ratas y ardillas rebeldes de Ojorrojo no habían atacado. Aún podrían invadirles en cualquier momento, pero esa perspectiva era más fácil de enfrentar con un sol brillante y cálido que se arrastraba por el cielo.

Parche se sacudió hasta tener un poco de aspecto de vigilia y comenzó a buscar a Plata. Encontró a Ojo Nocturno en vez de eso. "Sígueme", dijo su comandante. "Tenemos trabajo que hacer".

Parche parpadeó "Pero ¿qué trabajo?"

"Eres un soldado. Haces el trabajo que te digo". Ojo Nocturno dudó un momento y luego dijo, en un tono menos beligerante: "El rey está enviando a todos los pelotones de exploración para encontrar e informar sobre el enemigo. Ve debajo de ese arce, hay comida allí. Deprisa. Nos vamos pronto".

De hecho, había montones de comida bajo el arce, bellotas y nueces y bulbos y brotes, recolectados por aquellos demasiado viejos, jóvenes o lisiados para luchar en el ejército de Espino. Cola Larga estaba allí y saludó a Parche como un viejo amigo. Parche asintió con la cabeza de mala gana, pero no habló.

Ojo Nocturno condujo a su clan de guerra hacia el Sureste, a través del Barranco y hasta una colina sobre los campos de hierba entre el Gran Mar y el Río del Norte. Desde ese punto de vista vieron esos campos vivos con movimiento, llenos de cientos de ardillas corriendo. Parche supuso que el ejército del Prado de Ojorrojo, fortalecido por tantas ardillas Copas de los Árboles juradas por la luna, era aproximadamente tan numeroso como las fuerzas combinadas de la tribu del Norte y esas ardillas de la Rambla que habían sobrevivido a las dos primeras batallas de la guerra, además de los restos dispersos de las Copas de los Árboles. .. pero las ratas estaban del lado del enemigo, y eran mucho más numerosas que cualquier ejército de ardillas.

"Ya vienen," susurró Cola Larga asustado cuando el ejército de Ojorrojo comenzó a avanzar moviéndose en largas cadenas agrupadas de clanes de guerra. Desde la copa del árbol casi parecían hormigas peludas gigantes en lugar de ardillas.

Ojo Nocturno sacudió la cabeza. "No. No vienen hacia nosotros. Van hacia el Noreste. ¿Por qué? ¿Por qué no atacan?"

Todo el clan de guerra de Ojo Nocturno miró hacia la cadena de colinas que conducía al Noreste hacia el Mar del Norte, y a la oscura alfombra de cornejas que las cubría. Unas cuantas cornejas habían acudido a la corte del Rey Espino, y rápidamente habían sido expulsadas por ardillas furiosas, pero la gran mayoría de la bandada que oscurecía el sol se había instalado en los territorios que Ojorrojo ahora estaba inexplicablemente invadiendo. ¿Por qué Ojorrojo le daba la espalda a Espino y marchaba hacia el Mar del Norte? ¿Por qué no estaba enfrentando al verdadero rey en una tercera y última batalla?

Parche contempló esta pregunta mientras su clan de guerra regresaba a la corte del Rey Espino. Cuando el roble apareció a la vista una vez

más, se le ocurrió que no era Ojorrojo quien realmente comandaba el ejército enemigo, sino Señor Hocico; recordó lo que una rata inteligente le había dicho una vez, cuando estaba atrapado en una pared de jaulas en el Reino Oculto, y jadeó, cuando una respuesta lo golpeó como un árbol caído.

Hocico no quería que Ojorrojo fuera el Rey de las Ardillas. Lo único que quería era muerte y desolación. Quería que el ejército de Ojorrojo devastara cada parte del Reino del Centro, antes de finalmente acercarse a la corte del Rey Espino como una correa que ahoga a un perro; y luego, después de la batalla final, sus ratas matarían a las ardillas que quedaran, como habían hecho después de la Batalla de la Rambla. Hocico no estaba luchando para controlar el Reino del Centro a través de su rey títere Ojorrojo. Estaba luchando para destruir la idea misma del Reino del Centro, para matar a cada ardilla dentro de sus límites. Todavía no estaba listo para la batalla final, porque esto no era una guerra. Esto era un lento y metódico exterminio.

Asediado

A veces, en los días desesperados que siguieron, le parecía a Parche que el mismo tiempo se había hecho pedazos como el cristal, astillado en afilados fragmentos desconectados. En las raras ocasiones que tenía la oportunidad de dormir, despertaba como propulsado hacia un mundo nuevo y extraño, inseguro durante largos momentos sobre si había escapado de sus sueños o caído aún más profundamente en sus vertiginosas corrientes sin sentido... Con aquella cruel escaramuza reciente en su mente, con su batalla contra las ardillas del Prado en un intrincado camino elevado por el Barranco, con los gritos de un Cola Larga moribundo, con su desesperada escapada por el río. ¿Habían sucedido todas esas cosas antes o después de haberse quedado dormido? ¿De verdad había él estado junto a Ojo Nocturno en la cima de aquel alto ciprés espiando al ejército de Ojorrojo mientras este pasaba por debajo, sabiendo que el más leve sonido o movimiento significaría sus muertes? ¿Y si así era, había visto realmente a su hermano Penacho, jurado por la luna, entre ellos? ¿Acababa de ser despertado por los distantes gritos de dolor y de batalla, o solo por los tenues ecos de tales recuerdos?

Por el día, el Rey Espino enviaba a sus ardillas en un intento de hacer retroceder al enemigo. Por la noche, las ratas se dispersaban por los límites del territorio del rey en busca de sombras sin vigilar, centinelas dormidos, cualquier oportunidad de atravesar furtivamente las líneas militares del verdadero rey y depredar a los débiles e indefensos. Parche y su clan de guerra combatía en escaramuzas todos los días y noches. El enemigo, aunque usualmente superior en número, raramente se quedaba el tiempo suficiente para matar o ser muerto. En vez de combatir en una batalla determinada, las ratas mermaban lenta y cruelmente las filas y territorios del Rey Espino, matando a una ardilla aquí y allá, rodeando y masacrando ocasionalmente un clan de guerra entero y obligando la retirada de los hambrientos y exaustos defensores de Espino, árbol por árbol.

En los primeros dos días de la guerra por el Norte, Parche fue enviado con el clan de guerra de Ojo Nocturno al Río del Norte para presentar batalla al enemigo. La segunda noche se retiraron de vuelta a la corte de Espino para proteger a ambos, tanto a este como a ellos mismos. Al tercer día cruzaron el río y combatieron sobre un camino elevado en una batalla contra dos docenas de ardillas del Prado, en la cual Cola Larga murió con valor.

Desde esa noche en adelante, ya no se aventuraban por el río. Les enviaban allá donde fuese que Ojorrojo estuviera atacando. A veces este parecía atacar en todas partes al mismo tiempo. Los territorios del Rey Espino se reducían diariamente y sus ejércitos disminuían en número. La comida escaseaba y pasaban las noches en vilo.

Una noche, mientras Parche mantenía guardia en lo alto de un roble, oteando el oscuro bosque como si la muerte acechara en cada sombra, rígidamente consciente de cada roce de las hojas y cada nuevo olor, sabiendo que si fallaba en su tarea, su clan de guerra entero podría acabar muerto y los territorios del Rey Espino mermados... en esa noche se le ocurrió a Parche que por primera vez en su vida se sentía un miembro de una comunidad mayor, algo más noble que él mismo y mucho más importante. Finalmente entendía el sacrificio requerido para pertenecer verdaderamente, que la aceptapción de su tribu era mayor que él mismo. Él había dado ese gran y terrible salto solo para encontrarse formando parte de una tribu que estaba siendo consumida lentamente por un adversario incansable, masacrada uno por uno, reducida poco a poco a la nada.

Al día siguiente las cornejas llegaron para instalarse en los territorios del Rey Espino y en sus árboles, sus súbditos estaban demasiado hambrientos y exaustos para expulsarlas. Pronto incluso la corte del roble del rey estaba ocupada por cornejas de alas negras que observaban con ojos vacíos, esperando los inevitables despojos de guerra. Hasta los humanos empezaron a notar que estaba pasando algo extraño en aquella esquina del Reino del Centro. No muchos iban

a aquellas regiones, pero aquellos que lo hacían a menudo se detenían y se quedaban mirando a las cornejas masificadas sobre los árboles y a los cadáveres de ratas y ardillas, y a veces observaban dos aullantes pelotones de los ejércitos del enemigo rasgar a otro con garras y colmillos.

Cuando Parche tenía una excusa, regresaba a la corte del rey y buscaba a Tiritón y a Plata. Cuando los tres se encontraban se quedaban juntos sin hablar. No quedaban palabras que valiera la pena decir. Todos sabían que no había escapatoria ni esperanza aparente. La aniquilación del Reino del Centro era solo una cuestión de tiempo.

Y entonces, una desesperada mañana temprano, Parche fue despertado de un raro momento de sueño por un agudo dolor en la punta de su cola.

Enemigo De Mi Enemigo

Parche saltó gruñendo de su sueño interrumpido, listo para matar lo que fuese que lo había atacado. Una enorme forma oscura estaba en la rama a su lado. Él se lanzó hacia esta, mostró los colmillos y... y entonces algo lo golpeó, fue como ser golpeado por una rama y cayó al suelo debajo. Por fortuna, había dormido en una rama baja. Se puso en pie magullado y enojado, pero no muy herido, con la cola erguida de rabia y miedo.

Luego se detuvo, miró a su alrededor y decidió que esta vez realmente estaba soñando, tenía que estarlo. Porque había dormido en el roble que era la corte del rey Espino, y aquel y todos los árboles a su alrededor estaban llenos de ardillas de la Rambla y del Norte y de Copas de los Árboles; y todas esas ardillas, incluidos Garra Afilada y Tiritón y la guardia de la corte, estaban congeladas en su lugar como estatuas talladas, con expresiones horrorizadas en sus caras inmóviles; y las cornejas en las ramas miraban de la misma manera helada; y todos los ojos estaban fijos en un punto justo detrás de Parche.

Él escuchó un revoloteo. Dio media vuelta lentamente.

"Has sido extremadamente negligente en tu misión, Parche hijo de Plata", dijo Karmerruk secamente. "Te imaginé comido por cornejas. ¿Por qué no me enviaste un mensaje?"

Parche se recuperó lo suficiente de su sorpresa como para decir: "¿Cómo?"

"Tu amiguito arrendajo azul".

"No lo he visto".

Karmerruk asintió. "Supongo que él también pensó que habías muerto en la Rambla. Bueno, mejor salir tarde del cascarón que caerse del nido. ¿Cuál de estas bolas peludas es vuestro Rey Espino?"

Parche miró hacia el roble. "Él estará en la cima".

"¿Es eso así?". Karmerruk saltó al aire, luego se abalanzó sobre Parche, lo agarró con sus crueles garras y lo llevó a la cima de la corte del Rey Espino con aleteos tan poderosos que las ramas del roble temblaron como azotadas por los vientos de una tormenta. Parche gimió cuando Karmerruk lo depositó en la copa del roble, en medio del consejo de guerra del Rey, que incluía a Plata y a Danzante Estelar. Todos miraron sin habla a Parche y su compañero aviar.

"Que este viaje te recuerde que no me tomo amablemente los retrasos," dijo Karmerruk bruscamente a Parche. "Ahora preséntame a tu rey y dile que busco la muerte de su enemigo".

Parche se tomó un momento para recuperarse, luego se giró y dijo: "Rey Espino, este es Karmerruk, Príncipe del Aire. Le gustaría proponer una alianza".

Su situación era desesperada, todos estaban frenéticos por la ansiedad y el agotamiento, y sangre fresca se filtraba de las heridas de garra de Parche; pero aun así sentía cierta satisfacción por las asombradas expresiones del Rey Espino y su consejo de guerra.

"Es demasiado tarde", dijo Danzante Estelar, el señor pelirrojo de la tribu del Norte. "Un halcón, por peligroso que sea, no puede salvarnos".

"Sí puede", dijo Plata. "Puede matar a Ojorrojo, a Olisqueador y a Hocico si puede encontrarlos. Sin ellos, el ejército del Prado retrocederá. Sin ellos, incluso pueden reconocer al verdadero rey. No quieren pelear contra nosotros. Están siendo obligados".

Espino miró a Parche. "¿Es eso posible?"

Parche tradujo. Karmerruk chirrió de insatisfacción. "Hubiera devorado a Hocico hace mucho tiempo si se hubiera mostrado alguna vez, pero debe de saber que lo cazan, se queda en la noche y en el inframundo. En cuanto a las ardillas, ¿cómo voy a distinguir a una de vosotras? Quizá si me las puedes señalar. Pero lo que esperaba es que pudieras atraer a Hocico a campo abierto".

"¿Cómo?", preguntó Parche.

Karmerruk se encogió de hombros imperiosamente. "No pretendo entender los pensamientos de los terrestres. Por eso he acudido a vosotros".

Parche tradujo para el consejo de guerra.

"Solo dile que sí", dijo Plata antes de que Espino pudiera responder. "Dile que haremos lo que quiera. Vendrán a por nosotros pronto para la última batalla. Ojorrojo y Olisqueador estarán allí, al menos. Si él puede atraparlos, cualquier esperanza es mejor que ninguna esperanza. Con él al menos tenemos una oportunidad, por pequeña que sea."

Espino le dirigió una mirada molesta y abrió la boca como para objetar, pero Parche ya le estaba transmitiendo su aceptación a Karmerruk.

Karmerruk asintió como si la conclusión hubiera sido obvia. "Entonces esperaré en lugar de revelarme demasiado pronto. Cuando se reúna la batalla final, iré a buscarte, Parche, hijo de Plata, y me señalarás a tus enemigos. Recuerda que si fallas, tu rey y todas sus tribus serán completamente destruidos".

Estiró sus colosales alas, listo para volar.

"¡Espera!", dijo Parche.

Karmerruk suspiró y volvió a plegar las alas. "¿Qué pasa?"

"La última vez que te vi, dijiste algo sobre la Reina de Todos los Gatos".
El halcón se agitó. "¿Qué hay de ella?"

"¿Sabes dónde está?"

Karmerruk hizo una pausa antes de responder, y cuando habló, su voz sonó extraña y silbante; y Parche se preguntó si el Príncipe del Aire

podría estar realmente nervioso.

"Aunque lo sepa, ¿qué es ella para ti?", demandó Karmerruk.

Parche eligió sus palabras cuidadosamente antes de hablar. "Sé que ella es enemiga de Señor Hocico, y conoce la noche y el inframundo. Ella podría encontrarlo y llevarlo hasta tus garras".

Karmerruk frunció el ceño y lo consideró durante mucho tiempo, mientras las ardillas del consejo de guerra del Rey Espino escuchaban en silencio. Ninguno hablaba Pájaro, pero parecía casi como si supieran que esta pregunta y su respuesta eran de la mayor importancia.

"El enemigo de mi enemigo", murmuró Karmerruk. "Sí, sé dónde está. La he visto en las ramas de acero de su palacio, sin defensa, mirando hacia la Gran Avenida. Yo podría haber... pero la profecía... nada que camine, vuele o nade ..."

"¿Dónde está ella?", preguntó Parche.

"Ha abandonado las montañas", dijo Karmerruk. "Está en el Reino del Centro mientras hablamos, con sus guardias. Los vi en la Rambla hoy temprano. ¿Qué están haciendo aquí, Parche, hijo de Plata? ¿Qué sabes de ella?"

El corazón de Parche dio un salto. "¿Ella está en la Rambla?"

"¿Por qué ella y su séquito han dejado las montañas?", preguntó Karmerruk. "¿Lo sabes?"

Parche dijo, lenta y asombrosamente, "Podría estar buscándome".

Karmerruk lo fulminó con la mirada. "Muy divertido, ardillita. Volveré para la batalla final. Espero que trates mis preguntas más en serio entonces".

Saltó fuera del roble y se elevó en el aire. Las ardillas del consejo de guerra del rey Espino miraron a Parche. Él consideró hablarles sobre Zelina, pero probablemente no lo creerían, y aunque lo hicieran, no

tenía sentido darles una esperanza que podría resultar falsa.

"Él vendrá para la batalla final", dijo Parche.

Danzante Estelar dijo, sombríamente: "No tendrá que esperar mucho".

Un Ejército De La Noche

Más tarde ese día, Parche y Tiritón yacían medio colapsados y medio dormidos en el suelo debajo del roble del Rey Espino.

"No queda nada de comida", dijo Tiritón lastimoso.

Parche asintió.

"Quizá si vuelvo al arce habrá comida allí. ¡Quizás alguien haya encontrado algunas bellotas!"

Parche suspiró. "No lo creo. Pero podemos excavar en busca de más gusanos".

El suelo a su alrededor estaba marcado por agujeros y pequeños montones de tierra donde las ardillas habían hecho exactamente eso.

Tiritón gimió. "No pienso volver a comerme otro gusano. No creo que sean comida de verdad, Parche. Quiero bellotas. O bulbos de tulipán. Oh, tulipanes ¡Quizá haya tulipanes en el Laberinto!"

El Laberinto, un jardín amurallado donde los humanos torturaban plantas y flores para que crecieran en líneas rectas y esquinas afiladas tan poco naturales que lastimaba la mente al verlo, estaba al este de la corte de Espino, en el mismo límite del Reino del Centro.

"No podemos ir al Laberinto, Tiritón. Estamos rodeados".

"Tal vez podamos colarnos. Está tranquilo. No están atacando".

Tiritón tenía razón en eso. No había habido incursiones enemigas en todo el día. Parche se preguntó si el enemigo se estaba concentrando para la batalla final. Si era así, ganaran o perdieran, este sería probablemente el último día vivo para la mayoría de las ardillas a su alrededor, y también para Parche y Tiritón.

"¡Parche!" gritó una voz, y Ojo Nocturno salió disparado de los arbustos y se dirigió hacia ellos. "¡Parche, se te necesita!"

Parche se puso de pie, todos sus músculos tensos por la tensión. "¿Qué pasa?"

Ojo Nocturno lo miró por un largo momento. Parche tardó un tiempo en reconocer la extraña expresión de su comandante como una deferencia asombrada. "Todo era verdad, ¿no? Todo lo que dijiste".

"Sí. ¿Por qué?"

"Está preguntando por ti".

"¿Quién?"

Ojo Nocturno dijo en voz baja, "La Reina de Todos los Gatos".

Una amplia sonrisa comenzó a extenderse por la cara de Parche.

Tiritón preguntó: "¿Quién es esa?"

"Una amiga mía", dijo Parche. "¿Dónde está?"

Ojo Nocturno lo guió a través de lo que quedaba del territorio del Rey Espino, unas pocas crestas arboladas repletas de ardillas agotadas y cornejas vigilantes. Desde la cima de la última colina, Parche vio una suave pendiente a través del Barranco, hacia los árboles donde esperaba el ejército de Ojorrojo. Podía verlos moverse en las ramas y las sombras, y podía olerlos en el viento. Olía la incertidumbre entre las ardillas enemigas.

Pero, sobre todo, vio y olió a viejos amigos. De pie en un puente humano de hormigón que atravesaba el Barranco estaban Zelina y otros siete gatos, todos elegantes y fuertes; y uno de ellos, el más elegante y más fuerte de todos, con la piel pálida marcada con innumerables cicatrices de batalla, era Alabastro. Parche se echó a reír de puro deleite y corrió cruzando la tierra de nadie hasta el puente.

"Parche, ¡oh, gracias a la luna!", gritó Zelina. "¿Que está pasando aqui?

Esas ardillas no querían dejarnos pasar, y apestan a rata".

"Se lo han ordenado las ratas", dijo Parche. "Su rey ha jurado por la luna a Señor Hocico. Estamos luchando una guerra aquí. Es ... " Trató de encontrar las palabras para explicar lo horrible y final era su situación, que toda ardilla del verdadero Reino del Centro estaba condenada a la muerte inminente.

"Oh, qué terrible. Pero me alegro tanto de verte. Estás ..." Ella lo miró de cerca. "Oh, querido. Francamente, estás peor que la primera vez que te vi. ¿Es eso sangre en la cara? Parche, en serio, ¿no puedes mantenerte limpio?"

"Es que no he tenido... ¡Zelina, hay una guerra en curso! ¡Hocico quiere matar a todas las ardillas en el Reino del Centro!"

"Sí, eso he oído". Zelina frunció el ceño como si le hubiera recordado un detalle inconveniente. Y luego dijo, con una voz que Parche nunca antes había escuchado de ella, una voz tan suave y fría como el hielo lavado con agua, "Y estoy de lo ***más*** disgustada."

Parche parpadeó.

"¿Se pensaba ese que no me iba a enterar de esto? ¿Pensó que yo no intervendría? ¿Que iba a dejar de lado mi amistad personal contigo y permitir que las ratas gobernaran este reino? ¿O se atreve a imaginar que sus ejércitos de ratas y jurados y traidores pueden enfrentarse a mí? Si realmente trata de pelear, lo destriparé yo misma".

Parche miró a Zelina, preguntándose si ella había vuelto a caer en el mismo estado delirante en el que la había conocido.

"Milady", dijo Alabastro con voz muy seria, "si estas ardillas detrás de nosotros están realmente bajo las órdenes de Señor Hocico, entonces estamos rodeados por uno de sus ejércitos. Cuando él se entere de que estáis aquí..."

"Dijiste que los mensajeros habían sido despachados", interrumpió Zelina.

"Así es. Pero como vuestro señor de la guerra y principal guardaespaldas, debo aconsejaros que escapéis ahora, antes de que Hocico se entere de vuestra presencia y se reúna la batalla".

"No nos iremos", dijo Zelina con fiereza.
Alabastro sonrió sombríamente. "Que así sea".

El gran gato blanco se volvió para mirar a las ardillas del Prado, las cuales estaban observando desde las ramas distantes con los ojos muy abiertos y preocupados. Y Parche parpadeó de asombro; porque el movimiento de Alabastro reveló otra criatura de pelaje blanco, pequeña y con los ojos muy abiertos, acurrucada en medio de los gatos de Zelina.

"Blanca" Gritó Parche. "¡Sol, luna y estrellas! ¿Qué haces tú aquí?"

"Ella nos trajo", dijo Zelina. "Quería verte, Parche, así que vinimos al Reino del Centro y encontramos tu aroma en su árbol. Ella nos habló de la guerra y de dónde te encontraríamos ahora si todavía estabas vivo, y se ofreció amablemente a llevarnos aquí".

"Pensé que tal vez podría ayudar", dijo Blanca en voz baja.

"Ayudaste", dijo Parche.

Pero en su corazón silencioso pensaba que no ayudaría lo suficiente. Zelina y siete gatos guerreros serían mortales en la batalla, probablemente podrían matar a docenas de ardillas y decenas de ratas; pero no estaba ni de cerca. Las fuerzas del Rey Espino eran superadas en número por cientos y cientos. Tal vez los gatos podrían retrasar la derrota el tiempo suficiente para que Karmerruk matara a Ojorrojo, a Olisqueador y a Hocico antes de que todo se perdiera, pero incluso esa esperanza parecía débil y desesperada. Su enemigo era demasiado astuto y demasiado numeroso.

"Alabastro tiene razón", le dijo Parche a Zelina. "Debes irte mientras puedas".

"Parche", dijo Zelina, "no me encojo de la sangre y la batalla. Soy la

Reina de Todos los Gatos".

Parche dudó, luego preguntó, muy calladamente, "¿En serio lo eres?"

Zelina sonrió levemente y respondió, en un susurro similar, "Eso parece".

"Llévanos con tu rey", sugirió Alabastro. "Estamos expuestos aquí. Y estoy seguro de que Hocico atacará en el momento en que se entere de nuestra llegada".

"¿Cuándo crees que será eso?", preguntó Parche.

Alabastro levantó la vista hacia el sol y dijo, casualmente: "Él vendrá esta noche. Con toda rata y ardilla que pueda reunir. De una forma u otra, todo esto habrá terminado al amanecer".

Tensiones E Intenciones

Mientras Zelina, Alabastro, Espino, Danzante Estelar, Plata y Garra Afilada hacían planes de batalla en lo alto del gran roble, Parche descansaba junto a Tiritón en el suelo debajo, y trataba de prepararse para la muerte. Muchas otras ardillas a su alrededor estaban observando a Parche con expresiones de esperanza, expectantes, como si algunos gatos que habían venido en su ayuda de alguna manera pudieran salvar el Reino del Centro.

Él no podía mirarlos. Que Parche supiera, no había forma de ganar. Su única esperanza había sido que de alguna manera pudiera ver a Ojorrojo y Olisqueador en el ejército enemigo, y señalárselos a Karmerruk, quien podría matarlos como un rayo con alas. Pero esa esperanza se había extinguido por la perspectiva de pelear de noche. Era cierto que la luna estaría llena, y tal vez su luz pálida fuese suficiente para que el halcón viera, pero no sería suficiente para Parche. No quedaba nada más que luchar hasta el final, hasta la muerte, hasta la última ardilla.

"¿Han traído tus amigos algo de comida?", preguntó Tiritón esperanzado.

Parche negó con la cabeza miserablemente.

Tiritón suspiró. "Bueno, supongo que habrá comida mañana. Quiero decir, si todavía estoy vivo. Espero que sí. Siempre esperé que cuando llegara mi hora, no tendría hambre".

"Si tienes la oportunidad, Tiritón, deberías escapar".

"¿Escapar?"

Parche miró severamente a su amigo. "Si. Eres lo bastante fuerte, nadie elegirá pelear contigo si no es necesario, tal vez puedas escapar de la batalla. Ir a través de las montañas hacia el reino occidental. Eso es mejor que morir aquí".

"¿Escapar? Parche, no puedo hacer eso. ¡Sería el último de mi tribu! ¡El último de Copas de los Árboles! ¡No tendría amigos ni nada! Preferiría que llegara mi hora".

Parche suspiró y asintió con tristeza.

Tiritón dijo: "Ojalá no tuviera tanta hambre".

Parche escuchó siseos y jadeos desde arriba, y alzó la vista para ver a Blanca bajando lentamente por el tronco de roble. Otras ardillas se apartaban de ella como si fuera portadora de la enfermedad de la sangre negra.

Parche mostró los dientes con rabia y gritó: "¡Blanca! ¡Aquí abajo!"

Los ojos de ella se iluminaron, trotó hacia el suelo y se unió a Parche y a Tiritón. Las ardillas por todas partes irrumpieron en un bajo bullicio de discusión: ¿cómo es que Parche, su única esperanza de victoria, amigo de los gatos y los halcones, podría asociarse con esta albina de media cola?

"Este es Tiritón, mi amigo más antiguo, la ardilla más fuerte y valiente del Reino del Centro", dijo Parche. Y luego, a Tiritón, "Esta es Blanca. Ella me salvó la vida".

"Oh, bien. Odiaría que Parche estuviera muerto. ¿Has traído algo de comida?"

Blanca dijo: "No, lo siento".

"Nunca había conocido a una ardilla blanca", dijo Tiritón, interesado. "¿Es cierto que estás maldita por la luna?"

Parche se congeló, preocupado de que Blanca se ofendiera horriblemente, pero en realidad ella se echó a reír, aunque con incredulidad. "¿Sabes, Tiritón?, eres la primera ardilla en preguntarme eso? La mayoría de los demás piensan que ya saben todo lo que hay que saber sobre mí".

"Oh, yo no", dijo Tiritón muy en serio. "Yo casi no sé nada sobre nada".

"Pues yo creo que eso te hace muy sabio. La respuesta es que no lo sé, Tiritón. Sé que no puedo soportar la luz solar directa, y tengo que pasar el mediodía a la sombra. Sé que otras ardillas piensan que mi presencia es una maldición para ellos. Pero yo no me siento maldita por la luna. Cuando la veo en el cielo, siento que estoy viendo a mi verdadera madre".

Tiritón la miró atónito. "Nunca nadie me ha llamado sabio antes".

Parche dijo: "Tiritón, si mañana te muerde una rata de la sangre negra, acude a Blanca antes de que sea demasiado tarde". No es que pensara que él también sobreviviría; pero era mejor fingir que esperaba la victoria.

"¿Cuándo es demasiado tarde?", preguntó Tiritón.

"Antes de que acabe el día".

"No necesariamente", dijo Blanca. "La mordedura de la sangre negra duerme durante días antes de producir la muerte". Ella dudó. "Pero pocos de ellos mueren de esa manera".

Parche la miró.

"Hay algo que aprendí, Parche. El día después de que te fuiste, decidí que no quería estar sola. Seguí tu rastro. Fui a la Rambla. Allí había cornejas que se comían a los muertos, pero no tocaban a ninguna de las ardillas con la sangre negra. Dejaban a esas ardillas para las ratas".

"¿Y las ratas se las comían?"

"No. Ellas se las ***llevaban*** a rastras".

Parche parpadeó. "¿Las llevaron adónde?"

"No lo sé exactamente. Al inframundo. Al Reino de Abajo".

"¿Por qué?"

"Oí a dos ratas hablando. Dijeron ... dijeron que las ardillas con la enfermedad de la sangre negra eran comida para el Rey de Abajo. Dijeron que lo hacían más fuerte".

Después de un momento, Parche dijo, sin aliento, "El Rey de Abajo es un mito".

"¿Estás seguro?"

Parche pensó en el aterrador aroma extraño que se había filtrado del agujero negro que Coyote le había mostrado, y no dijo nada.

"Desearía que dejaras de hablar de comida", se quejó Tiritón. "Es que me da más hambre".

Parche forzó una risita. "¿De qué te gustaría hablar?"

"No lo sé". Tiritón lanzó una mirada ansiosa hacia el arce donde se habían guardado las tiendas de alimentos, cuando había habido comida en ellos. "Ojalá pudiéramos terminar con toda esta espera".

Parche dijo: "No pasará mucho tiempo ya". El sol parecía estar cayendo anormalmente rápido. Ya estaba a medio camino sobre el horizonte.

"Mira", dijo Tiritón. "Aquí viene Plata".

La madre de Parche se unió a ellos. Su expresión era sombría.

"¿Qué pasa?", preguntó Parche.

"Ya vienen", dijo ella. "No creo que ataquen hasta la noche, pero no podemos arriesgarnos. Blanca, quédate conmigo. Tiritón, Parche, uníos a vuestros clanes de guerra, a vuestros puestos. Ya ha llegado. Se acerca la batalla".

Tiritón saltó ansiosamente sobre sus pies. Parche se levantó y miró a su madre. Ella se acercó a él y se acariciaron con el hocico y bebieron

el aroma del otro, sabiendo que bien podría ser esta la última vez.

"Has sido el tipo de hijo con el que sueña toda madre cuando se entera de que está embarazada", susurró Plata. "Tan valiente, tan fuerte, tan sabio. Qué amigos tan maravillosos. Nuestra única esperanza proviene de tus amigos. Espero que podamos sentarnos algún día, Parche, y que puedas contarme todas tus aventuras, cada amigo y cada detalle. Espero que encontremos ese momento".

La garganta de Parche estaba demasiado llena para que él hablara, y sus ojos estaban llenos de lágrimas, el mundo parecía temblar incontrolablemente.

"Que la luna brille sobre todos nosotros", dijo Plata y, después, ella se había marchado.

La Batalla Del Norte

La Batalla del Norte comenzó justo después de que el sol se hubiera puesto, bajo un cielo aún lleno de luz, un cielo en el que solo brillaban unas pocas estrellas. Comenzó con la repentina carga de todo el ejército de ardillas del Prado de Ojorrojo. No estaban divididas en clanes de guerra, como es habitual en los ejércitos de ardillas, más bien, fue un ataque frontal total a lo largo del Barranco, como si el ejército del Prado fuera una sola criatura con cientos de colmillos y garras que tratara de invadir todas las fuerzas del Rey Espino con un ataque masivo y abrumador.

El clan de guerra de Parche estaba en su puesto sobre el árbol más alto en el frente de batalla, y se le había dicho que permaneciera allí para darle a Parche la mejor oportunidad posible de detectar a Ojorrojo y a Olisqueador. Parche vio de inmediato que no había esperanza de éxito. En la oscuridad que se desvanecía, todos los cientos de ardillas que se movían debajo parecían idénticas.

"¡Abajo!" le gritó Parche a Ojo Nocturno. "¡Tenemos que ir a ayudar!"

Ojo Nocturno dudó. "Se nos ha ordenado quedarnos contigo hasta ..."

"Entonces quédate conmigo", interrumpió Parche, y corrió por el enorme arce hacia la refriega.

Sin pensar, saltó del tronco hacia un nudo de gruñientes ardillas del Prado, y habría muerto pocas respiraciones después si su clan de guerra no lo hubiera seguido y luchado con una ferocidad impresionante. El cuerpo a cuerpo posterior de colmillos, garras, sangre y furia chirriante parecía interminable mientras sucedía. Cuando terminó, cuando siete ardillas del Prado yacían muertas bajo el cielo oscuro junto con Ojo Nocturno y otros dos compañeros de Parche, esta pareció no haber durado más que un suspiro.

Para la mayoría, esta primera oleada de batalla fue menos devastadora, pero el resultado general fue el mismo: el ejército de

Espino repelió la carga del Prado, pero a un gran coste para ambos lados. Cuando el Prado se retiró, dejaron el aire detrás de ellos lleno de gritos y olores de pánico de ardillas heridas y moribundas. Parche también escuchó el silbido agonizante de al menos un gato, y esperaba que no fuera Zelina.

Las ardillas heridas que podían regresar cojeando a la corte de Espino, lo hicieron. Otras fueron arrastradas hasta allí por sus amigos. Otras murieron donde yacían. Aquellas que aún eran aptas esperaban mirando hacia la lejana noche, ahora iluminada solo por el pálido disco de la luna.

Su luz plateada brilló con una repentina explosión de movimiento, y un gran grito de consternación y rabia estalló en el ejército de Espino cuando una nueva fuerza de ardillas del Prado cargó. Esta vez iban acompañados de lo que parecían todas las ratas del mundo, tantas que parecía que el suelo mismo se movía hacia ellos.

"¡Retirada!" Parche escuchó la voz de Garra Afilada. "¡Retirada o seremos arrollados!"

Parche, Mandíbula Rápida y los otros dos supervivientes del clan de guerra se alejaron casi hasta el roble de Espino de la oleada de carne que se aproximaba. Luego se reunió la batalla y Parche perdió todo sentido de lugar. No había nada en el mundo sino un mar ininterrumpido de pelaje y carne agitados, una orgía interminable de desgarros, cortes y rasgaduras de dientes. Mandíbula Rápida cayó bajo dos ardillas del Prado y Parche acudió en su ayuda demasiado tarde. Arañó los ojos de una y mordió la garganta de la otra, pero su amigo yacía muerto en un creciente charco de sangre.

Luego hubo más ratas y más ardillas, y Parche ni siquiera sabía si estas últimas eran amigos o enemigos, y el suelo estaba tan espeso de sangre que era como vadear por el barro. Parche cayó y las ratas lo arrollaron como si fuera uno de los muertos. Apenas logró liberarse de la suciedad espesa de sangre. Había un árbol cerca, él podía verlo en la oscuridad, saltó hacia su tronco y logró trepar hasta la mitad. Intentó hacer un balance de la situación mientras la batalla se desataba debajo. Olfateó el aire instintivamente y se congeló. Olisqueador estaba cerca.

Parche miró a su alrededor, pero lo único que podía ver era un movimiento tenue y frenético, ardillas y ratas, ratas y ardillas...
Espera. Allí, justo ***allí,*** detrás del frente de batalla, al borde de su visión iluminada por la luna, la rata más grande que había visto estaba con dos ardillas: Señor Hocico, Olisqueador y Ojorrojo. Charlaban complacientes entre sí como si la victoria ya estuviera asegurada, mientras la línea de batalla se extendía más allá del árbol en el que se encontraba Parche, cada vez más cerca del roble del Rey Espino.

Parche bajó al suelo y atacó. Estaba condenado. Todo lo que él conocía moriría esta noche, amigos, familia, clan de guerra, tribu, reino, pero tal vez pudiera matar al peor de sus enemigos antes de morir. Golpeó a las dos primeras ratas que se interpusieron en su camino, pero luego un grueso grupo de ratas primero le impidió el paso y luego lo rodeó. Parche luchó en un torbellino de frenesí, mordiendo y arañando como si estuviera rabioso, tratando de llegar hasta Hocico, hasta Olisqueador y hasta Ojorrojo; pero eran demasiadas. Media docena de ratas saltaron sobre Parche y hundieron sus dientes en su carne. Lo arrastraron por el suelo, le giraron la cabeza para exponer su garganta y dar un mordisco mortal.

Y entonces otra ardilla entró en la refriega, chocando contra las ratas, haciendo que la mayoría de ellas cayeran lejos de Parche. Era Plata.

Pero cuando la madre de Parche desgarró las ratas que estaban a punto de matar a su hijo, el propio Hocico saltó sobre ella, le clavó las garras en los costados y la mordió en la nuca. Plata cayó pesadamente sobre su vientre. Ella se resistía y debatía tratando de liberarse, pero Hocico era demasiado grande, demasiado fuerte. Parche, aturdido y sangrando, trató de ayudarla, pero estaba rodeado de más ratas, un río de ratas había salido al campo de batalla desde algún lugar, estaban a su alrededor, no había salida.

Entonces él chilló cuando una nueva agonía le atacó por la espalda. Jadeó, cuando el suelo cayó repentinamente bajo él y un gran viento golpeó su pelaje. No, no viento. Aleteos. Parche se estaba elevando sobre el campo de batalla, atrapado en las garras de Karmerruk.

"No", jadeó Parche, "¡Salva a Plata! ¡Mata a Hocico! ¡La gran rata a mi lado, deberías habértela llevado! ¡Y Olisqueador también estaba allí, y Ojorrojo!"

"¡Luna sangrienta y sol oscuro!", maldijo Karmerruk, dando vueltas en un giro vertiginosamente apretado, y luego cayendo en picado con un aullido.

"¡Bájame, regresa y atácales!", dijo Parche.

En lugar de devolver a Parche al campo de batalla, Karmerruk lo dejó caer sin más sobre un árbol alto. Parche cayó sobre sus hojas, se golpeó la cabeza con fuerza contra una rama grande, apenas logró agarrarse a una más pequeña, y quedó colgado de ella por un vertiginoso momento antes de ponerse a salvo. Ese esfuerzo y el golpe en la cabeza fueron demasiado para él. El mundo nadaba en gris a su alrededor, y luego se oscureció.

Cuando Parche volvió en sí, los gritos y gruñidos de la batalla continuaban más abajo. Parche se enderezó sobre sus patas. Le tomó un momento darse cuenta de que estaba en el arce que el Rey Espino había usado para almacenar comida. Miró hacia abajo, listo para cargar de nuevo en la refriega; pero no quedaba esperanza. La guerra había terminado. Debajo de él, la batalla final se extendía alrededor de la base del roble de Espino, donde Zelina y sus gatos luchaban desesperadamente de espaldas al tronco. Los territorios del rey habían disminuido a ese único árbol, y las ratas estaban en todas partes, y lo peor de todo, estaban creciendo en número. A la tenue luz de la luna Parche podía ver más refuerzos entrando desde todas las direcciones. Él gruñó de desesperación.

Entonces Parche parpadeó y miró al suelo. Algo sobre la escena debajo de él parecía estar mal. Esos refuerzos...

Trató de enfocar los tensos ojos en las criaturas que corrían hacia la batalla desde todos lados. ¿Eran ratas? No, no podía ser... las ratas no eran tan grandes y no se movían con tanta velocidad y líquida gracia...

Parche jadeó. Esos no eran refuerzos de ratas. Eran ***gatos*** . Docenas de gatos, cientos, más de cien, una gran cantidad de gatos corriendo hacia la batalla, llegando solos o en parejas desde el Norte y el Sur y el Este y el Oeste, saltando a la refriega, destrozando al ejército de ratas de Hocico por detrás y triturándolo como hojas secas.

Parche observó asombrado cómo el ejército de Hocico se desmoronaba frente a este enemigo mortal e inesperado. Primero, el ejército se deshizo lentamente del exterior; entonces los remolinos y remolinos del caos giraron hacia el frente, donde las ratas estaban a punto de invadir lo que quedaba del ejército del Rey Espino; y luego, repentino como un rayo, el ejército de ratas se disipó de golpe, se dispersó en todas las direcciones como un diente de león en un huracán y huyó hacia las cuatro esquinas del Reino del Centro.

Parche tardó un tiempo en darse cuenta de que la Batalla del Norte había terminado.

Victoria

Parche estaba mareado y sangrando por una docena de heridas, pero ninguna parecía letal. Bajó al suelo hacia un caos de gatos y ardillas iluminado por la luna. El suelo estaba empapado de sangre, cubierto de cadáveres de ratas, ardillas y gatos. Los suspiros y gemidos de los heridos se acumulaban en un rugido cercano y Parche tenía que respirar por la boca para evitar ser vencido por la punzante intensidad de la sangre, la muerte y la desesperación que impregnaban el aire. Corrió hacia donde había visto por última vez a Plata y comenzó a buscar frenéticamente entre los muertos y los heridos. Pero su madre no estaba por ninguna parte.

"Parche", llamó una voz agotada, y Tiritón cojeó para unirse a él. La pata delantera derecha de Tiritón apenas podía soportar su peso, y una enorme y sangrienta pestaña de piel colgaba suelta de su espalda, a lo largo de su columna vertebral. "Ganamos".

Sonó más a un epitafio que a un grito de triunfo.

"¿Has visto a Plata?", exigió Parche. "Ella estaba luchando contra Hocico, la vi".

Tiritón sacudió la cabeza.

Una enorme sombra aleteante se posó en el suelo ante Parche.

"Hocico escapó", dijo Karmerruk con voz chirriante.

Abrió sus garras y el cadáver en ruinas de una ardillita cayó al suelo. Parche vaciló, entornó los ojos y antes de abrirlos mucho al reconocerla. "Ojorrojo", dijo. "El falso rey".

Karmerruk se encogió de hombros como si todas las ardillas fueran iguales para él.

"Mi madre, con el pelaje plateado, Hocico estaba luchando contra ella,

¿la viste?", preguntó Parche.

"No" consideró Karmerruk. "Vi ratas arrastrando a las ardillas muertas, y quizás una parecía brillar a la luz, pero ninguna de esas ratas era Hocico".

El halcón extendió sus alas y ascendió. Parche se le quedó mirando, lo observó desaparecer en el cielo nocturno, pensando furiosamente. No quería pensarlo, mucho menos admitirlo, pero en su corazón sabía que Plata seguramente estaba muerta y las ratas se habían llevado su cadáver. ¿Pero por qué?

Una voz nueva y felina interrumpió su ensueño. Alabastro, el gran gato blanco estaba marcado con muchas heridas nuevas, pero aún parecía listo para la batalla. Le dijo: "Parche, la reina desea hablar contigo".

Parche siguió a Alabastro de vuelta al roble. Tiritón renqueó detrás de ellos. A su alrededor, nubes de cornejas ya habían comenzado a descender y a alimentarse de los muertos. La mayoría de los vivos estaban demasiado cansados o heridos para aullentarlas. Zelina estaba de pie en medio de una reverente multitud de docenas de gatos bajo el gran roble. Había sangre en sus bigotes. Danzante Estelar y Garra Afilada se quedaron fuera de la muchedumbre felina, y Parche se detuvo brevemente para hablar con ellos.

"¿Habéis visto a Plata?", preguntó.

Danzante Estelar sacudió la cabeza con tristeza.

"Ojorrojo está muerto".

"También lo está el Rey Espino".

Parche gruñó. "Supongo que eso te hace a ti rey".

"¿Yo ... Rey? Pero... el Reino del Centro nunca ha tenido un Rey del Norte."

Parche se encogió de hombros y siguió a Alabastro a través de la

multitud felina. La mayoría de los gatos lo miraron con recelo hasta que vieron la forma en que Zelina le sonréia.

"Envié heraldos antes de unirme a vosotros", dijo ella. "Hay muchos gatos en esta isla, Parche, hijo de Plata. La mayoría vive engordando con sus asistentes humanos, pero aún así nacieron listos para la batalla, y yo aún soy su reina. Cuando estamos despiertos, somos el ejército más poderoso de toda esta isla, salvo quizás por los humanos mismos".

"Estoy muy contento".

"¿Está tu madre...?"

"Ella ha desparecido", dijo Parche con una voz que era casi un aullido, "se ha ido, está muerta y se la llevaron".

"Oh, Parche, oh, no", respiró Zelina. "Oh, lo siento mucho".

Parche se derrumbó temblando en el suelo, y Zelina se acercó para consolarlo, y los gatos a su alrededor suspiraron de sorpresa al ver la tristeza y la ternura con que ella le tocaba.

"Duerme", susurró ella. "No te diré que las cosas mejorarán cuando te despiertes, querido Parche, pero duerme. El día vendrá. Tú sanarás. Había llegado su hora".

Entonces una nueva voz dijo: "Espera".

Parche miró tristemente a Blanca, que de alguna manera se había deslizado entre la multitud de gatos.

"¿Se la llevaron, dices?", preguntó la ardilla albina.

"Sí, no pude encontrarla, Karmerruk dijo que vio ratas arrastrando ardillas muertas, deben de haberla llevado..."

"No."

"¿No qué?"

"Muertas no. No se llevan a los muertos. Se llevan a los mordidos por la sangre negra. Los llevan para ser comidos vivos por el Rey de Abajo".

Parche se puso en pie de repente. "¡Entonces Plata está viva!"

Zelina sacudió la cabeza. "A estas alturas ella ya se ha ido, Parche. Hay pasajes al inframundo a través de esta isla. Ella se ha ido al Reino de Abajo".

Parche pensó en el perro con ojos dorados que se hacía llamar Coyote.

"Lo sé", dijo. "Sé adónde la llevaron".

Hacia La Puerta

"Esto es una locura", dijo Zelina, "estás herido, Parche, estás exhausto, tienes una herida en la cabeza, no puedes pensar bien, ¡necesitas dormir! Al menos espera hasta el amanecer".

"No puedo. Al amanecer será demasiado tarde".

"No, Parche, no hagas esto. Esta es una locura de luna oscura. No puedes salvarla".

"Tal vez no", dijo, "pero voy a intentarlo".

"¿Cómo? ¿A dónde vas a ir?"

"A un lugar que conozco".

"Incluso si la encuentras, incluso si matas a todas las ratas en el Reino de Abajo, y a Señor Hocico y al Rey de Abajo también, ella tiene la enfermedad de la sangre negra, ¿cómo puedes salvarla? Nunca podrás sacarla a la superficie para que se cure".

Parche sacudió la cabeza. Sabía que Zelina solo quería protegerlo, pero ella no lo entendía. Este no era un momento para preguntas y respuestas sensatas; Este era un momento de acción desesperada.

"Hay una manera", dijo Blanca. Todos los ojos se volvieron hacia ella. "Si la encuentras, hay una manera de salvarla".
"¿Cómo?"

Blanca respiró hondo. "Te lo mostraré. Iré contigo".

Se hizo un silencio de gatos y ardillas que observaban.

"Sabes que no puedo ir contigo", dijo Zelina en voz baja a Parche. "Soy una reina. Tengo mis obligaciones con mi pueblo. No puedo abandonarlo para acompañarte en tu locura".

Él asintió.

"¿Estás realmente empeñado en esto?"

Él asintió. Después de un momento, Blanca también lo hizo.

"Muy bien". Zelina suspiró, y luego dijo con voz sonora: "Alabastro, ve con ellos hasta el inframundo. Mantenlos a salvo mientras la luna les sonría".

Alabastro asintió brevemente, luego se volvió hacia Parche y dijo simplemente, "Indica el camino."

Parche dijo: "Al Sur".
Parche dudó antes de partir, luego se volvió hacia Zelina. "En caso de que no regrese", dijo, "ve a la aguja de piedra. Creo que verás algo allí".

Luego Parche se giró y comenzó a correr hacia el Sur, hacia el Gran Mar, moviéndose a una velocidad asombrosa, y Blanca y Alabastro le siguieron.

Corrieron toda la noche. El cansancio cayó sobre Parche como una nube pesada, y pronto sintió como si sus huesos se hubieran debilitado. Tenía que descansar por períodos cada vez más largos para recuperar su fuerza; pero durante toda esa noche, se negó a detenerse y dormir.

"Algo nos sigue", dijo Alabastro suavemente, mientras los tres descansaban en el estrecho pasadizo al este del Gran Mar.

Parche parpadeó. "¿Qué?"

"No lo sé. Está a favor del viento y muy lejos. Es más grande que una rata. Y debe tener la vista de un gato o el olfato de un perro para seguirnos desde tan lejos".

Parche pensó en Olisqueador, el architraidor y arquitecto de toda esta

guerra ruinosa.

"¿Tal vez la reina envió otro gato para vigilarnos?", preguntó Blanca esperanzada.

Alabastro sacudió la cabeza. "Esa no es su forma". Miró a Parche. "Puedo intentar correr hasta eso".

"No", dijo Parche. Se le había ocurrido otra posibilidad. Tal vez fuese Coyote.

Continuaron. Incluso después de que la luna se hubiera hundido bajo el horizonte, y la oscuridad de la noche fuese pura y absoluta, siguieron los ojos nocturnos de Alabastro alrededor del Gran Mar, a lo largo de la autopista humana que atravesaba el Reino del Centro, y hasta la pendiente amurallada a un lado de viejos ladrillos. Una vez allí, Parche no necesitó buscar el agujero. Su aroma a decadente y extraña descomposición era inconfundible incluso en medio del hedor envolvente a rata.

"¿Qué es ese olor?", susurró Alabastro, y por primera vez, Parche escuchó miedo en la voz del gran gato blanco, y su pelaje comenzó a erizarse como agujas de pino.

Blanca dijo: "El Reino de Abajo".

Alabastro miró a la puerta de entrada como si la oscuridad misma pudiera saltar y atacar. Pasaron unos segundos de silencio. En ellos, Parche oyó un sonido chirriante.

"Hay algo moviéndose ahí", susurró Blanca.

"¡Hay guardias!", dijo Alabastro. "¡Atrás, ahora!"

Pero fue demasiado tarde. Mientras hablaba, una veintena de ratas salió de la oscuridad total de la puerta de entrada y atacó a las dos ardillas y al gato. Poco tiempo después de comenzada la batalla, Parche notó que a pesar de la fuerza y la ferocidad de Alabastro, las ratas eran demasiadas.

Entonces algo grande, elegante y rápido saltó desde la parte superior de la zanja hasta el corazón de las ratas. Parche, demasiado consumido por el peligro inmediato para preguntarse qué era aquello, trató de esquivar a una rata que cargaba, pero se movió muy lentamente. Tropezó y cayó, y había dos ratas encima de él; pero luego ambas fueron arrastrados por las largas y afiladas garras de una pata lacerante.

Parche se puso de pie y quedó estupefacto mientras Alabastro y su inesperado salvador luchaban contra las ratas guardianas hasta que una docena hubo muerto y el resto hubo huido.

"¡Talis!" jadeó Parche.

Y, de hecho, era el mismo zorro que había conocido en el Reino Oculto. Sin embargo, Talis parecía muy diferente ahora. Estaba demacrado y con cicatrices, y miraba a Parche con ojos salvajes y al borde de la locura.

"Parche, hijo de Plata", dijo el zorro con voz áspera. "Oh, cuánto anhelo tu muerte".

Alabastro se interpuso rápidamente entre el zorro y la ardilla.

Talis sonrió sombríamente. "Eres lo bastante valiente, gato. No durarías más que unas pocas respiraciones si pudiera luchar contra ti. No malgastes tu vida por la suya".

"No pasarás", dijo Alabastro en voz baja.

"Oh, por favor, no seas tan melodramático. No importa. Añoro su muerte, pero no puedo actuar contra ti ni contra él. Juré por la luna protegerle y nunca volver atacar a un gato o una ardilla." Volvió la mirada hacia Parche. "No te imaginas cómo es. Te he estado buscando durante todo un ciclo lunar, y cada día y noche, cada respiración y latido, ese juramento ha ardido dentro de mí como si me tragara una llama viva. Y cuando estás en peligro empeora. Anoche sentí que el sol mismo ardía en mí. Recé por tu muerte mientras corría a buscarte y a salvarte. Pero la luna se ríe de mí. Llegué demasiado tarde y de alguna manera sobreviviste. No sabes por lo que he pasado, qué sacrificios he

hecho por este juramento maldito por el sol. Te odio con toda mi alma, Parche, hijo de Plata. Antes de conocerte, vivía una vida de canciones y poesía, todos los días cenaba con sangre dulce y cálida. Ahora mi vida no es más que cenizas y huesos roídos. Ahora todo lo que soy es locura".

Parche no sabía qué decir.

"Juré protegerte a ti y a ese gato. Cómo os odio a los dos, mis torturadores gemelos. ¿Cómo puedo cumplir ambos juramentos cuando ya no estáis juntos? Esto me está separando. Ni siquiera puedo dormir sin soñar con los dos. Me has hecho caer en una locura hambrienta. Eres cruel, Parche, hijo de Plata, eres una criatura cruel y malvada".

"¡No lo soy!" protestó Parche. "¡Yo no lo sabía! ¡Lo siento! ¡Solo te hice jurar porque de lo contrario me habrías comido!"

"Mejor habría sido que me hubieras matado. Habría terminado yo con mi propia vida hace mucho tiempo, pero eso también rompería el juramento".

"No debiste haber jurado", dijo Alabastro inesperadamente. "Un juramento por la luna no es nada baladí".

"¿Crees que no lo sé?", gruñó Talis. "¿Crees que he meditado y pensado en otra cosa durante todos mis días hasta el último olvido?"

"Lo siento", dijo Parche. "Te agradezco que nos salvaras. Y desearía saber alguna forma de liberarte. Pero me tengo que ir".

"¿Ir a dónde?"

"Al Reino de Abajo".

Talis arqueó la espalda y siseó. "Podría detenerte. Podría agarrarte y llevarte a un lugar seguro y mantenerte allí para siempre, a ti y a esa cruel Reina de los Gatos. Eso te protegería, ¿no? Podría mantenerte a salvo y enjaulado hasta la muerte. Eso cumpliría mi juramento".

Parche intentó caminar hacia la puerta; pero Talis saltó para interceptarlo y se interpuso entre él y la oscuridad que suspiraba. Alabastro se tensó listo para saltar.

"No", dijo Parche. Se giró hacia Talis. "No podrías hacerlo. No sin dañarnos. Eso rompería tu juramento".

"Soy un zorro. Soy listo. Pensaré en alguna manera. No te dejaré ir, Parche. No puedes entenderlo. Incluso la idea es como tragar veneno".

"Si muero, el juramento muere", dijo Parche.

Talis dudó. "Cierto".

"Me voy al Reino De Abajo. Y ese agujero es demasiado pequeño para que puedas seguirme".

"El Reino de Abajo", dijo Talis, y sus ojos ardientes se volvieron pensativos por un momento. "¿Por qué?"

"Eso es asunto mío", dijo Parche.

"¿Estoy en lo cierto al suponer que no tienes prácticamente ninguna posibilidad de supervivencia?"

Parche suspiró. "Me temo que sí".

Talis lo consideró. Luego se hizo a un lado. "Parece que se me permite alguna interpretación de la ejecución del juramento ... Ve, Parche, hijo de Plata. Ve, y sé que me quemo y rezo a través de cada respiración y latido por tu muerte".

Parche miró a Blanca. Ella estaba temblando, pero asintió. Miró a Alabastro.

"Yo tampoco quepo", dijo el gran gato blanco. "Y prefiero pelear contra mil ratas que contra lo que sea que esté más allá de esa puerta. No lo hagas, Parche. No vayas. Nunca volverás".

"Di adiós a Zelina de mi parte", dijo Parche.

Luego marchó a través de la puerta de entrada, y hacia el Reino De Abajo. Y Blanca le siguió.

VII. EL REINO DE ABAJO

Descenso

Parche y Blanca atravesaron el agujerito en la antigua pared de ladrillos, se deslizaron por un empinado túnel de tierra tan estrecho que rozaba la espalda y los costados de Parche, y emergieron en una oscuridad vacía y absoluta. Solo el hueco eco del agua que goteaba indicaba que estaban en algún tipo de vasta cueva.

Después de unos pocos pasos hacia adelante, Parche llegó a un alto desesperado. No había entendido que así era el inframundo. Sus ojos eran inútiles, y su nariz apenas menos: el suelo estaba húmedo de lodo podrido, y el olor a descomposición era abrumador. Por un momento pensó que su misión no tenía esperanza. Nunca sería capaz de encontrar nada en aquella oscuridad opaca. Ya estaba perdido, estaba tan exhausto que tropezaba y sus docenas de heridas de batalla le dolían cada vez más.

Parche sacudió la cabeza, respiró hondo, respiró un poco más para estabilizarse y adaptarse a la oscuridad. Poco a poco se dio cuenta de que había más en aquel aire oscuro que calor estancado. Sintió y olió una brisa fresca y suspirante, débil pero inconfundible, un céfiro enfermizo imbuido de un aroma extraño y amargo que lo hacía estremecerse. No era un gran rastro, pero era algo.

Se giró hacia la izquierda y comenzó a caminar a ciegas hacia aquel soplo de aire extraño. Blanca lo seguía. Él podía escuchar sus respiraciones rápidas y nerviosas. Sus instintos le decían que retrocediera, corriera, escapara. Los ignoró.

"¿Estás seguro de que este camino nos llevará hasta Plata?", preguntó Blanca, y su voz temblaba.

Parche no respondió.

"¡Porque esto parece una absoluta locura!"

"No tienes que venir. No pasa nada si quieres irte. Encontraré una

manera".

Pareció pasar mucho tiempo antes de que Blanca respondiera: "No. Me quedaré".

Parche dudó y preguntó: "¿Por qué?"

Al principio no creyó que ella fuese a responder. Luego ella dijo, en voz baja: "Toda mi vida, otras ardillas se han alejado de mí como si fuese una rata. No sabes cómo es eso. Cuando dejaste mi árbol, todo ese día no dejé de pensar: esto nunca volverá a suceder, nunca encontraré a otra ardilla que me hable, ni en toda mi vida. Eres mi único amigo. Si regreso, nunca más tendré un amigo. No sabes cómo es eso. Es mejor morir".

Caminaron en silencio. Sus patas se hundían en el lodo del suelo, y Parche adivinó por los ecos resultantes que este túnel era notablemente espacioso, lo bastante grande como para un perro de buen tamaño. Tenía la sensación de estar descendiendo. Se encontraban y sorteaban ladrillos colapsados, bobinas podridas de raíces de árboles caídas, esqueletos de ratas apiladas, cascos oxidados de metal retorcido. Pronto fue inquietantemente fácil creer que él y Blanca habían estado tropezando ciegamente a través de este túnel desde siempre, que todos sus otros recuerdos no eran más que sueños olvidados.

La única buena noticia era que todo aquí olía a viejo y sin tocar. Los guardianes rata en la entrada debían de haber venido del exterior. Este antiguo túnel estaba abandonado por completo, no era utilizado como un camino por las ratas ni por cualquier otra cosa.

¿Había sabido Coyote de alguna manera lo que sucedería cuando le había mostrado a Parche este túnel? ¿O bien, Coyote había ***arreglado*** que esto sucediera? Ese extraño y aterrador animal había ayudado a Parche, le había curado la pierna, pero ¿por qué? Parche pensó en lo que había dicho Olisqueador: «No fue idea mía. Fue el antiguo, vino a mí, me mostró la necesidad.» Parche se

preguntó qué significaba eso y quién era ***el antiguo***.

Él no lo sabía, pero sabía que no confiaba en Coyote.

Sin embargo, más que nada, tenía que intentar rescatar a su madre.

"Huele diferente aquí", dijo Blanca eventualmente.

Tenía razón. El viento que seguían no había cambiado, el viento se enroscaba a través del túnel como un aliento frío y áspero, pero el aire estancado a través del cual se movía ese viento se había vuelto denso y húmedo, y el lodo bajo las patas de Parche se había vuelto húmedo. Comenzó a resbalar tanto como caminaba. Luego el suelo del túnel terminaba abruptamente, y la pata delantera de Parche atravesó una gruesa capa de limo congelado y entró en un charco de agua tan tibia como la sangre. No era un charco. Era un hoyo. Blanca y Parche caminaron de un lado a otro a lo ancho del túnel, que podría haber albergado media docena de ardillas de nariz a cola, y no encontraron ningún puente sobre el agua estancada.

"Tendremos que nadar", dijo Parche.

Blanca se lamentó en voz baja. Él no podía culparla. La capa de espuma repugnante y maloliente que se extendía sobre el agua era tan gruesa como la corteza de un árbol. Pero no había otro camino a seguir. Parche respiró hondo y se metió en el lodo cálido y apestoso. Sus heridas de batalla ardieron de dolor cuando el lodo las empapó, y él gimió y se estremeció, pero nadó resueltamente, tallando un camino a través de la escoria que Blanca siguió.

Al menos el pozo no era ancho. Parche salió de este cubierto de suciedad, hacia un suelo de ladrillo húmedo que continuaba en un suave descenso. Blanca murmuró detrás de él miserablemente. El aire aquí era diferente otra vez. Parche olía a metal y percibió algunas corrientes muy débiles a los lados del túnel. Un poco más tarde, casi se cae en un agujero en el suelo.

Este agujero no era la fuente del viento que seguían, pero lo examinó cuidadosamente de todos modos. Era casi perfectamente circular y

olía fuertemente a metal oxidado. Pensó en lo que Plata le había contado sobre su viaje al inframundo, sobre túneles de metal como ramas huecas. Tuvo una repentina imagen del Reino De Abajo como un árbol gigantesco con este túnel como tronco, rodeado por una vasta e interconectada maraña de raíces huecas y ramas que se extendían hasta cada rincón de la isla del Reino del Centro. La idea de que estaban dentro de una especie de árbol lo hizo sentirse un poco mejor.

Continuaron en silencio durante un tiempo.

"¿Qué es eso?" susurró Blanca.

"¿El qué?"

"Ese olor".

Parche se detuvo y olfateó. El aire era una mezcla turbia de olores extraños y repulsivos. Blanca tenía razón, había algo nuevo aquí, algo que hizo que Parche temblara con repugnancia instintiva... no solo era un olor sino un olor a animal viscoso, resbaladizo y frío como el hielo invernal, diferente de cualquier animal Parche que se había encontrado antes.

Quiso dar media vuelta y huir. En cambio, se obligó a seguir adelante.

Caminaron más y más, adentrándose en la oscuridad durante lo que pareció mucho tiempo.

Entonces Parche notó algo como un picor en los ojos y un suave rugido lejano. Le tomó varios latidos del corazón darse cuenta de que la picazón era la más tenue de las luces distantes, y el rugido era agua que corría. Poco después, el túnel se abrió a una cámara cavernosa.

Bajoeste

La luz era muy tenue y Parche podía distinguir los contornos de este nuevo espacio. El túnel conducía a una plataforma delgada que corría por encima y a lo largo del borde de lo que parecía ser un estanque largo y estrecho, debajo de un techo alto y arqueado de hormigón agrietado. Un torrente de agua de lluvia, al parecer interminable, seguía manando desde un agujero en un extremo de la cámara, pero el nivel del agua del estanque se mantenía constante. Parche supuso que el agua también salía fluyendo hacia alguna parte.

Meroderon junto a las paredes curvas de hormigón de esta cámara. Aunque las paredes estaban agrietadas, no había salida a ningún lado.

"No hay salida", dijo Blanca.

"Espera", dijo Parche. "Podemos ver. ¿De dónde viene la luz?"

"La cascada. Está entrando con el agua".

Parche lo consideró. "¿El agua puede transportar luz?"

"¿De qué otra forma está entrando?"

"Vamos a nadar y mirar por detrás".

No era fácil. El agua caía del deformado agujero en un poderoso torrente, y una corriente poderosa la absorbía a lo largo de la piscina hacia abajo. Cuando Parche saltó, la cascada lo empujó de inmediato, y luego fue como si algo en el agua lo estuviera agarrando y tirando de él. Tuvo que nadar con fuerza solo para volver al borde del estanque y salir.

"Cuidado", dijo Blanca.

"Estoy bien", dijo Parche, jadeando. "Tengo una idea".

Recuperó el aliento. Luego retrocedió a lo largo de la pequeña repisa que recorría el lado largo del estanque y dijo: "Ponte detrás de mí".

Blanca lo hizo con cautela. Parche respiró hondo. Luego corrió hacia la cascada en el extremo estrecho del estanque y saltó con tanta fuerza como pudo ***a través*** del agua que caía. Esta lo golpeó hacia abajo como un árbol que cae cuando pasó, pero Parche lo consiguió, y el agua detrás de la cascada estaba notablemente tranquila.

Había un agujero en la esquina de la cámara, detrás de la cascada, donde el hormigón desgastado por el agua se había agrietado y se había desmoronado. Un agujero del que se filtraba un poco de luz. La entrada a un túnel, empinada, estrecha e irregular, pero navegable.

Parche se metió en ese agujero y gritó tan fuerte como pudo: "¡Ven!"

Un momento después, una bola empapada de pelaje blanco voló atravesando la cascada como un halcón que se zambulle, y Blanca trepó junto a él.

Subieron con entusiasmo, acompañados por un viento débil pero constante. La luz crecía a medida que ascendían. Finalmente salieron a un espacio tan vasto que, durante un momento, Parche pensó que estaban en el exterior.

Era como un barranco tan alto como un árbol alto y tan ancho como una autopista humana, pero este barranco estaba tapado por un techo de piedra. La pálida luz del amanecer brillaba a través de aberturas cuadradas, tan grandes como automóviles, espaciadas regularmente a lo largo del techo. Las rejillas de metal estaban insertadas en estos cuadrados, al pie entre el barranco y el aire libre, y la luz a través de estas rejillas iluminaba el barranco mientras la luna llena brillaba en la noche.

En el suelo ante Parche y Blanca, una docena de rieles de metal pasaban por el medio del barranco, con vigas brillantes que continuaban intactas hasta donde alcanzaba la vista en ambas direcciones. Estos rieles estaban colocados sobre tablones de madera extendidos en la transversal bajo estas, que a su vez se extendían sobre

un amplio y denso campo de guijarros que ocupaba todo el barranco, excepto las estrechas franjas de tierra a cada lado. Las empinadas paredes estaban hechas de piedra colmada y tierra desmoronada, pero algo en ellas, su rectitud y regularidad, implicaba que eran obra de manos humanas.

El aire olía a lluvia, a ratas y a humanos; pero su característica dominante era el olor a metal chamuscado. Después de un momento, Parche entendió por qué. Había visto rieles como estos antes, aquella vez que se había aventurado en el inframundo, cuando Hocico lo había mordido. Estos eran rieles de tren. Y esa lucecita en esa gran distancia, esa luz creciente y que se aproxima, probablemente era un tren.

"¡Cuidado!", le gritó a Blanca. "¡Está viniendo! ¡Vuelve al túnel!"

Ella se movió y regresó al agujero oscuro. Parche se unió a ella.

"No hacía falta que gritaras", dijo ella con reproche, "está muy lejos..."

Parche no escuchó lo que ella dijo después de eso. El ruido del tren creció súbitamente y se volvió ensordecedor, y la tierra misma comenzó a temblar y vibrar; y luego el tren pasó por delante de ellos, un coloso de hierro de ferocidad impensable, su caparazón era borroso a solo unos metros de distancia. El rebufo tiraba de sus pelajes como el viento de una terrible tormenta, levantando nubes de tierra y lanzando piedrecitas por el aire. El sonido era inmenso, doloroso, como si el aire mismo se estuviera rompiendo en dos.

"Luz de la luna", susurró Blanca con los ojos muy abiertos, cuando el tren desapareció. "Eso hace que las máquinas de muerte parezcan ratones".

Parche se asomó al barranco. No se veían trenes en ninguna dirección. Salió al campo de guijarros, evitando los rieles todavía calientes, y miró a su alrededor. ¿Deberían seguir el barranco o investigar las cuevas y pasajes que marcaban sus costados? ¿Realmente había alguna posibilidad de que Plata todavía estuviera viva? No parecía probable. Pero era posible.

"No puedo abandonarla", le dijo a Blanca. "No mientras haya una posibilidad".

"Lo sé."

Alzó la vista hacia las mallas metálicas que se interponían entre ellos y el cielo iluminado. Deseó desesperadamente estar al otro lado. Había árboles allí, y un pájaro, de pie en la malla. Parche entornó los ojos. ¿Un petirrojo?

"¡Hola!" Gritó Parche en Pájaro.

El petirrojo se levantó de un salto y se alejó revoloteando, pero dio media vuelta, se acomodó en la rejilla metálica, miró suspicazmente hacia abajo y dijo: "¿Hola? ¿Quién está ahí?"

"Soy Parche, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles, del Reino del Centro", dijo Parche. "¿Quién eres tú que pregunta?"

"Mi nombre es Fila".

"¿Dónde estás?"

"Estoy posado encima una rejilla de metal", dijo el petirrojo, perplejo por la pregunta.

"No, quiero decir, ¿en qué reino estás?"

"¿Reino? Soy un petirrojo. Los reinos son para los terrestres".

"Pero los terrestres a tu alrededor, ¿en qué reino están?"

El petirrojo hizo una pausa para pensar. "No estoy seguro del todo. Pero creo que una vez escuché que llaman a esto el Reino Occidental".

El petirrojo se fue volando. Parche lo consideró. Eso no era tan malo. Recordaba haber visto el Reino Occidental cuando había estado suspendido de las garras de Karmerruk; una estrecha franja verde a lo largo del borde occidental de la isla.

"Tenemos que encontrar comida", dijo Blanca. "Tengo hambre".

"Yo estoy **hambriento."** Ninguno de los dos había comido desde antes de la Batalla del Norte.

"Si cavamos, tal vez podamos encontrar gusanos".

Parche frunció el ceño. Compartía la opinión de Tiritón sobre los gusanos: no eran comida de verdad. "Huelo a humanos. Por lo general, hay buena comida en algún lugar a su alrededor".

"¡Pero son peligrosos!"

"¿Quieres decir en comparación con todo lo demás aquí abajo?"

Blanca lo consideró. "Buen argumento".

Parche lideró el camino a través del barranco y subió por el otro lado, hacia los olores humanos más penetrantes. Siguieron las huellas de pisadas humanas hasta donde la tierra se convertía en hormigón y al interior de un pasillo de tamaño humano. El aire aquí olía a fresco y limpio, aparte de los poderosos olores humanos que hacían evidente que se trataba de un drey humano y un olor persistente a rata. Ese último aroma hacía que Parche se sintiera incómodo, pero supuso que era generalizado en todo el Reino de Abajo, y tal vez fuese este un camino hacia la superficie. Él siguió adelante.

Se abrieron paso entre montones inexplicables de escombros humanos, ninguno de ellos comestible, hasta que el pasaje terminó repentinamente. Tubos metálicos verticales rayados por barras planas recorrían un largo camino por una de las paredes de hormigón hasta llegar a un sólido disco de metal colocado en el techo. Se veía un pequeño arco de luz diurna en el borde de ese disco, como la más delgada de las lunas, y Parche vio unos peldaños verticales, pero no podía escalarlos, ninguna ardilla podría. Las barras transversales estaban demasiado separadas y el metal era demasiado liso y resbaladizo.

"Pensé que habías dicho que habría comida", dijo Blanca, decepcionada.

"Debería haberla."

Parche miró a su alrededor. Había varias bolsas de plástico arrugado y pálido, como versiones blancas de las bolsas de basura donde él y Meneíto se habían alimentado en el Reino Oculto. Se acercó a una, la abrió, metió la nariz y olfateó. Pero no había olores de comida, nada dentro sino extrañas telas humanas. Se retiró, se dirigió hacia otra bolsa y se congeló. Escuchó ruidos de rascado. Algo grande se acercaba por el pasillo hacia ellos. Un humano.

"Prepárate para correr", susurró a Blanca. "No te preocupes, son grandes pero lentos, nunca nos atraparán".

Levantó la vista. El humano se acercaba por el pasillo. Parche se tensó, listo para lanzarse entre o alrededor de sus patas carnosas si se acercaba.

Pero no se acercó. El humano, un hombre, se puso en cuclillas como una ardilla, y miró a Parche y Blanca con ojos curiosamente brillantes e inquisitivos durante algunas respiraciones. Luego les dijo, en Mamífero fuertemente acentuado pero comprensible: "¿Comer comida?"

Blanca jadeó de asombro. Parche solo se retorció de sorpresa; después de todo había conocido a un humano que hablaba Animal antes. Se preguntó por un momento si era el mismo, pero no. Estaba tan sucio como el otro, pero su olor era notablemente diferente y era más joven.

"¿Comer comida?", repitió el humano, muy suavemente.

"Comer comida", coincidió Parche tentativamente.

El humano metió la mano en las extrañas telas que usaba como pelajes, sacó un puñado lleno de piedras marrones oblongas y las dejó caer al suelo. Parche vaciló: quería comida, pero no estaba dispuesto a acercarse tanto al humano. Como si le leyera la mente, el humano se levantó y retrocedió lentamente hasta que las sombras lo ocultaron

casi por completo.

"No me gusta esto", dijo Blanca.

"Creo que es seguro. Conocí a otro humano como este una vez." Parche tomó aliento. "Vigílame y grita si sucede algo".

Se acercó lentamente y comenzó a mordisquear un guijarro de aquellos.

La piel externa era como la corteza, pero había una nuez adentro. Parche lo probó, luego lo engulló ansiosamente. Estaba duro y crujiente, pero era increíblemente sabroso.

"¡Está bueno!", exclamó. "¡Vamos!"

Blanca se unió a él, y comieron, primero vigilando al humano, luego dispensando con precaución y dedicando toda su atención a rasgar las cáscaras y devorar las deliciosas nueces.

Parche comió hasta que sintió que su estómago se hinchaba bajo su piel.

Cuando hubieron comido hasta saciarse, el humano se les acercó de nuevo, lentamente. Parche y Blanca se mantuvieron firmes, mirándolo cuidadosamente, aún desconfiados pero ya no temerosos. El humano se puso en cuclillas en el suelo lo bastante cerca como para haber podido alcanzarlos y tocarlos, pero parecía saber que huirían si lo intentaba. Simplemente los miraba, con la cabeza ladeada con curiosidad, como una ardilla tratando de hacer coincidir su entorno con una página de su libro de recuerdos.

"¿Buena comida?", preguntó.

Parche respondió: "Buena comida".

El humano descubrió sus colmillos, y Parche y Blanca retrocedieron unos pasos.

"¡No daño!", les aseguró el humano, cerrando la boca. "¡No daño, no

daño!"

Las ardillas se miraron una a la otra.

"Creo que es inofensivo", dijo Blanca. "Huele inofensivo".

Parche asintió. Se preguntó si tal vez el humano podría ayudar a encontrar a Plata. Pero no, probablemente no... aunque pudieran comunicar su búsqueda, cosa que él dudaba, el humano era demasiado grande y torpe para viajar a través de la mayoría de los túneles del inframundo.

"¡Parche, mira!", gritó Blanca. "¡Detrás! ¡Ratas!"

Parche miró y saltó sobre sus pies. Ella tenía razón. Las ratas bajaban por el pasillo del barranco, media docena de ellas. Parecían fuertes y se movían rápido. Él miró a su alrededor rápidamente. Había algunos agujeritos en una de las paredes de hormigón que parecían lo bastante grandes como para que las ratas pudieran pasar, pero no había salida para una ardilla, no sin pasar junto a las ratas. El humano los había engañado, estaban encerrados. Parche se tensó para la batalla.

Ratas

"Hola", dijo alegremente la rata líder. "¿Quiénes sois vosotros? ¿Cómo habéis llegado aquí?"

Parche y Blanca dieron un brinco de sorpresa.

"¡Hemos matado ratas antes!", gritó Blanca. "¡Muchas ratas! ¡También os mataremos a vosotros!"

"¡Dios mío!", jadeó la rata líder, y todas se alejaron rápidamente y se agruparon alrededor de los pies del humano, dejando olores de miedo a su paso.

Las dos ardillas se miraron. Este no era exactamente el cruel ataque que habían esperado. Tenía que ser algún tipo de truco. Las ratas eran famosas por ser astutas. Estaban esperando el momento, esperando que llegaran los refuerzos.

"Salgamos de aquí", le dijo Parche a Blanca en voz baja.

Ella asintió. Comenzaron a deslizarse hacia el barranco, manteniéndose cerca de la pared libre de ratoneras, manteniendo la máxima distancia al humano y a las ratas.

"No marchar", dijo el humano. "¡No marchar! Felices juntos. ¡Felices juntos!"

"Cállate", siseó una de las ratas, "déjalos marchar, son asesinos, salvajes, crueles. ¡Huelen a sangre, sangre de rata, nos matarán a todas!"

Parche se olió a sí mismo, un poco desconcertado, y tuvo que admitir que aún olía ligeramente a sangre de rata, a pesar de sus repetidas inmersiones en el agua desde la Batalla del Norte.

"Aléjaos de nuestro camino y no os mataremos", dijo Blanca.

Las ratas retrocedieron más hasta que se alinearon contra la pared opuesta, listas para escapar a sus ratoneras. Olían a miedo. Parche ya estaba completamente perplejo. Las ratas no se comportaban así.

"No felices juntos", dijo el humano con tristeza, mientras veía a las ardillas alejarse.

"¡Son ratas!" Parche expuso en voz baja, sintiéndose de alguna manera culpable por haber comido la comida del humano y luego se puso triste. "¡Nos matarán y nos comerán si tienen la oportunidad! ¡Quieren matar a todas las ardillas del mundo!"

"¡Eso no es cierto!", objetó el líder rata.

"¡Sí lo es! No intentes engañarme".

"No te estamos engañando. No somos como otras ratas. Nosotros no servimos al Rey De Abajo".

Esa noción era tan sorprendente que Parche se detuvo en seco. "Por supuesto que sí. Sois ratas".

"¿Y todas las ardillas siguen al mismo rey?"

"Bueno, no, pero, ¿a qué rey servís?"

"No servimos a ningún rey en absoluto. Nos servimos a nosotros mismos", dijo el líder rata. "Intentamos ayudar a otras ratas. No matamos nada. No tenemos que hacerlo, nuestro humano nos trae comida. ¿Nos llamas asesinos? ¿Cuántas ratas has asesinado, ardilla? ¿Cuántas de nosotras?"

"Er", dijo Parche, de repente sintiéndose muy incómodo. "Fue ... no lo sé ... pero todas intentaron matarme, no fue idea mía". Pensó en las ratas que había perseguido en lugar de dejado escapar. "Quiero decir, no del todo. Quiero decir, casi todas. Quiero decir, pensé que todas vosotras servíais al Rey De Abajo. Todas contra las que luché lo hacían".

"Una historia probable", olfateó el líder de la rata. "Una fina racionalización para la crueldad sedienta de sangre. ¿Por qué estás aquí en el Reino De Abajo, ardilla? ¿Para matar más ratas? Viniste aquí para matar, ¿verdad?, ¡para asesinar a más ratas indefensas y llamarlo venganza!"

"¡No!" protestó Parche. "¡Vine aquí para salvar la vida de mi madre! ¡Porque Señor Hocico la envenenó con la enfermedad de la sangre negra y se la llevó!"

Un silencio inundó la cámara.

"Oh, querido", dijo el líder rata. "Oh, Dios mío. Señor Hocico. La enfermedad de la sangre negra. Lo siento"

"¿Quiénes eres tú?", exigió Parche.

"¿Quién soy yo?", repitió el líder rata perplejo. "Oh. Ah, ya veo. No, no tengo nombre. No todos tenemos nombres como vosotros ardillas. Solo nuestros señores."

"Ah. Bueno. ¿Qué sabes sobre la enfermedad de la sangre negra?"

El líder rata hizo una pausa y luego dijo en voz baja: "Intentan infectar a las ardillas con ella. Luego las dan de alimento al Rey De Abajo. Al rey le encantan las ardillas con la enfermedad de la sangre negra".

"¿Cómo sabes tanto sobre el Rey de Abajo si no le sirves?", preguntó Blanca con suspicacia.

"Porque solía servirle. Todos le servíamos antes de escapar".

"¿Por qué escapasteis?"

Las ratas se miraron unas a otras con incertidumbre.

"Algo va mal con nosotros", dijo su líder con tristeza. "Simplemente no nos gusta que nos ordenen. Ni siquiera nos gusta intimidar a las ratas más pequeñas. Creo que estamos enfermas, tenemos algún tipo de enfermedad. Ella", señaló a una rata, "cree que nacimos de esta

manera. No importa. Así somos nosotros. Así que nos escapamos, todos nosotros por separado. Fue este humano quien nos unió. Tenemos suerte de tenerlo".

Como para acentuar el mensaje, el humano extendió la mano y comenzó a acariciar suavemente el pelaje de la rata líder. Parche observó asombrado cómo la rata arqueaba la espalda con placer.

"Lo siento por tu madre, ardilla", dijo el líder rata. "Lamento haberte llamado asesino".

"Lo siento, pensé que eras como todas las otras ratas". Parche no podía creer que sintiera simpatía por estas ratas, pero así era; incluso un cierto compañerismo con estos inadaptados incapaces de encontrar un verdadero hogar o consuelo en la sociedad de sus propios parientes. Estaba contento de que al menos se hubieran encontrado.

Se hizo un silencio.

"Felices juntos", dijo el humano alegremente.

"¿Sabes dónde la han llevado?", preguntó Parche a las ratas. "¿ A mi madre?"

"Por supuesto. A la cámara del Rey De Abajo".

"¿Dónde es eso? ¿Puedes indicarme?"

El líder rata miró a Parche y a Blanca durante un buen rato. Luego dijo: "Puedo mostrarte el camino".

Croton

El humano observó con curiosidad cómo la rata conducía a las dos ardillas de vuelta al barranco del inframundo. Giraron a la izquierda y siguieron el barranco durante una distancia considerable. Cada vez que un tren pasaba por alto, Parche se encontraba temblando a su velocidad e inmensidad; Cada vez que temía que el viento devastador del resbalón del tren lo levantara y lo arrojara como una hoja contra la pared del barranco. No creía que alguna vez se acostumbraría a los trenes.

La rata se mantuvo en las sombras, mientras que las ardillas permanecieron en la luz desde arriba tanto como fue posible. Pasaron hordas de escarabajos y cucarachas, algunas larvas y arañas, los cuerpos destrozados de animales atrapados en los rieles al pasar trenes, muchas huellas humanas e innumerables huellas de ratas. El olor a rata estaba en todas partes, pero ninguno era audible o visible excepto el que seguían.

"No debería haber hecho esto", dijo la rata nerviosamente. "Es peligroso. Si las otras ratas regresan..." dejó la oración incompleta.

"¿Qué otras ratas?", preguntó Parche.

"Por lo general, este lugar está lleno de nosotros, pero Hocico los llamó a todos para que pelearan. La mayoría siguió su convocatoria. Pero todavía hay muchos aquí, no te dejes engañar, estas paredes están llenas. Desertores como nosotros, que hacen lo que les gusta, no lo que se les ordena. No vendrán a por nosotros. Son asesinos, salvajes, crueles, pero no nos perseguirán. No lo creo. Probablemente no. No les gusta salir a la luz. La ardilla ni siquiera sabe bien. Pero date prisa. Démonos prisa. Corramos".

La rata se echó a correr y Parche y Blanca tuvieron que hacer lo mismo para seguirla. Luego, justo cuando las patas de Parche comenzaban a cansarse, disminuyó la velocidad, olfateó el aire y se detuvo. "Aquí", dijo, y cruzó las vías del tren. La siguieron hasta un

agujero oscuro en la pared lo bastante grande para el tamaño de Parche.

"Eso va al Camino Croton", dijo la rata en voz baja. "Una vez que estés allí, gira a la izquierda y sigue adelante. El Rey de Abajo vive en la primera cámara grande en el camino".

"¿Hay ratas entre aquí y el camino?", preguntó Blanca.

"No. Verás por qué cuando llegues allí." La rata miró furtivamente a su alrededor. "Yo debería irme. No debería haber venido. Alguien podría haberme visto contigo. Podrían detenerme en el camino de regreso y preguntar por qué. ¿Qué hago entonces? ¿Que se supone que debo decir? No debería haber dejado al humano. No deberías haberme hecho sentir lástima por ti".

"No pasará nada", aseguró Parche a la rata, esperando tener razón. "Gracias. Te debemos un favor. Soy Parche, hijo de Plata, y esta es Blanca, hija de Raya. Recuerda eso. Quizá algún día podamos ayudarte".

"Quizá", dijo la rata dudosa. Suspiró. "Envidio vuestros nombres. Ojalá yo tuviera un nombre".

Blanca sugirió, "¿Por qué no te pones un nombre?"

La rata se la quedó mirando.

"Esa es una buena idea", coincidió Parche. "Tú y todos tus amigos. Poneos nombres vosotros mismos".

"¡No podemos hacer eso!", dijo la rata sorprendida. "¡No puedes ponerte un nombre! ¡Los nombres tienen que venir de alguna parte!"

"Muy bien", dijo Parche, "te daré un nombre. Te llamaré ... " Pensó por un momento, se encogió de hombros y dijo: "Nervioso. De ahora en adelante eres Nervioso, la rata".

Blanca ahogó una carcajada. Por suerte la rata no se dio cuenta.

"Nervioso", dijo la rata pensativamente. "Nervioso. Me gusta cómo suena. Así soy yo de zarpas a cabeza. Soy nervioso. Mi nombre es Nervioso. Encantado de conocerte. Soy Nervioso, la rata." Miró a Parche con ojos fervientes. "¿Quieres decir que puedo quedármelo?"

"Por supuesto", dijo Parche, un poco desconcertado por la pregunta.

"Nervioso. ¡Oh, es maravilloso! Gracias Parche. Gracias Blanca. Yo, Nervioso, gracias! ¡Soy Nervioso la rata! Pero, pero debería irme ahora", dijo Nervioso nervioso, su alegría en el epónimo se atenuó por cierto miedo recordado. "Hay otras ratas. Podrían verme. Debería irme".

Se giró y corrió.

"Adiós, Nervioso", dijo Parche pensativamente. "Espero que te guste tu nombre".

Después de un momento Parche se giró y siguió a Blanca al interior del agujerito.

A Parche no le gustaba en absoluto este pequeño túnel. Era liviano y claustrofóbicamente pequeño, y se enrollaba erráticamente hacia arriba y hacia abajo y de lado a lado. En algunos lugares tenían que abrirse paso a través de tierra y guijarros recién caídos, y él estaba nerviosamente consciente de que todo podría colapsar fácilmente. Aquello era tan pequeño que no había ningún lugar por donde darse vuelta. Se sentía como estar enterrado vivo. Al menos había aire, pero olía a húmedo y estancado. Cerró los ojos y avanzó, culpable de que Blanca fuese en cabeza.

"Parche", susurró Blanca. "Creo que veo algo".

Parche se detuvo y abrió los ojos. Al principio no vio ninguna diferencia, pero lentamente, cuando sus ojos se ajustaron a la oscuridad, notó un brillo tenue y distante. No podía distinguir las formas, pero vio un movimiento amorfo cuando Blanca se adelantó. El túnel comenzó a descender hacia el resplandor y Parche podía distinguir los parpadeos de la cola blanca de Blanca. Luego ella se detuvo repentinamente.

"¿Qué pasa?", preguntó él.

"Creo que es agua. En una cueva. Abajo de nosotros".

"¿De dónde viene la luz?"

Blanca hizo una pausa. "Es difícil de saber. Es un largo camino hacia abajo. Creo ... creo que tenemos que saltar dentro del agua. Y entonces no podremos volver a subir".

Parche hizo una mueca. Por eso Nervioso sabía que no había ratas en el camino. Este túnel era unidireccional. No dijo nada. No había nada que decir. Tampoco es que tuvieran otra opción.

"Está bien", dijo Blanca. Ella respiró hondo y dio un paso adelante; ella desapareció y una salpicadura vino de abajo.

Parche avanzó hasta el tenue agujero brillante en el suelo del túnel. Era lo bastante grande como para que una ardilla se sumergiera. Los lados del agujero eran de ladrillo, no de tierra, el agujero era un ladrillo suelto en un techo construido por el hombre. Ese aroma escalofriante del túnel que los había llevado al Reino de Abajo emanaba desde abajo, más fuerte que nunca, extraño y terrible.

Podía ver olas en el agua debajo. Algo salió a la superficie. La luz era tan tenue que no podía ver qué, pero era algo pálido, tenía que ser Blanca. Parche cerró los ojos y saltó. El agua estaba tan fría que emergió a la superficie jadeando por la sorpresa.

"¿Estás bien?", preguntó Blanca.

Parche miró hacia su voz. Estaba a solo una ardilla de distancia, pero lo único que podía ver era una mancha pálida flotando en la oscuridad.

"Creo que sí", dijo él.

"¡Hace tanto frío! ¡Tenemos que salir!"

Ella tenía razón. Esta agua helada les robaría la vida si se quedaran demasiado tiempo. Parche miró a su alrededor, entornando los ojos hacia las sombras. No podía ver mucho, pero podía ver que el túnel en el que se encontraban era enorme, lo bastante grande como para que media docena de humanos pudieran haberlo caminado lado con lado y sin agacharse. Las paredes de ladrillo a ambos lados se curvaban y se unían en un arco continuo liso muy por encima del agua. Eran las mismas paredes las que brillaban en zonas; estaban llenas de algún tipo de moho débilmente luminoso. Esta luz era suficiente para ver las repisas de ladrillo que recorrían las paredes a ambos lados, a una longitud de ardilla sobre el agua. Esas repisas, en lugar de este río profundo entre ellas, debían de haber sido lo que Nervioso había querido decir con el Camino Croton.

"Tal vez podamos subir por los lados", dijo Parche.

Nadaron hacia las paredes de ladrillo del río, pero estaban demasiado desmoronadas y resbaladizas; ni Parche ni Blanca podían subir más de unos pocos pasos sin caer al agua seguidos de una lluvia de polvo de ladrillo. Los intentos eran agotadores y el agua fría ya comenzaba a notarse.

"Esto no va a funcionar", dijo Parche cada vez más preocupado. El agua los mataría si permanecían allí demasiado tiempo.

"No", dijo Blanca. "Vamos a nadar. Quizás encontremos un lugar mejor".

Nadaron en lo que esperaban que fuera la dirección que Nervioso les había dado. No había corriente, que Parche supiera, pero el agua era fresca. El ritmo suave de la natación relajaba y calentaba sus músculos, y él comenzó a respirar con más normalidad.

El Camino Croton parecía continuar en línea recta eternamente. En algunos lugares, las raíces de los árboles se habían abierto paso a través del techo de ladrillo y colgaban en gruesos racimos, absorbiendo el aire húmedo. En otros, el techo estaba cubierto de enormes cortinas de telarañas. De vez en cuando Parche sentía que otras criaturas se movían en el agua debajo de él; cada vez que nadaba nerviosamente. Una vez, algo largo y delgado apareció justo en frente

de ellos, y Parche casi gritó de horror. Era uno de los Sin Patas, y brillaba como si estuviera cubierto de limo, y no tenía ojos en absoluto, no tenía rasgos sino dos agujeros en la nariz y una boca enorme llena de dientes como agujas. Parche se congeló de pánico. La cosa se sumergió y no volvió.

"¡Tenemos que salir de esta agua!", dijo Parche con voz cargada de casi pánico.

"Tranquilo," dijo Blanca entre jadeos. "Encontraremos un camino".

Pero él no veía cómo. Las paredes se estaban desmoronando por todas partes. Sus patas estaban cada vez más cansadas, un leve calambre comenzaba a pulsar en su pata derecha, y sabía que en cuanto desaceleraran, el agua lentamente les quitaría toda la vida. Temblarían, se adormecerían y morirían lentamente.

"Espera", susurró Blanca. "Ahí hay algo".

Parche entornó los ojos. Ella tenía razón. Había algo flotando en el agua.

Se acercaron y descubrieron que era un casco de madera podrida, tablones tallados por humanos unidos en una forma extraña y angular. Estaba atestado de escarabajos de la madera.

"Tal vez podamos subir encima de él", sugirió Blanca.

Parche probó. No fue fácil, su fuerza era preocupantemente baja. Se las arregló por un momento, pero el casco de madera era demasiado inestable, se volcó y lo envió de vuelta al agua.

"Nada bueno", jadeó él. "El aire es aún más frío que el agua. ¡Tenemos que salir pronto o moriremos congelados antes de secarnos!"

"¿Cómo?"

Parche no tenía respuesta.

"Espera", dijo. "¡Lo empujaremos!"

"¿Qué?"

"Lo empujaremos hacia un lado y luego lo usaremos para subir. Como si fuera un peldaño".

Parche jadeó. "¡Una idea brillante!"

"Solo si funciona".

Pusieron sus hocicos contra el costado del casco de madera y lo propulsaron hacia el lado del río. Parche subió nuevamente encima, y cuando este comenzaba a volcarse, Parche saltó por el aire con todas sus fuerzas y aterrizó en el ladrillo seco del Camino Croton. Blanca siguió su ejemplo, y al tercer intento tuvo éxito.

"Lo conseguimos", dijo ella con los dientes castañeteando por el frío.

"Vamos", dijo Parche. "Tenemos que seguir avanzando".

Trotaron temblando a lo largo del Camino Croton hacia el helado y amargo olor extraño que habían seguido al entrar al inframundo. Un aroma cada vez más poderoso que casi ahogaba la omnipresente peste a rata.

Todavía no estaban secos cuando llegaron inesperadamente a la cámara del Rey De Abajo.

El Rey De Abajo

Justo cuando Parche comenzaba a preguntarse por qué no habían visto ratas, a pesar de que su olor dejaba en claro que el Camino Croton era una autopista de ratas, las paredes comenzaron a curvarse y doblarse hacia afuera, expandiéndose en un vasto espacio circular. Al otro lado de aquella piscina en forma de disco, las paredes se reducían a un túnel y el Camino Croton continuaba. El techo de arriba se convirtió en una cúpula, y había suficiente moho luminiscente en sus paredes para que Parche pudiera ver el puente de piedra que atravesaba la cámara de forma transversal, a nivel con las repisas a ambos lados. A cada lado del puente de piedra, pequeños túneles del tamaño de un perro continuaban hacia la oscuridad.

Un vasto y enredado bosque de raíces colgaba de la cúpula como ramas de sauce, como un árbol al revés. Los zarcillos más profundos casi rozaban el puente de piedra. A su sombra, las cosas que yacían en una línea irregular a través del centro del puente eran difíciles de ver, y su olor se ahogaba en la vorágine invasiva de rata y en ese otro olor terrible y sin nombre; pero Parche y Blanca las reconocieron en el momento en que las vieron. Las cosas en el puente eran los cuerpos flácidos y sin vida de más de una docena de ardillas. Y había algo moviéndose entre ellas.

Parche no lo dudó. Corrió por el Camino Croton y llegó hasta el puente de piedra.

La figura entre las ardillas caídas era una rata solitaria y sombreada que había dejado de moverse y ahora miraba hacia el agua como si mirara su propio reflejo. No parecía haber escuchado la aproximación de Parche. El pelaje de una de las ardillas parecía un poco más brillante que las otras. Parche contuvo el aliento: «¡Plata!» Se agachó, listo para cargar.

"El Rey De Abajo está aquí", dijo la rata fríamente, sin mirar a Parche. "Es la muerte mirar al Rey De Abajo".

Parche dijo: "No me importa si eres el rey de todo el mundo".

La rata se rió con alegría genuina, luego dio unos pasos hacia Parche, acercándose lo suficiente como para reconocerla. Parche parpadeó con sorpresa. Era Señor Hocico.

"Oh, esto es demasiado delicioso", se rió Hocico con burla. "¿De verdad pensabas que yo era el Rey De Abajo? No tienes ni idea".

Parche vaciló, inquieto. Ese terrible olor sin nombre se estaba intensificando.

"¿Dónde está Olisqueador?", demandó Parche.

"Olisqueador está muerto", dijo Hocico. "Ya no era útil y murió como morirás tú. Deberías haber muerto ya tres veces. ¿Qué sombra ha caído sobre tu destino, ardilla? ¿Quién te envió a buscar a la Reina de Todos los Gatos? ¿Qué te ha traído al Reino de Abajo? ... no importa. El Rey de Abajo se ríe del destino. El Rey de Abajo es el asesino del destino. Espero que no creas que has ganado la guerra. Odiaría que murieras con una creencia tan equivocada. Los gatos no pueden salvar tu reino. Demasiados de vosotros ya habéis muerto. Eres demasiado débil para sobrevivir a lo que viene después. Todas las criaturas de la oscuridad sirven al Rey de Abajo. ***Todas.*** Y cuando él venga, todos acudirán a sus órdenes".

El agua debajo del puente comenzó a brillar y agitarse. Había algo moviéndose en esta, algo pálido y enorme, flotando en la oscuridad hacia el puente de piedra. Parche retrocedió involuntariamente.

"Es un gran honor morir en las fauces del Rey de Abajo", susurró Hocico. "Te presento a ***caimán."***

El pálido reptil en el agua era más grande que cualquier humano. Su cola escamosa y sinuosa, tan larga como un perro grande, se ensanchaba desde una punta afilada hasta un torso grueso y plano blindado en escamas blancas de guijarros, de las cuales sobresalían cuatro extremidades rechonchas, rematadas por garras del tamaño de

las patas de Parche. Su ancho morro era principalmente boca: plano y triangular, lo bastante grande como para tragarse un mapache entero, y adornado con enormes dientes amarillos puntiagudos. Detrás y sobre estas fauces gigantescas, dos ojos oscuros que sobresalían yacían medio ocultos detrás de una cresta ósea.

Parche miró, congelado con horror absoluto, mientras el Rey de Abajo se levantaba hacia él. Parche no podía moverse. Se sintió arraigado al puente. Oyó a Hocico hablar en un lenguaje silbante y deslizante que no era ni Mamífero ni Pájaro. Vio las fauces del rey abiertas de par en par, vio que sus enormes músculos se enroscaban y tensaban, listos para lanzarse y devorar. Sus ojos eran como abismos negros, y Parche no podía apartar la mirada de ellos. Se sintió mareado, a punto de caer en esos hoyos negros que eran sus ojos, caer en ellos y seguir cayendo para siempre ...

Blanca gritó: "¡Parche, corre!"

Su grito rompió el hechizo. El Rey de Abajo saltó del agua como un rayo; pero sus gigantescas mandíbulas chocaron juntas en el aire vacío cuando Parche saltó de regreso a la repisa de ladrillo que rodeaba la habitación.

El monstruo volvió a caer en la piscina. El agua oscura subió, empapando a Parche. La ola resultante se extendió por la piscina, y mientras lo hacía, Parche pensó haber visto algo más moviéndose en el agua; algo blanco y escamoso, algo muy parecido al Rey de Abajo, solo que mucho más pequeño, o tal vez más joven.

"¡Corre!", insistió Blanca.

"Oh, no, es demasiado tarde para correr", se regodeó Hocico. "Ahora ya no te queda nada más que morir".

El agua volvió a estallar; y esta vez, para horror de Parche, el Rey de Abajo se lanzó completamente fuera del agua hacia el puente de piedra. Se agitó torpemente con sus miembros rechonchos antes de enderezarse y girar su enorme cuerpo hacia Parche. Sus escamas blancas y sus colmillos amarillos goteaban con agua negra.

Raíces

Todos los instintos de Parche le gritaban que girara y huyera. Y si lo hubiera hecho, su historia habría terminado allí. El Rey de Abajo era lo bastante pequeño como para correr por el Camino Croton y para caber en los túneles más pequeños conectados por el puente de piedra; y aunque vivía en el agua, podía correr a una velocidad increíble, más rápido que un caballo o un perro. Lo habría alcanzado y comido en el espacio de unas pocas respiraciones.

Pero Parche no corrió. Su madre yacía en ese puente de piedra detrás de ese monstruo, yacía envenenada e inmóvil, pero no muerta, y él no la abandonaría. En cambio, cuando el Rey de Abajo cargó hacia él con la velocidad de un ataque de halcón, Parche corrió ***hacia*** este ; y en el momento en que el rey dudó de sorpresa, Parche saltó con todas sus fuerzas, saltó sobre sus fauces colmilladas y desgarradoras, y aterrizó sobre su robusto cuello.

Casi se resbala y cae en la piscina. Las escamas blancas del Rey de Abajo estaban resbaladizas con agua y eran más duras que la corteza, y sus enormes músculos se retorcían debajo de él. Parche siguió moviéndose, sabiendo que solo el impulso lo mantenía erguido. Corrió a toda velocidad por la longitud del Rey de Abajo, hasta la mitad de camino a lo largo de su cola curva, y saltó al puente de piedra detrás, a solo unas pocas ardillas de diatancia de la expresión atónita y horrorizada de Señor Hocico.

Parche no se detuvo. Siguió corriendo directo hacia Hocico. Sus colmillos estaban fuera y él estaba gruñendo de ira. Hocico se quedó quieto por un instante, congelado de puro asombro. Luego corrió hacia el borde del puente, listo para huir al agua oscura, pero fue demasiado lento. Su momento de sorpresa había durado demasiado. Parche cargó de cabeza contra la enorme rata, enviándolos a ambos a través del puente de piedra. Los colmillos de Hocico rasgaron el hombro de Parche. Los dientes de Parche se encontraron en la garganta de Hocico. Brotó sangre de rata. Señor Hocico se estremeció

un momento. Luego se quedó quieto.

Parche se enderezó y se dio la vuelta, esperando ver las fauces del Rey de Abajo acercándose a él. Pero el monstruo no se veía por ninguna parte. Su ataque lo había llevado más allá de Parche hacia pequeño túnel cruzado; y aunque el Rey de Abajo podía correr como el viento, y nadar como un pez, y matar casi cualquier cosa sobre la que sus fauces se cerraran, una cosa que no podía hacer era retroceder rápidamente. En lugar de las fauces con colmillos del Rey de Abajo, Parche vio que solo la punta de su cola se retiraba laboriosamente por ese túnel, y Blanca, muy atrevido, corría más allá de esa cola para unirse a él en el puente.

También vio en el agua oscura a otra criatura como el Rey de Abajo, esta del tamaño de un perro.

"¡Date prisa!", gritó Parche.

Él y Blanca corrieron hasta la forma caída de Plata.

"Cúrala", dijo Parche con urgencia.

"¡No puedo!"

Parche miró a Blanca. "¡Dijiste que podías salvarla!"

"Puedo, creo, pero os necesitaré a ambos, ¡y llevará tiempo!"

"¡No tenemos tiempo!"

"Lo siento, ***no puedo,*** " repitió Blanca. "Tenemos que sacarla de aquí".

Parche asintió y miró nerviosamente al Rey de Abajo, que salía lentamente del túnel. "De acuerdo. Deprisa".

Pero no pudieron darse prisa. Tenían suficiente fuerza para tomar las extremidades de la madre de Parche suavemente en sus mandíbulas y empujarla a lo largo del puente de piedra hacia el otro pequeño túnel,

pero el proceso era lento. Solo habían llevado a Plata a la boca del túnel cuando el Rey de Abajo finalmente se liberó del túnel opuesto y se giró para enfrentarlos.

Cuando el rey vio la forma caída de Hocico, sus ojos oscuros se fijaron en Parche, y su garganta comenzó a silbar y sacudirse con gruñidos asesinos. El monstruo avanzó por el puente de piedra, moviéndose lentamente, acechando a Parche con cuidado. Esta vez no habría errores.

"Sácala de aquí", dijo Parche sombríamente a Blanca, y se volvió para mirar al Rey de Abajo. Sabía que solo tenía una oportunidad.

Parche esperó un momento. Luego corrió directamente hacia el monstruo blanco sobre el puente de piedra.

El monstruo retrocedió, listo para otro salto; pero esta vez Parche saltó antes de llegar al Rey de Abajo, agarró las raíces enredadas que colgaban casi sobre el puente y comenzó a trepar por ellas. Para su terror, su impulso lo llevó balanceándose hacia adelante, a lo largo del puente, hacia la boca abierta del Rey de Abajo. No había esperado eso. El monstruo saltó hacia él y juntó las mandíbulas justo cuando Parche soltaba la raíz y atrapaba otra con una pata. Los dientes del Rey de Abajo fallaron por poco cuando se juntaron con un crujido.

La raíz que Parche apenas sostenía comenzó a girar locamente mientras él se balanceaba de lado a lado, golpeándose contra un grueso grupo de raíces. Parche agarró a ciegas ese grupo enredado y se aferró. Ya no daba vueltas, pero seguía mareado, el mundo parecía girar a su alrededor a una velocidad enfermiza. Captó una visión borrosa del monstruo debajo de él, agachándose para saltar.

Parche se obligó a correr por esta maraña de raíces gruesas sin pensar, como si estuviera corriendo por un árbol. El Rey de Abajo saltó de nuevo. Esta vez, sus enormes mandíbulas se juntaron en la cola de Parche, cortándola en dos. El monstruo volvió a caer sobre el puente de piedra, pero aterrizó torpemente y volvió a resbalar dentro del charco de agua oscura. Parche aulló de conmoción y dolor. La sangre cayó en un riachuelo rojo desde el muñón de su cola cortada mientras trepaba la húmeda maraña de raíces, y siguió subiendo hasta llegar al

techo.

A esa altura, Parche estaba rodeado por una nube de raíces, apenas podía distinguir algo cuando miraba hacia abajo, pero estaba seguro de que habría visto a Blanca o a Plata si ellas todavía hubieran estado en el puente. Blanca había arrastrado a su madre fuera de la cámara del Rey de Abajo y hacia el pequeño túnel transversal. Eso era algo.

Su cola, lo que quedaba de ella, palpitaba con agonía y, sin toda su longitud, su equilibrio parecía completamente mermado; Parche casi se cayó cuando comenzó a bajar para tener una mejor vista. No podía seguir aferrado a estas raíces resbaladizas eternamente. Tenía que tratar de ignorar el confuso dolor de su cola, al menos hasta que escapara.

La cámara parecía vacía. El Rey de Abajo y el monstruo más pequeño parecían haberse ido. Pero Parche no confiaba en sus ojos. Observó con mucha atención mientras descendía hacia el puente, y cuando salió de la gruesa nube de raíces en el corazón del techo abovedado, vio una pequeña ondulación en el agua al lado del puente, y supo que los ojos oscuros lo estaban mirando con atención.

Parche quedó colgado de esas raíces durante lo que pareció mucho tiempo. Sabía que si caía al puente, el monstruo lo pillaría. Podía tratar de esperarlo, pero sabía que eso nunca tendría éxito. El Rey de Abajo era antiguo y de sangre fría. Esperaría tanto como fuera necesario para atrapar a su presa, y no necesitaría esperar mucho. Estas raíces estaban resbaladizas, Parche sangraba mucho por la cola y le dolía el hombro donde Hocico se lo había mordido: esa pata delantera estaba perdiendo fuerza. Tenía que hacer algo pronto o se caería involuntariamente. Pero ¿qué?

Recordó cómo su impulso lo había llevado inesperadamente hacia el enemigo cuando saltó por primera vez a las raíces. Parche comenzó a balancear su cuerpo de un lado a otro, experimentalmente al principio, para ver si sucedía algo; y cuando lo hizo, cuando la raíz en la que colgaba comenzó a moverse en amplios arcos curvos, se arrojó sobre ella y se balanceó con todas sus fuerzas a lo largo del puente de piedra. Solo había una oportunidad. «Todavía no, aún no...

ahora …»

Parche soltó la raíz y se disparó por el aire. Sintió como si cayese de una rama alta. Se hizo un ovillo justo antes de volar hacia la boca del túnel cruzado donde Blanca había ido. El impacto del aterrizaje sacudió sus huesos y su mente, y por un momento permaneció allí sin sentido; pero luego escuchó una lluvia de agua cuando algo enorme surgió de la piscina oscura hacia el puente, y el pánico lo puso de pie y en marcha.

Este túnel era circular, hecho de aros de metal corrugado. Había un poco de agua y Parche salpicaba ruidosamente mientras corría por su oscura longitud. Había suficiente luz para ver que se dividía en dos túneles similares pero más pequeños, no lejos del Camino Croton. Cuando llegó a ese cruce, Parche escuchó algo que subía por el túnel hacia él con una velocidad increíble; pero su corazón se aceleró, y en realidad sonrió. El Rey de Abajo era demasiado grande para estos túneles más pequeños, y él podía oler en qué dirección se había ido Blanca. Se arrojó y se deslizó por la bifurcación de la derecha, la que se doblaba y giraba paralela al Camino Croton, hasta que de repente salió disparado a una pequeña cámara con suelo de hormigón.

La Cámara De Huesos

Parche gritó de dolor. No había caído mucho, pero había caído sobre la agonía de su cola cortada.

"¡Parche!" jadeó Blanca no muy lejos. "¿Estás bien?"

Él gruñó. "Creo que sí".

Se dirigió lentamente hacia ella a través de la invisible oscuridad. El suelo de hormigón estaba mojado y agrietado. Él podía oír agua chorreando y goteando detrás de él en el túnel por el que había entrado, y por varios lugares a su derecha.

Blanca olfateó el aire. "¿Eso es sangre? ¿Estás herido?"

"Mi cola", gimió Parche.

"Oh, no. Oh, Parche, lo siento mucho".

Su hocico tocó el costado de Blanca. "No me importa. ¿Trajiste a Plata aquí también?"

"Sí. Ella está aquí".

"¿Puedes salvarla?"

"No lo sé. Tal vez. Hay una forma:"

Ambos quedaron en silencio. Se oyó un ruido chirriante hacia ellos, el roce de las garras en el metal, algo que bajaba por el túnel de metal. Parche de repente imaginó al monstruo más pequeño en el agua oscura. ¿Podría pasar por ese túnel? Estaba aterrorizado de que pudiera.

"¡Viene el pequeño!", dijo. "¡Date prisa!"

Él agarró la pata de Plata con la boca y comenzó a arrastrarla hacia los sonidos que goteaban detrás de ellos. Blanca dudó un momento antes de unirse a él. La cosa en el túnel se estaba acercando. Parche tiró más fuerte, moviéndose tan rápido como pudo. El muñón sangrante de su cola rozó algo metálico y él gimió antes de darse la vuelta para investigar. Había otro túnel de metal aquí, este apenas lo bastante grande como para una ardilla. Descendía tan abruptamente que si fuera lo bastante largo la caída podría matarlos.

Algo grande y húmedo salió del túnel más grande hacia el suelo de hormigón de la cámara. El pequeño monstruo estaba en la habitación con ellos. No tenían otra opción. Parche arrastró a Plata hacia atrás con un último empujón desesperado, y luego cayeron, resbalando a través de una pestaña de metal con bisagras y bajando resbalando abruptamente a lo largo de paredes de metal corrugado.

Parche gritó cuando tocó fondo. No habían caído mucha distancia, menos de la longitud de una ardilla, pero él había aterrizado encima de su cola cortada sobre una alfombra de pequeñas cosas afiladas como palos, y el peso de Plata estaba encima de él. Después Blanca aterrizó sobre ambos y la agonía explotó a través del cuerpo de Parche. No tenía aliento o fuerza para gritar de nuevo.

"¡Lo siento, Parche, lo siento!" jadeó Blanca, mientras él se ahogaba con el dolor.

"No", se las arregló a decir. "No lo lamentes. Estamos vivos Estamos a salvo".

Se apartó de Blanca y Plata. Esta cámara era, si acaso, incluso más oscura que la anterior. Una gruesa capa de cosas secas y duras como ramitas cubría su suelo de hormigón como hojas muertas a finales del otoño. Se movían y crujían cuando él las pisaba. No fue hasta que resbaló con algo liso y redondeado que comenzó a comprender lo que eran. Se había resbalado con una calavera. Eran huesos de ratas, cientos de ellos.

"¿Qué es este lugar?", preguntó él.

Blanca no tenía respuesta. Algo arriba se movía, siseaba y resoplaba, y

Parche olía a algo muy parecido al Rey de Abajo. El otro **caimán**, aunque pequeño comparado con el Rey de Abajo, era demasiado grande para caber en esta cámara. Estaban a salvo, de eso al menos.

"No importa", dijo Parche. Decidió preocuparse por lo que fuese que había matado a estos cientos de ratas cuando llegara el momento. "¿Cómo ayudamos a Plata?"

Él regresó a donde la forma, al parecer sin vida, de su madre yacía flácida entre montones de huesos de rata.

"Sangre", dijo Blanca. "Es tu sangre lo que te hace inmune. Ella necesita tu sangre".

"Pero ¿cómo?"

"Parche, ya estás sangrando. Esto podría matarte. Podría matarlos a ambos".

"No me importa", dijo. "¿Qué tengo que hacer?"

Blanca guardó silencio durante algún tiempo. Luego movió, primero hasta Plata y luego hasta Parche. Él sintió su cabeza contra la de él, acariciando suavemente su cuello con el hocico.

"Quédate quieto", dijo ella suavemente, y lo mordió con fuerza en el lado del cuello.

Parche aulló de dolor y sorpresa.

"¡Date prisa!", dijo ella con urgencia. "Túmbate junto a ella, pon tu herida junto a la de ella. Tienes que compartir tu sangre con ella. Es su única oportunidad".

Parche obedeció. El pelaje de su madre estaba frío y muerto al tacto, y su sangre corría fría y olía a podredumbre y descomposición. Presionó su cuello sangrante contra el de ella y mantuvo tanta presión como

pudo.

"¿Cuánto tiempo?", preguntó.

"No lo sé", dijo Blanca. "Un buen rato".

Parche comenzó a marearse un poco y luego a debilitarse. Su cuello comenzó a latir, y luego su cabeza comenzó a zumbar, uniéndose al dolor punzante de su cola cortada en una sinfonía de agonía. La oscuridad a su alrededor parecía estar borrosa de alguna manera, y él comenzó a temblar de frío. Recordaba vagamente que así era la enfermedad de la sangre negra. La estaba absorbiendo de Plata, como ella estaba absorbiendo su sangre. Y él no era inmune. Fue peor esta vez que la anterior. El dolor y la debilidad eran tan grandes que casi no sintió que Plata comenzaba a temblar junto a él.

Blanca dijo algo, pero Parche ya no podía comprenderla. Todos sus sentidos estaban turbios de una mancha gris. Sintió que lo movían, pero no entendía cómo, dónde ni por qué. Nunca se había sentido tan horrible en toda su vida. Estaba enfermo, mareado, confundido, indefenso, lleno de dolor. Parecía congelado en una eternidad de sufrimiento. El quería morir. Cualquier cosa que hiciera desaparecer esta miseria devoradora sería una bendición.

Eventualmente se dio cuenta de que algo había cambiado, algo era diferente. El mareo se iba. El dolor de cabeza estaba disminuyendo. Las náuseas se desvanecían. Lentamente estaba mejorando, pero seguía indefensamente débil, desesperadamente sediento, hambriento.

"Agua ..." gimió, apenas capaz de hablar en absoluto.

Algo le tocó. Una calavera de rata llena de agua.

Parche bebió. Eso ayudaba un poco.

"¿Va a ponerse bien?", preguntó una voz que sonaba casi tan débil como la suya.

"Creo que sí", dijo Blanca. "¡Ojalá hubiera algo de comida!"

La otra voz dijo, suspirando: "Tengo mucha hambre".

Parche estuvo de acuerdo con ese sentimiento. Nunca había tenido tanta hambre en toda su vida, ni siquiera en ese día de invierno cuando había ido a las montañas a comer. Ese día parecía muy remoto, su memoria era como algo que le había sucedido a una ardilla diferente, como una historia que una vez le habían contado.

Túneles

"Toma", dijo Blanca. "Come esto".

Algo húmedo y blando rozó la cara de Parche. Tenía un aroma rico y terroso, como un hongo. Estaba tan hambriento que lo mordió sin preguntar qué era, y tan débil que apenas podía romper un pedazo para masticar. Era fibroso e insípido, como comer corteza esponjosa, pero era mejor que nada. Parche comió hasta que aquello desapareció.

"¿Qué era eso?", preguntó él.

"Un hongo. Crece en las esquinas. No creo que sea venenoso".

Blanca le trajo un poco más. Después de devorar esta segunda porción de hongo, Parche intentó ponerse de pie. Se balanceó pero tuvo éxito.

"Me siento mejor", dijo.

"Yo también", dijo Plata en voz baja, en la oscuridad.

Los ojos de Parche se abrieron y todo su cuerpo se puso rígido de asombro y deleite. "¡Plata! ¡Estás viva!"

"Estoy viva solo porque habéis venido al inframundo para salvarme", dijo su madre como si no pudiera creerlo. "Salvada de las mismas fauces del Rey de Abajo".

Parche quería correr hacia ella, pero... "Todavía no estamos a salvo. ¿Hay alguna forma de salir de aquí?"

"No", dijo Blanca. "Solo por dónde vinimos. Esa ... cosa ... sigue ahí arriba".

"Podemos esperar a que se vaya", sugirió Plata.

Blanca dudó. "No lo sé. Todos estos huesos ... esta cámara, el suelo es

de ladrillo, pero las paredes son de madera vieja, podrida, y una de las paredes largas está llena de agujeritos. Los agujeros ... no huelen bien. Creo que algo vive en ellos. Algo malo".

Los tres quedaron en silencio. Parche escuchó algo golpeando y resoplando alrededor de la cámara de arriba. El pequeño monstruo emitía gruñidos siseantes y roncos al moverse.

"Espera", dijo Blanca. "¿Dónde estamos?"

Parche se volvió y miró con incredulidad a través de la oscuridad hacia la voz de Blanca. ¿Se había vuelto loca?

"Estamos en el Reino de Abajo", dijo Plata suavemente, "en un antiguo túnel humano".

"Eso no es lo que quiero decir", dijo Blanca, exasperada. "Quiero decir, ¿a cuánta distancia del Camino Croton?"

Parche dijo: "No muy lejos, pero ella no puede ir allí". Él podía escuchar el áspero aliento del monstruo más pequeño mientras los esperaba en la cámara de arriba.

"Eso tampoco es lo que quiero decir. Quiero decir, ¿qué distancia al revés?"

"¿Al revés?", preguntó Parche, confundido. "Pero hay un muro..."

"En realidad no. Eso no es una pared en absoluto. Está blanda y podrida".

"Pero aún así hay ..." Plata contuvo el aliento como si acabara de darse cuenta de algo. "Tierra. Eso es todo lo que hay detrás de las paredes aquí. Podemos excavar".

Parche jadeó al entender. Ella tenía razón, podían cavar a través de la pared de tierra, no para enterrar una nuez, sino para abrir un pasaje de regreso al Camino Croton.

Trató de calcular dónde estaban. Había huido del Rey de Abajo por el

túnel; después de una corta distancia, había tomado la bifurcación de la derecha, que se había doblado hasta pasar casi paralela al camino, antes de entrar a la cámara donde ahora esperaba el caimán ***más pequeño***. Luego había tomado el pequeño túnel hacia abajo y hacia la derecha, de regreso hacia el Camino Croton, hacia esta larga y estrecha cámara de madera. Y desde el final de esta cámara hasta los ladrillos del Camino Croton había ...

"Quizás no esté lejos en absoluto", dijo dudoso. "No estoy seguro. Podríamos estar a unas pocas ardillas de distancia. Pero hay una pared de ladrillos al otro lado".

"Es posible que no lo logremos", acordó Blanca. "Pero lo podemos intentar. Y no creo que debamos quedarnos aquí".

El olor ácido se había incrementado durante esta breve conversación, y Parche ahora comenzaba a esperar fervientemente que solo estuviera imaginando algún tipo de chirrido suave y un leve "clic" en la distancia.

"Tienes razón", dijo. "Vamos a excavar".

Blanca lideró la excavación. Sus garras atravesaban la madera podrida con mayor facilidad que a través de la tierra gruesa como una lima. Plata siguió a Blanca al interior del túnel recién excavado. El olor ácido era más rancio y penetrante. Parche no estaba del todo en el túnel cuando una cacofonía de ruidos suaves y veloces se arrastraron hacia donde las tres ardillas se acurrucaban al final de la cámara, y las cosas que gateaban comenzaron a salir lentamente del largo muro de madera a su izquierda, y entraron la cámara de los huesos.

"¡Date la vuelta!", le indicó Plata. "¡Bloquéalos!"

Le costó un instante comprender: luego salió del túnel, se dio la vuelta y volvió a entrar marcha atrás. Blanca excavaba hacia el final del túnel, y Plata propulsaba la tierra hacia atrás, y Parche la arrastraba torpemente hacia adelante con sus patas dentro de la cámara de huesos. A medida que las cosas que se arrastraban se acercaban, lenta

pero inexorablemente, pudo ser capaz de retroceder un poco más en el túnel, y un poco más y un poco más, hasta que pudo comenzar a tapar el extremo del túnel con tierra fresca, construyendo una pared entre su excavación y la cámara de huesos. Pronto el túnel quedó sellado en ambos extremos. Se habían enterrado vivos. Pero al menos estaban a salvo de las cosas que se arrastraban y seguían vivos.

"Arriba", dijo Parche. "Queremos subir, hacia la repisa, hacia el Camino Croton".

Plata le pasó la idea a Blanca, quien comenzó a inclinar el túnel hacia arriba lo mejor que pudo. Parche esperaba que ella tuviera un buen sentido de dirección. Era fácil imaginarlos intentando hacer un túnel en círculos hasta morir. Esto no era tanto un túnel como una burbuja en movimiento, y su aire ya comenzaba a sentirse cargado y sin vida. Si cometían un error, se asfixiarían y morirían. E incluso si no lo cometían ...

"¡Hay algo aquí!", dijo Blanca, medio triunfal, medio nerviosa. Unas respiraciones temblorosas después. "¡Un ladrillo! ¡Es esto, el Camino Croton!"

"Ahora tenemos que atravesar una pared de ladrillos", murmuró Plata.

"¿Cómo...?"

"Esto es muy viejo", dijo Blanca. "La cosa entre los ladrillos ya se está desmoronando".

Ella trabajó durante mucho tiempo. Lo único que Parche escuchaba era un rítmico rascado. Cerró los ojos, trató de respirar lo más lenta y superficialmente posible, e intentó ignorar sus múltiples dolores. El rascado pareció continuar para siempre mientras Blanca mordía y arañaba el antiguo mortero alrededor de los ladrillos. El aire cargado estaba adormeciendo a Parche. Trató de mantenerse despierto, pero sentía los párpados tan pesados ...

"Ya está", dijo Blanca exhausta. "Esto es lo más lejos que puedo llegar".

"¿Está suelto?", preguntó Plata.

Pasó un momento. "¡No!", exclamó Blanca con desesperación. "Tiembla un poco, pero no está suelto. ¡No se quiere mover! ¡No podemos salir!"

"No pierdas la esperanza", dijo Plata, con calma pero con severidad. "Tenemos que trabajar juntos. Parche me empujará a mí, yo a ti y tú al ladrillo. Todos debemos empujar tan fuerte como podamos. ¿Listos?"

Por orden de su madre, Parche se levantó una última vez y se apretó hacia atrás, presionándose lo más fuerte que pudo contra ella. El dolor en su cola era inmenso, y gruñía un poco con cada respiración.

"Inhalad, luego exhalad mientras empujamos," ordenó Plata. "¡Uno, dos... ahora!"

Parche se esforzó con todas sus fuerzas. No pasó nada. Él se hundió, abatido.

"Otra vez", ordenó Plata.

"No va a funcionar", dijo Parche desesperado.

"Otra vez".

Él apretó los dientes ante el dolor, respiró hondo, exhaló, se tensó...

... y el ladrillo se liberó y cayó con un fuerte ***CLANC,*** . El aire ligero y vital del Camino Croton inundó el túnel. Blanca salió corriendo. Tenía que descender solo tres ladrillos hasta la repisa que corría sobre el agua. Plata la siguió, y luego Parche bajó torpemente. Cayó sobre su cola y gimió ruidosamente.

"Silencio", susurró Plata. "Lo siento, Parche. Pero el Rey de Abajo está en algún lugar en estas aguas. Sé que estás débil. Yo también. Pero tenemos que correr".

"Lo sé", dijo él luchando por ponerse de pie. "¿En qué dirección?"

Miraron a un lado y otro del tenuemente iluminado Camino Croton.

"Por aquí", dijo Plata antes de liderar el camino hacia lo desconocido.

Escapada Interminable

El Camino Croton parecía continuar eternamente, un camino ininterrumpido de ladrillo que se extendía sin cesar a través del inframundo en una línea perfectamente recta. En algunos lugares, la luz del día se asomaba por las grietas del techo; en otros, ningún hongo luminiscente cubría sus paredes, y el camino era tan oscuro como una noche salvaje y sin luna. A veces el camino se ensanchaba en cámaras circulares como aquella donde se habían encontrado con el Rey de Abajo, aunque solo unos pocos de ellos se jactaban de tener un puente de piedra sobre las aguas. Las paredes del camino estaban plagadas de innumerables túneles, algunos demasiado pequeños para una ardilla, otros lo bastante grandes como para que un humano pudiera caminar por él sin agacharse, pero las ardillas los evitaban todos. Apestaban a rata.

A pesar de su olor omnipresente, casi no se encontraron ratas a lo largo del Camino Croton. Parche supuso que la mayoría había sido reclutada en el enorme ejército de ratas que había invadido el Reino del Centro. En las dos ocasiones que oyeron a las ratas chirriar y correr a lo lejos, las ardillas pudieron retroceder hasta donde las raíces colgaban gruesas del techo, cruzar el agua por esos caminos elevados y esconderse tensos y sin aliento en las oscuras bocas de los túneles laterales hasta que los sonidos de ratas desaparecían.

Cada vez que veían un movimiento ondulante en el agua, huían hacia un túnel lateral, pero nunca encontraban aquello que nadaba en esa oscuridad, y nunca más se volvieron a encontraban con el Rey de Abajo o con el caimán más pequeño. Se encontraron con un horrible reptil sin patas una vez, y huyeron a través del agua por el camino de la raíz, corriendo como si los persiguieran, aunque el reptil estaba inmóvil; solo su aroma mostraba que estaba vivo. También se encontraron con muchos otros aromas del inframundo que no podían nombrar en absoluto. Algunos olían cálidos y acogedores. La mayoría hacía que sus pelajes se pusiera de punta y les castañetearan los dientes.

Había varios lugares donde las repisas se convertían en piscinas oscuras y tenían que cruzar nadando. Esto era bienvenido, ya que las únicas otras fuentes de agua eran los ladrillos húmedos y fúngicos. Por otro lado, el agua estaba fría y era aterradora, y dos veces tuvieron que nadar en la oscuridad total sin saber qué podría esperarlos al otro lado, o si este podría ser un mar submarino en el que se congelarían y se ahogarían. Ambas veces, afortunadamente, descubrieron rampas que conducían al camino.

Casi no había comida. No había hongos comestibles a lo largo del camino. Intentaron mordisquear una rana muerta que encontraron, pero su carne sabía ácida y venenosa, y se dieron por vencidos. Lo que los salvó fue que algunas de las raíces que colgaban del techo eran comestibles, aunque amargas y calcáreas. Parche tenía que tener cuidado cuando subía a comer; tenía que volver a aprender todo su sentido del equilibrio, ahora que le faltaba la mitad de la cola.

En un momento, después de su segundo sueño, todo el Camino Croton se convirtió en un gigantesco túnel de metal. Pasaron salpicando por su longitud corrugada, y luego la arquitectura anterior se reanudaba. Subieron a las repisas y continuaron debajo del techo de ladrillo arqueado. Fue en este punto, donde el camino comenzaba a descender aún más profundamente en la tierra, que Parche perdió la esperanza de volver a ver el mundo exterior. No veía ninguna razón por la que el Camino Croton no debería continuar para siempre. Seguía moviéndose aturdido, solo vagamente consciente de sus patas y piernas cansadas, y de las innumerables heridas que se convertían en cicatrices en todo su cuerpo. Apenas hablaba. Tampoco Blanca ni Plata. La conversación consumía energía valiosa. Necesitaban todas sus fuerzas para seguir moviéndose.

Fue mucho después del tercer sueño; de hecho, Parche estaba a punto de sugerir un cuarto; cuando llegaron a una gruesa rejilla de metal que cerraba la totalidad del Camino Croton. Las ardillas se detuvieron ante esta discontinuidad. La reja no detenía ni ralentizaba su viaje, las brechas entre sus barras oxidadas eran de sobra lo bastante grandes para el paso de una ardilla, pero más allá, el techo arqueado del Camino Croton descendía repentinamente hacia el agua. A este lado de la rejilla, un humano podría haber caminado por el camino; al otro lado, apenas podría haberse arrastrado.

Parche se dio cuenta de que no había hongos brillantes en las paredes; y, sin embargo, la oscuridad total a través de la cual habían viajado había disminuido, iluminada por una luz tenue y distante muy lejos al otro lado de esa rejilla. Y el aire no estaba lleno de los olores habituales a humedad y hongos del Camino Croton. Olía, aunque débilmente, a robles, pastos y al viento del Norte.

No se atrevieron a respirar una palabra de esperanza. En cambio, se movieron silenciosamente, deslizándose a través de la rejilla, a lo largo de esta habitación baja ... y hacia un cuadrado brillante de luz abierta en la distancia.

Pero no llegaron a esa luz. No tuvieron que hacerlo. A distancia de un árbol antes, un túnel lateral lleno de agua salía del Camino Croton. Esto no era inusual. Lo que era inusual era el aire fresco que brotaba de aquel túnel lateral como una flor en primavera.

Plata iba en cabeza. Miró hacia Blanca y Parche y sonrió. Luego saltó al agua y nadó por el túnel lateral. Blanca la siguió y luego Parche. El túnel conducía a través de un arco que parecía lleno de luz blanca. Los ojos de Parche estaban tan acostumbrados al inframundo que esta luz era tan cegadora como la oscuridad pura, no podía ver nada en absoluto.

Parche sintió piedras secas debajo de sus patas y subió arañando un barranco seco. Tomó una buena docena de respiraciones antes de que sus ojos comenzaran a ajustarse, y se dio cuenta de que la luz era el sol, y el dosel azul sobre él era un cielo despejado. Estaban en el exterior de un edificio humano en ruinas en medio de un alto bosque espeso. Habían escapado del Reino de Abajo.

VIII. EL FIN DE LA GUERRA

El Imperio Interminable

"¿Dónde estamos?" Preguntó Blanca maravillada en su voz después de haberse dado un festín de larvas y flores silvestres, y ebria del arroyo que fluía del inframundo.

"No lo sé. No en el Reino del Centro." Patch estaba seguro de eso. El aire sabía diferente aquí, y los árboles eran más altos, y el sendero humano que conducía al lado del edificio en ruinas era de tierra en lugar de concreto. Estaba muy bien estar bajo el cielo otra vez. Incluso su cola y sus muchas heridas se sentían mejor.

"Estamos al Norte", dijo Plata mirando al sol, mientras este se elevaba hacia su ápice, y a la dirección de donde habían salido. "Extremo norte. Hemos viajado mucho tiempo por debajo. Pienso que unos días".

Patch recordó cómo se veía el mundo cuando se había elevado muy por encima del Reino Central en las garras de Karmerruk. Al Norte, más allá de la isla del Reino del Centro, los ríos se abrían paso entre una extensión de tierra que continuaba hasta el oscuro horizonte. Debían de haber surgido en una de las zonas verdes en ese paisaje de su memoria. Plata tenía razón: era un largo, largo camino de regreso a casa. Tendrían que cruzar un río y atravesar innumerables kilómetros de imponentes montañas.

Las tres ardillas se desplazaron hacia el Sur a lo largo del sendero humano, evitando el camino elevado por temor a que otras ardillas vivieran allí y pudieran verlos como intrusos. Pronto llegaron a un lugar donde la tierra había caído hacia una estrecha ensenada, revelando una curva inclinada de ladrillo debajo.

"Eso es", dijo Plata en voz baja. "Ahí es donde estuvimos".

Era una idea vertiginosa la de estar ahora presenciando desde afuera el mismo Camino Croton que habían recorrido durante días; que el Reino Debajo, que había parecido otro mundo, en algunos lugares

estaba separado de la luz del día solo por el grosor de un ladrillo.

"Huelo a ardilla", dijo Blanca agudamente.

Parche olfateó. Ella tenía razón. Y se escuchaban crujidos al lado del camino. Las tres ardillas se giraron, se detuvieron de asombro y se quedaron mirando. Las dos ardillas negras nocturnas que habían estado corriendo entre la maleza se detuvieron igualmente.

"¿Quiénes sois?", exigió la ardilla negra hembra.

"¿Qué sois?", preguntó el macho.

"¡Somos ardillas!", dijo Patch indignado.

La ardilla negra macho lo miró con escepticismo. "He visto muchas otras ardillas, y ninguna de ellas se parecía a vosotros tres".

"¿No tenéis albinos aquí?", preguntó Blanca.

"¿Albinos?", preguntó el macho, repitiendo la palabra sin comprender. "Ni siquiera sabemos qué es eso".

"Escuché una vez que hay ardillas grises al Sur, en el archipiélago", dijo la hembra pensativa. "¿Es de allí de dónde sois?"

Patch no estaba seguro de cómo responder esa pregunta, por lo que decidió recurrir a lo básico. "Soy Patch, hijo de Plata, del clan Buscador, de la tribu Copas de los Árboles. Esta es mi madre, Plata, hija de Cola Fuerte, del clan Vigilante, y Blanca, hija de Raya, del clan Corredor. Todos somos del Reino del Centro".

"¡El Reino del Centro!", exclamó el macho. "He oído hablar de él. Tienes razón, está en el archipiélago".

"Te lo dije", le regañó la hembra "Nunca me crees".

"Discúlpenme", dijo Plata, "pero ¿con quién tenemos el honor de hablar?"

"Oh", dijo la hembra, avergonzada. "Soy Mareada, hija de Silencio, y este es mi compañero Cortahojas, hijo de Escala Alto, ambos somos del clan Pavo".

"¿De qué tribu?", preguntó Plata.

Mareada y Cortahojas intercambiaron miradas. "Esto no es como vuestro Archipiélago", dijo Cortahojas. "Este es el Imperio Interminable".

Pronto se dieron explicaciones por ambas partes. Según Mareada y Cortahojas, el Imperio Interminable no tenía tribus, como el Reino Oculto, aunque por la razón opuesta. El Reino Oculto no tenía tribus porque no había suficientes árboles para que las ardillas se congregaran en tales números; el Imperio Interminable porque sus extensiones eran demasiado vastas y sin fronteras para que las tribus tuvieran sentido. Las ardillas simplemente se mudaban si tenían algún problema con sus vecinos, por lo que nunca se habían formado tribus. Algunas ardillas se agrupaban en grupitos sueltos de clanes, pero muchas simplemente vivían con sus familias o incluso solas.

Eso no sonaba peligroso. Había búhos, mapaches y zorros de noche, y ocasionalmente perros de día, pero según Mareada y Cortahojas, este rincón del Imperio Interminable era un lugar seguro y tranquilo para vivir. Dudaban de que cualquier otra ardilla pudiera molestar a Parche, Blanca y Plata mientras viajaban por el Sur hacia el Archipiélago, aunque muchas los detendrían por curiosidad.

"Suena mejor que el Reino Central", dijo Blanca con nostalgia, mirando a Mareada y Cortahojas alejarse a través de la maleza hacia su drey después de despedirse.

Patch la miró. "¿Qué quieres decir?"

"Aquí es seguro. Y no creen que la luna me haya maldecido. Ni siquiera saben qué son los albinos".

"¿Quieres quedarte?", preguntó Plata.

Blanca miró a Patch, luego miró hacia otro lado. Ella no respondió.

El silencio incómodo fue roto por una voz totalmente inesperada desde arriba.

"Dios mío", dijo una voz en Pájaro. "Creo que te conozco, ardilla. Tú con el pequeño parche blanco en la frente. ¿Me recuerdas? ¿Sabes dónde está mi casa? ¡Estoy buscando mi hogar y no puedo encontrarlo!"

Pájaros En El Viento

"Esto es muy extraño", dijo Daffa la paloma mientras se dejaba caer y aterrizaba en el suelo ante Parche. "Recuerdo exactamente dónde te conocí antes, y eso estaba muy lejos. No creo haber conocido a ningún animal que no fuera un pájaro y que viajara tan lejos. ¿Me recuerdas? ¿Fue hace mucho tiempo? No se me da bien el tiempo".

Él esperó ansioso.

"No hace mucho", dijo Parche lentamente, "no tanto".

Daffa hizo una mueca, se desinfló. "¿Entonces no sabes dónde está mi casa?"

"Lo siento".

"Oh, bueno. Tiene que estar en alguna parte. No puede haber desaparecido sin más".
La paloma suspiró y se preparó para volar.

"¡Espera!", dijo Parche. "Espera, Daffa, los tres somos del Reino del Centro, y no sabemos cómo llegar a casa".

El pájaro dudó. "Supongo que no podéis volar".

"No. No podemos Pero tal vez, estaba pensando, si te dijera dónde está el nido de mi amigo Toro, él es un arrendajo azul, tal vez podrías traerlo hasta nosotros y él nos podría ayudar a llegar a casa."

"No se me da muy bien dar mensajes".

Parche pensó un momento. "No tendrías que llevarle un mensaje. Solo dile mi nombre y tráelo aquí. Podrías hacer eso, ¿verdad?"

"Oh, por supuesto. Sé exactamente donde he estado. Exactamente. Pero es un largo camino hacia el Reino del Centro ..."

"¿Tienes otro lugar al que ir?", preguntó Parche suavemente.

Daffa suspiró. "No. No hasta que encuentre mi hogar".

"Entonces ..."

"Oh, está bien. ¿Cuál has dicho que era tu nombre?"

"Mi nombre es Parche". Dejó el resto de su presentación habitual; no tenía sentido gravar la mente de Daffa innecesariamente. "¿Conoces el lugar en el Reino del Centro donde los animales tallados por los humanos dan vueltas y vueltas, mientras suena su música?"

"Conozco el lugar".

"El nido de Toro está en la parte superior de ese edificio. Es un arrendajo azul. Solo dile mi nombre y tráelo aquí".

"¿Y tu nombre es Pancho?" dijo Daffa dubitativo.

"¡Parche! Escucha Daffa. Esto es muy importante. Nunca llegaremos a casa sin tu ayuda. No dejes de decir mi nombre todo el camino. Parche, Parche, Parche".

"Parche, Parche, Parche", repitió Daffa. De acuerdo. Lo intentaré. Intentaré volver pronto. "¡Parche, Parche, Parche, Parche, Parche!"

La paloma se levantó cantando hacia el cielo y voló hacia el Sur.

Parche esperó con esperanza. Con la ayuda de Toro explorando el territorio, observándolos desde arriba, tendrían muchas más posibilidades de regresar al Reino del Centro.

"¿Quieres quedarte aquí en el Imperio Interminable?" preguntó Plata a Blanca por segunda vez. Parche se crispó; se había olvidado del intercambio que Daffa había interrumpido.

Esta vez nada impidió que Blanca respondiera. Pero le tomó un largo e incómodo tiempo antes de que finalmente respondiera, en voz baja,

mientras miraba al suelo: "No quiero volver a las ardillas del Reino del Centro. Pero quiero ir a donde vaya tu hijo".

Parche tardó un momento en darse cuenta de que por ***tu hijo*** se refería a él.

Plata miró a Parche y dijo, casi acusadoramente, "¿Qué piensas tú de eso?"

Él parpadeó. "Creo que es estúpido la forma en que todas las otras ardillas la tratan. Creo que es la ardilla más valiente e inteligente que conozco. Entró en el Reino de Abajo para ayudar a salvarte la vida, y ella ni siquiera te conocía".

"Sí", dijo Plata, "pero ¿qué piensas de ella?"

Parche no entendió la pregunta. "Ella es mi amiga".

En el largo silencio que siguió, Blanca murmuró algo en voz baja y se alejó de él. Parche la miró desconcertado y dijo: "¿Qué pasa?"

"¡No puedo creer que tengas que preguntar!" sollozó Blanca.

"Ella no solo quiere ser tu amiga", dijo Plata suavemente. "Ella quiere ser tu compañera. Y estoy de acuerdo contigo, Parche, no importa que sea albina. Ella es una heroína. No se me ocurre mejor compañera para mi hijo. Pero si no es eso lo que quieres..."

"¿Mi compañera? Pero, ¡pero ni siquiera es la temporada de las persecuciones!"

"Hay más en compartir un drey que una persecución", dijo Plata secamente.

"Oh. Bueno." Parche vaciló. Siempre le había gustado estar solo. Pero no quería que Blanca se fuera. Pensó que la echaría de menos si ella lo hiciera. "Bien entonces. Podemos compartir un drey cuando regresemos, si a ella le gusta".

Blanca se volvió y lo miró con los ojos encendidos.

"Otras ardillas podrían decir cosas terribles de ti por vivir con una albina", advirtió Plata.

Parche se encogió de hombros. "No me importa lo que digan las otras ardillas".

Y eso fue todo. Blanca caminó lentamente para yacer muy cerca del lado de Parche mientras esperaban. Plata se tumbó a poca distancia de ellos. Parche entendió, mientras miraba a Blanca, que ahora ella era su compañera. Parecía extraño que la palabra se aplicara a él, cuando siempre había elegido vivir solo. Pero la idea de compartir su drey con Blanca le hacía sentir feliz. Permaneció en silencio junto a ella durante un largo rato.

"¡Parche!" gritó una voz en Pájaro.

Fue seguido rápidamente por una segunda voz. "Te dije que sabía dónde estaba. Ya ves, ¡lo sabía ***exactamente!***"

Daffa y Toro aterrizaron en el camino de tierra ante Parche, Plata y Blanca.

"¡Parche, no lo puedo creer!", exclamó su amigo arrendajo azul. "Escuché que entraste al Reino de Abajo. ¡Pensé que estarías muerto!"

Parche sonrió. "Casi. Muchas veces." Su sonrisa se desvaneció. "Ya ves mi cola. Pero estoy vivo Necesitamos llegar a casa, de vuelta al Reino del Centro. ¿Puedes ayudarnos?"

Toro dudó. "No creo que quieras hacer eso".

"¿Qué? ¿Por qué no?"

"En este momento están sucediendo cosas malas en el Reino del Centro, Parche. Cosas terribles, peores que las ratas, peores de lo que puedas imaginar. Creo que es mejor mantenerse alejado. No sé si habrá algún reino al que puedas volver".

Un Asesinato de Cornejas

"Son las cornejas", dijo Toro. "Están atacando a todos los mamíferos del reino. Gatos, perros, incluso caballos. Las he visto perseguir a ***humanos.*** Pero sobre todo atacan a las ardillas. Bandadas de cien, a veces más, las bandadas más grandes que he visto, parecen enjambres de grandes abejas negras. Dejan en paz a los otros pájaros. Pero cualquier cosa con pelaje que camine o se arrastre es una víctima".

"¿Atacaron sin más? ¿De la nada? " Preguntó Parche horrorizado.

"No. Comenzaron hace unos días. " Toro hizo una pausa. "Después de la venida del Rey de Abajo".

Las tres ardillas miraron al arrendajo azul. Daffa se cubrió la cara con un ala.

"¡Es cierto!", insistió Toro. "¡No es un mito, es real, lo he visto! Lo vi anoche, en el Mar del Norte. Es más grande que un caballo y está cubierto de escamas como un lagarto, y es todo blanco, y tiene colmillos como nunca has visto. Sale de noche y devora todo lo que se acerca. Es muy rápido. ¡Anoche lo vi matar y comerse a un humano dormido! ¡Es real, Parche, lo vi!"

"No tienes que convencernos", dijo Parche en voz baja. "Nosotros también lo hemos visto".

"Ah. Bien. Bueno, bien no, pero ... Ha subido del inframundo. Él es la razón por la que las cornejas están atacando. Ha hecho una alianza con ellas. He oído que le han jurado por la luna. Y entre ellas están matando a todos los mamíferos en el Reino del Centro".

Mientras Parche transmitía esta horrible noticia a Blanca y a Plata,

pensó en lo que Señor Hocico le había dicho. ***«Espero que no creas que has ganado la guerra... Todas las criaturas de la oscuridad sirven al Rey de Abajo. Y cuando él venga, todos acudirán a sus órdenes.»***

"Tantas cornejas", Plata respiró. "Había cientos, no, miles, ¿recuerdas cómo cubrieron los árboles, cómo nublaron el sol? No podemos enfrentarnos a ellas. Nada puede. Nos expulsarán de los árboles".

"Y luego las ratas y el Rey de Abajo nos llevarán", dijo Blanca. Ella sonrió sombríamente cuando algo se le ocurrió. "Es curioso, nunca pensé en el Reino del Centro como *nosotros* hasta ahora. Ahora que es demasiado tarde".

"No es demasiado tarde", dijo Parche con voz hueca, pero sonó a una mentira, y Blanca y Plata solo lo miraron con tristeza.

"Lo siento", dijo Toro.

"Oh, yo también lo siento", coincidió Daffa, sonando aún más angustiado que el arrendajo azul. "Sé lo que es perder tu hogar, Parche. Es como un agujero en tu corazón que nunca se cura".

"¡No puede estar todo perdido!", exclamó Parche. "¡Tiene que haber algo que podamos hacer!" Aquello no estaba bien, no después de lo que habían pasado en el Reino de Abajo, ahora que por fin habían emergido al mundo solo para descubrir que se habían convertido en refugiados sin hogar de un pueblo condenado y en tierras lejanas.

"Nos llevaría días llegar allí, Parche", dijo Plata en voz baja. "Eso si tenemos mucha suerte. Y aunque lo lográramos, ¿qué podríamos hacer? ¿Tres ardillas contra un monstruoso caimán y miles de

cornejas?"

"Las cornejas deben de haberle jurado a la luna, deben de tener algún tipo de deuda, o no volarían de noche y atacarían a las ardillas", argumentó Parche. "Si pudiéramos tratar con el Rey de Abajo..."

"¿Eso es todo?" La risa de Blanca no contenía alegría. "Tú lo has visto, Parche. Toda ardilla del Reino del Centro podría ir tras el Rey de Abajo y dudo que entre todos nosotros pudiéramos arañar una de sus escamas antes de que nos matara a todos. Tu amiga Zelina no puede ayudar, haría lo mismo con los gatos".

"Lo siento, pero tiene razón", dijo Plata. "No hay nada que podamos hacer. La supervivencia es nuestra victoria. Nada más".

Parche paseó furioso por el camino de tierra, mientras las dos ardillas y dos pájaros lo miraban con preocupación. Tenían razón. Por supuesto que tenían razón. Por supuesto, no había nada que una ardillita como él pudiera hacer para derrotar al Rey de Abajo. Parche se volvió, listo para admitir la derrota.

Captó un olor momentáneo de un rico aroma salvaje.

Parche se detuvo en seco y miró a su alrededor. No había nada en movimiento, ninguna otra criatura a la vista. Pero había algo brillante al lado del camino. Se acercó y descubrió una pequeña bola de cristal medio enterrada en la tierra, con una extraña doble hélice estampada y multicolor atrapada dentro.

Parche había descubierto tales cosas antes en el Reino del Centro. Los niños humanos jugaban con ellas y a veces las perdían. El objeto no era nada de importancia, pero encendió la chispa de un recuerdo.

Parche se puso de pie y miró esa bola de cristal. Pensamientos e ideas se agitaron en su mente durante lo que pareció mucho tiempo, pero probablemente no fue más que unos pocos latidos. Luego dio la vuelta y corrió por el camino.

"Toro! ¡Daffa! " Dijo él. Las aves lo miraron con curiosidad. "Traed a Karmerruk aquí".

Ambas aves se estremecieron ante la mención del nombre del halcón, pero Parche continuó. "Vosotros dos. Os necesito a los tres".

Toro miró cuidadosamente a Parche. "¿Estas loco? ¿Desvarías?"

"No."

"Por el buen cielo, ¿para qué necesitas a Karmerruk?"

Parche dijo: "Necesito que me lleve al Reino Oculto".

A Través Del Cielo

"No entiendo por qué los caprichosos deseos de una zarrapastrosa ardilla deberían tener algo que ver con mi curso de acción elegido", dijo altivamente el Príncipe del Aire. "Asumiste grandemente nuestra amistad incluso al solicitar mi presencia. Te diré que vine aquí solo porque la caza es excelente".

Parche asintió. Había esperado la renuencia del halcón. "¿Dónde vives?"

La mirada de Karmerruk se hizo aún más severa. "¿Por qué iba ser asunto tuyo dónde anido?"

"Está cerca del Reino del Centro, ¿no?", preguntó Parche. "En algún lugar de las montañas. Tienes hijos, ¿no? Mencionaste tus pichones una vez".

"Mi vida personal no es de tu incumbencia..."

"Pero el Reino del Centro sí lo es. Sabes lo que está pasando allí, ¿no? Sabes que el Rey de Abajo no es un mito".

Karmerruk batió sus alas una vez, y el polvo voló. Parche temía que el Príncipe del Aire se fuera volando, pero el halcón dejó que sus alas cayeran hacia sus costados y admitió: "He visto al Rey de Abajo".

"Y has visto las cornejas".

"Tendría que estar ciego para no haberlas visto".

"Si ganan, se comerán a todos los mamíferos del Reino del Centro, ¿y qué harás para comer?"

Karmerruk se encogió de hombros. "Todavía habrá palomas y arrendajos azules".

Daffa y Toro retrocedieron subrepticiamente lejos del halcón.

"¿Es eso lo bastante bueno para sus polluelos?", preguntó Parche. "¿Sin ratones? ¿Sin roedores?"

El halcón pensó un momento y luego suspiró." Me gustan los ratones ... Veo lo que quieres decir, terrestre. ¿Qué es lo que quieres de mí?"

"Quiero que me lleves a un lugar en particular en el Reino Oculto".

"¿Qué lugar en particular?"

Parche dijo: "Daffa sabe dónde".

Daffa parpadeó sorprendido, luego se marchitó hacia atrás cuando Karmerruk giró su mirada penetrante hacia la paloma. "¡Yo no sé nada!" chilló Daffa nerviosamente.

"Claro que sí", dijo Parche. "Me dijiste una vez que conociste a un gran gato que sabía hablar Pájaro. Y puedes volver hasta ese gran gato en cualquier momento que quieras".

"Oh, el gran gato, sí, por supuesto, puedo llevarte allí exactamente", dijo Daffa aliviado.

"¿Gran gato?" preguntó Karmerruk suspicazmente. "¿Tiene esto algo que ver con la Reina de Todos los Gatos?"

"No", Parche respondió con sinceridad.

"Hmm." Karmerruk miró a su alrededor como buscando alguna excusa. "Es un largo camino hacia el Reino Oculto".

"Por eso tenemos que irnos lo antes posible".

El halcón lo consideró por algún tiempo. Luego suspiró, un suspiro largo y fuerte, inclinó la cabeza hacia el cielo y dijo como si reflexionara sobre el clima: "No puedo evitar pensar; Parche, hijo de Plata; que en retrospectiva mi vida habría sido considerablemente más simple si te hubiera comido aquella primera vez."

Parche no dijo nada.

"Muy bien. Vamos a volar".

"Quedaos aquí", dijo Parche a Blanca y Plata. "No puede cargar a más de uno de nosotros. Volveré tan pronto como pueda".

"¡Todavía no nos has explicado lo que estás haciendo!", exclamó Plata.

"¿Adónde vas?" Preguntó Blanca.

"Tengo una idea", dijo Parche vagamente. No quería explicar lo que estaba haciendo. Creía que cualquier explicación de ese tipo podría sonar completamente loca. "No os preocupéis. No estaré en peligro. No tardaré mucho... ¡oh!"

Esta última exclamación fue de dolor y sorpresa, ya que las garras de Karmerruk se clavaron en su carne y lo levantaron del suelo.

Parche hizo una mueca de dolor mientras observaba a Blanca y Plata alejarse con expresiones alarmadas en pálidos borrones y puntos, hasta que finalmente fueron invisibles y lo único que podía ver fueron los árboles del Imperio Interminable como un campo de hierba bajo ellos, y las montañas y grandes aguas al Sur, y las nubes y la puesta de sol en el cielo a su alrededor. Entre sus patas, Parche llevaba la bola de cristal que había encontrado medio enterrada en el camino de tierra sobre el Camino Croton.

Daffa y Toro volaban al lado y detrás de Karmerruk. La extraña e improvisada bandada de tres pájaros y una ardilla se abrieron paso por encima de los edificios humanos, y luego, los edificios crecieron de casas a montañas entre ellos. El viaje no fue más cómodo que la última vez que Parche había viajado en halcón, pero de una manera extraña, las garras que se clavaban en su sangrante carne le hacían sentir seguro; eran tan afiladas y Karmerruk tan fuerte, que sabía que no corría el riesgo de caerse. Parche observó la Isla del Reino del Centro que se acercaba y se extendía debajo de él como si no fuera más que un pedazito de tierra iluminado por los rayos del sol. Comprometió la vista a su memoria. Se preguntó si él era la única

ardilla que había visto el mundo así más de una vez.

El ritmo de los aleteos de Karmerruk comenzó a hacerse irregular, sus movimientos más espasmódicos y menos suaves.

"Eres demasiado pesado", exclamó el halcón. "No puedo llevarte hasta el Reino Oculto. Tendré que dejarte en el Reino del Centro para pasar la noche mientras descanso".

Parche hizo una mueca. Eso no era parte de su plan, pero no parecía haber otra opción. "Está bien" pensó un momento. "¿Puedes llevarme al centro de la frontera occidental?"

"Sí".

"Toro, ¿puedes reunirte conmigo en mi drey mañana? Y trae a Daffa. Mantenlo vigilado. Se olvida de las cosas".

"Es cierto", admitió Daffa avergonzado. "De hecho, ¿qué estoy haciendo con vosotros tres? ¿Me he vuelto loco?"

"Por supuesto que no", le aseguró Parche. "Quédate con Toro aquí y estarás bien".

Daffa no parecía convencido, pero no discutió, ya que Toro lo condujo hacia el Sur hacia el nido del arrendajo azul, y Karmerruk se abalanzó hacia lo que una vez había sido el territorio de la tribu Copas de los Árboles, cuando tal tribu había existido. Los árboles del Norte estaban tan llenos de cornejas que parecían haber sido infectadas por una terrible enfermedad de ennegrecimiento, pero para alivio de Parche, los árboles cerca de su drey parecían vacíos de cornejas y de todos los demás seres vivos.

"Ten cuidado", advirtió Karmerruk mientras depositaba a Parche en un roble particular. "Las cornejas se posan principalmente en el Norte, pero de noche, cuando emerge el Rey de Abajo, vuelan por todo el reino. Pueden ver en la oscuridad, no como los búhos, pero bastante bien. Volveré aquí al amanecer. Buena suerte".

Y el halcón se fue volando dejando a Parche en su árbol de origen. Él

no había vuelto a su árbol desde el día en que se había aventurado por primera vez en las montañas. Tantas cosas habían cambiado desde entonces que este robusto roble ahora parecía ajeno a Parche, tan extraño y lejano que casi pensó que era el árbol equivocado; pero no, su drey todavía estaba allí, en el tocón hueco de una gran rama, tal y como lo había dejado. Cuando el sol se puso detrás de las montañas, Patch se acurrucó en su propia casa. Se sentía seguro... seguramente ninguna corneja podría encontrarlo y atacarlo aquí.

Se le ocurrió a Parche cuando se quedó dormido que durante mucho tiempo nunca había esperado ver su drey de nuevo, y a pesar de su misión desesperada, sonrió.

No durmió mucho. Cuando cayó la oscuridad, el Rey de Abajo ascendió y las cornejas comenzaron a volar.

Una Noche Desesperada

Parche se estremeció al escuchar el graznido de miles de cornejas en la noche. Las cornejas, como las ardillas, normalmente eran activas durante el día y descansaban en los árboles por la noche. Él confiaba en que los búhos se dieran un festín con los pájaros negros. Se puso rígido cuando los graznidos se hicieron más fuertes y escuchó repentinos aleteos seguidos de silencio, muy cerca. Las cornejas habían aterrizado en su árbol.

Respiró tan silenciosamente como pudo. Podría defenderse fácilmente en este drey, no más de una corneja a la vez podría pasar por su estrecha entrada, pero si sabían de su presencia, podrían esperar para emboscarlo por la mañana ...

De repente, todos las cornejas de su árbol despegaron, graznando como para convocar el fin del mundo. Había tantas que el roble se estremecía de verdad como con un gran viento. Parche escuchó pasos de algo, algo, corriendo por el suelo. Esperaba que no fueran ardillas; pero sonaba como si lo fuera. Sí, escuchaba ardillas chillar de rabia y dolor, apenas audibles por una cacofonía de fuertes graznidos.

Había una batalla afuera, y las ardillas estaban perdiendo. Peor aún: por sus gritos gorgoteantes parecía que estaban muriendo.

Parche quiso salir y ayudar, pero sabía que si salía de su drey lo único que haría sería morir con los demás. Escuchó el sonido de las garras en la corteza, casi ahogado por los sonidos del graznido, y cuando ambos se hicieron más fuertes, su mente dibujó una ardilla trepando por el roble, cubierta por un nudo asesino de cornejas picoteando.

Algo se forzó a entrar por la entrada del drey de Parche. Parche se puso de pie de un salto, listo para defenderse; pero era una ardilla, una ardilla enorme llena de heridas. A la luz de la luna, Parche vio que uno de sus ojos había sido atravesado por un pico y ahora era solo un saco medio vacío que goteaba líquido pálido sobre la mejilla de la ardilla. Parche apenas podía oler a la otra ardilla bajo el hedor de la

sangre fresca. Pero esta ardilla la habría conocido en cualquier lugar.

"Tiritón!" jadeó Parche con horror en su voz.

"¿Parche?" preguntó Tiritón con sordo asombro mientras se metía en el drey. Era apenas lo bastante grande para ambos y sus cuerpos estaban apretujados. El flanco de Tiritón estaba mojado de sangre, y su respiración era irregular. Estaba de espaldas a la entrada, y no había espacio para darse la vuelta. Una corneja había intentado seguirlo y picoteó la cola de Tiritón. Parche se lanzó hacia adelante, enfurecido, y arrancó un mechón de plumas del cuello de la corneja antes de que esta soltara a su amigo y revoloteara de manera desigual en la noche. Otras cornejas se posaron atentamente alrededor de la entrada del drey.

"¿Eres realmente tú, Parche?", preguntó Tiritón. Su voz era ronca y espesa por el dolor. "¿Estoy soñando? ¿Es esta la otra vida? Duele mucho. Pensé que ya no dolería más en la otra vida. siempre es así? ¿Mejora?"

"Esta no es la otra vida, Tiritón", dijo Parche sombríamente, mirando la entrada. "Soy yo de verdad. No estás muerto. No te vas a morir".

"Maté a un montón de ellas, Parche. Un montón".

"Apuesto a que sí".

"Tengo hambre".

Parche hizo una mueca. No había comida en su drey. "¿Qué ha pasado?", Preguntó.

"Íbamos hacia el Sur. El Sur era más seguro, tenía que serlo, el Rey de Abajo está en el Mar del Norte. Escuchamos que los humanos estaban rociando árboles con algo para alejar a las cornejas. Supongo que no llegamos lo bastante lejos. Creo que mataron a Danzante Estelar. Era difícil ver, no había mucha luna, pero lo vi por un momento, parecía que dejó de pelear y se lo estaban comiendo. No sé quién es el rey ahora. El Rey de Abajo se llevó a Garra Afilada. Yo lo vi. ¿No es extraño? De hecho, vi al Rey de Abajo. Tengo hambre. Las cornejas

casi me matan también. Si no hubiera recordado que tu drey estaba aquí ... Nunca pensé que estarías allí. Mi ojo derecho, no puedo ver con él en absoluto. Quizás, quizás mejore. Me pondré mejor, Parche. Siempre me pongo mejor".

Cuando Tiritón terminó, su voz era tan débil que casi susurraba. Parche no dijo nada.

"Tú fuiste a buscar a Plata", dijo Tiritón, apenas audible. "¿La encontraste?"

"Sí", dijo Parche, contento de tener buenas noticias para su amigo. "Sí, está bien, está muy lejos, está a salvo".

"Oh, bien. Tal vez ella sea el nuevo rey. Estoy cansado, Parche. Te veré por la mañana".

Tiritón se estremeció dos veces y luego permaneció en silencio. Por un momento, Parche temió lo peor, pero podía sentir el fuerte corazón de su amigo latir débil y rápido, aún dentro de su cuerpo desgarrado, pero regularmente; podía sentir su cuerpo maltratado hincharse con respiraciones irregulares.

Parche apenas durmió esa noche. Parecía que cada vez que cerraba los ojos, otra corneja intentaba entrar en su drey, y él tenía que luchar contra ella. Sufrió media docena de picotazos en el hocico esa noche. Finalmente, exasperado, le gritó a una corneja atacante: "¿Por qué haces esto?"

La corneja saltó hacia atrás hasta el umbral del drey, sorprendida de que Parche hablara Pájaro. Inmóvil, la corneja era tan negra que parecía menos una cosa y más una ausencia en la noche.

Eventualmente esta dijo de pronto, "No sé, terrestre. Solo soy una corneja. Es lo que ordena el señor de la bandada. Ni siquiera sé por qué vinimos aquí en primer lugar, mucho menos por qué ahora tenemos que matarte nosotros mismos. Lo único que sé es que el Rey de las Cornejas hizo algún tipo de trato".

"¿Qué trato?"

"Solo soy una corneja", repitió el pájaro. "A mí tampoco me gusta. No me gusta la noche, casi no podemos ver. Cientos de nosotros hemos muerto. Los búhos son terribles. Pero no podemos ir a casa hasta que estés muerto. Lo siento"

Entonces la corneja se retiró, desapareciendo en la oscuridad. No regresó, y durante el resto de la noche, ninguna otra corneja intentó forzar su camino al interior del drey de Parche.

Parche debió de haberse quedado dormido eventualmente; fue despertado por la madrugada. Tiritón yacía a su lado, inconsciente. Parche avanzó despacio y asomó la cabeza con cautela por la entrada de su drey. Todavía había cornejas afuera, posadas en las ramas de su roble, cubriéndolas como hojas: docenas de ellas, cientos. Parche vaciló, sin saber qué hacer.

Entonces un poderoso grito aviar vino desde arriba, como si el cielo mismo estuviera gritando, y las cornejas en su árbol cobraron vida de inmediato y huyeron aterrorizadas hacia el cielo occidental, mientras Karmerruk descendía. Una corneja fue demasiado lenta. Karmerruk la atrapó, la partió en dos, aterrizó en la rama que incluía el drey de Parche y comenzó a darse un festín.

"¿Listo, ardilla?", preguntó el halcón entre mordiscos, mientras Toro y Daffa revoloteaban en las ramas a una distancia segura y respetuosa.

"Solo un momento", dijo Parche.

Él se lanzó al suelo y se llenó la boca con bulbos de tulipán del otro lado del camino de hormigón más cercano. Regresó a su drey, abrió la boca y dejó los bulbos allí para Tiritón. Luego volvió a colocar la bola de cristal entre sus patas.

"Tengo que irme, Tiritón", dijo a la forma inconsciente de su amigo. "Lo siento. Volveré tan pronto como pueda".

Parche emergió del drey a la rama. Gimió de dolor cuando una vez más las garras de Karmerruk se clavaron en su lomo, y el halcón batió sus enormes alas, y una vez más se elevaron hacia el cielo. Les

siguieron Daffa y Toro hacia el Este.

Cuando salieron del Reino del Centro, hacia las montañas orientales, Parche estiró el cuello para mirar hacia atrás, hacia su hogar. Para su alarma, vio una nube negra de cornejas que se elevaba hacia el cielo y volaba tras ellos.

"¡Detrás de nosotros!", gritó. "¡Cornejas! ¡Nos están persiguiendo!"

Daffa y Toro aceleraron y pusieron distancia entre ellos y la multitud que los perseguía. Karmerruk se esforzó por hacer lo mismo; pero estaba tan retrasado por el peso de Parche que no podía igualar su ritmo. Los cien pájaros negros en aulladora persecución los atraparían antes de llegar a su destino.

Río Este

"Eres demasiado pesado", Karmerruk jadeó. "Voy a bajarte".

"¡Me matarán!"

"Quédate en la cueva de metal. Estarás a salvo allí".

"¿Qué? ¡No, el agua no!" exclamó Parche cuando llegaron al ancho y agitado río que separaba la isla del Reino del Centro del Reino Oculto. Sabía que esta agua era fría y violenta, y podía imaginar fácilmente cornejas que se posaban sobre su lomo y le sacaban los ojos mientras él intentaba nadar ...

"En el agua no", coincidió Karmerruk. Las cornejas más rápidas estaban casi sobre ellos.

El halcón se lanzó en picado hacia el Sur, en dirección a uno de los enormes puentes que cruzaban el río. Por un momento, Parche pensó que lo dejarían caer como una roca en el arco de metal del puente. Luego vio, paralelamente y justo al norte del puente, una jaula de metal y vidrio del tamaño de un automóvil grande, suspendida de un alambre macizo por lo que parecían dos pies gigantes de metal. Esta jaula estaba de alguna manera deslizándose por el cielo. Karmerruk se detuvo justo encima de esta, y en el instante de menor movimiento, sus garras se soltaron, y Parche cayó con un suave golpe al techo de metal de la jaula.

Cuando se puso de pie y evaluó su entorno, las cornejas ya casi estaban sobre ellos. Él se lanzó bajo los pies de metal que sostenían la jaula. Este espacio era como una cueva de metal baja y estrecha, como había dicho Karmerruk. Cualquier corneja que lo siguiera sería fácil de matar, incapaz de volar, incapaz de atrapar a Parche.

Pero esta seguridad era un punto discutible. Porque cuando Karmerruk había disminuido la velocidad para liberar con seguridad a Parche, se había vuelto vulnerable. Todas las cornejas se arrojaron a

por el halcón. Por un momento, el Príncipe del Aire fue invisible, en algún lugar dentro de un torbellino de cornejas que giraban y desgarraban; luego el nudo comenzó a caer hacia el frío río. Parche se quedó horrorizado, pensando que Karmerruk se había sacrificado para salvarlo.

Entonces la nube de cornejas explotó y una raya gris surgió de ella, dejando una lluvia de plumas negras y grises a su paso, y dos cornejas sin vida cayeron hasta chocar con el agua. Karmerruk se zambulló más rápido de lo que sus perseguidores podían seguirle, se detuvo en el último momento, se deslizó un pelo sobre el agua y luego comenzó a ascender firmemente hacia el cielo. Las cornejas se esforzaron por seguirlo, pero no pudieron igualar su poder. Parche pensó que el halcón había escapado.

Pero escapar no era su intención. Karmerruk giró repentinamente en un círculo vertiginosamente cerrado y se lanzó hacia abajo, directamente hacia las cornejas que lo perseguían. Hubo un frenesí de cortes cuando pasó a través de ellas. Otras tres cornejas cayeron del cielo y chocaron con el río; otras dos trataron de volar a un lugar seguro, pero sus alas estaban rotas y volaban en espirales descendentes hasta que también cayeron al agua y desaparecieron bajo las olas. Karmerruk ya estaba ascendiendo de nuevo. Cuando llegó al apogeo de su vuelo, gritó, un ruido tan terrible que la multitud de cornejas vaciló; y luego volvió a sumergirse hacia ellas, desgarrando y cortando con pico y garras, y seis más de sus enemigos cayeron al agua y murieron.

La nube de cornejas se disipó y huyó hacia el Reino del Centro. Parche miró asombrado al Príncipe del Aire mientras este aterrizaba cuidadosamente sobre la jaula que aún se movía. Sus plumas estaban rasgadas en parches, y el costado de su cabeza sangraba, pero Karmerruk parecía no notarlo. Los ojos del halcón estaban iluminados con triunfo y deleite.

"Se atrevieron a pensar que podrían igualarme en el cielo abierto", dijo, y su carcajada hizo que Parche se estremeciera. "Que vengan todas, aquí donde no hay árboles para esconderse. Que vengan todas las cornejas del mundo y a todas mataré, las convertiré en un mar de sangre y plumas. Detendré este río con sus cuerpos. Oh, Qué buena

caza, ardillita, la mejor que he tenido en años. Me alegra que me hayas traído aquí. Es una alegría tener presas que no huyen de inmediato. Ojalá se hubieran quedado más tiempo".

Parche no se atrevió a encontrar la mirada de Karmerruk. Levantó la vista y vio a Toro y Daffa, volando en círculos en lo alto. No parecían inclinados a bajar. Parche no podía culparlos. Se había acostumbrado tanto a la presencia del halcón que casi había olvidado lo mortal que era; y nunca había sabido hasta ahora la alegría y el júbilo que Karmerruk sentía al matar.

"Puedes salir", dijo Karmerruk, divertido. "Es seguro".

Parche se obligó a salir del escondite. El halcón lo agarró y lo llevó al Este, seguido por Daffa y Toro a lo largo de un río más pequeño, hasta un puente de metal y luego a uno de una serie de edificios bajos y enormes. Karmerruk depositó a Parche en el techo y luego se posó.

"Es mejor que regrese, para que no me sigan aquí", dijo. "Pero debo confesar cierta curiosidad. ¿Cuál es exactamente tu plan?"

"No me creerías", dijo Parche honestamente.

Karmerruk asintió sin ofenderse. "Quizá más tarde lo vea por mí mismo. Buena suerte, Parche, hijo de Plata. Te saludo. Tienes el corazón de un halcón".

Se fue volando. Toro y Daffa dieron mutuos suspiros de alivio y se acercaron dando brincos hasta Parche.

"¿Cuál es tu idea?", preguntó Toro. "¿Qué hay aquí?"

Parche dijo, sonriendo sombríamente, "Será mejor que entres conmigo. No me creerás hasta que lo veas por ti mismo".

Brillo Ardiente

"Sol, luna y estrellas", respiró Toro asombrado.

Parche apenas podía escuchar el arrendajo azul sobre el aullido homicida de los perros. Habían volado y trepado a través de una ventana rota en este vasto y vacío espacio cubierto de manchas de sangre. A un lado de esta enorme cámara, decenas de animalillos yacían atrapados en jaulas de metal apiladas que Parche conocía demasiado bien. Al otro lado, una docena de enormes perros gruñían asesinamente y arañaban frenéticamente el interior de sus jaulas, tratando de llegar hasta Parche; y al final de la línea de perros, en la jaula más grande de la habitación, una jaula con barras tan gruesas como ramas, selladas por tres dispositivos misteriosos, se encontraba Siva, el tigre.

"¡Te mato y te como!" rugieron los perros, pero Parche y los pájaros los ignoraron.

"Me atreví a esperar", dijo Siva suavemente a Parche. "Me atreví y mi esperanza ha florecido. Has venido a mí, ardillita. ¿Traes a mi hermano humano? ¿Ha venido a liberarme de este terror?"

"Todavía no", admitió Parche. "Eso es lo siguiente. ¡Daffa! ¡Toro! Venid aquí".

La paloma y el arrendajo azul revolotearon hasta pararse junto a él.

"Toma esto", le dijo Parche a Toro, y le dio la bola de cristal que había llevado desde el Imperio Interminable. Encajaba perfectamente en las garras del arrendajo azul. "Daffa, llévale adonde me conociste. Encuentra al hombre ***cabuti*** . Él habla a los animales. Creo que sabe hablar Pájaro".

"Sabe", intervino Siva.

"Tráelo de vuelta aquí. Tan pronto como puedas. Deprisa".

Toro, con los ojos muy abiertos de asombro, asintió con la cabeza; y Daffa lo condujo fuera de la ventana rota de la cámara, hacia el cielo, y hacia el Reino del Océano.

"¿Cuándo vienen los otros humanos?", preguntó Parche al tigre. "¿Los que te mantienen aquí?"

"Los ebrios de guerra", dijo Siva en voz baja. "Los sanguinarios. No vendrán esta noche. Mañana habrá asesinatos, así que esta noche nos matan de hambre, intentan empaparnos de odio. Sería tan fácil odiarlos. Pero no lo haré. Me compadeceré de ellos. Ellos mismos son criaturas perdidas y hambrientas, y sus jaulas son de su propia creación, imposibles de escapar."

"¿Crees que tu hermano humano puede sacarte de aquí?", preguntó Parche.

"No lo sé", dijo Siva. "Eso espero".

Esperaron. El sol se puso, y la colosal cámara quedó iluminada solo por una luz roja sobre una puerta. Parche y Siva hablaron durante mucho tiempo. Finalmente, Parche se durmió, acurrucado junto a la jaula del tigre.

Fue despertado por una rotura de vidrio y se puso de pie, tenso, listo para la batalla y el desastre. Había un nuevo olor, un olor humano, pero no ***completamente*** humano...

"No tengas miedo", dijo Siva. "Mi hermano ha venido".

Un pequeño humano macho adulto vestido con harapos apareció en la puerta principal. Su piel oscura estaba tiznada de rojo por la luz de arriba. Los perros comenzaron a ladrar de nuevo; pero esta vez sonaban más nerviosos que enfurecidos. "¿Quién está ahí? ¿Que es eso? ¿Es humano? ¿Se mata? ¿Se come? ¿Qué es?"

"¡Siva!", gritó el humano en Pájaro, y el tigre gruñó suavemente en

respuesta.

El humano corrió hacia la jaula, metió los brazos sin miedo entre las barras, y el tigre se presionó contra las barras y se dejó acariciar.

"Te pensé perdido", dijo el humano. El Pájaro que hablaba tenía un fuerte acento pero era comprensible. "¡Te pensé muerto!"

"Pusieron a muchos perros para matarme. Tuve que matar para vivir".

"¡Parche!", dijo Toro, revoloteando dentro de la habitación. "¡El humano me trajo aquí! ¡El humano habla pájaro! ¡El humano me escondió y me llevó a una jaula subterránea, y luego a una máquina de muerte! ¡Parche, he montado en una máquina de muerte! ¿Puedes creerlo?"

"Tú eres Parche", dijo el humano agachándose. "Me enviaste la bola de cristal".

Parche se estremeció, luchando con sus instintos, cuando el humano extendió su mano y acarició suavemente su pelaje.

"Estoy en deuda contigo para siempre, noble ardilla", dijo el humano. "Mi nombre es Vijay".

"Hola", dijo Parche tímidamente.

"La ardilla necesita mi ayuda", dijo Siva con gravedad. "Y se la concedería. Pero primero debo escapar de esta jaula. ¿Me puedes liberar, Vijay? Está sellada, es de acero sólido".

Vijay se puso de pie y buscó en sus harapos, y Parche retrocedió cuando una luz brillante parpadeó. El humano apuntó la luz hacia la jaula y la examinó cuidadosamente, prestando especial atención a sus tres sellos de acero. Luego iluminó en la pared detrás del tigre.

"Ladrillo", reflexionó en voz alta. "Mucho más débil que el acero, pero aún demasiado fuerte".

Luego iluminó en el suelo, y sus ojos se iluminaron, y dijo "Madera".

Parche miró las anchas tablas manchadas de sangre que formaban el suelo. Estas desaparecieron en la oscuridad cuando Vijay se giró y exploró el resto de este lugar de muerte, murmurando para sí mismo en lenguaje humano. Un grito de descubrimiento vino de un rincón distante; y luego Vijay regresó, sosteniendo una barra de metal que era muy delgada en un extremo y gruesa y curva en el otro. Insertó el extremo delgado entre dos tablas que sobresalían debajo de la pared de la jaula; luego empujó el extremo grueso, empujó con todas sus fuerzas; Parche podía oler su sudor y escuchar su corazón latir, y de repente una de las tablas brotó del suelo como una ardilla asustada.

Vijay liberó la tabla y dirigió la luz hacia abajo. El espacio debajo era profundo y atado con tubos y cables. Apestaba a rata, y Parche vio a media docena de cosas corriendo y alejándose del charco de luz mientras este apuñalaba la oscuridad.

"Sí", dijo Vijay, satisfecho. "Construyeron esta jaula para mantenerte dentro, Siva, no para mantener alejado a un humano determinado".

Sacó otro tablón y otro, y pronto hubo un agujero del tamaño de un tigre en el suelo de la jaula, y Siva simplemente bajó a la oscuridad y luego saltó a la cámara abierta. Libre. Vijay envolvió sus brazos alrededor de Siva y lo abrazó con fuerza por un tiempo mientras Siva lamía las lágrimas de la cara de Vijay con su áspera lengua.

"Sal", dijo eventualmente el humano. "Sal y ayuda a esta ardilla con lo que necesita. Lo que sea que necesite. Cualquier cosa que pueda hacer por ti, Parche, nómbralo y es tuyo."

Parche y Vijay treparon cuidadosamente por la ventana rota y salieron a la noche. Toro voló y Siva simplemente salió a través del espacio abierto con un solo salto. Una vez afuera, el tigre respiró hondo y miró a las estrellas.

"Ha pasado tanto tiempo desde que vi el cielo abierto", dijo, con voz temblorosa. Mucho tiempo. Te debo una deuda inconmensurable, Parche, hijo de Plata. ¿Qué quieres de mí?"

Parche dijo: "Necesito que vengas al Reino del Centro y luches por

mí".

Siva solo asintió. "Muéstrame el camino".

"Sígueme", dijo Parche, y comenzó a correr hacia el Oeste, pero fue detenido por la risa baja y gutural de Siva.

"Creo que encontrarás, mi pequeño amigo, que iremos mucho más rápido a mi velocidad", dijo el tigre, divertido. "Sube a mi cuello y monta. No te preocupes por tus garras. He sufrido mucho más en el pozo del que me has liberado".

Parche se tomó un momento para digerir la oferta. Luego, vacilante, tratando de no extraer sangre, saltó y usó sus garras para trepar por el flanco del tigre hasta su espalda, y se acomodó en el bulto de hueso justo detrás del cuello de Siva.

"Toro", dijo Vijay, "¿puedes seguirlos y luego volver a mí y decirme a dónde fueron?"

Parche apenas oyó el asentimiento del arrendajo azul. No podía creer que estaba cabalgando un tigre.

"Dime el camino", dijo Siva, "y agárrate lo más fuerte que puedas".

Bosques De La Noche

Montar un tigre era como correr y volar al mismo tiempo. Siva corría a una velocidad increíble por las calles humanas sombreadas, permaneciendo en la oscuridad todo lo posible, evitando automóviles, alejándose de las luces humanas que cosían líneas en el cielo nocturno; mientras Parche, recordando su imagen de memoria del mundo desde el cielo, indicaba el camino con susurros urgentes a los oídos de Siva. Dejaron atrás a unos cuantos humanos dormitando en portales o tambaleándose por las calles. Todos se detuvieron y gritaron con sorpresa y consternación cuando el tigre pasó rápidamente, subió las escaleras y cruzó el puente de metal del pequeño río, atravesó los edificios bajos y las anchas calles del distrito justo al Norte, y finalmente la enorme rampa de hormigón que se enroscaba al enorme puente que se extendía sobre el gran río oriental.

Incluso en esta hora más tranquila y oscura de la noche, la ciudad vibraba de vida y el puente estaba lleno de automóviles. Todos frenaron en seco y se inclinaron hasta detenerse bruscamente cuando se acercaban al tigre. Hubo varias colisiones cuando Siva corrió a través del puente, y una vez tuvo que saltar sobre dos automóviles que habían chocado violentamente y giraban en su camino.

Se alejó de ambos con espacio de sobra. A lo lejos, muy por delante de ellos, Parche oyó sonidos agudos como la llamada de apareamiento de pájaros enloquecidos y gigantescos, y vio acercarse los remolinos y las luces intermitentes; pero el tigre llegó a la isla del Reino del Centro antes de que llegaran esas luces, y Parche le susurró al oído, y el tigre zigzagueó hacia el Norte antes de volver al Oeste. Pasaron por la Gran Avenida, muy cerca de donde Parche había emergido del inframundo con Zelina y su corte felina. Había unos cuantos humanos caminando por las calles aquí, solos y en pequeños grupos, y Siva dejó una estela de gritos y exclamaciones y desconfianza detrás de él cuando cruzaron la última avenida, saltaron casualmente sobre el muro de piedra posterior y aterrizaron en el suelo de hierba del Reino del Centro.

"Norte", susurró Parche al oído del tigre, y Siva se giró y corrió a lo

largo de la pared del reino, moviéndose tan rápido que las lágrimas brotaron de los ojos de Parche.

"Esto es maravilloso". El pecho entero de Siva retumbaba cuando hablaba, y Parche vibraba con este. "Nunca imaginé que esta sangrienta ciudad pudiera tener un corazón verde y en crecimiento. ¿Es esta tu casa, Parche, hijo de Plata?"

"Sí".

"Eres una criatura afortunada".

Parche dijo: "No si no la salvamos".

Siva mostró los colmillos. "Lo haré lo mejor que pueda. ¿Qué es ***eso?"***

El gran gato se detuvo tan de repente que Parche casi dio un salto mortal por el aire y cayó al suelo, y solo se salvó arañando con fuerza en el último segundo. Siva pareció no darse cuenta. El tigre estaba ocupado mirando una aguja de piedra alta que sobresalía hacia las estrellas. Por la noche, a los ojos de los animales, parecía casi iluminada desde dentro.

"Aquí es donde conocí a Coyote", dijo Parche, sin pensarlo.

"Coyote", repitió Siva, y el tigre se revolvió debajo de Parche, y toda la piel de Siva se puso de punta. "Sí, por supuesto, debería haberlo sabido, debería haber olido esto como su obra ..."

"¿Lo conoces?", preguntó Parche asombrado.

"Por reputación". Siva dudó. "Pero supongo que ya no importa quién nos puso en este curso o cuándo. Debemos salvar esta gloriosa casa tuya".

Siva saltó una vez más hacia la noche y las sombras. Corrió hacia y luego a lo largo del Gran Mar, y a través de los prados y las colinas

cargadas de árboles al norte, hasta que llegó a las colinas de rocas revueltas que amurallaban el borde sur del Mar del Norte. Encima y alrededor de ellos, las cornejas volaban. Parche podía escuchar los batidos de sus alas y sus graznidos de pánico mientras volaban alrededor del tigre. Temía que descendieran en un torbellino oscuro e imparable; y si lo hubieran hecho, bien podrían haber matado a Parche y a Siva, aunque a costa de la mitad de su número. Pero Siva era una figura de pesadilla para aquellos pájaros que tenían pesadillas. Ninguna corneja, ni siquiera el Rey de las Cornejas, podía reunir el coraje suficiente para ser el primero en atacar a un gato casi tan grande como un caballo. En cambio, esperaban a su campeón.

Parche dirigió a Siva al Mar del Norte y luego a lo largo de su borde, hasta que llegaron a un lugar donde una pequeña bahía sobresalía entre una cara inclinada de roca sólida y una colina cubierta de hierba en la que habían escalones humanos. Aquí no había verja entre tierra y agua; y aquí Parche olía un aroma frío, antiguo y reptiliano.

"Está cerca", susurró Parche. "Está muy cerca".

"Desmonta", dijo Siva.

No fue una sugerencia. Parche obedeció y corrió un poco por la pendiente de tierra. Siva no lo vio irse. El tigre estaba agachado, enroscado, listo para saltar, mirando hacia el agua oscura y silenciosa del Mar del Norte.

La única luz provenía de un solo globo de cristal al otro lado del mar, y las luces de la montaña más allá. Parche parpadeó. ¿Había algo moviéndose cerca de la orilla del agua? ¿O eran esas solo ondas del viento nocturno en su superficie tranquila? En la oscuridad no podía estar seguro.

Por encima de ellos, las cornejas volaban en círculos, las nubes de ellas eran todo un cielo lleno, una cortina opaca de cornejas que borraba las estrellas.

Durante mucho tiempo no pasó nada.

Entonces Siva se desenrolló, se preparó y rugió.

Parche pensó que aquel sonido podría arrancarle los oídos. El rugido del tigre fue como el amanecer de la luna. Era un desafío, una advertencia, un grito de guerra, un lamento de un año perdido en una cámara de asesinatos empapada de sangre, una aullida celebración de la gloria de la vida y el coraje de la muerte, y un rugido por lo puro y simple de rugir. Las cornejas de arriba se dispersaron en todas las direcciones como por un trueno. El rugido retumbó en el Mar del Norte, y las luces comenzaron a parpadear en dos enormes montañas octogonales más allá de la esquina noreste del Reino del Centro, mientras los humanos eran arrancados prematuramente de sus sueños por el aullido de una bestia salvaje.

Antes de que los ecos hubieran disminuido, el Rey de Abajo surgió de las aguas, moviéndose con un poder trascendente y una velocidad terrible. Se lanzó como un rayo pálido hacia el tigre, con sus fauces abiertas para la mordida asesina que era todo lo que necesitaba, mientras que Siva estaba aparentemente rígido y sin preparación. Pero Siva ya no estaba allí. El tigre, nacido en la jungla, veterano de un año de batallas letales, de alguna manera encontró el tiempo y la fuerza, en un abrir y cerrar de ojos, de evitar el ataque mortal del Rey de Abajo, para saltar hacia arriba, por encima del golpe mortal del caimán.

El tigre aterrizó arañando los cuartos traseros del caimán; el caimán golpeó con un fuerte golpe de su cola masiva al tigre que se extendía; luego el caimán y el tigre saltaron el uno sobre el otro al mismo tiempo, y Siva giró la cabeza y atrapó la mandíbula inferior del Rey de Abajo entre sus propios colmillos, y las dos bestias enormes, una blanca y otra dorada, se golpearon vientre contra vientre, pelaje contra escamas, y comenzaron a rodar sobre la arena y la hierba, rasgándose uno al otro con sus garras viciosas y masivas. La sangre oscura fluyó de ambos. Ambos gruñeron y aullaron de rabia y dolor.

El Rey de Abajo tenía un apéndice extra: su poderosa cola. La usaba como palanca, para anclarse encima del tigre, y su gran peso presionó a Siva, extendiendo las extremidades del tigre, haciendo a Siva más vulnerable a las garras rechonchas pero increíblemente poderosas del caimán. El Rey de Abajo se lanzó sobre Siva, gruñendo y arañando, hasta que estuvo entre las extremidades de Siva, y el tigre ya no pudo

atacar el vientre del caimán...

Y Siva extendió las patas casi casualmente con sus largas y flexibles patas delanteras, y arañó los ojos del Rey de Abajo. El cuerpo del caimán se convulsionó de sorpresa; y en ese momento Siva liberó la mandíbula y hundió los colmillos en la garganta del caimán. Se derramó sangre negra que cubrió al tigre. El Rey de Abajo se retorció una vez, dos, una tercera vez; y luego murió.

Siva se arrastró dolorosamente fuera de debajo del cadáver del caimán.

"Tu deuda está pagada, Parche, hijo de Plata", jadeó el tigre. "Todas las deudas están pagadas".

Cuando Vijay y Toro los alcanzaron, las cornejas ya se estaban alimentando del cuerpo quebrado del Rey de Abajo.

IX -EPÍLOGO

"Muy pocos", dijo Parche, horrorizado. "Muy pocos".

Él y Blanca estaban cerca de la entrada del drey de Plata y miraron a su alrededor. La nueva reina del Reino del Centro había llamado a todos sus súbditos y habían venido. Apenas eran suficientes para ocupar el abeto de tamaño mediano que albergaba el drey de su reina.

"Más de cincuenta", dijo la Reina Plata saliendo de su drey con sus adornos de cristal brillante. "Se dice que Invierno Perpétuo nos redujo a menos de veinte. Tenemos suficiente para prosperar, para crecer. Las cornejas se han ido, y las ratas no nos volverán a molestar, no con los gatos como nuestros aliados. Diez años, unas pocas generaciones, y volveremos a ser un reino apropiado".

"¿Cuántos muertos?", preguntó Parche.

Plata negó con la cabeza y no respondió.

Parche miró a las ardillas del Reino del Centro. La mayoría tenía cicatrices, cojera, o ambas cosas, pero sus ojos tenían una pétrea resistencia. Estos eran supervivientes, cada uno de ellos; maltratado, herido, pero también endurecido, fuerte como el metal. De pie allí, rodeado por su tribu, a Parche le pareció que estaba en presencia de algo grande y terrible, como si acabara de hacer un juramento a la luna, como si todos lo hubieran hecho. Sintió que las vidas de quienes lo rodeaban eran parte de la suya, y la suya era parte de la de ellos. Eso lo hacía sentirse más fuerte y más vulnerable al mismo tiempo.

Miró a Tiritón tuerto e hizo una mueca. La guerra parecía haber consumido casi todo lo que en Tiritón podía disfrutar del mundo. Parecía casi haber sido reemplazado por otra ardilla, una cuyas palabras eran en su mayoría sombrías profecías de desastre, una llena de desesperación. Pero la última vez que se encontraron, Parche le había traído un bulbo de tulipán para comer; y cuando vio el parpadeo momentáneo en los ojos de Tiritón al ver la golosina por

primera vez, Parche se había atrevido a esperar que, aunque su amigo, una vez alegre, había sido consumido por la guerra y enterrado dentro de su cuerpo cicatrizado y con un solo ojo, el viejo Tiritón todavía tenía alguna posibilidad de ser desenterrado algún día.

Parche miró a Plata, quien lo observaba con atención.

"¿Qué pasa?" La cuidadosa intensidad de su mirada lo hizo sentir que había hecho algo mal.

Después de un momento ella le dijo, pensativa: "Serás rey algún día, Parche, cuando yo me haya ido".

Parche la miró fijamente. No quería pensar en que Plata se fuera a ir nunca, y no podía imaginar ser rey. Pero no había rastro de humor en su voz.

"Deberías volver a tu drey ahora", dijo. "Creo que tienes una visita".

Parche se preguntó cómo lo sabía, pero no dudó de ella. Plata parecía diferente ahora que era reina: más remota y, sin embargo, consciente de todo lo que sucedía en su reino.

Blanca abrió el camino desde la picea de Plata hasta el roble de Parche. Él todavía se estaba acostumbrando a correr por el camino elevado sin el peso de la cola para mantener el equilibrio. Ya tenía una vaga idea de quién podría ser su visitante; y para su deleite, cuando vio la figura esperando debajo de su roble, se demostró que tenía razón.

"¡Zelina!" gritó Parche.

"¡Parche! Oh, estoy tan contenta de verte. Y Blanca, un placer como siempre. ¿Debo entender que estáis oficialmente emparejados? ¡Felicidades!", Exclamó la Reina de todos los gatos.

Parche miró a su alrededor. "¿No está Alabastro?"

"No. Solo yo. Ningún otro gato sabe dónde estoy. Si lo hicieran, vendrían a mí y me llevarían de vuelta a la corte. No todo es sushi y

crema ser la Reina de Todos los Gatos, ¿sabes? Tengo muchos deberes, tantas preocupaciones... últimamente, son los humanos, parece que va algo terriblemente mal con ellos... y tantos asuntos de estado, pequeños dignatarios que entretener, tantas pequeñas traiciones y rivalidades y guerras territoriales con las que lidiar. ***No*** te haces idea de cuán bizantinos y traicioneros pueden ser los gatos de mi corte. Y todo el protocolo, los títulos, las ceremonias, oh, a veces son maravillosos, pero honestamente, Parche, a veces pienso en esos días en que íbamos vagando por el Reino del Océano, nada para nosotros excepto nuestros nombres, sin saber lo que comeríamos o dónde dormiríamos a continuación, y desearía poder estar allí de nuevo. Y luego me dijiste una vez que te visitara en el Reino del Centro. Y todo ese pequeño asunto de un envenenamiento y una guerra y un intento de exterminar a toda tu gente y una búsqueda del inframundo y un tigre; y antes de que preguntes: no, no sé qué fue de Siva y su asistente; pero adonde estoy intentando llegar es que, por fin... pues aquí estoy. ¿Te gustaría enseñarme los alrededores?"

Parche miró a Blanca; y su compañera le devolvió la sonrisa; y Parche dijo: "Zelina, estaría encantado de hacerlo".

Hace mucho tiempo, en un glorioso día de mediados de primavera, una joven ardilla llamada Parche llevó a su nueva compañera, Blanca, y a su mejor amiga, Zelina, a un recorrido de descubrimiento, una exploración de delicias del Reino del Centro en el que él vivía. Se detuvieron a menudo por las risas, historias y reminiscencias. El cielo de arriba era azul, y el viento era claro y rico de vida, y los árboles y arbustos estaban llenos de flores y bayas, y los días de sangre y terror parecían ya olvidados, y este día y todos los días después de ese parecíeron extenderse en un cálido y dorado por siempre jamás.

X. CODA

"Me escondí debajo de ese arbusto", recordó Parche, "Apenas podía caminar, mi pierna parecía de veras que se iba a caer. La aguja está justo en el otro..."

Se calló, dejó de caminar y se recostó sobre sus patas traseras para oler el aire.

Zelina, sobresaltada, se volvió para mirarlo. "¿Qué pasa?"

Por un momento, Parche se preguntó si la pista de un aroma rico y salvaje en el aire era solo un truco jugado por su mente y memoria. Luego las ramas del mismo arbusto bajo el cual se había refugiado se separaron; y emergió el perro de ojos dorados llamado Coyote. Zelina se puso rígida, arqueó la espalda y su pelaje se erizó.

"Zelina, Reina de todos los gatos, Parche, hijo de Plata", dijo Coyote. "Respira tranquila, mi pequeña reina. No soy tu enemigo hoy. Mañana quien sabe. Pues el mañana siempre tiene su propia mente y locura. Pero hoy soy tu amigo, y hoy digo, bien hallada".

"¿Vives aquí?", preguntó Parche.

"Vivo en el Reino de la Locura", dijo Coyote. "Como todos vosotros, como todos nosotros, y sin embargo, pocos de nosotros lo sabemos, porque esa es la locura. Viejo lo sabe. Y algunos humanos tal vez, pero muy pocos, muy pocos." Su sonrisa parecía revelar demasiados dientes afilados. "Y menos cada día, ahora".

"Los humanos", dijo Zelina. "¿Sabes qué les pasa?"

La sonrisa de Coyote se ensanchó. "No puedo decir que lo sepa, mi reina, ¿quién puede saber realmente algo? Pero si soy forzado, si soy presionado, si soy acorralado, bueno, entonces podría tener una conjetura o dos. Podría suponer que es algo similar a la enfermedad de la sangre negra. Podría suponer que fue cuando el Rey de Abajo llegó

arriba, y ¿cómo sucedió eso?, algunos podrían preguntarse. ¿Qué voz envió susurros a su escamoso oído, hablándole sobre la sangre y las glorias que lo esperaban arriba? ¿Quién se aseguró de que la fortuna de la guerra lo dejara sin otra opción? ¿Quién arregló el final desesperado? Ah, quién en verdad. Ciertamente no puedo imaginarlo".

Su sonrisa depredadora se hizo aún más amplia y con más dientes, y sus ojos dorados brillaron. "El Rey de Abajo vino, eso es lo importante, y murió, y las cornejas se dieron un festín con él. Y. Bueno. Supongo que cuando la sangre negra de este se mezcló con la de ellas, con esa otra enfermedad que ya crecía dentro de ellas, entonces nació otra cosa. Algo nuevo. Algo terriblemente mortal para nuestros amigos de dos patas. Algo que esparcirá su semilla donde quiera que vuelen las aves".

Sus palabras despertaron un recuerdo en Parche: un recuerdo de las palabras de la tortuga, Viejo: ***«Las aves vuelan a estas marismas ... incluso desde imperios a través de las grandes montañas, incluso desde imperios al otro lado del océano ... una enfermedad que se extiende entre todas las aves del mundo.»***

"Tú", dijo Zelina lentamente. "Hiciste todo esto. Hiciste que todo sucediera".

Parche parpadeó con sorpresa ante esta sorprendente acusación.

"Oh, no, mi pequeña reina", dijo Coyote. "No controlo el gran juego. Pero es cierto que juego de vez en cuando. Me gusta asegurarme de que continúe. Tal vez haya empujado aquí, pellizcado allá, hecho algunas sugerencias a algunos con agudos olfatos, susurrado en los

oídos de algunos con dientes afilados. Pero no pretendo ser autor. Ese título pertenece a los humanos mismos. ¿De dónde vino la enfermedad de la sangre negra? De venenos humanos que se filtraron e infectaron, gota a gota, año tras año, el Reino de Abajo. Donde cae la semilla, allí crece el árbol. Cualquier animal puede decirte eso".

"Los humanos están enfermos", dijo Parche lentamente, pensando en los dos humanos que había conocido que hablaban Mamífero, y preguntándose si ellos también se estarían muriendo de esta nueva enfermedad. "¿Por lo que hicimos? ¿Por lo que te ayudamos a hacerlo?"

"No lo escuches", le dijo Zelina a Parche. "He oído hablar de él. Es un embaucador. Un liante. Nosotros salvamos el Reino del Centro. Y a Plata. Hicimos algo bueno. Algo maravilloso".

"¿Es eso arrepentimiento lo que huelo, Parche?" Coyote se burló de él. "¿Es eso ***remordimiento?*** No lo desperdicies en humanos. Mira a tu alrededor. Antaño toda esta isla nos pertenecía. Ahora solo tenemos un pequeño trozo, amurallado por montañas humanas, cubierto por autopistas humanas, acribillado por túneles humanos. ¿Por qué debería ser eso? ¿Por qué los humanos deberían tener a todo el mundo como su juguete y dejarnos solo sus restos?"

Parche consideró la pregunta. Tuvo que admitir que no tenía una buena respuesta.

"¿Recuerdas cuando nos conocimos, Parche?", preguntó Coyote. "Aqui no. Fuera del drey, cerca del final del invierno." Parche se sobresaltó, recordando el perro que había encontrado esa mañana cuando tenía tanta hambre, la mañana en que se había ido a las montañas. "Te elegí porque eras un sobreviviente. Podía oler eso en ti. Pero también tienes un buen corazón, generoso y amable, yo también podía oler eso. Eso fue lo que me preocupó, lo que me preocupa todavía. Todavía puede ser un corazón demasiado bueno para tu propio bien. Me pregunto si algún día tendrás que elegir entre los dos".

Parche se estremeció y apartó la mirada de los ojos dorados de Coyote.

"Cuídate, Parche, y ten cuidado. Vigila los cielos. Y tú, Zelina, Reina de todos los gatos, echa un vistazo a lo que hay detrás de este arbusto. Creo que lo encontrarás muy interesante." Coyote se estiró perezosamente. "Y ahora me tengo que ir. Un amigo me esta esperando. Mi amigo más viejo, mi adversario más antiguo. Tenemos mucho sobre lo que discutir. Sobre un mundo completamente nuevo, de hecho. Disfrútalo mientras puedas, Parche, hijo de Plata. Una cosa que aprendí sobre los mundos, en mi tiempo, es que nunca duran mucho".

FIN

Palabras Postreras

En 1935, el *New York Times* informó el descubrimiento de un cocodrilo de dos metros sesenta y cuatro centímetros en una boca de inspección en *East 123rd Street*. En 2001, un caimán de metro sesenta y cinco fue capturado en el *Harlem Meer* de *Central Park*. Se han visto ciervos en *Staten Island*. Tigres han vivido en los rascacielos de *Harlem*. En octubre de 2007, se descubrió una pitón de dos metros treinta saliendo de un baño de *Brooklyn*. Y se encontró un coyote en *Central Park* en el verano de 2005.

Uno podría, si así lo desea, inspeccionar muchos de los lugares que Parche visitó durante sus aventuras. Su drey está en las colinas arboladas cerca de *West 83rd Street*, el punto más alto de *Central Park*. Karmerruk lo llevó a las playas cubiertas de maleza cerca de *Fort Tilden*. Desde allí, él y Zelina atravesaron el Puente *Cross Bay* hasta la Reserva de Vida Silvestre en *Jamaica Bay*.

Después de ser capturados y enjaulados, escaparon de un almacén de *Brooklyn* cerca del puente Pulaski sobre *Newtown Creek*, viajaron en autobús por el puente de *Brooklyn*, desembarcaron en el bajo *Manhattan* y se dirigieron al Norte. Parche encontró a Olisqueador en la estación de metro de la *8th Street / NYU*. Él y los gatos tomaron la N / R hasta la estación de la calle 59, y siguieron a Zelina hasta *Park Avenue*, antes de que Parche regresara a su hogar en *Central Park*. El árbol de Blanca está cerca de la esquina sureste del parque. La Mazmorra es el zoológico de *Central Park;* el Gran Mar es el embalse de Onassis; y el Laberinto es el Jardín Conservatorio. La aguja de piedra donde Parche se encuentra con Coyote por segunda vez es la Aguja de Cleopatra, y el Mar del Norte es el *Harlem Meer*.

En cuanto al Reino De Abajo, el túnel de *Amtrak* donde Parche habla con un petirrojo pasa al lado del oeste de *Manhattan*, debajo del parque *River-side*; y el acueducto *Croton*, en desuso desde hace mucho tiempo, se extiende por millas desde *Central Park*, al norte a través del Puente *High Bridge* abandonado en el *Bronx*, y a lo largo del camino del acueducto en el Parque *Van Cortlandt Park*. Es allí,

en una estación de paso abandonada que aún existe, donde las ardillas finalmente salieron a la luz del día.

Todos estos lugares se encuentran dentro de los cinco distritos de la magnífica ciudad de Nueva York.